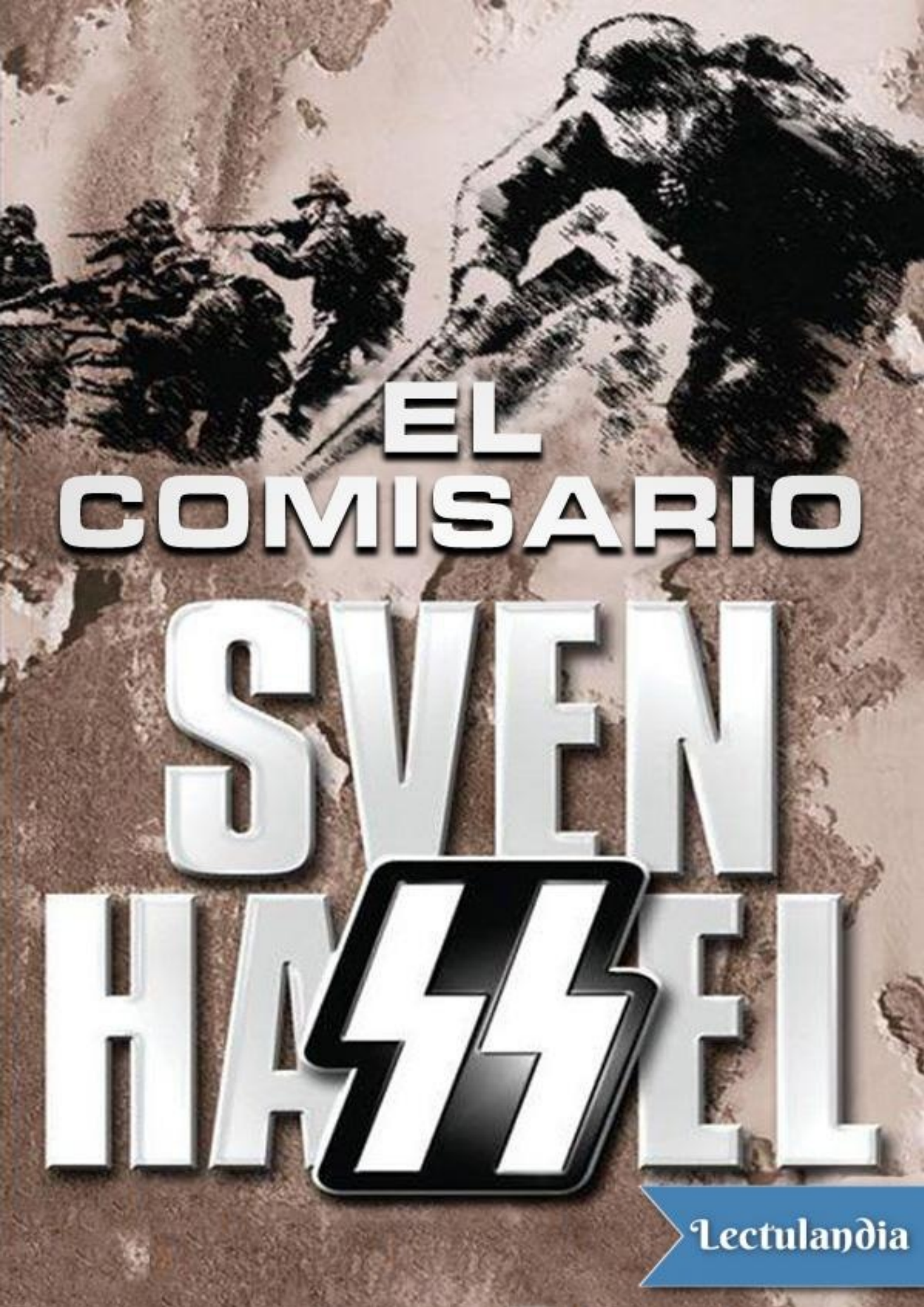




EL COMISARIO SVEN HAFEL

Lectulandia

El Comisario conocía el secreto más importante de la guerra en Rusia. Él había escondido detrás de las líneas rusas oro soviético por valor de 30 millones de dólares, y Porta estaba resuelto a que su banda de soldados carcelarios obtuviese su parte. Por el oro enemigo estaban dispuestos a llevar la compañía a través del hielo y la sangre de las líneas soviéticas, a matar o morir, a luchar como bestias y a estafar, mentir y robar como los delincuentes en que se habían convertido. El señuelo del oro y las promesas del Comisario les enzarzarán en las más sangrientas batallas de la guerra en el frente del Este.

Sven Hassel

El comisario

Biblioteca Sven Hassel: 14

ePub r1.0

Titivillus 08.06.2020

Título original: *Kommissæren*
Sven Hassel, 1984
Traducción: J. Ferrer Aleu

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice

ATAQUE PANZER

EL TENIENTE GORDO

VERA KONSTANTINOVNA

EL ENTIERRO DEL GENERAL DE GREGOR

ENCUENTRO CON EL COMISARIO

LA PLATAFORMA

EL CAPITÁN LOCO DE LA GPU

LA PRISIÓN DE VLADIMIR

Notas

*Dedico este libro a mi viejo amigo Just Betzer, productor de
cine escandinavo, que se lanzó con entusiasmo a la filmación
de mis libros.*

SVEN HASSEL.

La conciencia de un soldado es tan amplia como la puerta del infierno.

William Shakespeare

El Gauleiter tenía prisa. Conducía desafortadamente, sin preocuparse de los refugiados que llenaban las carreteras. Su vehículo de tres ejes iba muy cargado. Era el primero que había salido de la ciudad. El vehículo llevaba provisiones para varios días. El ruido de cañones de tanques en la lejanía, había persuadido al Gauleiter de que había llegado el momento de emprender el viaje. El único miembro de su personal que había llevado consigo era su joven secretaria. Esta creía en el Führer, en el Partido y en la Victoria Final.

Se arrebujo en su abrigo de visón. Antes había pertenecido a una mujer rica que había muerto en Auschwitz.

Fueron detenidos cuatro veces por la Policía de campaña, pero el uniforme pardo del Gauleiter valía tanto como un pasaporte. En el último control, los guardias les aconsejaron que no siguiesen adelante. Los próximos centinelas que encontrarían serían americanos. Su barricada estaba en el punto donde la carretera se desviaba de Hof a Munich.

Un sargento de los «bolas de nieve»^[1], de tosco semblante, metió el cañón de su fusil por la ventanilla del vehículo. El Gauleiter se había vestido de paisano.

—¿No has pasado hambre, verdad, comedor de salchichas?

—Es un Gauleiter —dijo sonriendo la secretaria, que ya no creía en el Führer, ni en el Partido, ni en la Victoria Final.

El sargento «bola de nieve» lanzó un largo y grave silbido.

—¿Habéis oído eso, muchachos? —Se volvió a sus tres PM de guardia—. ¡Este paisano comedor de salchichas es un Gauleiter!

Todos se echaron a reír.

—Vamos —dijo el sargento de la PM, pinchando al Gauleiter con el cañón de su fusil—. Daremos un paseo por el bosque y veremos cómo están los azafranes de primavera.

Su aliento apestaba a coñac barato.

La secretaria oyó tres ráfagas de armas automáticas. Los cascos blancos aparecieron de nuevo, viniendo del bosque. Ella corría por el campo y estaba a medio camino de una granja próxima, y no oyó otra ráfaga de tiros que sonó a su espalda. ¡Estaba muerta antes de caer de bruces en el suelo!

—¿Por qué diablos la habéis matado? —gritó el sargento, con irritación.

—Se estaba escapando, ¿no? —dijo alegremente el cabo.

Metió con la palma de la mano un nuevo cargador en su fusil.

Poco después llegó el siguiente vehículo cargado.

ATAQUE PANZER

—Sección, ¡alto!

La voz de *el Viejo* llega roncamente por la radio. Abre la trampilla de la torreta con un chasquido metálico y, con el mismo movimiento, saca del bolsillo la vieja y mellada pipa con tapa de plata. Aunque curtido como nuestro jefe de sección, sigue siendo en el fondo un carpintero. Le envuelve una aureola de serrín y de virutas.

—¡Malditos sean estos trastos! —vocifera, volviéndose con dificultad en la estrecha abertura de la torreta. La nueva y gruesa ropa interior de invierno hace que se multiplique por dos la circunferencia normal de la cintura—. ¿Dónde están *Barcelona* y su pandilla?

Yo abro la escotilla lateral y miro cansadamente la larga columna de tanques que avanzan traqueteando por la empedrada calle. Son nuestros tanques pesados, provistos de lanzallamas. Debe de haber algo muy bien defendido delante nuestro, o los pesados no irían en cabeza.

—¡Menudo ruido arman esos malditos! —gruñe *Hermanito*, asomando cautelosamente la cara tiznada por la ventanilla del cargador—. ¡Jesús y María! —grita, escondiendo rápidamente la cabeza ante los fogonazos de un par de *degtrareva*^[2] que disparan desde las ventanas de unos edificios comerciales, calle abajo. Se oye por todos lados el repiqueteo de pies que corren, mezclado con voces de mando y con gritos. Parece como si las puertas del infierno se hubiesen abierto de pronto de par en par.

Una figura vestida con uniforme de color de tierra y llevando una mina T, trepa por nuestra plancha protectora delantera. *Hermanito* le derriba con una ráfaga de su metralleta antes de que pueda colocar la mina T debajo del anillo de nuestra torreta.

De pronto, la calle se llena de rusos. Salen en tropel por puertas y ventanas.

Veo un casco ruso junto a nuestro lado descubierto. Deliberadamente, vació mi pistola sobre una cara contraída. Se rompe en pedazos como un huevo.

—¡Granadas! —grita *el Viejo*, quitando el seguro a una granada de mano.

Saco granadas de mis bolsillos y las arrojo a través de la escotilla. Los pequeños huevos estallan, resonando estruendosamente en nuestros oídos. Gritos humanos rasgan la oscuridad.

Una 20 mm escupe furiosa desde la ventana de un ático. Los pequeños y peligrosos proyectiles rebotan en las paredes de las casas. Es como si unos diablos estuviesen jugando al tenis de mesa con explosivas pelotas de fuego.

Sin esperar la orden de *el Viejo*, hago girar la torreta y apunto nuestro cañón al edificio donde la 20 mm y la *degtrareva* vomitan sus perlinos y mortíferos rosarios de balas.

Nuestro cañón largo ruge violentamente.

Con cierto sentimiento de placer, veo dos figuras uniformadas que caen de las ventanas del tercer piso. Se agarran un momento a los cables de la línea del tranvía y caen después sobre los adoquines con un ruido sordo.

Envío otros tres proyectiles de alta potencia al interior del edificio. Empiezan a brotar llamas del tejado. Las tejas caen a la calle como una enorme granizada y se hacen añicos contra los adoquines.

El fuego se propaga rápidamente por las casas. En un abrir y cerrar de ojos, toda la manzana se convierte en un mar de llamas rugientes. Hombres aterrorizados saltan de las ventanas, prefiriendo la muerte sobre los adoquines que ser quemados vivos.

—¿Quién te ordenó abrir fuego? —vocifera *el Viejo*, golpeándome con una granada de mano—. Dispara cuando te lo ordene y no antes, ¡imbécil borracho de pólvora!

—Si no hubiese disparado, nos habrían liquidado sin remedio —me defiendo, ofendido—. El cañón es para disparar con él, ¿no es cierto?

—¡Ese edificio que acabas de destruir debía servir de alojamiento al Primer Batallón! ¡Métete *eso* en tu dura cabeza! ¡Lo has mandado todo al infierno! —grita desesperado *el Viejo*.

—Es sabotaje —dice Heide, en tono triunfal— o yo no sé lo que es un acto de sabotaje. Llévelo ante un consejo de guerra; ¡así no tendremos que verle nunca más!

—Debe tener huevos podridos en vez de cerebro —ladra, burlándose, *Hermanito*—. Se caga en la puerta de su casa cuando podría hacerlo sobre la nieve y en carámbanos de mierda. ¡Volémosle la cabeza!

—¡Silencio! —gruñe *el Viejo*, chupando furiosamente su pipa.

—Mirad aquel sacerdote allá abajo —dice Porta, haciendo una mueca—. Corriendo como un loco con una Biblia bajo el brazo y un crucifijo colgando

del ombligo. Su velocidad es tal que cualquiera diría que el diablo le ha clavado la horca en el culo.

—Nunca he podido entender por qué los capellanes tienen tanto miedo, como los vulgares mortales, de que les liquiden —dice *Hermanito*—. ¡Con las buenas *relaciones* que tienen «allá arriba»!

—Los santos y los justos tienen tanto miedo de echar su último pedo como nosotros los paganos, hijo mío —filosofa *Porta*—. En realidad, sólo las personas muy buenas pueden permitirse el lujo de ser religiosas.

—*Panzer, Marsch!* —ordena *el Viejo*, bajando los auriculares sobre los oídos y poniendo en su sitio el micrófono que lleva colgado del cuello—. Segunda Sección, ¡seguidme!

Por la fuerza de la costumbre, levanta el puño cerrado sobre la cabeza. Es la señal de avanzar. Los motores «Maybach» zumban con más estridencia. Las anchas orugas aplastan al avanzar los muertos y los heridos que yacen en la calle.

Un tanque «Panther» se detiene sobre un pozo donde se han refugiado dos soldados rusos con una ametralladora ligera. El tanque se balancea sobre su eje, como una gallina empollando sus huevos. Suenan gritos que cesan de repente. Los rusos han sido convertidos en una pulpa sanguinolenta.

Los tanques hacen un ruido ensordecedor. Los cañones y las armas automáticas ahogan los otros ruidos.

—¡*Anna* aquí! Aquí *Anna* —dice *el Viejo* por radio—. *Bertha* y *Caesar*, cubrid los flancos. Disparad solamente contra objetivos claros. Repito: ¡Disparad solamente sobre objetivos claros! Y quiero que todos me deis cuenta exacta de las municiones. Ahora preparad los dedos y poneos en movimiento, ¡pedazos de alcorcho!

Las llamas lamen las casas. Repican proyectiles sobre los costados de los tanques. Las ametralladoras disparan contra ellos, con la vana esperanza de causar algún daño a los gigantes de acero. Un humo amarillo y venenoso penetra en los tanques, haciendo que a los hombres de sus dotaciones les duelan y escuezan los cansados ojos.

Un tejado incendiado se derrumba sobre un «P-III». Surgen llamas y, a los pocos segundos, el tanque se convierte en una bola de fuego explosiva. Los bidones de petróleo de reserva sujetos al blindaje posterior convierten el tanque en una bomba andante.

El aire frío y húmedo de la noche apesta a humo, a sangre y a cuerpos muertos.

—Aquí Hinka, aquí Hinka —se oye por el ronco altavoz. La voz acerada del jefe del regimiento resuena entre el barullo del interior del tanque—. La Quinta Compañía hará la limpieza. Los prisioneros serán enviados atrás, al batallón de Granaderos. ¡Y os advierto una cosa! ¡Nada de saqueos! ¡Quien quebrante esta orden será severamente castigado!

—Siempre *nosotros* —murmura agriamente Porta, acelerando su motor—. ¡Es maravilloso! Nos hacen andar de un lado a otro hasta que incluso nuestros sudados calcetines se hartan de ello. ¿Por qué estaré tan endiablamente *sano* y por qué todas esas adorables balas comunistas vuelan a mi *alrededor*? Nunca, *nunca* voy a salir de esta puerca guerra para ir a un delicioso y limpio hospital, donde estaría rodeado de adorables, limpias y antisépticas enfermeras, ansiosas de tropezarse con un maldito ario herido como yo.

—¡Es una mierda! —gruñe amargamente *Hermanito*—. ¡Jugarse diariamente esta tirada vida por un jodido marco al día!

—Es el podrido Ejército alemán —ladra furiosamente Porta—. ¿Por qué, ¡oh!, por qué tuve que nacer en un país loco por la guerra como es Alemania?

Me siento cansado como un perro, pero un soplo de energía sigue animando mi cuerpo fatigado. Nos han llenado de bencedrina. Durante los últimos seis días, hemos sido incapaces de dormir más de unos pocos minutos seguidos, y caminamos como envueltos en una extraña niebla. Lo peor es que, cada vez que logramos conciliar el sueño, nos despertamos sobresaltados y con el sabor amargo del miedo en nuestro paladar.

Hermanito está en su puesto de vigilancia. Tiene los ojos abiertos de par en par, pero no ve nada. De una de sus manos flácidas pende una «P-38». Es como el resto de nosotros. No se atreve a quedarse dormido. Ahora estamos cerca del punto de peligro. El punto en que ya no tendremos que preocuparnos de montar guardia contra la muerte que se acerca. Nos está esperando allí, en alguna parte, tal vez en forma de una explosión, tal vez en una histérica granizada de balas de ametralladora.

Sobre la población silban, trazando grandes arcos, granadas lanzadas por baterías invisibles sobre blancos lejanos detrás nuestro.

Hermanito se despierta de un salto y se da de cabeza contra el techo del tanque. Maldice amargamente y durante largo rato. Un hilo de sangre oscura se desliza al lado de su oreja izquierda. La enjuga, irritado, con un trapo manchado de aceite.

—Santa Madre de Kazan, ¡qué maldito sueño! —farfulla—. Estaba caminando por un bosque tratando de encontrar al maldito Ejército Rojo. Pero aparece un comisario y me liquida de un tiro. —Se vuelve a mirarnos, a gran

distancia nuestra—. Tiradles piedras a los cuervos —dice débilmente—; ahora sé que no me gustaría que me matasen.

El tanque se detiene. Barro y restos de cuerpos se desprenden de las orugas. Su pintura blanca de camuflaje se ha vuelto gris con el humo de la pólvora y la suciedad.

Nos estiramos en nuestros asientos de acero y abrimos las ventanillas para que entre un poco de aire fresco. Pero lo único que entra es un humo amarillo venenoso y el hedor de la muerte.

Los granaderos de tanques se deslizan a lo largo de las paredes de las casas. Su trabajo es el peor de todos. Sin un ápice de gloria. Frecuentemente, su recompensa es que les llenen la barriga de balas de ametralladora. Empiezan limpiando los sótanos de fanáticos y estúpidos que luchan hasta el último hombre y hasta el último proyectil. Su recompensa es que les corten el cuello. Idiotas a quienes han lavado el cerebro con la propaganda de Ilya Ehrenburg. Gente de la misma clase que la nuestra, que los que mueren murmurando *Heil Hitler!* con los labios apretados.

Desde el lugar donde permanecemos emboscados podemos ver un largo trecho de estepa. Es como un mar gris blanquecino que se confunde con el horizonte lejano. Lejos, lejos detrás nuestro, pueblos y aldeas, incendiados por las granadas durante nuestro salvaje ataque, arden furiosamente.

Dondequiera que miremos, fuertes destellos rojos y amarillos rasgan la oscuridad de la noche, marcando claramente el surco letal del ataque de los carros blindados.

En mitad de la escalera de un sótano hay un jeep «Willy» estadounidense, con cinco cuerpos sin cabeza en él. Están sentados rígidamente, como en un desfile. Parece como si un enorme cuchillo hubiese cortado las cabezas de los cuatro oficiales rusos y su conductor, de un solo y terrible golpe. Hay algo extraño en aquellos cuerpos decapitados. No llevan trajes caqui de campaña sino uniformes verdes oscuros de gala, con anchas charreteras que resplandecen a la luz de las llamas, de una cercana destilería incendiada.

—Fijaos. Visiones como esa —dice Porta, escupiéndole con puntería exacta por una de las mirillas de observación—, hacen que un hombre se alegre de estar vivo, incluso cuando la vida es monótona y cansada.

—¿Dónde creéis que iría esa pandilla, engalanada con sus uniformes, y llamando tanto la atención? —pregunta, interesado, *Hermanito*. Se inclina sobre la abertura de la torreta—. Sin duda se extraviaron y vinieron a parar aquí, donde se desarrolla una guerra.

—Supongo que se dirigían a una fiesta con algunos colchones de campaña —dice Porta, lamiéndose los labios.

—Démosles un repaso —propone *Hermanito*, saltando del tanque—. Si iban a una fiesta con putas, debían llevar cosas buenas consigo. ¡Podéis estar seguros!

Porta se alza, pasa ansiosamente a través de la abertura de la torreta y se inclina sobre un teniente decapitado que lleva una hilera de cintas sobre el pecho.

—Un héroe —dice, metiéndose las cintas en el bolsillo.

Detrás de la línea de fuego es fácil encontrar compradores para ellas. Sus rápidos dedos registran los bolsillos del oficial, sin importarle la sangre coagulada, ni los huesos aplastados.

—No hay muchos dientes de oro en esta pandilla —observa *Hermanito*, contrariado, mientras husmea en el vehículo salpicado de sangre.

—Cigarrillos perfumados de oficial, con boquillas de papel —dice Porta, introduciendo varios paquetes azules en sus bolsillos especiales de cazador furtivo.

—¿Algún cigarro? —pregunta *Hermanito*, dándole la vuelta a un cadáver con un desagradable ruido apagado.

—¿Has perdido la cabeza, hombre? —replica Porta—. Los oficiales de Stalin no fuman cigarros. ¡Eso sólo lo hacen los capitalistas!

—Entonces me alegro de que seamos unos malditos capitalistas.

Hermanito suelta una ruidosa carcajada, cogiendo una botella de vodka de primera calidad, con la vieja águila zarista en una lujosa etiqueta azul. Un vodka que sólo se suministra a los altos jefes del Partido.

Pasan dos hoscos granaderos panzer tirando de una mujer que grita, medio desnuda. Ella trata desesperadamente de soltarse, pero ellos la sujetan con más fuerza.

—Vendrás con nosotros, gatita, tanto si quieres como si no —ríe lujuriosamente uno de ellos—. Tendrás la suerte de gozar de la guerra en nuestra compañía. Celebraremos una orgía, con suspiros y todo lo demás.

Pero, por lo visto, la aterrorizada joven no quería tomar parte en una orgía. Da una patada en la rodilla a uno de los granaderos. Este lanza una serie de juramentos impresionantes y la agarra brutalmente del cuello con una mano sucia y sudada.

—Escucha, gatita salvaje —gruñe, de mala manera—. O te portas como un ser civilizado o te aplastaré esa carita tan linda. ¿*Panjemajo*^[3], perra bolchevique? Hace mucho tiempo que yo y mi compañero no hemos catado

carne fresca, ¿*Panjemajo*, bolcheviquita? Celebraremos una orgía y tú serás la atracción principal. ¿*Panjemajo*?

—*Da* —murmura ella, y parece renunciar a todo intento de resistencia.

—Se acabó la fiesta —gruñe *el Viejo*, cubriéndoles a los tres con su metralleta—. ¡Soltadla! ¿O preferís que celebremos primero un pequeño consejo de guerra?

—¡Lo que me faltaba oír! —grita el más corpulento de los dos granaderos panzer, echándose atrás el casco sobre la cabeza—. Tienes mal genio, ¿eh? ¡Cierra el pico, dragón de pacotilla!

Han soltado a la chica y buscan las metralletas que llevan colgando sobre el pecho. No han visto a *Hermanito* y a *Porta*, plantados detrás de ellos.

—¡Arriba las manos! Veamos si sois capaces de hacerles cosquillas a los ángeles en las plantas de los pies —grita *Porta*, sonriendo satisfecho.

Los dos granaderos panzer giran en redondo, con las metralletas preparadas. Unas balas pasan zumbando junto a la cara de *Porta*.

Deliberadamente, *Hermanito* corta a los granaderos casi por la mitad con una ráfaga de tiros de su «Kalashnikov».

Uno cae al suelo, saliéndole las tripas de la panza abierta. El otro es derribado sobre la espalda y trata de deslizarse entre las orugas del tanque.

—Que lo paséis bien —ríe *Hermanito*—. ¡Ved lo que les sucede cuando se sorprende a unos niños que tratan de pellizcar un coño!

—¿*Era* necesario esto? —pregunta *el Viejo*, enfurruñado y apartándose el casco de la cara.

—¿Y qué querías que hiciéramos? —protesta *Hermanito*, ofendido—. Esos dos bastardos iban a matarnos.

—El mundo es así —suspira *Porta*. Empuja el cadáver más próximo con la punta de la bota—. ¡El que dispara primero vive más tiempo!

El Viejo respira hondo. Al bajar por la abertura de la torreta, estalla en una loca carcajada. Sabe muy bien que esta guerra nos está devorando a todos. Protestar contra la crueldad de la muerte es completamente inútil.

—¿Dónde ha ido la moza? —pregunta *Porta*, mirando curiosamente a su alrededor.

—Allá va, corriendo como una loca —dice *Hermanito*, riendo y señalando con un dedo—. Parece que se ha hartado de los alemanes.

Las balas de una ametralladora rebotan en las fachadas de las casas, arrojando tierra y mortero sobre el jeep. Volvemos a sentir en nuestras gargantas el nudo fuerte y blando del miedo.

—Vamos —dice *el Viejo*—. ¡Sigamos adelante!

—¿Puedo pedirle prestado el uniforme a ese grandullón? —pregunta *Hermanito*.

—¿Para qué diablos lo quieres? —inquire asombrado *el Viejo*—. ¿No te basta con el que te prestó Adolfo?

—No eres lo bastante previsor —dice *Hermanito*, sonriendo con astucia—. Cuando *Grofaz*^[4] haya perdido su guerra y nos enrolen en el otro bando, no será mala cosa tener un uniforme para empezar.

—Esperas un milagro, hijo —ríe Porta.

—Entonces —pregunta Julius Heide, frunciendo los párpados—, ¿debemos entender que vuelves la espalda al Führer y al *Reich* y ya no crees a pies juntillas en la Victoria Final? Me pregunto qué dirá el NSFO^[5] cuando le entregue mi informe.

—Ese Julius es una mierda —grita *Hermanito*, desternillándose de risa—. Por más vueltas que dé el mundo, nunca será más listo de lo que es.

—Él es como es —dice ahora Porta—. Un verdadero hombre de los nuevos tiempos. Un soldado alemán bien adiestrado que come y caga a las horas estipuladas, y estira la pata y se siente feliz como una alondra, por estar en compañía de patriotas chalados y de generales majaretas. *Heil* Hitler!

—Tomo buena nota de todo esto, *Obergefreiter* Porta —gruñe, indignado, Heide—. Tendrás que repetirlo palabra por palabra en tu consejo de guerra. ¡El día en que cuelgues de una soga será el más feliz de mi vida!

—Entonces será mejor que la diñes, hijo mío, antes de que los *untermensch* se salgan con la suya. O seré yo, el *Obergefreiter* Joseph Porta por la gracia de Dios, quien cargue todo su peso en el *otro* extremo de la cuerda —responde Porta, soplando el cañón de su metralleta.

—¡Arriba, perezosos! —les riñe *el Viejo*—. Ahí viene Löwe. Apartad vuestros dedos ladrones de los cuerpos de los rusos. Si no lo hacéis, os espera un consejo de guerra. ¿Y sabéis lo que significa esto?

—Adiós muy buenas, dormilón —dice *Hermanito*, dándole unas palmadas cariñosas en la mejilla.

Porta tiene el tiempo justo de apoderarse de los documentos de identidad del ruso.

—Esto también es vendible —dice, haciendo un guiño, mientras se desliza por la abertura de la torreta—. Cuando termine esta guerra mundial alemana, los documentos personales valdrán dinerito. Todos y cada uno harán cola para empezar una nueva vida.

Y ríe para sus adentros, pensando en esta idea.

—¡Jesús, qué *cansado* estoy! —gime *Barcelona* cuando, un par de horas más tarde, se detiene la sección en una plaza despejada. Todos esperan que aquel alto signifique un período de descanso.

De pronto, la plaza se llena de soldados rusos. Algunos van armados hasta los dientes; otros están medio desnudos debajo de los largos capotes caqui, que ondean al viento. Pero tienen una cosa en común. Todos llevan las manos levantadas sobre la cabeza y gritan *Tovaritsch*^[6], llamamiento universal con que se pide permiso para conservar la vida. Aunque parezca extraño, la vida sólo parece empezar a ser realmente valiosa cuando hemos renunciado a toda esperanza y a toda ambición.

El Viejo salta fatigosamente de su torreta a los adoquines cubiertos de fango.

Hordas de soldados rusos de Infantería, grises y desesperados sus semblantes, pasan empujándose por su lado. Sólo con dificultad consigue no verse arrastrado por ellos.

—Cualquiera diría que tienen prisa para ir a ver la última película porno —grazna Porta—. Ten cuidado de que no *te* lleven prisionero con ellos, *Viejo*. ¡No queremos perderte de esta manera!

El corpachón de *Hermanito* bloquea la ventanilla lateral del tanque. Boquiabierto, contempla la riada humana vestida de caqui que fluye alrededor del vehículo. Llena la calle de un lado a otro. Hay los restos de un tranvía incendiado en su camino. La riada pasa por encima de ellos, no los rodea.

—¡Santa Madre rusa de Kazan! —exclama asombrado *Hermanito*—. Ahí está todo el maldito Ejército Rojo, vaya que sí. Jamás había visto tantos rusos de una vez en mi puerca vida de alemán.

—Proteged vuestra virginidad, hijos míos —dice Porta, metiéndose de nuevo en el tanque—. Si ese montón de héroes cansados llega a darse cuenta de que *ellos* son muchos y *nosotros* pocos, nuestra participación en esta jodida guerra terminará sin que nos demos cuenta.

—Tirad piedras a los cuervos —gime, temeroso, *Hermanito*. Se mete rápidamente en el tanque y cierra la ventanilla—. ¡*Vayámonos* de aquí!

El «Puma» de *Barcelona*, un blindado de ocho ruedas, resbala y se detiene con estrépito. Su largo cañón de 75 mm sobresale amenazador de la torreta baja. El tanque choca de refilón con el tranvía incendiado, produciendo un chirrido metálico. Algunos rusos quedan atrapados debajo de las pesadas ruedas. Lanzan gritos sobrecogedores. Otros soldados tiran de ellos y les apartan de allí.

Nosotros apenas lo advertimos. Es el pan de cada día. De todos modos, hay demasiados prisioneros. ¿Qué importan unos pocos más o menos?

Barcelona se asoma a la torreta, levanta sobre el casco las enormes gafas contra el polvo y grita algo incomprensible.

La cara negra africana de Albert aparece en la abertura del lado del conductor.

—¡Guau, guau! —ladra a los prisioneros rusos, mostrando sus blancos y brillantes dientes.

Ellos saltan hacia atrás, asustados al ver un alemán negro.

—Se imaginan que va a comérselos —ríe Porta, con su estilo de golfillo berlinés—. Dentro de unos días lo publicarán en *Pravda*: ¡El enemigo capitalista emplea tropas caníbales!

—Para ese maldito motor —ruge *el Viejo*, con irritación—. ¡No puedes oír tus propios pensamientos!

—*Estás* de mal humor —dice *Barcelona*, sonriendo ampliamente—. ¡Animaos! Esa guerra no es más que el principio de algo mucho, muchísimo peor. Os traigo un pequeño mensaje de saludo del cuartel general del Estado Mayor. Poned vuestros culos en marcha, muchachos, y de prisa. Id al frente y derribad algunos de esos paganos sin Dios, de modo que los que queden con vida puedan arrastrarse hasta su lugar de origen. Por eso nos pagan, ¿sabéis? Yo seguiré como número tres.

—¿Quién es el dos? —grita Porta a través de la mirilla del conductor.

—El *Nómada del Desierto* en su «P-IV» —ríe *Barcelona*, satisfecho—. Está acostumbrado a buscar camellos desde que hizo su aprendizaje en el Sahara.

—¿*Camellos*? —pregunta, sin comprender, *el Viejo*—. En esta guerra no hay camellos, ¿verdad?

—Ya lo verás —responde *Barcelona*—. Antes de que te des cuenta tendrás el morro de un camello ante tus narices, amigo mío. Iván envió una división entera de camellos desde la estepa de los calmucos.

—¡Santa María, madre de Dios! —grita Porta, entusiasmado—. Podré preparar bistés de camello. Tengo una receta maravillosa que me dio un beduino, en agradecimiento por no haberle atropellado cuando invadimos Francia. Escuchad...

—No quiero oír una palabra más sobre comida —declara *el Viejo*.

—¿A qué bastardo de culo reluciente se le ocurrió que debíamos ser *nosotros* otra vez? —pregunta *Hermanito*, mirando cautelosamente por encima del borde de la escotilla.

El número de prisioneros rusos que se cruzan con nosotros hace que todavía se le enfríe más la sangre.

—El jefe de la división —responde *Barcelona*, con una mirada tan altiva que cualquiera diría que es él el jefe del Estado Mayor—. *Herr General Culo y Bolsas* quiere un poco más de plata para colgarse del cuello, y nosotros somos los muchachos que vamos a proporcionársela. A propósito, he oído decir que Gregor se la cargó por estrellar el «Kübel» de *Culo y Bolsas*. El general fue a parar a la copa de un árbol, con sus botas y gorra y todo lo demás, dando un susto de muerte a los cuervos que estaban allí. A Gregor le han dado la patada y pronto estará de nuevo con nosotros.

Podemos oír el «P-IV» de *el Legionario* que arranca detrás de la terminal del tranvía. Los motores «Maybach» se paran una y otra vez. El encendido zumba una vez tras otra. Entonces se producen estruendosas explosiones en el fondo de la estrecha calle lateral. Los potentes motores empiezan a funcionar. Los estampidos de los tubos de escape atruenan el aire y llenan toda la calle.

Nuestro motor arranca inmediatamente. Un hedor a petróleo y a aceite caliente se esparce en el aire húmedo. Los gigantes de acero traquetean subiendo la empinada calleja y la tierra tiembla bajo sus orugas. *Barcelona* agita las manos con entusiasmo desde la torreta de su carro de la basura y después desaparece en el interior, cerrando de golpe la escotilla.

Dando un giro, gracioso como una figura de ocho de un patinador, el pesado vehículo blindado de ocho ruedas desaparece calle abajo, lanzando trozos de barro con las mismas.

Nosotros rodamos desafortadamente hacia delante, seguidos de *el Legionario* en su «P-IV». Adoquines y tierra son arrancados por nuestras orugas, dejando heridas grises en la mal pavimentada superficie de la calle.

—¡Jesús, Jesús! —grita *Hermanito*, descargando un puñetazo sobre una granada—. ¡Menuda factura nos presentarán si un día tenemos que pagar todos los daños que estamos haciendo en este país! Sospecho que lo más prudente será perdernos de vista durante un tiempo, ¡cuando hayamos perdido la maldita Victoria Final!

—*Aquí no se oye más que mierda* —silba Heide.

Golpea furiosamente el aparato de comunicación, que se ha declarado en huelga otra vez.

—¿Habéis oído? —ríe bromista Porta—. El soldado del Führer está recobrando el juicio. Dicen que los programas de radio de *Grofaz* son una mierda.

—El Führer no tiene la culpa —replica Heide. Sacude la radio—. Es un sabotaje instalar una radio de antes de la guerra en un tanque «Panther» recién salido de fábrica.

—Entonces, quéjate a Speer —sugiere *Hermanito*, con una amplia sonrisa—. ¡Es él quien está haciendo el sabotaje! ¡Menuda estupidez confiar a un viejo transportista cabrón la dirección de toda la industria de guerra!

—Idiota —gruñe Heide, empezando a desmontar la radio con rápidos y seguros dedos.

De pronto, el aparato empieza a sonar y una algarabía de voces excitadas llena el tanque. Toda la red está sobrecargada con las voces histéricas de los mandos de los tanques. Todos han visto al mismo tiempo las posiciones enemigas, y los cañones empiezan a disparar sin orden ni concierto. Un cañón de sitio de 75 mm es alcanzado por una granada alemana y salta por los aire. Llueven trozos de metal al rojo.

Despertamos inmediatamente. La fatiga desaparece de nuestros cuerpos. En una batalla de tanques, el equipo más veloz es el que triunfa.

Aprieto el pedal y preparo el cañón. Entonces veo el «Puma» de *Barcelona* que retrocede rugiendo hacia nosotros. La ametralladora de Heide tabletea furiosamente, enviando una lluvia de balas trazadoras por encima del río, que está cubierto de una gruesa capa de hielo hecho añicos.

—Mueve el dedo —grita *el Viejo* con impaciencia, dándome un puñetazo en el hombro—. ¡Tienes tu blanco! Dispara contra el fogonazo. ¡Dale, hombre, si no te importa! ¿O *quieres* que nos asen vivos?

Nerviosamente, hago girar unos grados la torreta, pero no puedo ver nada. Sólo la oscuridad y los copos que caen en remolinos. La nieve se posa en los bordes de las mirillas como algodón mojado.

—¡Dispara de una vez, maldito idiota! —grita furioso *el Viejo*—. ¿Quieres que nos maten a todos?

El brutal martilleo de las dos ametralladoras llena el tanque. Las balas trazadoras, con sus largos dedos plateados, buscan a tientas carne enemiga.

El «Puma» de *Barcelona* desciende en zigzag por la ancha avenida, ahora completamente limpia de prisioneros rusos.

Sus tres ametralladoras escupen espesas y rápidas ráfagas de trazadoras hacia las riberas grises y blancas del río. La Infantería rusa apostada allí nos envía a su vez una lluvia de fuego.

—Lanzadles tres granadas de alta potencia —ordena bruscamente *el Viejo*—. ¡Esto dará algo en que pensar a esos locos bastardos!

Al caer los proyectiles de alta potencia entre dos nidos de ametralladoras, se eleva un surtidor de barro, sangre y nieve. Ahora las trazadoras vienen contra nosotros, rebotando en una loca danza entre los árboles que flanquean la avenida.

Dos «P-III» y un «P-IV» saltan por el aire envueltos en las llamas rugientes de la explosión del petróleo. Cuelgan hombres de las torretas, con los cuerpos rechinando y chisporroteando como antorchas empapadas en grasa.

Un nuevo sonido se mezcla con la cacofonía de este concierto diabólico. El nuevo y sibilante zumbido de los órganos de Stalin.

Cuarenta y ocho cohetes cruzan el aire en nuestra dirección, con sus largas estelas de llamas parecidas a las colas de los cometas. Entonces, como payasos en un circo, levantan la cola y caen verticalmente sobre el suelo. No nos dan impresión de peligro, pues, más bien, parecen una extraña clase de fuegos artificiales. Pero cuando golpean el suelo, aquella impresión cambia por completo. Hacen unos cráteres tremendos y la onda expansiva comprime el aire en nuestros pulmones.

Entre el rugido de los órganos de Stalin, suena el estridente silbido de una granada antitanque que viene hacia nosotros. Con un ruido ensordecedor golpea y perfora la plancha anterior del «P-IV» del *Feldwebel* Weber. Se desvía al pasar al interior del tanque y sale por la torreta, llevándose consigo a Weber. Este cae sobre la calzada con un sordo chasquido. La parte inferior de su cuerpo está completamente aplastada. Brota sangre a raudales de su cara destrozada.

Dos soldados ensangrentados salen tambaleándose del «P-IV» en llamas. El conductor se cubre la cara con las manos, corre en círculos, chillando como un loco; después se derrumba sobre la nieve fangosa.

Un «P-III» viene roncando a gran velocidad. Pasa por encima del conductor, dejando solamente trozos de carne y jirones de uniforme ensangrentados.

—*Ven, muerte, ven, dulce muerte* —canturrea la voz de *el Legionario* en la radio.

El otro soldado cae sobre un montón de varillas metálicas retorcidas, perforado una y otra vez por una ráfaga de trazadoras que parece durar una eternidad.

Gritos y alaridos llenan el aire como las notas de un órgano loco. La larga terminal del tranvía se derrumba como un castillo de naipes. Nada queda de ella, salvo unas vigas retorcidas y una enorme nube de polvo de ladrillos y de

mortero pulverizados. En medio de aquella desolación, un tranvía permanece cómicamente vertical sobre una de sus plataformas. Yo miro fijamente a través de la mira, pero no puedo descubrir el blanco. Siento deseos de abrir la escotilla de la torreta y echar a correr, lo más de prisa y lo más lejos que puedan llevarme mis piernas.

—¡Duro con ellos! —ruge impaciente *el Viejo*—. ¿No ves cómo nos atacan? Si estás cansado de la vida, por el amor de Dios, ¡muérete y acaba de una vez!

—Sólo deseo que el diablo se lleve al maldito cerdo que inventó la pólvora sin humo —maldigo furiosamente y hago girar dos grados más la torreta—. Antes podíamos ver desde dónde disparaban.

—Deja de quejarte, hijo —dice Porta—. Las guerras mundiales son como tienen que ser, no como *tú* querías que fuesen. Ahora tenemos pólvora sin humo, y hemos de aguantarnos.

—Es inútil que trates de explicarle nada —gruñe *Hermanito*—. Él piensa con los pies, ¡vaya que sí!

Yo sigo mirando fijamente hasta que me duelen los ojos inflamados. Muevo lentamente la mira hasta que sorprendo el fogonazo de un 85 mm. Sin desviar la mirada un solo segundo, ajusto la puntería. Líneas y números bailan ante mis ojos. El largo cañón desciende, como saludando a su blanco.

El Viejo enfoca sus gemelos nocturnos desde el borde de la torreta.

—¡Que Dios se apiade de nosotros! —murmura—. ¡Es todo un batallón PAK^[7]!.

—¡Lanzadles una lluvia de mierda! —grita Porta desde el asiento del conductor—. Si no, seremos *nosotros* los que volaremos a gran altura. Y puedo aseguraros que eso no me atrae.

Concentro toda mi atención y mi energía en los atareados artilleros de la otra orilla. Cuatro fogonazos iluminan las copas de los árboles con un fantástico fulgor azul y rojo. Por un instante, veo claramente la dotación del PAK. Silban granadas sobre el terreno llano y estallan en la avenida, arrancando adoquines de un gris azulado y haciéndolos volar en todas direcciones, como nuevos e incontrolados proyectiles.

Las explosiones atruenan el aire. Las pocas ventanas que quedaban saltan hechas pedazos.

Una forma humana gira en el aire. Parece una mujer, pero este incidente no es más que un *intermezzo* en aquel infierno de explosiones.

—¡Menudo viaje! —suspira Porta—. Ha hecho méritos para ingresar en las fuerzas de paracaidistas.

Sólo escucho a medias a Porta, tan absorto estoy en mi blanco.

El cañón largo, con su nueva protección contra el humo, gira lentamente y sin ruido. Afino la puntería sobre uno de los hombres que trajinan allí abajo. Ahora puedo ver con toda claridad al jefe de la batería rusa. Parece un actor en el escenario, iluminado por rayos de luz azul que hacen las veces de candilejas.

—Fantástico —murmuro inconscientemente, casi disfrutando con la vista del alto y esbelto oficial con su capote gris castaño hasta los tobillos. Lleva el gorro de piel descaradamente inclinado sobre un ojo. Corrige el fuego de su batería, ignorando en absoluto el nuevo aparato óptico que nos permite ver a través de la niebla y en la oscuridad como si fuese de día—. Fantástico —repito, sintiéndome furiosamente entusiasmado por ser el único hombre capaz de decidir el tiempo que seguirá con vida el alto oficial ruso.

—¿Qué dices? —pregunta *el Viejo*, mirándome con curiosidad desde la torreta.

—Está soñando en el bastón de mariscal de campo —se burla *Hermanito*, riendo roncamente.

—Te has dormido, ¿eh? —pregunta con enojo *el Viejo*, golpeándome el hombro con sus gemelos de noche—. ¿A qué estás esperando? ¿Por qué no disparas de una vez? ¡Fuego, he dicho! ¡Fuego, malditos sean tus ojos! ¡Vuélales el culo!

Agarro el disparador con fuerza innecesaria...

El cañón dispara con un estampido ensordecedor. Una llama de un metro de longitud brota de la boca del cañón. El pesadísimo vehículo retrocede sobre sus orugas, como saludando cortésmente al proyectil que acaba de lanzar.

—Cargado, seguro fuera —dice *Hermanito* con voz cavernosa, al cerrarse la recámara con un chasquido.

El casquillo caliente rebota sobre las planchas de acero.

Hermanito lanza un juramento y le da una patada, enviándolo hacia Julius Heide. Este lo recibe en el cogote. Heide se pone en pie de un salto, terriblemente furioso, y corre hacia *Hermanito* empuñando una granada de mano.

—El día menos pensado te aplastaré el cráneo, apestosa rata de cloaca de Hamburgo —silba entre dientes, pálido de furor, y golpea a *Hermanito* con la granada.

—¡Basta, y cerrad el pico! —ordena *el Viejo*—. Cuando todo esto haya terminado, por mí podréis *mataros*. Mientras tanto, seguíis siendo soldados.

¿Por qué, *por qué* tuvieron que cargar la Segunda Sección sobre mi espalda?
¡Maldito sea aquel día!

—En realidad, tú nos quieres —dice *Hermanito*, sonriendo complacido—. Si te tomásemos en serio y te abandonásemos, antes de que te perdiésemos de vista estarías más muerto que un arenque ahumado colgando de la chimenea. Te ahogarías con tus propias lágrimas y nunca podrías volver a casa.

Aprieto los ojos a la mira y sigo la trayectoria del proyectil. Un surtidor de nieve y llamas se eleva cerca de los árboles.

Cuerpos vestidos de caqui vuelan por el aire. Una cureña de cañón sale lanzada hacia un lado, arrastrando consigo todo un seto de arbustos.

El Viejo vocifera órdenes por radio a los otros vehículos de la sección. «Panther» y «P-IV» ruedan por la ancha avenida y bajan por las calles laterales, con grandes estampidos de los tubos de escape. Las anchas orugas chirrían y repican sobre los adoquines grises. La Tercera y la Quinta Secciones se detienen a ambos lados de la calle. Están tan cerca de las paredes de los caserones que la flanquean que arrancan yeso de ellas, con chirridos que destrozan los nervios.

Se abre una ventana en un segundo piso. Una vieja tocada con un cómico gorro de dormir chilla con furor histérico y nos amenaza sacudiendo un puño.

—*Ssvinja* —grita, y arroja un objeto al tanque más próximo.

Se oye una fuerte explosión. Surgen llamas cegadoras.

—Esa perra loca lanza granadas —grita Porta y sacude la cabeza, haciéndose cruces de que alguien pueda ser tan imbécil.

—Pronto habrá terminado —gruñe Heide, con voz asesina.

Abre la ventanilla de la radio y apoya la culata de la metralleta en el hombro. Envía fríamente tres breves ráfagas de balas contra la furiosa mujer de camión verde.

Esta lanza un grito estridente, cae de la ventana y se estrella contra los adoquines cubiertos de nieve. Mientras cae, se desprende su anticuado gorro de dormir. Revolotea un poco detrás de ella y se posa, como un pájaro herido, sobre nuestro cañón.

—¡Jesús! —chilla *Hermanito*, estirando el cuello—. Esto es un buen presagio. Recuerdo una vez en que yo y David, el hijo del peletero judío de Hein Hoyer Strasse íbamos en unas bicicletas de reparto, con un cargamento de gorros de piel. Cuando pasábamos por delante de Zirkus Weg, algún cabrón arrojó un preservativo usado por la ventana de un tercer piso. Unas bragas siguieron el mismo camino, bajaron revoloteando ligeramente y aterrizaron, con toda limpieza, en mi vieja cabezota. Un par de polizontes en

bici se había echado sobre nosotros. Nos habían visto «tomar prestados» los gorros en Alster 'Ouse. Sea como fuere, cuando los dos guripas vieron aquella máquina de fornicar cayendo del tercer piso, se olvidaron de nosotros y salimos de rositas. De la misma manera, ¡este maldito gorro de dormir va a traernos suerte!

El «Puma» de *Barcelona* abre fuego. En los minutos siguientes, la Segunda Sección envía una lluvia de explosivos de alta potencia a la posición antitanque de los rusos.

Una nube de polvo y de toda clase de escombros se eleva sobre la otra orilla del río. La tierra ha sido literalmente barrida de todo lo que en ella permanecía en pie.

Las innumerables «Maxims» guardan silencio. Al disiparse la nube de polvo, vemos un enorme montón de chatarra en el sitio donde había estado la batería PAK.

—Se acabó —dice *el Viejo*, encendiendo su pipa con tapa de plata.

Se echa cansadamente atrás el casco y se mesa los cabellos grises.

—¡Diablos, cómo *pica*! —dice, rascándose violentamente la cabeza con ambas manos—. ¡Todo por culpa de estos malditos cascos de cuero!

Hermanito se pasa una mano sucia por la cara tiznada de hollín y saca un cigarro gordo de la bolsa de su máscara antigás. Con el arrogante ademán de un gángster de cine, lo enciende y sopla el humo sobre el cuello de Heide.

Porta pasa la botella de vodka por encima del hombro. *Hermanito* es el primero en echar un trago largo. Yo he tenido apenas tiempo de llevarme la botella a los labios cuando se produce una explosión ensordecedora. Una 120 mm por lo menos.

—¡Santa Madre de Kazan, Jesús y María! —exclama *Hermanito*, dejando caer, alarmado, su cigarro—. ¡Esto puede acabar con la mitad de nuestro dichoso mundo!

—«KW-2» —dice desdeñosamente Heide.

El Viejo gira en redondo en la torreta, buscando el origen de aquella amenaza.

La noche es desgarrada de nuevo por un estruendoso disparo de cañón de 120 mm del «KW-2».

Uno de los «P-IV» de la Tercera Sección es alcanzado. Rueda por la calle como una caja de cartón. Hay una enorme brecha en su costado. Dos hombres de los cinco de la dotación saltan del tanque destrozado; son dos antorchas vivientes. El «P-IV» se eleva como una bola de fuego. Trozos de orugas y de blindaje llueven sobre nosotros.

—¿Dónde diablos *está* ese bastardo comunista? —grita histéricamente *Barcelona* por la radio.

El «Puma» serpentea cuesta arriba y se pone a cubierto detrás de las ruinas de una fábrica de conservas. El resto de la sección se desparrama en todas direcciones. El «KW-2» se mueve lentamente, pero sus granadas convierten en chatarra todo lo que tocan.

Porta es el primero en hacerse una idea clara de la situación. Con razón se elige, en una compañía de tanques, al hombre de inteligencia más rápida para la función de conductor.

—Detrás de aquella casa —grita, acelerando su vehículo—. El muy cerdo está allá abajo. ¡Jesús, qué cañón! ¡Un cosaco con su montura podría tumbarse cómodamente de espaldas en su morro...!

—Sí, ¡que el diablo me lleve! —grita alarmado *el Viejo*—. Allí está el muy cabrón. Mirádonos. Gira setenta grados. Directamente a ochenta metros. La torreta a las cinco del reloj. ¡Comprendido! ¡*Muévete*, hombre, maldito seas!

—Ya lo tengo —murmuro, sintiendo un escalofrío en toda la espina dorsal al ver aquella silueta gigantesca, gris y blanca, con un cañón como un bulldog sobresaliendo de la enorme torreta.

—¡Santa María, Madre de Dios! —La voz de *Barcelona* nos llega por la radio—. ¿Habéis visto aquel bastardo? Si nos pilla una sola vez, nuestros pies no volverán a tocar el suelo hasta que aterricemos en la Potsdammer Platz de Berlín para ser recogidos por los barrenderos.

Contengo ansiosamente el aliento mientras apunto al monstruo blindado. Su pesada torreta empieza a girar lentamente. Indudablemente, anda detrás de nuestro pellejo.

—¡Fuego! —me ordeno yo mismo.

Antes de que se haya extinguido el fogonazo, nuestra granada alcanza al «KW-2». Estalla contra su blindaje, produciendo una lluvia de metralla resplandeciente. ¡Una explosión inofensiva! Habíamos olvidado que la carga era explosiva.

—¡*Renuncio*! —grita furiosamente *el Viejo*, golpeando con los puños el anillo de la torreta—. ¡Esta patochada de novatos os valdrá un consejo de guerra! ¡No quiero perder más el *tiempo* con vosotros!

—¡Magnífico! —vocifera Porta, mondándose de risa—. Te dicen que le atices y cargan el cañón con una granada explosiva que ni siquiera le hace cosquillas. Inténtalo ahora con una trazadora y tal vez le pintarás un poco el culo. ¡Apuesto a que le gustaría!

—Jesús y María, ¿qué pasa ahora? —pregunta *Hermanito*, mordiendo violentamente la colilla de su cigarro apagado.

—¡Lo que me faltaba! ¡Lo que me *faltaba*! —grita *el Viejo*, el rostro morado de rabia—. ¿Y preguntas qué *sucede*? Cargaste el cañón con una granada explosiva, tú, que siempre has sido un criminal y un imbécil. ¡Eres un simio sin sesos, analfabeto, antisocial! ¡Mira que arrojar una granada explosiva contra el tanque más grande del mundo! ¡No *puedo* aguantar más!

—Cálmate, *Viejo*. Si continúas así te morirás de un ataque al corazón —dice *Hermanito*, en tono paternal—. Todo el mundo puede equivocarse. Incluso en una guerra mundial se producen pequeños errores. Aquí hay una granada S rompedora, ¿lo ves? Podemos arrojársela antes de que se dé cuenta. Nuestros vecinos son lentos en hurtar el cuerpo a nuestras armas mortíferas. Lo hemos visto montones de veces. Somos los alemanes quienes llevamos la voz cantante en esta guerra de hombres.

—Te someteré a un consejo de guerra —le promete *el Viejo* pálido de furor—. ¡Y yo mismo te llevaré a Germersheim cuando te condenen a cadena perpetua!

—¡Me importa un bledo! —dice *Hermanito*, con un guiño de indiferencia—. Me soltarán cuando Adolfo haya perdido su Victoria Final. Y probablemente me nombrarán *Bürgermeister* de alguna ciudad divertida.

—Si eso fuese verdad, me gustaría vivir en la ciudad de la que seas *Bürgermeister* —ríe Porta—. ¡Sería fantástico! Y ciertamente pasaría a la Historia como el mayor bromazo que jamás se haya hecho en Alemania. Envíale a Germersheim, *Viejo*, para que podamos ir a ver a un *Bürgermeister* distinto de todos los que han existido hasta ahora.

Barcelona y yo disparamos al mismo tiempo. Nuestras granadas alcanzan simultáneamente al vehículo, arrancándole a medias la torreta. El jefe de la dotación aparece en la escotilla en el mismo momento en que el «P-IV» de *el Legionario* escupe un largo fogonazo. El ruso queda cortado por la mitad como por una sierra circular.

—*Panzer, Marsch!* —ordena *el Viejo*, pataleando impaciente sobre las planchas de acero del suelo.

Nuestro tanque gira y rueda estruendosamente detrás del «Panther». Dejamos tras de nosotros un infierno de llamas.

Aplastamos muebles arrojados desde las casas por las explosiones. Un cuerpo que yace desparramado sobre los raíles del tranvía, agarrando todavía una «Schmeisser», queda hecho papilla debajo de nuestras orugas. Dos pavos salen de un gallinero y corren delante nuestro balanceando la cabeza.

—¡Por Dios y por todos los profetas! —grita Porta, con voz ahogada—. ¡Allá va nuestra cena de Navidad! Suspended un momento la guerra mundial. ¡Esos dos *tovaritsch* pavos son más importantes! —Antes de que nadie pueda impedirselo, ha detenido el tanque y abierto la portezuela del conductor—. Vamos, *Hermanito*, ¡deja en paz las granadas! ¡Hoy comeremos pavo asado!

—¿Qué se está cociendo? —pregunta *Hermanito*, abriendo la portezuela lateral sin reparar en las balas que silban en el exterior—. ¡Jesús y *María*! —grita satisfecho, saltando del tanque.

Antes de que *el Viejo* tenga tiempo de reaccionar, las enormes y sucias botas de *Hermanito* levantan trozos de barro al correr detrás de las aterrorizadas aves.

—¡Jamás se ha visto cosa igual! —grita, furiosamente *él Viejo*—. ¡Abandonar su puesto en el tanque durante un combate! ¡Es lo peor que han hecho hasta ahora!

—Yo te serviré de testigo —ofrece Heide, y su semblante se ilumina—. Deserción ante el enemigo. ¡Les acusaremos de esto!

—Tú cierra el pico —le ordena *el Viejo*, chirriando los dientes.

Saca cautelosamente la cabeza sobre el borde de la torreta para tratar de ver a los cazadores de pavos.

—Tu deber es denunciarles, para que tengan que comparecer ante un consejo de guerra —grita Heide, dejándose llevar por su mentalidad de suboficial sediento de sangre.

—Te he dicho que cierres el pico —silba *el Viejo*. Saca su «P-38» de la funda—. Sigue hablando y te volaré la cabeza por desobedecer una orden.

—¿Os habéis vuelto locos? —dice roncamente la voz de Barcelona *en la radio*—. ¡*Cojones*^[8], los han pillado! Terminemos rápidamente esta maniobra y hoy podremos sentarnos a comer pavo asado.

—Deseo informar sobre la captura de dos prisioneros —grita jubilosamente Porta, mientras pasa por la portezuela del conductor con los dos enloquecidos pavos rusos colgando de una mano.

Al cabo de un momento, todo el interior del tanque parece estar lleno de aterrorizados pavos. Sus alas golpean nuestras caras como si fuesen látigos. Corre sangre por la mejilla de *Hermanito*, debido al picotazo de un pavo.

—¡Socorro! —aúlla—. Ese truhán quiere comerme. ¡*Matadlo*!

El aterrorizado pavo se posa en la espalda de Heide y empieza a martillarle la nuca, como si quisiera abrirse paso a picotazos Heide grita, impresionado y dolorido, y golpea el ave con los puños.

—¡Los dos sois unos fanáticos! —grita desesperadamente Porta.

Da un golpe a uno de los pavos, que parece haberse vuelto completamente loco.

—No puedo soportarlo más —gime *el Viejo*, inclinándose desatentadamente sobre el borde de la torreta—. Dios todopoderoso, ¡ayúdame a alejarme, a irme muy lejos de la Segunda Sección! ¿Qué he hecho yo para merecer este castigo?

La radio emite un ruido seco y ruge.

—Por el amor de Dios, ¿por qué se han parado, Beier? —dice la voz irritada del jefe de la compañía, *Oberleutnant Löwe*—. Siga adelante, maldita sea, o tendrá que responder de esto. Siempre es su maldita sección la que pierde el compás. Rompan el bloqueo de la carretera en el puente y limpien los nidos de ametralladoras. Pero tengan cuidado. La zona está minada. ¡*Adelante*, caballeros!

Hace una pausa momentánea para recobrar aliento.

—Usted va en cabeza, Beier. Usted y su puerca sección, que quisiera ver arder a fuego lento en el infierno. Su función es marchar... y *seguir marchando*. Si ustedes se detienen, todos se detienen. El jefe de la división quiere que este trabajo se haga de prisa, repito, ¡de prisa!

—Rata podrida —murmura furioso *el Viejo*. Mira cautelosamente por encima del borde de la torreta—. El puente —silba—. ¡Y de prisa!

—Dos muertos más en la lista —dice *Hermanito*, sonriendo con orgullo y levantando los dos pavos muertos.

—Sección Segunda, seguidme —dice *el Viejo* por el micro.

Está tan irritado que podemos oír cómo le rechinan los dientes.

—¿Por qué estás enfadado? —pregunta *Hermanito*, ladeando la cabeza y mirando hacia arriba—. Vas a comer pavo asado con guarnición, como si estuviésemos *realmente* en Navidad. Disfruta de la guerra, pues la paz será terrible. No habrá fiestas en las sinagogas para los soldados veteranos.

Porta detiene el tanque delante del puente y se echa resignadamente atrás en su asiento.

—La excursión se interrumpe temporalmente aquí —dice, con una breve risotada—. Los vecinos han tirado la mitad de un bosque en la carretera. Llamad a los zapadores. Esto es cosa *suya*.

—Nosotros les importamos un bleo —gruñe *el Viejo*—. Salid dos de vosotros y sujetad con un cable esos tres troncos, para que podamos tirar de ellos y apartarlos del camino.

—No seré yo quien lo haga —ríe Porta—. El conductor sólo debe ser empleado para conducir, y debe descansar siempre que pueda. ¡Ahora estoy

descansando!

—¡Julius y Sven! ¡Salid! Rápidos como el viento, *por favor*.

El supersoldado Heide sale del tanque como un rayo. Yo vacilo antes de abrir la portezuela y abandonar la protección de las paredes de acero del tanque. Allí se está al menos a salvo de las balas y de las granadas de metralla de la Infantería. Fuera, el aire está lleno de su zumbido, como un nido de avispas irritadas.

—¿Y si los vecinos nos atacan? —pregunto nerviosamente después de salir del tanque.

—Esta pregunta es fácil de contestar —sonríe Porta, acelerando el motor—. Daremos marcha atrás. El *Reich* de mil años no nos ha confiado este valioso tanque para que dejemos que un vecino imbécil lo destruya. En cuanto a vosotros dos, podéis sentirlos orgullosos y felices. Caeréis como héroes, y *Grofaz* enviará una postal a vuestras familias. *Heil! Sieg!*

Miramos temerosamente los toscos costados del tanque, al cerrar Porta la portezuela blindada.

—Cerdo cobarde —silba agriamente Heide, mientras *el Viejo* sigue el ejemplo de Porta y cierra la escotilla de la torreta.

—La gloriosa y heroica muerte viene a nosotros envuelta en un sucio manto de nieve —murmuro para mí.

—¿Qué diablos estás farfullando? —gruñe Julius, mirándome fijamente.

Nos refugiamos detrás de los enormes troncos y trabajamos febrilmente para colocar los cables en su sitio.

Yo no puedo perder tiempo replicándole. Con su mentalidad *herrenvolk*, nunca me comprendería.

Una trazadora lanzada desde la torreta silba sobre nuestras cabezas, atrayendo cadenas de luciérnagas hacia la posición defensiva de los rusos. Entre una granizada de metralla, conseguimos por fin sujetar el cable alrededor del primer tronco. Después tiramos del otro extremo y lo anudamos en los ganchos de remolque del tanque. Tenemos las manos destrozadas y gotea sangre de la punta de los dedos. Suelto un momento el cable para soplar en mis manos destrozadas. Heide estalla en un grito de furor.

—¡Cerdo perezoso! ¡Dejas que yo haga todo el trabajo! —Saca la pistola de su funda y me apunta con los brazos estirados, como un actor de cine—. ¡Arriba, soldado de cartón, o te volaré la tapa de los sesos!

En este momento odio tanto a aquel puerco engreído que me duele el corazón. ¡Qué fastidiosa pomposidad la suya, plantado allí, alto y delgado, con unos labios tan finos que casi son invisibles, y unos ojos azules y fríos

como el hielo! Ni siquiera el más bisoño y belicoso recluta vestiría tan de acuerdo con las ordenanzas como Julius. Y a propósito, ¿qué sabe él que no sepa un recluta? ¡Nada!

Me incorporo iracundo, lleno el cerebro de ideas asesinas. Sé que Heide está lo bastante loco como para disparar contra mí si no me levanto de prisa. Y lo que es peor, se saldría de rositas.

Los «Maybach» rugen con toda su fuerza y el cable queda tenso como una cuerda de violín. Después de varios intentos, los troncos empiezan a rodar. Saltamos como locos para evitar que nos aplasten.

Una ametralladora rusa barre la carretera con una breve ráfaga. Las balas rebotan silbando en los costados de acero del tanque. Se diría que un grupo de tambores ha enloquecido súbitamente sobre sus instrumentos.

Casi hemos terminado de despejar la carretera bloqueada y pensamos ilusionados en volver a la seguridad del tanque, cuando Heide lanza un grito y, de un salto largo, se mete en la cuneta. Resbala como un buldócer sobre la capa de hielo y agua del fondo.

—¡Minas! —chilla.

Me he quedado boquiabierto en la carretera, entre dos enormes troncos, sin entender una palabra. Veo una caja grande, gris y roja, con unos caracteres cirílicos estampados en ella. Una palanca sobresale verticalmente del artefacto. La mina está armada y a punto de estallar. Por un momento, me quedo completamente paralizado.

Nuestro tanque rueda hacia atrás a toda velocidad. Por lo visto, Porta ha observado también el maléfico ingenio dispuesto a sembrar la muerte y la destrucción a su alrededor.

De pronto recobro el sentido en medio de un laberinto de grandes troncos y de chatarra. Miro fijamente, como hipnotizado, el instrumento letal, gris y rojo. Entonces vuelvo a la vida.

—¡Minas! —grito—. ¡Minas!

Como si ellos no lo supiesen. Cuando el vehículo que va en cabeza tropieza con minas, la noticia circula a toda velocidad.

Me arrojo de bruces en un gran charco medio helado y apenas me doy cuenta del agua que se mete en mis botas de fieltro. No tardará en helarse y empezarán a arderme los pies.

—Ayúdame, Dios mío —rezo—. ¡Ayúdame! ¡No permitas que muera aquí!

Reina un silencio total. Incluso las «Maxim» pesadas han dejado de disparar. Parece como si todo el mundo hubiese muerto. Como si la guerra

hubiese contenido el aliento, esperando la explosión de la mina.

Transcurre una eternidad, y no ocurre nada. La mina hubiera tenido que explotar hace ya tiempo. Generalmente, basta con contar hasta cinco. Ya he contado hasta treinta y cinco.

La escotilla de la torreta se abre lentamente y aparece la cabeza de *el Viejo*.

—Moved el culo, cansados guerreros. ¡Acabad con esa mina!

—Tienes que haber perdido la chaveta —replica furiosamente Heide—. ¿No ves que esa bastarda tiene una espoleta de acción retardada?

—Calla y obedece mis órdenes —grita con impaciencia *el Viejo*—. Quitad esa cosa de nuestro camino, *ahora* mismo. No me importa que tenga *diez* espoletas de acción retardada. ¡Quitádmela de delante! ¿Creéis que van a interrumpir la guerra sólo porque habéis tropezado con una mina?

Porta atisba cautelosamente a través de la mirilla del conductor.

—¿A qué estáis jugando? ¿No *queréis* que figuren vuestros heroicos nombres en la gran lápida de piedra porosa delante del cuartel de Paderborn? Dejad que os diga que es un gran honor. ¡Un gran premio nacional!

Levanto la cabeza y echo una mirada a aquella cosa extraña y amenazadora. La palanca apunta al aire como un dedo amonestador. Agarro los alicates que llevo en el bolsillo y me dispongo a arrastrarme hasta la mina para desactivarla. Es en momentos como este cuando un hombre siente que nunca hubiese tenido que seguir cursos de desactivación de bombas.

Un instante después, todo desaparece en un surtidor estruendoso de llamas. Pedazos de troncos vuelan por los aires y llueven en todas partes. Me quedo sordo como una tapia durante varios minutos y tengo la impresión de que una mano de gigante me ha estrujado las entrañas. Dos minutos más, y nada habría quedado de mí. Saltamos dentro del tanque cuando pasa a nuestro lado, traqueteando.

—Habéis hecho un buen trabajo —nos elogia *el Viejo*, con una sonrisa de aprobación—. Acelera, Porta, dale más gas. ¡Tenemos un largo camino por delante!

—Sí; si vamos a China, queda aún un buen trecho —ríe satisfecho Porta.

—¿China? —murmura *Hermanito*, mientras guarda unas granadas en el armario de las municiones—. ¿No es ese país donde comen con palillos y engordan a base de arroz? No nos detengamos. Nada mejor que un arroz hervido con arenques pequeños.

—Puedo darte la dirección de un buen restaurante en Pekín —ríe Porta, pisando el acelerador.

La división blindada avanza inexorablemente, adentrándose en Ucrania. Muchos caen, muchos más quedan mutilados. El paisaje es tétrico. Se acerca la frialdad gris del invierno ruso. Los tanques traquetean y zumban al cruzar pueblos negros de hollín, al abrirse paso entre grandes montones de carbón. No vemos un solo árbol. La vegetación, la hierba, todo lo verde ha desaparecido. Ni siquiera queda rastro de los famosos campos de girasoles. La locura salvaje de la guerra lo ha devorado todo a su paso. La guerra es omnívora.

La compañía hace un alto de una hora delante de una población de provincia de mediana importancia. Su nombre nos es desconocido. Una división blindada rusa la ha ocupado y convertido en posición defensiva rodeada de alambradas. Entonces llegan nuestros «Stuka», rugiendo entre las nubes grises y cargadas de nieve, mientras aúllan incesantemente las sirenas. Bombas pesadas descienden del aire. Se suceden las oleadas de bombarderos en picado. La población desaparece de la faz de la tierra: *ausradiert*, como dicen en los folletos de propaganda.

Entonces pasan los tanques sobre lo que queda de ella, matando a todos aquellos que aún conservan la vida y haciendo papilla a los muertos debajo de sus orugas.

Cuando llegamos a la siguiente población, los «Stuka» ya la habían visitado y preparado para su conquista. El polvo de los ladrillos y el mortero machacados pende como una nube gris rojiza en el aire. Los caballos de la Artillería y de los Cosacos yacen en las calles destrozadas, rígidas las patas e hinchados los vientres. Cañones tumbados de costado, camiones destrozados y un montón de armamento revuelto, aparecen desparramados entre las pilas de cuerpos. Soldados rusos, muertos o heridos, yacen contra las paredes o cuelgan de unos huecos que fueron ventanas.

Contemplamos desapasionadamente el sangriento escenario. Se ha convertido en la visión de cada día. Al principio, sentíamos mareo y vomitábamos. Hace ya tiempo que ninguno de nosotros ha vuelto a vomitar.

—Así es como se toma un pueblo —grita entusiasmado Julius Heide.

Se asoma triunfalmente a la ventanilla de delante. Con sonrisa burlona contempla a un soldado ruso sentado junto a una pared y que mira con ojos inexpresivos sus piernas aplastadas.

—Te has equivocado de uniforme —dice Porta—. Hablas como esos imbéciles engreídos de camisa parda y cinturón de cuero para sostener su panza gorda. ¡Eres una mierda entre las mierdas, Julius! Te ciega tu loca fe en el Führer. Creo realmente que te alegraría si uno de esos cabrones de camisa

parda como la mierda, llamase un día a la puerta de tu madre y gritase: «¡*Heil* Hitler, *Frau* Heide! ¡Su hijo, el *Unteroffizier* Julius Heide, ha muerto por el Führer y por la Gran Alemania! ¡Compartimos su orgulloso pesar, señora Heide! ¡El Führer le da las gracias!».

—Tú eres testigo, *Viejo* —estalla Heide, enfurecido—. Esto es un insulto. ¡No lo puedo tolerar!

—Entonces siéntate —dice *el Viejo*, con indiferencia—. Hay muchas cosas que *yo* no quisiera tener que soportar. Vamos, ¡*Panzer Marsch*! Y mantened el pico cerrado; no puedo aguantar el sonido de vuestras voces. Y tú, Porta, ¡deja de insultar a Adolfo!

La noche es oscura. Llueve y nieva al mismo tiempo. Hace frío en el camino de Nikolayev.

Nos detenemos en medio de una fábrica enorme. Desde luego, es Porta quien descubre que es una destilería de vodka. Media hora más tarde, hemos pillado una trompa descomunal. Bailamos como locos, caemos los unos encima de los otros, vertemos vodka sobre nuestras cabezas y lamemos como lamen los gatos un plato de crema. Mojamos el pan en vodka y la borrachera va en aumento.

Un *Feldwebel* muere de *shock* alcohólico. Un *Gefreiter* se prende fuego para convencer a un amigo de que el vodka puede arder tan fácilmente como el petróleo. Tratamos de apagar el fuego arrojándole más vodka y reímos como locos al oír sus gritos de dolor.

Llegan unos tipos de la Tercera Sección, trayendo a rastras a cuatro mujeres. Las arrojan sobre una mesa de embalaje.

Un *Feldwebel* de infantería les amenaza con un consejo de guerra. Incluso en medio de la locura de la guerra tiene que haber cierto orden y cierta disciplina. La pena por el delito de violación es la muerte en la horca. Es lo normal en todo ejército un poco civilizado. Pero nadie le hace caso. Lo empujan a un lado y unos soldados borrachos le amenazan con cortar el cuello.

—¡Preparen armas! —ordena un *Obergefreiter* que lleva una venda ensangrentada alrededor de la cabeza.

Se lanza lujuriosamente sobre una mujer medio desnuda que chilla y que podría ser su abuela.

—¡*Coño*! —vocifera, y se derrumba, borracho perdido, entre aquellas dos piernas que se agitan.

Otros le apartan de ella y riñen por ocupar su sitio.

A la mañana siguiente, nos despertamos deprimidos y con una terrible resaca. Pronto llegan los PM, con sus brillantes cascos y el emblema de la media luna sobre el pecho.

El consejo de guerra dura cuatro minutos y medio. Ocho soldados penden del extremo de sendas cuerdas. Todo el batallón ha formado para ver el espectáculo. Los muertos siguen colgados allí, con los cuellos extrañamente alargados, llevando solamente el pantalón del uniforme. Les han quitado los capotes y las botas. Estas prendas escasean. Y ellos cuelgan en silencio, girando y oscilando en los extremos de las cuerdas, mientras nosotros nos alejamos, lanzando barro con las crujientes orugas, camino de Nikolayev.

—*C'est la guerre! Ven, muerte, ven, dulce muerte* —canturrea sarcásticamente *el Legionario*, desde la torreta de su vehículo.

—¡Vaya una manera de joder! —suspira Porta—. Es mejor pagar en buen dinero del reino, si no quieren hacerlo por amor.

—Nunca creí que costase tan caro tomar una mujer ajena —gruñe *Hermanito*, mirando reflexivamente a los ahorcados.

La lluvia repica en los costados blindados de los tanques. El día es frío y crudo. El aire huele a muerte y apesta a ropa y cuero mojados. Las nubes son grises y parecen sucias. Diríase que vuelan hacia el Oste, para alejarse del melancólico día ruso. En realidad, no es de día. Más bien es una especie de crepúsculo.

El pequeño capitán general está plantado sobre un montículo de tierra, observando el 4.º Ejército de Tanques. Como de costumbre, lleva su gorra de seda de campaña, con la corta visera bajada sobre la frente. Debajo de ella, la nariz aguileña sobresale como un pico en mitad de su estrecha cara de calavera. Sus botas parecen increíblemente largas en comparación con sus cortas piernas. Está de pie, rígido como una estatua, con la cartera de los mapas debajo del brazo. Unos enormes gemelos penden de su cuello y cubren en parte los galones rojos de su capote. Viendo a aquel hombrecillo de gemelos desmesurados y botas de montar casi cómicamente altas, nadie pensaría que es el más grande general de tanques de todos los tiempos.

El Viejo ordena vista a la derecha de acuerdo con las ordenanzas.

—¡Si al menos el vecino le lanzase unas 150 mm al coco —le desea Porta, con una risa seca— y le enviase a besar el culo a los angelitos...!

—Sólo conseguiríamos que viesese otro de la misma calaña —dice cansadamente *el Viejo*— y probablemente aún peor que ese pequeñajo.

—Está de pie sobre un cagadero destrozado —ríe Gregor Martin, que está de nuevo con nosotros y es artillero de torreta en el «Puma» de *Barcelona*.

—Ojalá se cayese dentro —gruñe *Hermanito*— para que él y su elegante gorra de seda se ahogasen juntos en mierda rusa.

Barcelona hace vista a la derecha y saluda al mismo tiempo.

La vista del jefe del Ejército le ha puesto nervioso.

El capitán general Hoth levanta la mano unos centímetros.

—¿Quién es aquel estúpido? —pregunta a su ayudante, plantado junto a él en actitud de firmes, como siempre.

—Lo averiguaré, señor —responde vivamente el ayudante.

—¿No conoce a sus hombres? —pregunta, irritado, el general—. Mi ayudante debería conocer a todos los hombres de mi Ejército.

«Loco bastardo —piensa el ayudante—. Hay 80.000 hombres en el 4º Panzer. Ni siquiera conozco a todos los patanes del Estado Mayor». Sin embargo, es viejo en el oficio. Dice el primer nombre que se le ocurre.

—*Oberfeldwebel* Stollmann, señor.

—Denúnciele —gruñe el general—. Debe ser castigado por saludar antirreglamentariamente. ¡Nunca había visto una cosa semejante! ¡Saludar! Como si ese estúpido estuviese en un desfile. Quiero que no pierda de vista a ese hombre. ¿Comprendido?

—Está bien, señor —responde el ayudante, tomando nota en su libreta.

Al girar el «Puma» de *Barcelona* en la entrada del largo camino de conexión, el general ve la cara negra de Albert en la ventanilla del conductor.

—¿Por qué tiene ese hombre la cara negra? —pregunta al ayudante.

—¿*Negra*, señor? —murmura sorprendido el ayudante. Aplica los gemelos a sus ojos, para ver más de cerca a Albert—. Parece un negro, señor —dice en tono de duda.

Todo el Estado Mayor empuña los gemelos. Por un momento se olvidan del 4º «Panzer» y centran todo su interés en Albert, sentado en el lugar del conductor del vehículo de limpieza.

—¿Un *negro*? —gruñe el general, muy irritado—. ¡Qué tontería! Alemania no tiene colonias desde hace veinte años.

—Veinticinco, señor —le corrige el jefe del Estado Mayor—, y los últimos soldados coloniales fueron retirados hace años.

—Instruyan expediente a ese hombre por haberse pintado la cara de negro sin haberle sido ordenado —dice bruscamente el general—. ¡No quiero que mi ejército se convierta en un montón de payasos de circo!

El ayudante escribe febrilmente: «El conductor del “Puma” 524 tiene que ser castigado por pintarse la cara de negro». Y añade, por su propia iniciativa: «Y por reírse».

Durante el día seguimos avanzando a través de pueblos alargados que flanquean por ambos lados las carreteras. Sábanas blancas penden de todas las ventanas en señal de capitulación.

Los moradores están de pie, apoyados de espalda en las paredes de sus casas, serios, marcados sus semblantes por el miedo al futuro.

Avanzada la tarde, hacemos un alto. Llenamos los depósitos de carburante, nos abastecen de municiones y cada hombre recibe unas tabletas de bencedrina. Todavía no podemos perder tiempo durmiendo.

Porta y *Hermanito* hace rato que se han metido en las casas, registrando baúles y armarios. En realidad no saben lo que buscan; sólo están husmeando como perros curiosos.

—¡Qué cosas tan raras emplean en este país para beber! —dice *Hermanito*, contemplando con asombro un gran irrigador de color de roña y levantándolo—. A quien vaciase esto le saldrían los sesos por las orejas. ¿Para qué servirá el tubo?

—Eso está clarísimo —responde Porta—. Iván es un tipo práctico. Se tumba sobre la espalda para beber y así no se hace daño cuando se cae. Los alemanes podemos aprender muchas cosas en Rusia.

—Tengo que probar esto —dice *Hermanito*, con entusiasmo y colgando el irrigador de su cinturón como si fuese una segunda bolsa de máscara de gas—. ¡Mira que tumbarse boca arriba para echar el trago más largo que jamás se viese en el mundo! Tal vez deberíamos convertirnos en rusos y olvidarnos de la vieja Alemania.

—¡Santa María, Madre de Dios! —grita sorprendido Porta—. Aquí hay una mujer muerta, y lleva una gorra de cazador con una pluma. Tal vez iba de viaje cuando murió. Pero este resultó más largo de lo que había imaginado. —Mira más de cerca el cadáver y murmura—: Esto huele a asesinato. Recibió un balazo en la barriga. No puede haber sido una ejecución, pues le habrían pegado el tiro en la nuca. Es como lo hacen en este país.

—¡Es espantoso! —dice *Hermanito*, levantando los ojos al cielo—. ¡Esos malvados sanguinarios deberían ser metidos en la cárcel!

—Aquí está su bolso —sigue diciendo Porta.

Coge un bolso de mujer hecho con piel de reno. Mete la nariz en él y revuelve el contenido.

—¡Fuera de aquí inmediatamente! ¡Es una orden! —chilla Heide, con su mejor tono de suboficial.

Se coloca en la puerta con los brazos en jarras y balanceándose sobre las puntas de los pies.

—Lárgate tú, Moisés —dice *Hermanito*, sin dejarse impresionar.

La sangre se acumula en el arrogante semblante teutónico de Heide.

—Te lo advierto, *Obergefreiter* Creutzfeldt; como vuelvas a llamarme Moisés te pego un tiro. ¡Es denigrante!

—¿Denigrante? ¿Que te peguen un tiro? —ríe *Hermanito*, balanceando su «Nagan»—. ¡*Moisés!* Pareces el tipo que se cae de culo en la feria del pueblo.

Heide manosea furiosamente su pistola, pero afortunadamente para *Hermanito* se engancha en la funda y tiene que emplear las dos manos para sacarla.

—¡*Moisés!* Nunca serás un gran *cowboy* de cine —chilla *Hermanito*, mondándose de risa—. Los ladrones de ganado te llenarían el cuerpo de agujeros antes de que te dices cuenta.

Una andanada de cohetes zumbadores de un órgano de Stalin cae en la calle contigua y hace que se derrumbe una pared sobre la carretera.

—¡Jesús y María! —exclama *Hermanito*, tumbándose junto a la pared para protegerse—. ¿Es que los malditos vecinos no se cansarán nunca de disparar contra nosotros?

Una ametralladora alemana empieza a ladrar, en furiosas e histéricas ráfagas.

—¡Por mil diablos, no disparéis más! —La voz de *el Viejo* resuena en medio del ruido—. ¡La trazadora les indicará nuestra posición!

—Le han dado a Julius —grita *Hermanito*, señalando con el cañón de su metralleta el cuerpo de Heide tendido en el suelo.

—El Führer ha perdido un fiel soldado —dice tristemente Porta—. Sujétale la frente mientras le arranco sus tres dientes de oro. Hace mucho tiempo que no los pierdo de vista.

—¿Vas a hacer eso? Él es un compañero, a pesar de cuanto ha dicho y hecho —dice *Hermanito*, volviéndose de pronto moralista.

—¿Cómo va a saberlo él? Está muerto, ¿no? —responde Porta, inclinándose sobre Heide. Y cuando estaba a punto de agarrarle uno de los dientes con sus alicates, Heide vuelve en sí y lanza un grito—. ¡Maldición! —exclama Porta, con asombro—. ¡Creía que estabas muerto!

—¡Ladrón de cadáveres! —chilla Heide, mirando con asco los herrumbrosos alicates de Porta.

—¿Ladrón de cadáveres? —dice tranquilamente Porta—. ¡Sería imposible! Todavía no estás muerto, ¿verdad?

—Voy a denunciarte —ruge furiosamente Heide.

Se acaricia el cuello, donde un casco de metralla ha trazado un profundo surco.

—¡Fuera de aquí! —grita *el Viejo*—. Limpiad esta zona sin pérdida de tiempo. Está llena de aspirantes a héroes que esperan morir por el gran Stalin.

—Allá voy —grita Porta.

Se aleja corriendo, pegado a las fachadas de las casas, con su ametralladora ligera en la mano y con el soporte preparado.

Una granada de mano rusa defectuosa vuela por el aire y cae, humeando, a los pies de *Hermanito*. Con una fuerte patada, digna de un futbolista internacional, la lanza por donde ha venido. Por algo tiene el récord de goles del regimiento.

Porta dispara dos breves ráfagas de tiros contra unas ventanas destrozadas y se pone a cubierto detrás de un camión de transporte incendiado.

—O esos cerdos están en los sótanos —chilla *Hermanito*, cayendo de bruces bajo una lluvia de barro y de nieve medio derretida—, o están arriba.

—¿Dónde? —aúlla Porta, pasando a largas zancadas al otro lado de la calle.

Con la rapidez del rayo, se deja caer en el arroyo al oír el temido mugido de una «vaca» que llega. Una hilera de adoquines vuela por el aire.

—¡Cuerpo a tierra! —grita *el Viejo* a la Sección, señalando con los brazos.

Albert está detrás de una carretilla volcada sobre un costado, disparando una ametralladora 34 como si pretendiese batir el récord mundial de gastar más municiones en el más breve período de tiempo.

Barcelona se tumba jadeando junto a él.

—¿Contra qué diablos estás disparando, simio negro? ¡Tenemos que *dar cuenta* de las municiones!

—¡A la mierda, hombre! —silba Albert, gris el rostro de terror—. ¡Ningún jodido bastardo comunista va a tirar de la alfombra debajo de los jodidos arcos de mis pies!

—¡Basta, loco patán! —grita *Barcelona* dando a la ametralladora ligera una patada que la arranca de las manos de Albert.

Este, meneando la cabeza, se apoya en la pared mojada de una casa y mira desalentadamente su ametralladora ligera, que yace silbando sobre un montón de nieve sucia.

—¿Qué haces ahí sentado? —pregunta Porta, saliendo de una casa detrás de dos prisioneros que tienen las manos alzadas sobre la cabeza—. Pareces Frankenstein haciendo el papel de la Momia.

—Me han dicho que no tengo que seguir disparando —gruñe Albert—. Esta es la guerra más puerca de todos los tiempos, ¿lo sabías?

—Claro que puedes disparar —responde Porta—. ¡Atízales, hijo mío! Por eso te paga el Ejército.

Con una sonrisa ancha en su cara pecosa, desaparece detrás de la esquina con sus dos prisioneros. Los venderá a uno de los pelotones que coleccionan prisioneros en busca de medallas.

—¡Subid a los carros! —ordena *el Viejo*—. ¡*Panzer Marsch!*

—El Führer ha ganado la guerra —declara orgulosamente Heide mientras nos cruzamos con largas hileras de soldados rusos con las manos levantadas.

Parecen desconcertados.

—Ahora sólo habrá sitio para dos clases de personas —gruñe agriamente *Hermanito*—. Los pavos reales que dan las órdenes y todos los malditos idiotas que se cuadran, con el uniforme bien ceñido para que los huesos no se salgan de su sitio, y gritan *Heil Hitler!*

Después de una breve y cruenta batalla, seguimos adelante y cruzamos Poltawski. En la orilla de las carreteras yacen cadáveres vestidos con los uniformes grises de la prisión. Todos ellos tienen pequeños orificios de bala en la nuca. Los pómulos se dibujan claramente bajo la fina piel apergaminada de sus caras, y sus dientes se destacan, descubiertos, como los de las calaveras.

—Liquidados —confirma *el Viejo*. Lanza un largo chorro pardo de tabaco por encima del borde de la escotilla—. Son tan malos como nuestra podrida pandilla.

—No hace mucho tiempo —dice *Barcelona*, inclinándose sobre la torreta del vehículo de limpieza para ver mejor—. La sangre todavía es fresca y gotea.

—Pero ¿por qué les habrán matado? —pregunta Gregor—. Y precisamente aquí, en la carretera por la que teníamos que pasar.

—No podían mantener el paso —dice Porta, como buen conocedor—. Eran un estorbo y retrasaban la marcha de los otros.

—¡Pero no pueden hacer *esto!* —dice Gregor, inclinándose sobre el cadáver de una mujer—. ¡Maldita sea, no *pueden* hacerlo!

—Verás cosas peores —responde lacónicamente Porta—. Espera a que el péndulo cambie de dirección y seamos nosotros los que corramos, con los vecinos mordiéndonos el culo. ¡Entonces verás lo que *nosotros* somos capaces de hacer!

El Viejo enciende en silencio su pipa con tapa de plata y piensa que daría cualquier cosa por echarle mano al hombre que ha realizado esta matanza.

Las hileras de muertos parecen interminables, pero una hora más tarde, el torbellino de la guerra ha borrado de nuestra mente el episodio, junto con otras muchas cosas.

La muerte física nos espera detrás de cada esquina. No podemos elegir la muerte, pero debemos vivir y seguir adelante lo mejor que podamos. La guerra es una enfermedad, y es mejor no pensar demasiado en ella, sino olvidar las huellas que sus síntomas dejan sobre nosotros. Si no lo hiciésemos, no tardaríamos en volvernos locos de remate.

La Sección toma posiciones a la orilla de un pequeño río que fluye, amarillo y frío, hacia un mar lejano.

Porta ha instalado la ametralladora pesada detrás de un montón de sacos de patatas. Dice que las patatas son tan buenas como los sacos de arena para detener las balas. *Barcelona* quiere que los vehículos estén preparados para arrancar inmediatamente en caso necesario, pero los conductores protestan cuando les ordena que permanezcan en su sitio.

—No será por mucho rato —trata de explicar a los enojados conductores, que temen quedarse solos en sus vehículos—. ¡Quiero que esos malditos carros estén listos para moverse mientras estemos a *tiempo*! —ordena furiosamente.

—¡Al diablo contigo y con tu tiempo! —grita, impertinente, Porta—. Siéntate en tu lata de sardinas, si te gusta. Yo me quedo aquí con mi pistola de aire comprimido. Cuando los vecinos llamen a la puerta, tendremos tiempo de largarnos. Yo voy a ser uno de los supervivientes de esta guerra mundial. No dejaré que me fríen en mi propia salsa, si a un patán comunista se le ocurre pegar una bomba magnética a mi espalda.

A la luz de un gran incendio que hace estragos en unos almacenes de cereales, sale *Hermanito* de una ventana destrozada, arrastrando un pesado baúl.

Una «Maxim» le envía una ráfaga de balas trazadoras.

—¡No malgastéis las municiones! —chilla, amenazando con el puño las invisibles posiciones rusas—. ¿Tenéis tierra en vez de sesos? ¿O quizá lo que tenéis es mierda?

—Te haré trizas si no dejas inmediatamente ese baúl —grita furiosamente *el Viejo*—. Vuelve a tu maldito pelotón. Si robas algo más, ¡te verás ante un consejo de guerra!

Se eleva una bengala. Un cometa que asciende lentamente, dejando tras de sí una estela de humo de colores. Todos permanecemos completamente inmóviles bajo aquella luz blanca cegadora. Hay ruidos a nuestro alrededor. Botas pesadas que andan de puntillas, manos nerviosas que amartillan armas, bayonetas que chirrían, balas que son introducidas en los cargadores. Los ruidos sordos de la muerte. No vemos nada; sólo oímos los ruidos que vienen de la oscuridad. Nunca sabemos de fijo si son ruidos reales o si nos engaña nuestra excitada imaginación.

Porta levanta la cabeza y husmea como un sabueso alerta.

Muy despacio, con una lentitud increíble, la maldita bengala desciende hacia el suelo.

Sin el menor ruido, hago girar mi ametralladora ligera.

—¡Santa Inés de Bielefeld! —murmura Porta, visiblemente excitado—. Si lo que estoy oliendo es verdad, encenderé una vela en la sinagoga de mi corazón al Dios de Alemania durante el resto de mi vida.

Suena una explosión fuerte y seca sobre nuestras cabezas, y nos aplastamos sobre el fango. Una bengala de máxima potencia ilumina el cielo en la noche oscura.

—La vida no es más que un negro y abierto ojo del culo —maldice Albert, castañateándole los dientes, desde la abertura de un sótano—. Esta noche estará mi chica bailando en el «Zigeunerkeller», y todos contemplarán su sexo negro y afeitado cada vez que levante las piernas. Después se acostará con toda la maldita guarnición. ¡Hay que ver lo que *tiene* que aguantar un hombre!

—¿También ella es negra? —pregunta, interesado, Gregor, mientras observa atentamente por encima del cañón de la ametralladora.

Está seguro de que hay varias compañías de rusos deslizándose en la oscuridad y aprestándose para tomar por asalto nuestras posiciones y cortarnos el cuello a todos.

—Yo soy un rostro pálido en comparación con ella —murmura Albert, pasándose una mano por la cara—. ¡Dios no *pudo* hacerla más negra!

—¿Es una puta? —pregunta descaradamente Porta, asomando la cabeza por encima de un saco de patatas.

—¡Vuelve a decir eso, hombre —gruñe furiosamente Albert—, y arrancaré la agusanada y blanca piel de tu apestosa cara alemana! ¡Es una *artista*, hombre! Baila danza francesa en el «Zigeunerkeller». ¡Y su nombre aparece en los carteles! Y yo quiero a esa chica, hombre, aunque *sea* negra y francesa.

—¡Santa María, Madre de Dios! —grita Porta—. No puedo dar crédito a mis oídos. Que se apague pronto esa bengala. Lechones, maldita sea, ¡lechones!

En cuanto se apaga la bengala, Porta y *Hermanito* salen corriendo como sabuesos hambrientos oliendo la presa y con la lengua fuera. Hacen caso omiso de los furiosos gritos de *el Viejo*, que les ordena que vuelvan a su unidad.

—Esto es una deserción —vocifera *el Viejo* en la oscuridad—. Estoy hartos. ¡Mi paciencia se ha acabado!

—*Mes amis*^[9] han oído comida —dice *el Legionario*, riendo entre dientes, divertido. Enciende un largo cigarrillo con la colilla del que ha estado fumando—. Ahora, ¡ni todo el Ejército Rojo sería capaz de detenerles!

Hermanito se cae durante su loca carrera, y rueda veinte metros por un declive y choca con un tractor volcado. Poco después se da de bruces con un ruso que se ha metido detrás de un arbusto para hacer sus necesidades.

La pistola del ruso no ha acabado de salir de la funda cuando el cuchillo de combate de *Hermanito* se hunde en el pecho del hombre.

—Los buenos mueren jóvenes —gruñe el hombrón.

Estaba tan solo

Y tú eras tan encantadora,

canta Porta, con la voz ronca de Louis Armstrong, mientras se inclina sobre una lechada de seis cerditos gruñidores. Uno de ellos se frota mimosamente contra las botas de *Hermanito*. Este se tumba en la paja húmeda y empieza a jugar con los lechones.

—Basta de tonterías —le advierte Porta— o pasará lo mismo que con aquella cerda a la que nos aficionamos tanto que murió de vieja.

—¿Por qué cantas esas canciones extranjeras? —pregunta *Hermanito*, frunciendo el ceño.

—No lo sé —contesta Porta—. Creo que suena bien. Me encanta Louis Armstrong. ¡Nadie puede cantar como los negritos!

—Adolfo le puso también en la lista negra —dice tristemente *Hermanito*—. Yo tenía un disco suyo que era muy bueno. Y por tenerlo me las hicieron pasar moradas en Stadthausbrücks 8. ¡Caray, cómo me atizaron! Después me hicieron comer el maldito disco, sólo para que comprendiese que nosotros, los alemanes, no debíamos escuchar aquella mierda de *untermensch*.

—Adolfo está tan loco como una cabra —dice Porta—, pero algún día nos las pagará. Ten paciencia, hijo mío. Siempre vuelve a salir el sol después de la tormenta.

—No puedo dejar de pensar en ello —dice *Hermanito*, rascando concienzudamente a uno de los cerditos detrás de la oreja—. Supongo que deberíamos volarle la cabeza austríaca. Pero romperle primero la pierna izquierda. Después la derecha. Después los dos brazos, desde las articulaciones de los dedos hacia arriba, para que supiese que la cosa iba en serio. En los intermedios podríamos golpearle las pelotas, si es que las tiene. Por último verteríamos petróleo sobre todo su cuerpo y le prenderíamos fuego como a una hoguera. Eso es exactamente lo que pienso que deberíamos hacerle para quedar en paz con él.

—Tranquilízate, ya nos las pagará cuando llegue el momento —promete Porta—. Lamentará el día que asumió el cargo de Führer. Vota por Adolfo y muere joven.

Y su risa resuena en la noche.

En alguna parte del interior del pueblo estalla una granada con estruendo. Un par de ametralladoras tabletean furiosamente, pero callan muy pronto. El chasquido sordo de un mortero parece el acorde final.

El Viejo cae sobre ellos con su equipo completo de combate.

Está cubierto de barro desde el borde del casco hasta las puntas de las botas.

—¿Os habéis vuelto locos? ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Echa un vistazo —dice amablemente Porta—. Estamos reclutando a unos cerditos comunistas.

—¡Padre celestial! —gruñe desesperado *el Viejo*. Arroja su fusil ametrallador sobre el suelo fangoso—. ¿Qué he hecho yo para tener que estar al frente de una pandilla de locos como los de la Segunda Sección? Los vecinos están atacando en todo el frente, ¿y qué hacéis *vosotros*? Sentados aquí, jugando con unos malditos cerdos. Daré parte de esto, ¡malditos seáis!

—¿Por qué estás siempre tan enfadado con nosotros? —pregunta *Hermanito*—. Piensas demasiado en el Ejército y en la dichosa guerra, ¿no? Goza de la vida. ¡Ya es bastante corta como es!

—Tú cierra el pico —silba irritado *el Viejo*, apuntando a *Hermanito* con una granada de mano.

Se oyen truenos lejanos de artillería. Y, entre ellos, la detonación más seca de los cañones de los tanques.

Un par de «Maxim» inician un fuego cruzado, pero son disparos nerviosos que no causan ningún daño.

Porta sujeta debajo de un brazo a un cerdito que patalea. *Hermanito* se cuelga el arma del hombro y se lleva uno debajo de cada brazo.

—Coge uno tú también —dice a *el Viejo*—. Deberíamos llevar lo suficiente para poder dar un pedazo a cada uno; así no se pondrán de mal humor.

—No podéis correr de un lado a otro transportando cerdos en medio de un ataque —ruge *el Viejo*, el rostro congestionado.

Da un golpe a uno de los cerditos.

Porta se asoma a la puerta, pero vuelve a cerrarla rápidamente.

—¿Qué pasa? —pregunta *el Viejo*, y su cara se crispa nerviosamente.

—Nada especial. Sólo un coronel ruso con un tirachinas debajo del brazo y con los ojos llenos de cadáveres alemanes.

Una lluvia de balas cae sobre las paredes de la casa, amenazando con arrancar la puerta de sus goznes.

—¡Vaya una manera de llamar a la puerta! —gruñe *Hermanito*, refugiándose detrás de un grueso tronco de árbol que sirve de soporte, y sin soltar los cerditos chillones.

Suenan continuamente las detonaciones sordas de los morteros. Toda la zona es bombardeada con tierra, piedras y trozos de metralla de las explosiones.

—Salgamos de aquí —dice *el Viejo*—. Los vecinos llegarán en el momento menos pensado.

—¡Jesús y María! —grita *Hermanito*—. Los chiflados vecinos parecen disparar muy fuerte. ¡Cualquiera diría que tratan de matarnos o algo parecido!

Uno de los cerditos redobla sus chillidos. Su costado ha sido desgarrado por un trozo de metralla. *Hermanito* queda cubierto de sangre.

—¡Mata a ese cerdo bastardo! —grita *el Viejo*—. ¡Le oirán en toda Rusia! *Hermanito* le corta rápidamente el cuello. El ruidoso animal muere después de lanzar los últimos gruñidos.

—¡Morir tan joven! —dice compasivamente *Hermanito*.

La mañana es cruda y gélida, y la nieve se tiende como una manta sobre el paisaje.

Porta se detiene detrás de unos arbustos. Saca la pistola de bengalas de su funda de lona.

—Déjate de tonterías —le advierte nerviosamente *el Viejo*—. De todos modos, no podríamos ver nada.

—Lo sé —responde Porta, levantando el brazo en ángulo y sin soltar la pistola—. Sólo quiero dar a entender a Iván que estamos despiertos y preparados. Así, al detenerse esos idiotas, temerosos de que les acribillemos el culo a balazos, nos escabulliremos sin ruido de la fiesta.

La bengala pende sobre el campo durante unos breves instantes. Después vuelve la oscuridad y no podemos ver nada en absoluto.

—Corre, por ahí, a lo largo de la antigua posición —me ordena *el Viejo*.

Jadeando por el esfuerzo, corro a lo largo de la estrecha trinchera, con barro hasta las rodillas. Me detengo un momento en una esquina. Necesito fumar un cigarrillo. Veo caras rusas debajo de unos curiosos cascos. Me están mirando directamente desde los parapetos de la trinchera. Todo ocurre más de prisa de lo que mis ojos y mi cerebro pueden registrar. La niebla oscura de la mañana se llena de llamas, de humo y de gritos salvajes. Delante y detrás mío hay rusos que han saltado dentro de la trinchera. Un fogonazo de «Kalashnikov», justo delante de mi cara, me ciega por un segundo. Loco de miedo a la muerte, caigo hacia atrás, me levanto y lucho contra un ruso que está tan espantado como yo. Le clavo ciegamente mi cuchillo de combate y siento que se hunde en su barriga. Estrechamente abrazados, caemos sobre el suelo fangoso de la trinchera. Extraigo mi cuchillo de su cuerpo y se lo clavo una y otra vez. Sangre caliente salpica mi cara. Entonces me levanto de nuevo y echo a correr, presa de pánico, sin saber en qué dirección me llevan los pies.

Los rusos que están detrás mío lanzan granadas de mano. La noche se ilumina con sus explosiones.

Porta y *Hermanito* llegan corriendo hacia mí. Me arrojo al suelo para librarme del fuego de sus metralletas.

El Viejo les sigue. Cerca, detrás de él, vienen otros hombres.

Se entabla una furiosa y cruenta lucha cuerpo a cuerpo. Arranco una «Kalashnikov» de las manos de un ruso muerto y empiezo a disparar a ciegas contra todo lo que tengo delante.

Tenemos sed de sangre y de venganza. *Queremos* matar. Nos sentimos dichosos de haber golpeado al odiado enemigo por la espalda.

Un cabo ruso, sin casco, está plantado delante mío con las manos sobre la cabeza. Vacío la mitad de mi cargador en su pecho y le aplasto la cara con la culata de mi arma.

De pronto, todo queda en silencio. La lucha ha terminado tan súbitamente como empezó. Una pequeña escaramuza, dirá el parte del día.

Porta tiene una botella de vodka en la mano. Arranca el tapón con los dientes, echa un trago y suelta un eructo largo y ruidoso. La sangre vuelve a

sus delgadas mejillas y sus ojos empiezan a parecer más animados. Se enjuga los labios con el dorso de la mano. Después se agacha y recoge una granada de mano. Desenrosca el tapón y se mete la granada en el bolsillo. Lista para su empleo, si nos dan otra sorpresa.

Con las metralletas a punto y el dedo en el gatillo, saltamos a la calle cruzando una puerta, dispuestos a derribar cualquier cosa que se mueva. Sabemos que los que dejamos atrás en estos pueblos son fanáticos furiosos, completamente locos, totalmente indiferentes a perder la vida con tal de llevarse algunos soldados enemigos por delante.

Nos deslizamos sin ruido junto a las paredes de las casas, aguzando la mirada para ver entre el polvo que flota en el aire. Contengo la tos, temeroso de revelar nuestra posición a algún loco que puede estar esperando con el dedo en el gatillo.

La primera habitación está vacía. La siguiente, también.

Subo silenciosamente por una estrecha escalera de caracol. Una mano pesada se apoya en mi hombro, y tengo la impresión de que mi corazón deja de latir durante varios minutos. Afortunadamente, estoy tan espantado que no me acuerdo de que llevo un arma en las manos.

—Ahora no vayas a cagarte en los pantalones de Adolfo —murmura *Hermanito*, en tono apaciguador—. ¡Soy yo! Si hubiese sido Iván, estarías ya besándoles el culo a los angelitos.

—¡Que Dios nos ampare! Me has dado un susto de muerte —balbuceo, apartando bruscamente su mano.

—Mira lo que he encontrado —dice él, muy satisfecho, levantando una caja oblonga llena de cigarros para que yo la vea—. Un maldito coronel de los vecinos estaba sentado allí, muerto, encima de esto, cuando yo llegué.

Con ademán ostentoso, se lleva un cigarro gordo a la boca y lo enciende con un encendedor confeccionado con un casquillo de bala.

—Debes de estar loco —murmuro, temeroso—. Con todos esos rusos al acecho, esperando la ocasión de volarnos la cabeza, tú...

—Vale la pena morir por un buen cigarro —dice tranquilamente *Hermanito*.

Sostiene el primitivo encendedor sobre la cabeza, como una antorcha, y mira con curiosidad a su alrededor.

La escalera cruje traidoramente, mientras subimos de puntillas.

—Todo esto está podrido —ruge *Hermanito*, dando una ruidosa patada a una tabla suelta.

Porta nos está esperando en un rellano, con una botella de vodka medio vacía en la mano. Echa un trago antes de pasarla a *Hermanito*, que sólo me deja una gota.

—¿Hay alguien aquí? —digo, tosiendo a causa del fuerte licor.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —pregunta Porta—. ¿Te imaginas que soy un adivino o algo parecido?

—Pronto lo averiguaremos —dice *Hermanito*, dando dos fuertes chupadas a su cigarro y asomando la cabeza a la puerta, como un piel roja, tratando de descubrir lo que hay detrás de las esquinas—. ¡Eh, Iván! —grita con una voz que resuena en toda la casa—. Salid, *tovaritsches*; tenemos algo muy bueno para vosotros. —Suelta el seguro de su ametralladora ligera y hace oscilar el cañón en todas direcciones—. Aquí no hay bicho viviente —dice, riendo entre dientes, y entra en la habitación con largas y confiadas zancadas.

Todos los muebles están destrozados. Pedazos de porcelana y cristales rotos crujen bajo nuestras botas claveteadas.

Una muñeca, de esas que abren y cierran los ojos, yace en medio del suelo. Porta la levanta y la coloca cuidadosamente en lo que queda de un aparador anticuado.

El olor dulzón y pegajoso de la muerte flota en toda la casa.

Una ametralladora ligera tabletea furiosamente en la calle. Otras dos siguen su ejemplo. Se oye el estampido sordo de unos morteros. Cesa de nuevo el ruido y se hace un silencio expectante, con la muerte acechando detrás de cada esquina.

—¡Caray, cómo me duele el brazo! —me lamento, tratando de arremangarme la manga.

—¿Dónde? —pregunta Porta—. Deja que eche un vistazo.

—¡Dios mío, estás sangrando! —dice *Hermanito*, abriendo los ojos de par en par—. ¿Quién te ha herido?

—Debió ser en aquella asquerosa trinchera, cuando aquel cerdo asesino saltó sobre mí —le respondo.

Porta prepara un vendaje, después de limpiar la herida con un poco de cerveza que queda en una botella abierta en el aparador.

—Te han dado un buen tajo —dice, compasivamente, *Hermanito*—. ¿Quieres un cigarro de oficial? Te sentará bien.

Sacudo la cabeza y me muerdo los labios, pues me duele la herida cuando Porta limpia el corte profundo.

Seguimos recorriendo lentamente la casa, con las metralletas a punto. En el ático encontramos una cama de matrimonio con un cuerpo yaciendo en ella.

Está hinchado y tiene los ojos vidriosos muy abiertos.

Hermanito le empuja curiosamente con su bayoneta.

—¿Estás loco, o qué? ¿Tienes serrín en la cabeza? —le riñe Porta—. Hazle un agujero y recibiremos gases de cadáver en la cara. No podremos mantenernos en pie. Échale un vistazo, por si tiene dientes de oro, pero ¡ándate con cuidado! Sobre todo, *no* le pinches.

Hermanito abre la boca del muerto, con la pericia de un dentista profesional.

—Nada —dice, sacudiendo tristemente la cabeza—. Una mierda proletaria con dientes de acero. Los malditos comunistas saben lo que se hacen. Los jefazos llevan oro en las fauces, mientras que los esclavos tienen que contentarse con acero. ¿Y es eso lo que llaman igualdad de derechos? Nunca voy a hacerme comunista. ¡Puedes ponerlo en letras de molde!

La mayor parte del tejado ha ardido, y podemos ver el cielo negro a través de él. Una bengala estalla como una enorme flor blanca y luminosa. Inmediatamente empieza a tronar la artillería pesada. Una hilera de bolas de fuego centellea al cobrar vida.

—¡Jesús y María! —grita *Hermanito*, bajando rápidamente por la escalera de caracol—. ¡Vienen los vecinos!

Salgo casi volando por la puerta y me arrojo de bruces detrás de lo que espero que sea una protección, pero que resulta no ser más que los restos de dos alemanes. Mi estómago se agita, y vomito copiosamente. Sacudo mi ropa, en un intento histérico de librarme de aquella porquería humana.

—Tómalo con calma, *mon ami, c'est la guerre*^[10] —dice cansadamente el pequeño *Legionario*. De un salto largo se coloca a mi lado—. Sólo es un poco más de basura humana en el estercolero de la guerra.

Al poco rato cesa el fuego de artillería. Sólo los morteros siguen disparando, dejando caer sus granadas a nuestro alrededor.

Un par de «Maxim» ladran furiosamente, enviando hileras de trazadoras a lo largo de la calle.

—¿Desde dónde diablos están disparando? —pregunta, asombrado, Gregor—. No puedo ver los fogonazos en parte alguna.

—Esos malvados cabrones están disparando a través de lonas de tienda —explica Porta, como buen conocedor.

Tres granaderos de tanques llegan corriendo ruidosamente, cargados con su equipo de campaña, y se dejan caer jadeando junto a nosotros.

—*Feldwebel* Grooss —se presenta uno de ellos, enderezando su casco de acero que parece nuevo.

—*Obergefreiter* Joseph Porta, por la gracia de Dios —ríe Porta, levantando ligeramente su casco amarillo.

—Vete al cuerno, cabrón imbécil —gruñe el *Feldwebel*, apartándose como si Porta tuviese la peste.

Suena de nuevo la detonación sorda de una bomba de mortero. Cae a poca distancia delante nuestro. Se eleva un surtidor de agua y una boca de incendio rueda a través de la calle y va a estrellarse contra la pared, justo detrás de *Hermanito*.

Me agacho detrás de la ametralladora ligera, el estómago atenazado por el miedo. Bajo la cabeza y apoyo el borde del casco en la culata del arma, temeroso de mirar hacia arriba.

Otra bengala se eleva en el cielo. El sonido del disparo retumba en mis oídos. El *Feldwebel* de granaderos es quien la ha lanzado.

—Por todos los diablos del infierno; ¿qué te propones, maldito idiota? —ruge *el Viejo*—. ¿Quieres que todo el ejército de Iván se nos eche encima?

—En vez de sesos, tiene mierda de gato en la cabeza, ¡vaya que sí! —refunfuña *Hermanito*, mirando con ira al *Feldwebel* de granaderos—. ¿Quieres mi consejo, *Viejo*? ¡Córtale las pelotas!

—¿¡Con quién se imagina que está hablando, *Obergefreiter*!?! —estalla enfurecido el *Feldwebel*—. ¿No ha visto *esto*? Daré parte de usted, por falta de respeto a un superior.

—Cierra la jeta, amigo. Y hazte un nudo en el pijo —sugiere *Hermanito* desde la oscuridad, mondándose de risa.

—¡Esto es intolerable! —brama el *Feldwebel* Grooss—. Exijo que ese hombre sea castigado.

—Largaos de aquí antes de que te pegue un tiro —silba *el Viejo*, con irritación—. Nadie os ha invitado. Esta es la Segunda Sección, ¡y no tenéis nada que hacer aquí!

—Estamos en la misma guerra —se defiende el *Feldwebel* Grooss, mirando furiosamente a *el Viejo*.

—¿Tienes tapones en los oídos? ¿No has oído lo que ha dicho ese? Ha dicho que os larguéis —grita satisfecho Porta—. ¿Sois todos los sajones tan duros de pelar? ¡Vete al infierno, Fido! ¡Vuelve a tu cesto y échate a dormir!

—No permita que le hablen de esa manera, señor —dice un alto granadero con una voz tan fina como su cuerpo y un uniforme que todavía huele a naftalina.

—Iván estará aquí dentro de un minuto y os llenará de balas el trasero —dice Gregor, con una alegre risotada que parece un relincho.

—¡En pie! Nos vamos —decide vivamente Grooss.

Se yergue con la dignidad de un caudillo y no oye el traidor silbido en el aire. Nosotros sí que lo oímos y nos apretamos lo más posible contra el suelo. Él sólo consigue decir «Cerdos cobardes» antes de que una granada de 80 mm estalle delante suyo.

La silueta de su cuerpo se recorta brevemente sobre el fondo luminoso de la explosión. Los cascotes de la granada le parten por la mitad, lanzando la parte superior de su cuerpo, con los gemelos y el casco, hacia un lado y a través de una puerta abierta.

—¡Dios todopoderoso! —grita *Hermanito*—. Ha tenido suerte de que esa maldita puerta estuviese abierta. ¡Menudo testarazo se habría dado si hubiese estado cerrada!

—¿Qué hacemos ahora? —preguntan los otros granaderos, mirando irresolutos a *el Viejo*.

—Buscad una buena moza rusa —les aconseja amablemente Porta— y apartaos de esta guerra mundial. ¡Es la mejor manera de salir de ella con vida!

—Volved al sitio del que habéis venido —ordena bruscamente *el Viejo*—. ¡No os quiero en mi Sección!

Se ponen en pie, refunfuñando, y desaparecen en la oscuridad.

El fuego se extingue con mucha lentitud, y un silencio expectante, amenazador, cae sobre la población en ruinas.

Sudando y gruñendo, cogemos nuestras armas automáticas y nuestro equipo pesado y reemprendemos la marcha.

Yo cargo la ametralladora ligera sobre un hombro y me enjugo la nieve y el barro de la cara.

—Dios nos ama, pero; ¡qué frío y húmedo está esto! —dice Gregor, doblando las patas del trípode y soplándose los dedos, que están morados de frío.

Con su metralleta bajo el brazo, como si llevase una pala, y con el casco mojado, echado atrás sobre la nuca, *el Viejo* patizambo marcha al frente de la Segunda Sección.

—¡Vamos, hijos míos! A ver si podemos encontrar el Ejército Rojo y terminar de una vez esta guerra —dice Porta, con una risotada de calavera—. Para eso salimos de casa, ¿no?

—¡Qué vida desastrada! —suspira *Hermanito*, pasando con la lengua el cigarro al otro lado de su boca y sacudiendo de un manotazo la nieve acumulada en su gorro gris claro—. Ningún hombre sensato debería verse

obligado a soportar todo lo que pasa en una maldita guerra mundial como esta —se lamenta, pesimista.

—¿Sabes qué me gustaría? —pregunta impulsivamente Gregor, mientras se desliza pegado a las paredes de las casas—. Me gustaría hacerle una visita al maldito general *Culo y Bolsas*, y meter una granada en su puerca cama. ¡Vaya si lo haría, y que Dios le confunda! Entonces esperaría fuera y me divertiría ver cómo el pequeño cabrón se estrella contra el techo junto con la puta de la *Kraft durch Freude*^[11] con la que estaba durmiendo.

—Vamos, vamos —gruñe con impaciencia *el Viejo*—. ¿Para qué diablos pensáis que os paga el Ejército un marco al día?

Unos rusos se levantan y vienen a nuestro encuentro con los brazos en alto. Pero otros, que estaban con ellos, desaparecen en la oscuridad, arrojando granadas mientras corren.

Hermanito mata ocho hombres con una larga ráfaga de balas que parece durar una eternidad. Aplasta el cráneo de un oficial que grita ¡*Stalimo!*

La Sección se detiene cerca de un silo quemado. Todavía humea un poco, y resulta agradable calentarse junto a él. Pronto empezamos a reanimarnos.

Yo me tumbo detrás de la ametralladora ligera en un montón de grano ennegrecido. Gregor se tiende boca arriba a mi lado. Parpadea. Sopla para quitarse una plumita de la cara.

El Viejo contempla melancólicamente el espacio. Sabe que hay miles de hombres sedientos de sangre a nuestro alrededor, ocultos en la oscuridad.

Le observo entre los párpados entornados. Mientras tengamos a *el Viejo* como jefe de Sección, poseemos una pequeña probabilidad de salir relativamente ilesos de esta locura. No quiere que ninguno de nosotros muera inútilmente a causa de una tonta jugarreta concebida en la lejana retaguardia por un loco en busca de medallas y galones para lucirlos en el pecho.

Una 37 mm cae y rebota silbando, pero no causa daños.

Porta se apoya cansadamente en las ruinas todavía calientes del silo y escupe tontamente al viento.

—Por santa Inés, ¿hay algo tan hermoso como una jodida guerra mundial que tiene que descansar un minuto para recobrar su aliento? ¿Qué os parecería un café con algo un poco más fuerte?

—¿Tienes provisiones? —pregunta *el Viejo*, encendiendo su pipa con tapa de plata.

—¿Por quién me has tomado? —ríe roncamente Porta—. El día que *no tenga* material para hacer una taza de café, no seré ya de este mundo.

—En realidad, no tenemos tiempo —dice *el Viejo*, dando una chupada a su pipa—. Pero ¡qué diablos!, hazlo de todos modos. No somos el maldito Expreso de Moscú. ¡Sólo somos la Segunda Sección!

Porta, con dedos ágiles, monta su hornillo americano de petróleo.

—Los que navegaron a través del océano Ártico con esta cosita no podían imaginarse que llegaría un día en que el *Obergefreiter* Joseph Porta, por la gracia de Dios, haría café en ella —dice, sonriendo satisfecho.

—Este horrible silencio... —murmura *el Viejo*, soplando la taza de metal sujeta a su cantimplora.

—Nada como un «negrito»^[12] para una mañana fría —dice Porta, añadiendo un chorrito de vodka en cada taza.

Albert bebe un trago de café para dejar más sitio para el vodka.

—Aunque esta guerra durase treinta años, nunca me acostumbraría a esas cochinas bengalas —dice débilmente, juntando las manos y echando entre ellas su aliento cálido—. Me hacen pensar en las velas que encienden a los muertos. La vida no es más que un enorme cagadero, hombre, y aún te lo quitan antes de que te des cuenta, y dicen que Dios es bueno. Se me revuelven las tripas. En toda mi negra vida, nunca supe lo que era el miedo hasta que me vi metido en esta puerca guerra y, ¡no paro de mojarme los calzones! Si pudiese pillar una pulmonía, al menos tendría fiebre y todo lo demás; pero Dios no lo ha querido así, y tengo que seguir arrastrándome por la apestosa faz de la tierra, esperando a que los vecinos destrocen mi negro culo. —Toma un sorbo de café con vodka y mira tristemente a su alrededor—. A veces quisiera que viniesen y me matasen, y acabar con esto de una vez. Pensándolo bien, ¡la vida no vale la pena de ser vivida!

—*C'est la guerre, mon ami*^[13] —suspira *el Legionario*, con el eterno «Caporal» oscilando entre sus labios—. No eres más que un poco de basura que alimentará el estercolero militar. ¡Alá lo ha querido así!

Porta ríe silenciosamente y vierte más café y vodka en nuestras tazas.

—Ciertamente, el Führer de Heide nos llevó a dar un paseo y nos prometió la paz eterna y *Kraft durch Freude*, con todos sus ingredientes.

—¿Montamos las ametralladoras? —pregunta *Barcelona*, estirándose sobre el grano caliente.

—No —dice despreocupadamente *el Viejo*—. Dejemos que, por una vez, vengan los vecinos y nos pidan que disparemos contra ellos. ¡Me importa un bledo!

Todavía está oscuro cuando nos volvemos y nos retorremos dentro de nuestros mojados capotes. Huelen a barro y a sudor rancio.

El Viejo está de pie fuera del silo, esperándonos envuelto en la niebla fría de la mañana. Las alas de su gorro de campaña están vueltas hacia abajo, cubriéndole las orejas, y la pipa con tapa de plata cuelga débilmente de un ángulo de su boca. Es una de esas mañanas tristes que tanto abundan en Rusia. Una mañana capaz de arrancarle a uno el alma y los tuétanos de los huesos.

Gruñendo y farfullando, recogemos nuestro equipo. Ahora parece que hemos reunido una fantástica colección de material. Ametralladoras ligeras y pesadas, soportes, metralletas, cuchillos de combate, palas plegables, cartucheras cruzadas sobre nuestros cuerpos, granadas embutidas en los bolsillos y en las cañas de las botas. Añadid a esto alicates para cortar las alambradas, cargas magnéticas, baterías y teléfonos de señales, lámparas de campaña, mapas y brújulas.

—¡Dios mío, cómo pesa esto! —jadea Porta, luchando con la bolsa de su máscara de gas—. ¡Quedaos aquí mientras voy a buscar la *limousine*!

—Es una orden —dice *el Viejo*—. Que los conductores vayan a recoger sus vehículos, pero rápido, no lo olvidéis. Acabemos de una vez con esta cochina guerra, para que podamos volver a casa.

—Esperemos que nuestros traviesos vecinos no nos hayan quitado los carros durante la noche —dice Porta, riendo entre dientes, y se aleja silbando y seguido de los otros conductores de la Sección.

—Si alguien quiere saber mi opinión —dice *Hermanito*, dándose importancia—, creo que deberíamos montar una guardia en las carretas mientras estemos durmiendo. Si no lo hacemos así, la compañía de Seguros rechazará el siniestro. Bueno, esto tendréis que decidirlo vosotros, amigos. Yo voy a ir allá abajo a buscar a los malditos cerdos.

—Tú te quedarás aquí —exclama furioso *el Viejo*.

Pero *Hermanito* no le oye. Se ha perdido ya de vista, con una granada en una mano y la metralleta en la otra.

Al cabo de un tiempo, los días y las noches se confunden en una sola mancha gris. No podemos recordar la diferencia entre una de las poblaciones que hemos arrasado a nuestro paso y la siguiente, y hace muchísimo tiempo que dejamos de contar los muertos. Son demasiados para que podamos seguir prestándoles atención.

En los campos yacen vacas con manchas que reventaron como globos hinchados y tienen las patas rígidas apuntando al cielo.

Porta casi llora al ver cómo se ha desperdiciado estúpidamente tanta cantidad de buena comida, y nos endilga una conferencia sobre la preparación

correcta de ossobuco con arroz y salsa picante.

El 27º Regimiento Panzer es retirado del frente. La mayoría de sus Compañías han quedado reducidas a Secciones. La nuestra ha perdido tres vehículos. Los demás han quedado convertidos en chatarra.

Cuando abandonamos el suelo de nuestra patria, nos dijeron que íbamos a defender derechos sagrados.

Marco Flavio

Era temprano, por la mañana. Llovía furiosamente en todo el valle. Él era el último hombre de su Sección. La mayoría de sus camaradas ya habían caído, cruzando el río, cuando empezó a disparar una ametralladora pesada rusa, que cubría sus riberas. El agua fluyó roja detrás de él. Alcanzó la cima de una colina y sintió un dolor ardiente en un costado. Tenía en él una enorme brecha. Todo se oscureció en su mente.

Muy entrada la tarde, volvió en sí. El aire rielaba a causa del calor y un sol abrasador caía sobre él. Trató de volver la cabeza para librarse de sus rayos. Su capote estaba desgarrado. Los botones habían desaparecido. El costado derecho del hombre era una masa sanguinolenta: la carne destrozada, los huesos aplastados y jirones de uniforme.

—Agua —gimió—. Agua —repitió, pero no le oyó nadie.

El campo de batalla estaba en silencio.

A poca distancia de él yacían dos rusos. Uno de ellos había muerto hacía varias horas. Su cara era una máscara de sangre. El otro soldado se movía un poco todavía, pero entonces surgió un estertor de su boca destrozada. Tenía el vientre rajado y abierto de par en par.

Un enjambre de moscas se atiborraba sobre las entrañas salientes.

—Agua —murmuró de nuevo—. Tengo sed.

Todo el largo valle estaba cubierto de casquillos vacíos. Allá abajo, junto a la orilla del río, se hallaba un «T-34» quemado. Un poco más allá, yacía la torreta arrancada de un «P-IV» alemán. La verde y fresca hierba había sido aplastada por las pisadas de innumerables botas; las orugas de los tanques habían abierto surcos en la tierra blanda.

De pronto, un enjambre de moscas se elevó zumbando. Algunas de ellas se posaron en su cara, correteando entre los labios abiertos y metiéndose en la nariz. El hombre trató de levantar una mano y, después, de sacudir la

cabeza; pero las órdenes emitidas por el cerebro sólo se tradujeron en un ligero temblor del cuerpo.

«Agua», pensó. Y siguió pensando en el agua hasta el momento en que murió.

Dos semanas más tarde, su madre, viuda de la Primera Guerra Mundial, recibió la postal de rigor:

«En nombre del Führer, Adolf Hitler, lamentamos tener que informarle de que su hijo

Teniente Georg Friedrich,

Jefe de una Sección de Infantería,

ha caído luchando valientemente y en cumplimiento del deber, por el Führer, por el Pueblo y por la Patria».

El Führer se lo agradece. Heil Hitler!».

EL TENIENTE GORDO

La población elegida para que nos recuperemos, parece agradable y limpia. La guerra ha pasado rápidamente por ella, dejando solamente unas pocas casas destruidas como recuerdo de su paso. Desde luego, las fábricas de gas han sido voladas. Es algo obligatorio cuando se emprende una retirada. Pero a nosotros nos tiene sin cuidado. ¿Quién necesita el gas? Nosotros, no.

El hotel «Ssvaeoda»^[14] rebosa de actividad. La dueña, Tanya, está en pie detrás del bar, luciendo un viejo traje de noche de color malva, asistida por tres atractivas camareras con faldas cortas y dispuestas a dar la bienvenida a los libertadores alemanes. Posee un interesante y riquísimo vocabulario, aprendido de los soldados mongoles que estuvieron estacionados aquí antes de que llegásemos nosotros.

Porta y *Hermanito* empiezan inmediatamente a enseñarle los vocablos equivalentes en alemán. Dos días más tarde, saluda a todos los que entran en el bar con un simpático «¿Quieres lamerme el culo?».

Hermanito ha metido una mano debajo del vestido malva. Está tratando de persuadir a la mujer de que le diga dónde ocultaron el vodka y el caviar los comisarios antes de marcharse.

—¿Vamos a la cama? —la tienta lascivamente, en un murmullo que hace vibrar las vigas, mientras pestañean los ojos enrojecidos del oso disecado junto a la chimenea.

Entonces entra Vera Konstantinovna, con el aire soberbio de una zarina. No se quita el costoso abrigo de pieles, a pesar del calor que hace en la estancia. Se dice que es una mujer de categoría, casada con un comisario de alto rango que se ha ido con el Ejército Rojo. Las otras la llaman «Su Alteza», en son de chanza, pero no pueden disimular el hecho de que le tienen bastante miedo.

—¿Vamos, pues? —sugiere Porta, haciendo el signo internacional de la cópula con el dedo pulgar—. ¿Una excursión con el viejo cerdito? ¿*Panjemajo*?

Mientras suben la escalera, Porta hurga ya con las dos manos debajo de la falda de Vera.

—Iré a lavar *ma petite soeur*^[15] —murmura ella, frunciendo los labios en invitación a un beso—. Mi marido instaló aquí un bidé antes de tener que marcharse. ¿Sabes lo que es un bidé?

—Una batea para que se limpien los guarros —ríe Porta—. En Francia los hay en todas partes, pero también es verdad que allí fornican más que aquí.

Mientras ella está en el cuarto de baño, Porta se desnuda. Arroja su pesada pistola rusa sobre el tocador, pero, como es costumbre en él, conserva su casco amarillo y sus botas.

Desde el bar de abajo llega la fuerte voz de bajo de *Barcelona*:

*Wir, im fernen Vaterland geboren,
nahmen nichts als Hass im Herzen mit,
Doch wir haben die Heimat nicht verloren,
unsere Heimat ist heute vor Madrid...^[16]*

Cuando vuelve a la habitación, ella sólo lleva puestos los zapatos y las medias. Sus cabellos, de un rubio rojizo, penden sueltos sobre sus hombros.

—¡Qué bombón! —exclama Porta con admiración y chasqueando la lengua—. Ven conmigo a Berlín. Podrías ganar una fortuna en el «Zigeunerkeller». Pagan doscientos por un rato y quinientos por toda la noche.

Ella se acerca lentamente a él, entreabiertos los labios en una sonrisa sensual.

—¡Jesús, Jesús! —murmura Porta con voz ronca y poniendo los ojos en blanco—. ¡Serías capaz de levantar a un muerto!

—Eres muy simpático —susurra, seductora, la mujer—. Pero ¿por qué llevas las botas puestas?

—Así es más fácil la huida —dice él, haciendo una mueca—. Imagínate que tu marido, que se ha ido de viaje, asomase su cabeza de comisario y llevase su «Kalashnikov» en la mano. ¡Con las botas puestas podría correr más de prisa!

Ella le besa. Son besitos ligeros como plumas y que le hacen cosquillas en la cara. Se deja caer sobre la cama, arrastrándole consigo.

—Te gusta mi viejo palo, ¿verdad? —pregunta él, al cabo de un rato—. Ha venido conmigo desde Berlín y es capaz de todo.

—Eres un buen chico —murmura ella, incitante, pasando los dedos por los cabellos erizados de su nuca.

Cuando Porta baja de nuevo al bar, varias horas más tarde, todos le reciben con gritos de admiración.

—¿Qué te ha costado? —pregunta un *Wachtmeister* de artillería, con interés, pensando si le bastarán los 25 marcos que tiene ahorrados.

—¡Lo ha hecho por amor! —se jacta Porta—. Pero *tú* puedes preparar al menos uno de los grandes.

—Entonces que se vaya al cuerno. No es mi tipo —gruñe desengañado el *Wachtmeister*.

Se aparta a un lado para charlar con una de las camareras de falda corta.

—¡Todos a cubierto! —grita *Hermanito*, balanceándose sobre los pies, borracho como una cuba—. Si no lo hacéis, ¡os arrancaré el pijo a tiros!

La metralleta parece que nunca va a acabar de disparar. Un enorme espejo con la vieja águila zarista salta hecho añicos. Caen las botellas de detrás del bar. Las balas rebotadas trazan surcos en el suelo. Cuando ha vaciado al fin el cargador, permanece un momento oscilando sobre las piernas separadas.

—¿Estáis muertos? —pregunta al salón vacío, mientras carga de nuevo el arma—. ¿Sabéis ahora quién es el que ha invadido este maldito país?

Con otra larga ráfaga de tiros, rompe los cristales de todas las ventanas, mata una vaca de un cuadro que cuelga de la pared y convierte en un coladero el tabique de tablas que separa el bar de la cocina. Después cae al suelo, abrazando amorosamente la metralleta.

Un oficial de Intendencia, que lleva sólo una bota puesta, sale corriendo por la puerta. Se imagina que han vuelto los rusos.

Tanya ayuda a *Hermanito* a ponerse en pie. Le abraza y le dice hipócritamente que siempre ha adorado a los alemanes.

—No todo es malo en una guerra mundial —dice Porta a Vera, arreglándole una liga—. ¿Sabe ese comisario tuyo que, cuando está fuera, ofreces a los libertadores alemanes lo que sólo es de su propiedad? Si se enterase, podría enviarte a *Kolyma* por comportamiento antiruso. Pero tal vez te gustaría el trabajo en las minas del Estado.

—Tenemos visitantes —chilla Gregor, entusiasmado, mientras un «Kübel» llega deslizándose de lado sobre la nieve medio derretida de la plaza, con fuertes chirridos de neumáticos.

Cinco policías militares saltan del «Kübel». Cuidadosamente, como artistas de *ballet*, eligen su camino entre la fangosa nieve para no ensuciar las botas que brillan como espejos. Sus cascos relucen, arrojando destellos de luz

en todas direcciones. Mientras cruzan la plaza, sacan las pistolas «Walther» de sus nuevas fundas amarillas. Pisan pesadamente y con seguridad las tablas del suelo del bar, hinchando el pecho para mostrar mejor a todos la pulimentada insignia de los cazadores de cabezas. Son hombres corpulentos y bien alimentados, que disfrutan con el miedo que suelen provocar.

El jefe de la guardia, un sajón de aspecto brutal y voz aguardentosa, con la «Orden de la Sangre»^[17] sobre el bolsillo derecho del pecho, recorre en círculo el salón y nos lanza furiosas miradas de consejo de guerra.

—No *me* conocéis, hijos de perra —ruge con aire engreído y escupiendo al suelo—. Pero ¡que Dios os ampare cuando me conozcáis! —Saca una larga porra de policía del bolsillo especial de una pernera, la dobla como un espadín con ambas manos y la sacude amenazadoramente en el aire—. ¡Veamos quién es el bastardo que ha estado disparando aquí sin órdenes!

—Yo soy el tipo a quien anda buscando, señor *Wachtmeister* —dice sonriendo *Hermanito*, sin quitarse de la boca un gordo cigarro. Mientras habla, apoya el cañón de una pesada pistola «Tokarev» debajo de la gorda barbilla del PM—. Escucha, ridícula imitación de un ser humano, ¡lárgate de aquí y llévate a esa maldita pandilla de polizontes! Porque dentro de un minuto voy a empezar a disparar de nuevo.

—¡Está *loco* de remate! —balbucea nerviosamente el *Wachtmeister*, retrocediendo despacio hacia la puerta.

—No, no lo estoy —ríe *Hermanito*, disparando al suelo entre los pies del hombre—. Soy el hijo bastardo de Frankenstein, y ¡bebo sangre todas las mañanas para el desayuno!

—¡Detengan a ese hombre! —farfulla el *Wachtmeister*, pálido como la cera.

No hay reacción a su orden. Sus cuatro PM han huido por la puerta. Lanza un grito estridente al arremeter *Hermanito* contra él, con un ronco gruñido y un puñetazo que le hunde el casco hasta la nariz. Sale tan de prisa que cae de bruces y resbala un largo trecho sobre la nieve fangosa.

—*Ahora* habrá jaleo —predice lúgubrementes *Barcelona*—. Nos *matarán* cuando vuelvan con refuerzos.

—Coged vuestras cosas y salgamos de aquí —ordena *el Viejo*, arreglándose la gorra.

—De todos modos vamos a cerrar —dice resueltamente *Tanya*—. Largaos. Volveremos a vernos mañana. Este es un lugar muy *agradable*, ¡lameculos alemanes!

Cierra las persianas metálicas y apaga las luces rojas de los ojos del oso disecado.

Mientras salimos, *Hermanito* rompe de un puñetazo el único cristal de ventana que aún estaba entero. Sacude la mano ensangrentada y la lame como lamería un gato un plato de crema.

—¿Por qué diablos has hecho *esto*? —le riñe, enojado, *el Viejo*.

—Porque era una maldita ventana comunista —chilla *Hermanito*. Da una patada a un cubo vacío, que rueda ruidosamente hasta la cuneta opuesta—. Siempre estás gruñendo, *Viejo*. No quieres que los pobres soldados solitarios nos divirtamos un poco. A mí me *encanta* romper ventanas. Lo he hecho desde que era un muchacho. Si tuviese que pagar todas las ventanas que he roto, tendría que pedir un crédito enorme al maldito Banco Nacional. Hubieses debido estar allí la noche en que yo y David, el hijo del peletero judío de Hein Hoyer Strasse rompimos todos los cristales de la Comisaría y lanzamos una lluvia de vidrios sobre los dichosos polizontes. En realidad, fue culpa de ellos. Estaban reparando una cañería de gas y los muy estúpidos habían amontonado todos los adoquines para que nosotros los cogiésemos al salir del «Cerdo Feliz».

»«¡Vamos allá!», gritó el chico judío y arrojó la primera piedra. Esta fue a dar directamente sobre la mesa del superintendente Willy Nass, derribando su cafetera personal y aplastando su tintero, de manera que un montón de documentos oficiales importantes quedaron cubiertos de café y de tinta. Nass se cabreó de mala manera y actuó al estilo de Hamburgo, de modo que todos los guripas empezaron a ponerse la armadura y preparar la artillería. Pero al salir por la puerta que daba a la Reeperbahn se quedaron atascados, porque eran demasiados. David y yo tomamos prestadas un par de bicicletas que estaban esperándonos, apoyadas en la pared de un teatro de variedades, y rodamos calle abajo perseguidos por una serie de coches con luces azules. ¡Y qué furiosos estaban cuando nos detuvieron, mejor dicho, cuando me detuvieron a mí, pues el judío David se había ido a Buxtehude! Dijo que tenía que ir a ayudar a su tía a cuidar sus tomates. Nass me amenazó con las más graves penas, por robo de bicicletas y daños a la propiedad ajena mientras escapaba. Eso tenía algo que ver con una vieja y un quiosco de periódicos. Traté de explicarle lo mejor que pude que no había podido ser yo, pues no sabía montar en bicicleta.

»«Eso es *mentira*», gritó él, descargando un tremendo porrazo sobre su mesa.

»Pero me prometió que pronto lo pondríamos en claro y me empujó escaleras abajo. Ya en la calle, me dieron una bicicleta de la Policía Nacional, por la que Nass tuvo que firmar recibo. Arrancamos en Davidstrasse, donde descende en fuerte pendiente hacia el Elba.

»«¡Adelante!», dijo un *Oberwachmeister* con un bigote que era la viva imagen de Adolfo.

»Simulé caerme un par de veces y ellos me atizaron un poco para darme a entender que aquel viaje en bicicleta era importante. Me sentaron sobre el sillín y dieron un empujón tremendo a la maldita bici nacional.

»«¡Rueda, puerco ladrón de bicicletas!», me ordenó Nass, por debajo del ala de su sombrero.

»«Muy bien, señor», grité, y extendí los pies a los costados. La dichosa bici hizo el resto. Volé Davidstrasse abajo como un murciélago salido del infierno e inclinándome hacia un lado, doblé la esquina de Bernhard Nocht Strasse, que es muy empinada. Casi besé un tranvía número 2 en el trayecto, mientras subía a toda prisa por la cuesta donde todas las putas de cinco marcos de Fischmarkt hacen su negocio.

»Al bajar por Landungsbrücke, tuve que abandonar la bicicleta de la Policía que siguió corriendo por su propia cuenta hasta el maldito Elba. Hubiese tenido que oír a Nass cuando descubrió que su bici se había ahogado. Más tarde me enteré de que había tenido que pagar por ella, porque era su nombre el que figuraba en el recibo.

—Basta de gansadas sobre *Davidswacht* y Nass —dice Porta, sorbiendo por la nariz, pues se ha enfriado—. Nos matarán antes de que nos demos cuenta de dónde estamos. Aquel comisario con quien mantuve relaciones sociales me dijo que había una pandilla de la NKVD que se emboscaría aquí cuando se retirase el Ejército Rojo.

—Rumores de letrina —dice Gregor Martin, despreocupadamente—. Nuestros amigos han perdido su valor. Nosotros hemos ganado la guerra. Lo único que tenemos que hacer es marchar en línea recta a través de Rusia y encontrarnos con los comedores de arroz al otro lado del mundo.

—Primero quiero ver al médico militar —dice Porta, estornudando—. Mis pies me están matando *ahora*, ¡y menudo paseo sería! ¿Tienes idea de lo grande que es la madre Rusia?

—¿Sabéis lo que pienso? —vocifera *Hermanito*, dándose puñetazos en el pecho—. Deberíamos quemarles el culo a esos bastardos de la NKVD, para ver si podemos tener un poco de paz de vez en cuando.

—*Allá* tú —gruñe roncamente Porta, sonándose ruidosamente con los dedos—. Ya estoy cansado de hacerme la puñeta en este maldito mundo, por obedecer las órdenes de todos. ¡Pensad en todo lo que sucede en Berlín mientras pierdo el tiempo aquí, jugando a los soldados!

Se suena de nuevo y echa un trago de vodka.

—Nuestro Dios alemán no es tan listo como dicen. Si lo hubiese sido, se habría llevado a un *Gefreiter* bohemio llamado Adolfo Hitler durante la Primera Guerra Mundial.

—Cuidado con lo que dices, *Obergefreiter* Porta —le advierte secamente Heide—. Mi deber es denunciarte a la NSFO. Y no me cabe duda de cuál será el resultado.

—Prevés el futuro, ¿eh? —pregunta irónicamente Porta, enjugándose la nariz con el dorso de la mano.

Suena un chasquido revelador en la noche callada, y nos refugiamos junto a la pared.

—Un fusil ametrallador, un maldito ametrallador —murmura *Hermanito*, echándose al suelo.

Porta cruza la calle como un gato viejo y baja por la escalera de un sótano donde oscila una puerta.

Mientras tanto, suenan detonaciones en otra abertura de un sótano.

—Una *balalaika*, ¡Dios mío, una *balalaika*! —grita excitado Gregor, y dispara deliberadamente contra el fogonazo.

Con la misma deliberación, arranco yo la anilla de una granada de mano y la arrojo al sótano. Se oye un chasquido sordo y llamas rojas y amarillas brillan en la oscuridad. Percibimos su reflejo en unos cascos de acero mojados.

Hermanito se precipita a través de una puerta de cristales, con un ruido ensordecedor. Trozos de cristal vuelan alrededor de sus orejas. Su «Schmeisser» retumba estruendosamente. Sólo es cuestión de unos minutos. *Hermanito* vuelve cruzando el marco de la puerta y apartando a patadas los trozos de cristal que encuentra en su camino. Estornuda dos veces, violentamente.

—Aquí está la dichosa *balalaika* —grita, levantando un «Kalashnikov» sobre la cabeza—. ¡El que la tocaba está muerto!

—Los malditos vecinos están tan jodidos con esta guerra que no pueden hacer gran cosa con lo que se pone en su camino —tose *Barcelona*.

Está acatarrado, como todos nosotros. Arranca una flema y la escupe sobre un caballo muerto que yace en un charco de sangre helada.

—No estés tan seguro de esto —resopla Porta, echando otro trago de su botella de vodka. Considera el vodka como un sucedáneo de la vitamina C y piensa que le ayudará a curar su resfriado—. No os fieis de los vecinos. Antes de que nos demos cuenta, esos piojosos empezarán de nuevo, ¡y volveremos a encontrarnos donde estábamos!

—¿Sabéis lo que pienso? —grita *Hermanito*, desde el interior de lo que queda de una tienda de platos preparados—. Esta es una nueva Guerra de los Treinta Años, como cuando Jesús desembarcó su ejército en el mar Rojo para darles una paliza a los turcos.

Sus conocimientos bíblicos se revelan, como de costumbre, un poco confusos.

Suena un nutrido fuego de infantería en el otro extremo de la población.

—Deben de tener mierda entre las orejas —dice, estornudando, Gregor—. La guerra les vuelve locos. ¿Por qué han de estar siempre disparando? Ojalá volviese a estar con mi general. Con él, ¡la guerra era *divertida*!.

—No está permitido disparar contra los PM, ¿verdad? —dice misteriosamente Porta, arrancándose nieve helada de las botas.

—Desde luego, no —ríe *Barcelona*, tragándose un puñado de pastillas contra la tos que ha encontrado en un cadáver.

—Hay muchas cosas que no están permitidas —grita *Hermanito*. Agarra furioso una granada de mano que no ha estallado y la arroja a través de una ventana—. ¡Al carajo con ellas!

—Dios mío, ¿por qué está todo el mundo estornudando y temblando siempre en este maldito país? —dice Porta, sorbiendo por la nariz—. ¿Conoce alguien algún remedio para esto? Siento como si me creciesen los cabellos en los lados de la cabeza y como si los gérmenes hubiesen construido una alambrada en mi garganta.

—Una granada rusa en el trasero, o quizás una ráfaga de «Kalashnikov» en el cogote, curarían tu catarro en un segundo —dice Gregor, con una carcajada que no tiene nada de alegre.

—Al menos es un remedio seguro —reconoce *el Viejo*, rascando su pipa con el cuchillo de combate—. Los catarros son infernales y lo peor es que ni siquiera sirven para enviarte al hospital.

—En esto tienes razón —bufa *Hermanito*—. Ayer vi al médico militar. Me echó de mala manera y me amenazó con meterme en la cárcel por sabotear el esfuerzo de guerra.

»«¡Tengo fiebre, señor! —le dije—. Al menos cincuenta y dos grados».

»«¡Los tendrás en el culo!» —gritó él.

»«¿Y dónde si no, señor?» —le respondí, y entonces se puso raro y empezó a gritar. Y me largué antes de que ocurriese algo desagradable. Pero antes conseguí estornudar en sus narices. Así tendrá algo en lo que pensar cuando *su* termómetro marque cincuenta y dos grados centígrados.

—¿A qué unidad pertenecéis? —grita un teniente monstruosamente gordo, con un monóculo centelleando en su cara fofa y blanca.

—¿Y quién diablos lo pregunta? —dice la voz anónima de Porta desde las sombras de las casas.

El teniente se enfurece e insiste en saber cuál es nuestra unidad.

—Metedle el cañón de un fusil en el ojeté —grazna Gregor, oculto en la oscuridad—. ¡Le gustará! Parece uno de esos que disfrutan cuando les ensanchan el culo de vez en cuando.

—¡Estás insultando a un oficial superior! —ruge el teniente, con semblante crispado—. ¿Quién eres tú, cerdo asqueroso?

—Es un coronel del Ejército chino —grita entusiasmado *Hermanito*—. *Panjemajo, grabit?*^[18].

—¡Silencio! —le advierte *el Viejo*, consciente de que la broma puede tener graves consecuencias.

—Sí, pero él es un coronel chino —exclama Porta, desternillándose de risa—. Al mando de dos regimientos de paracaidistas de Pekín; pero esto es muy secreto, Herr *Leutnant*, señor. ¡Ni siquiera se lo han dicho a los chinos!

—¡Eh, mi teniente! —grita *Hermanito*, mondándose de risa y golpeándose las rodillas con las manos—. Ha equivocado el camino, ¡vaya que sí! En el momento menos pensado, el viejo Iván Stinkanovitch hará saltar a tiros ese dichoso parabrisas que lleva en la jeta y le enviará a divertirse con los angelitos.

El teniente saca la pistola de la funda, la amartilla con ademán teatral y apunta a *Hermanito*, que está encendiendo un gordo cigarro con el aire de un capitán de industria.

El Legionario descuelga el fusil ametrallador de su hombro y lanza una ráfaga de tiros delante de los pies del teniente. Las balas rebotan en todas direcciones.

El teniente deja caer su monóculo. Este se hace añicos en la calzada adoquinada.

—Iremos a buscar a un vidriero, señor —le ofrece Porta, mientras el pelotón del teniente desaparece calle abajo, en desordenada fuga.

—¡Quedan arrestados! —grita histéricamente el oficial, agarrando al *Viejo* de un brazo.

—¡Quíteme las manos de encima! —gruñe *el Viejo*, apartándose irritado—. Usted no está de guarnición aquí, señor *Leutnant*, ¡y nosotros no somos sus reclutas! Esta es una unidad de primera línea, y yo soy su jefe. Aquí no se le ha perdido nada. ¡No le *conocemos*!

—Haré que los despellejen —relincha histéricamente el teniente—. Esto es un motín. ¡Les llevaré ante un consejo de guerra!

—Como usted guste, señor —responde *el Viejo*, frunciendo los párpados con ira.

—Saltémosle los malditos dientes —sugiere *Hermanito*, con una risa malévola— y subámosle el culo a patadas hasta las orejas.

Un vehículo anfibio se desliza calle abajo, resbala al detenerse sobre la nieve fangosa y se queda con el morro apuntando en la dirección por la que ha venido.

El *Oberleutnant* Löwe salta ágilmente del vehículo y se acerca a largas zancadas al *Viejo*, que permanece en pie sobre sus sucias y mojadas botas y parece muy enojado.

—Conque son ustedes —sonríe Löwe. Se toca el borde del casco con su manaza enguantada. Mira inquisitivamente al gordo teniente—. ¿Qué está haciendo aquí? —pregunta en tono seco, mientras extrae un cigarrillo doblado del bolsillo de su guerrera.

El Viejo le da lumbre y señala con la cabeza en dirección al obeso teniente.

—Ese oficial ha llegado corriendo y ha empezado a decirme lo que tenía que hacer con mi sección, señor —dice—. Yo acababa de explicarle que esto no era de su incumbencia.

El *Oberleutnant* Löwe expele una nube de humo, echa una rápida mirada a su alrededor y comprende de inmediato la situación.

—Venga conmigo —ordena al teniente, que está a punto de abrir la boca y dar rienda suelta a su furor reprimido.

Löwe ya está en el vehículo, al lado del conductor *Obergefreiter* Brinck. El teniente apenas ha tenido tiempo de sentarse cuando Brinck pisa a fondo el acelerador y arranca entre una nube de nieve y de barro.

—En fila india. ¡Seguidme! —gruñe agriamente *el Viejo*, e inicia la marcha al frente de su sección.

—Ya estamos otra vez. ¡*Maldita sea*! —dice *Hermanito*, con ademán desesperado—. Esta vez no ha sido por *mi* culpa. Ha sido ese dichoso oficial el que ha armado el jaleo y después no ha podido soportar una bromita.

—Siempre son los oficiales —dice Porta, sonándose con los dedos—. No pueden tener la boca cerrada cuando nosotros hablamos. Eso es lo malo.

Gregor encuentra una tienda de muebles y nos instalamos temporalmente en ella.

—¿Buscamos, por si hay trampas explosivas? —pregunta celosamente Heide, mirando debajo de un sofá.

—No cambiéis la posición de los muebles y no toquéis, repito, no toquéis los cuadros —aconseja Porta—. Si hay un retrato de Stalin, dejadlo donde esté. A nuestros traidores enemigos les gusta instalar pequeñas sorpresas debajo de los muebles y detrás de los cuadros. Poned a Stalin de cara a la pared, hijos míos, ¡y tendréis la sorpresa más grande de vuestra vida!

—¡Cielo santo, sí! —exclama *Hermanito*—. Recuerdo aquella vez que cogimos un maldito cerdo y todo el pueblo voló por el aire, llevándose consigo un pelotón de motoristas. Los vecinos habían atado el cerdo con una correa conectada con el depósito de municiones. Fue como si todo el mundo se desquiciase y yo salí lanzado hacia lo alto y llegué a besar las plantas sangrantes de los pies de Jesús. Del cerdo no quedó nada. Ni siquiera una loncha de tocino para dar un poco de atractivo a un huevo frito.

—¿Tiene alguien un poco de aceite para rifle? —pregunta Heide, que está desmontando su metralleta.

—¿Aceite de rifle? —dice desdeñosamente Gregor—. Saca tu aparato, hermano, y emplea lo que salga de él. Es lo que hacen los comedores de arroz. ¡Su ejército no permite que se malgaste nada!

—¡Calla, cerdo asqueroso! —gruñe Heide, enfurecido y lanzándole una mirada malévola.

—Ya basta —ordena *el Viejo*—. No quiero más follones. Mierda entre las orejas, ¡eso es lo que tenéis! ¡Todos y cada uno de vosotros!

Se tumba sobre un sofá bordado y mira distraídamente al techo.

Un ruido lejano hace que levantemos la cabeza.

—Tanques —dice Porta, cogiendo su tapadera.

—El tren pasa por un largo túnel —dice *Hermanito*, estirándose cómodamente.

—¿El tren? Debes estar mal de la cabeza —grita Gregor, arrojándose al suelo—. Es una granada. ¡Y de las *grandes*!.

Hay una explosión ensordecedora.

—¡Jesús y María! —chilla *Hermanito*, encogiendo el cuerpo en una bola y riendo como un loco—. Si se hubiese acercado un poco más, nunca

habríamos podido volver a casa, ¡y el pobre Julius tampoco habría podido limpiar su arma!

—¡Mierda! —vocifera Gregor, asomando su cara de pavo a la ventana rota. De pronto, pierde completamente los estribos y vacía todo un cargador contra la oscuridad—. ¡Disparad! —chilla, arrojando una granada de mano—. ¡Se necesitan doce hombres para matar a un piojoso soldado que no quiere seguir luchando en el ejército de ese hombre! —Agita su metralleta en el aire—. ¡Adelante! ¡Ya estoy harto! ¡Al diablo con vuestra maldita guerra! Metéosla en el culo y cagadla de nuevo en una serie de revoluciones sudamericanas. Y haced que Adolfo se la trague después y os dé las gracias por el regalo.

El Viejo y Barcelona se arrastran por el suelo para agarrarle. Ahora está de pie sobre el somier de una cama de matrimonio, saltando arriba y abajo. Tiene un nuevo cargador en la mano, pero no puede introducirlo en la metralleta.

—¡Dios mío! —grita—. ¡Ninguno de nosotros va a volver a casa! ¡Los vecinos acribillarán nuestros malditos culos alemanes!

El Viejo le da dos fuertes bofetadas.

—¡Nazi bastardo! —grita Gregor, haciendo girar los ojos como un loco. Describe círculos con el cañón de su arma—. Tú no sabes quién soy yo. Yo y mi general tenemos esta guerra patentada. ¡Vosotros sólo estáis aquí como carne de cañón!

—Neurosis de guerra —dice *el Viejo*, abofeteándole de nuevo, mientras *Barcelona* le retuerce los brazos detrás de la espalda y le obliga a soltar la metralleta.

—¡Quítame de encima esas manos traidoras! —aúlla Gregor.

De una patada lanza un casco de acero al otro extremo de la tienda.

Lucha furiosamente con *el Viejo* y con *Barcelona*. Se imagina que son un pelotón de ejecución y que van a fusilarle.

—¡La muerte hace que un hombre quiera morir! —grita, y parece que los ojos van a salirse de sus órbitas—. Pero es más fácil si uno se lleva a otros por delante, para que le acompañen al sitio donde Dios y el diablo se disputan las almas.

—Siempre la misma canción —suspira *Hermanito*, desde su lugar de descanso en la cama ancha. Tiene el sombrero gris bajado sobre los ojos y un cigarro gordo cuelga de sus labios—. Descender al abismo en compañía produce cierta satisfacción, como dijo Moisés a los cabrones egipcios que se ahogaron con él en el mar Rojo.

—¡Arriba mi culo negro! —chilla de pronto Albert, poniéndose en pie de un salto, con un largo alarido.

Corre, cruzando la tienda de muebles, y choca con Porta que cae sobre Heide, derramando sobre el suelo las piezas de la metralleta.

Heide suelta un rugido y agarra a Albert por las piernas antes de que este pueda cruzar la puerta.

—¡Apestosa rata negra! —vocifera—. ¡Nadie escapará mientras yo esté aquí!

Otra granada gigantesca llega zumbando, y todos nos arrojamos al suelo. La noche se convierte en una larga, estremecedora y estruendosa explosión.

—¿Qué diablos sucede ahora? —grita histéricamente *Barcelona* cuando el gran edificio de hormigón empieza a temblar como un arbolito bajo la tormenta.

Trozos de metralla vuelan en todas direcciones. Martillan las paredes, cubriéndonos de polvo de mortero.

Las ventanas grises de las oficinas en el extremo de la larga tienda saltan hechas añicos en una lluvia de trozos de cristal.

—¡Alto! ¿Quién va? —grita *el Legionario*, soltando el seguro de su metralleta.

—La Bestia del Apocalipsis —responde alegremente el *Obergefreiter* Brinck, mientras entra arrastrándose por un escaparate destrozado—. Sabéis ocultaros muy bien. He tardado dos horas en encontrarlos.

—Debes estar loco —le riñe *el Viejo*—. ¡Habrían podido matarte!

—La guerra es un negocio arriesgado —sonríe despreocupadamente Brinck, empezando a montar un teléfono de campaña sobre el suelo.

—¿Qué es eso? —pregunta Porta, intrigado.

—Un teléfono de campaña modelo 1932 —declara satisfecho Brinck—. Los mozos de Transmisiones han instalado un cable. Y yo he propuesto el nombre en clave de *Sauerkraut* para vosotros. El comandante se llama *Eisbein* en clave. Si Iván intercepta algún mensaje, se figurarán que hemos inaugurado un restaurante. Tratará de telefonar para que le reservemos una mesa. No me extrañaría. Pero no os preocupéis demasiado. Los vecinos están disparando como locos y los cables son destruidos en menos tiempo del que tarda Transmisiones en repararlos.

Un poco más tarde, Gregor sufre un nuevo ataque. *El Viejo* y *Barcelona* consiguen agarrarle cuando ya está pasando a través de un escaparate destrozado. Le propinan unos cuantos puñetazos. Es el único tratamiento eficaz de la locura del frente.

Apenas han acabado con él cuando Albert empieza de nuevo aullando como un lobo. Se da de cabeza contra la pared, después saca su cuchillo de combate y empieza a rasgar salvajemente un sofá. Chillando como un loco, lo hace pedazos. Saltan unos muelles y le dan en la cara, aumentando su furor. Por fin se enreda tanto en los alambres y las tiras de soporte que nos cuesta mucho liberarle.

—Ese mono negro ha perdido la chaveta —ruge *el Viejo*—. ¡Quitadle las armas antes de que mate a alguien!

El silbido de una granada se hace oír en la oscuridad exterior, la llamarada de la explosión ilumina la noche. Va seguida de otra explosión y, después, de otra. Siguen cayendo granadas, al parecer interminablemente. Vigas y tejas se precipitan a nuestro alrededor. Una puerta grande vuela a través del local y corta la cabeza a un soldado de Infantería que está subiendo la escalera.

—¡Y dicen que esta mierda de población ha sido limpiada! —chilla Porta, acurrucándose más en la cama de matrimonio junto a *Hermanito*.

—Creo que han pasado al ataque —dice *Barcelona*, escuchando atentamente—. Escuchad, ¡esta es del 75!

—¡Jesús y María! —farfulla *Hermanito*, metiendo la cabeza debajo de la almohada—. ¡Esas malditas granadas son para volverse loco!

Suena en la calle un repiqueteo de botas de soldados que pasan corriendo. *El Legionario* asoma cautelosamente la cabeza al roto escaparate.

—*Par Allah!* —grita, temeroso—. ¡Es Iván! ¡Ocupa toda la calle!

—¿Iván? —pregunta *el Viejo*—. ¡Imposible! ¡Eso significa que toda la división ha sido rechazada!

Porta, con su cara de pájaro sorprendido, atisba cuidadosamente desde el hueco de la ventana de la pared del fondo. Los cabellos parecen erizarse sobre su cabeza. Cierra los ojos y lanza un gruñido de miedo.

—¡Por mil diablos, el vecino ha traído todo su Ejército! —grita, agarrando su ametralladora ligera y cruzando la tienda en dirección a la puerta de la calle.

Llegamos a una valla de tablas, casi todos juntos. Granadas de mano estallan con ruido sordo detrás nuestro. En la oscuridad brilla el fogonazo de un fusil ametrallador.

Arrojo una granada de mano contra aquella luz, y vuelco una hilera de cubos de basura a mi paso. Ruedan con estrépito en la noche.

Una figura gira en el aire y parece colgar por un instante sobre la llamarada de una explosión.

Nos arrojamos al suelo, mientras la artillería enemiga tiende una cortina de fuego sobre el extenso parque.

Con las entrañas atenazadas por el miedo, me tiendo en un pequeño arroyo, sin saber cómo he llegado a él. Ni siquiera siento el frío del agua, ni oigo el hielo que cruje debajo mío. Enormes granadas caen detrás de mí. Una casa incendiada se derrumba.

Comprendo que debo alejarme del arroyo. La artillería apuntará a la hilera de casas en llamas, más allá del sitio donde yazgo.

Inmediatamente después de la siguiente lluvia de granadas, me pongo en pie de un salto y cruzo el paseo que atraviesa el parque. Me arrojo sin pensarlo en un cráter que todavía huele a hierro y a humo de pólvora. El bombardeo alcanza un furioso *crescendo*. Es como si todo el mundo se estuviese volviendo del revés.

Emplean todas sus armas: cañones de campaña, *howitzers*, morteros, armas de tanques y de infantería. Los peores son los morteros. Los proyectiles llegan casi sin ruido y estallan con un sonido maléfico. Estoy tan espantado que tengo ganas de gritar y de echar correr lo más de prisa que puedan llevarme mis piernas. Pero he estado el tiempo suficiente en esta asquerosa guerra para saber que aquello sería la muerte segura para mí. Me hundo todavía más en el estrecho cráter, encogiéndome lo más posible. Apoyo el mentón en la culata de mi metralleta.

Cae una granada no lejos de mí. Mi casco de acero es empujado hacia atrás por la onda expansiva. Quedo inconsciente durante un segundo; la correa del casco casi me ha estrangulado. Tengo la impresión de que mi cerebro está vacío. Tengo las manos frías como el hielo. Parece que transcurre una eternidad antes de que recobre poco a poco la vida. Ahora vienen los tanques. No están lejos de mi cráter. Oigo el chirrido de sus orugas. Los «T-34» y los enormes «KW-2» cruzan el parque a toda velocidad. Los gritos de los que mueren a su paso dominan el ruido.

Oigo ametralladoras alemanas que disparan locamente, enviando resplandecientes hileras de trazadoras a través de la oscuridad.

Cinco o seis bengalas estallan en el cielo y convierten la noche en un fantástico y pálido amanecer.

Miro cautelosamente y veo los «T-34» avanzando a través del parque, a lo largo del paseo. También veo claramente a los soldados de Infantería sentados detrás de los tanques.

Ahora empiezan a hacer fuego los cañones antitanque. Cuando disparan los 88 mm, hacen un ruido como de una enorme puerta de acero al cerrarse de

golpe.

Un «T-34» estalla en una ola de fuego; otro salta por los aires. Oigo chirriar orugas cerca de mi refugio, y el zumbido de un motor «Otto».

Un «T-34» se detiene cerca de mí, y siento el calor de su tubo de escape en todo mi cuerpo. Está tan cerca que, si alargase una mano, podría tocar sus ruedas.

Mi corazón casi deja de latir por el miedo que siento. Temblando de terror, clavo los dedos en la tierra y trato de pegarme a ella. El cañón del «T-34» dispara, y siento que mi cabeza está a punto de estallar. La fuerza de la detonación es indescriptible. El cañón de tanque es un invento personal del propio demonio.

Un *Unteroffizier* de la Tercera Sección llega corriendo. Una ráfaga de ametralladora del «T-34» le alcanza en el pecho. El hombre cae de espaldas. La ametralladora ligera vuela de sus manos, seguida del casco.

Un *Fahnenjunker* corre, cojeando como un pájaro herido. Se detiene y contempla aterrorizado el coloso blindado. La ametralladora del tanque dispara de nuevo. El *Junker* cae de bruces como un leño.

Pienso por un instante que está muerto, pero todavía hay vida en él. Sus dedos arañan el suelo, y empieza a arrastrarse despacio hacia mi agujero.

—No —murmuro—. Aquí no. Si los del tanque te ven, ¡*ambos* habremos terminado!

Zumban los motores y el «T-34» empieza a avanzar lentamente, y la tierra se estremece bajo sus orugas de acero.

Estas se mueven lentamente en mi dirección, hacia el cráter donde estoy encogido. Febrilmente, ato dos granadas juntas para que la carga sea más fuerte.

Entonces el «T-34» gira un cuarto de círculo. Sus orugas lanzan tierra y piedras al aire. Estas llueven sobre mí.

El tanque resbala de costado hasta una zanja. Estoy a punto de lanzar las granadas cuando gira de nuevo sobre su eje y avanza en dirección al *Fahnenjunker*. Este se aprieta desesperadamente contra el suelo, detrás de una gran piedra redonda. Y después se pone a medias en pie. El tanque le derriba y le aplasta bajo sus orugas. Un charco de sangre es cuanto queda de él.

El «T-34» se aleja con un estruendo de motores. Pasa sobre un puente de madera que se hunde bajo su peso lanzando una lluvia de tablas y vigas astilladas. Dos soldados de Infantería que estaban ocultos debajo del puente son aplastados en una masa informe.

Nunca sabré el trecho que corrí antes de detenerme. He perdido toda idea del paso del tiempo. Me tiemblan las rodillas y los músculos de mis muslos están duros y agarrotados. Siento como si tuviese la boca llena de arena. Presa de pánico, salto la zanja y me abro paso entre los arbustos que la flanquean.

Porta me agarra por un tobillo, y caigo hacia delante.

—Cálmate —me dice, con naturalidad—. Eso no es *tan* malo. Los vecinos sólo nos indican que están todavía aquí. No quieren que pensemos que ya hemos ganado la guerra.

—¿Dónde está *el Viejo*? —pregunto, desalentado.

—Tomando por ahí el fresco de la tarde con el resto de los muchachos. A nosotros no nos ha ido tan mal, pero no queda un botón de la Tercera Sección y dicen que a la división le han cortado las pelotas. ¡Menudo follón ha armado *Culo y Bolsas*!

El Viejo llega deslizándose entre los rosales, con Gregor pisándole los talones.

—Tenemos que salir de aquí ahora mismo —dice resoplando *el Viejo*—. Iván está en ese lado con todos sus cacharros. La mitad de la división ha sido acribillada por él. Hay que moverse. Nos refugiaremos detrás de aquella fábrica de muebles. Allí hay un poco más de espacio.

—Hay tanques detrás de nosotros —digo yo—. «T-34» y «KW-2», y disparan como locos.

—¡Que los zurzan! —gruñe *el Viejo*—. No los miréis. Tenemos que pasar. —Después llama en voz baja—: ¡*Hermanito*!

—¡Aquí estoy! —responde *Hermanito*, pasando en tromba entre los rosales.

—¿Tienes todavía el tubo de chimenea?^[19] —pregunta *el Viejo*.

—Claro que sí —sonríe *Hermanito*—, y un paquete de píldoras ácidas para él. ¡Sé que hoy es el Día del Padre en Rusia!

Barcelona mira por encima de los rosales.

—El ayudante acaba de estar aquí. Quiere que nos abramos paso hasta la carretera.

—Ese astuto cabrón sería capaz de hacer un pastel sin romper los huevos —gruñe furiosamente Porta—. *Ese* tipo no va a ir a ninguna parte cerca de ninguna cochina carretera. Todo el maldito Ejército Rojo irá en aquella dirección y nos llenaría de agujeros. ¡Esa gente de la fábrica de oficiales es capaz de matarnos a todos antes de que nos demos cuenta!

—Volveremos atrás —dice *el Viejo*, poniéndose en pie y con la metralleta a punto—. ¡Seguidme! —ordena, saltando sobre los rosales.

De pronto, empiezo a sentir el frío por el agua que se ha introducido en mis botas.

—¡Cielo santo, qué *frío* tengo! —murmuro, levantándome el cuello del capote para taparme las orejas.

—Pronto te calentarás —dice sonriendo Porta.

—Por mil diablos, ¡desplegaos! —ordena *el Viejo*—. ¿Cuántas veces tengo que *decíroslo*? ¡No marchéis juntos!

Podemos oír detrás de nosotros el trueno de los cañones de campaña y el seco estampido de los tanques.

Hay dos tanques ardiendo. Altas llamas brotan de ellos. Uno estalla en una lluvia de fragmentos de acero calentados al rojo.

Un ruso envuelto en un capote pardo que ondea al viento pasa corriendo por delante nuestro, con la larga y extraña bayoneta calada. Levanto mi metralleta y le envío una breve ráfaga de tiros a la espalda. Lanza un grito prolongado que es como un aullido, y el rifle y la bayoneta saltan de sus manos.

Sigo a los demás por un sendero herboso, salto sobre un cañón antitanque destrozado y ruedo por un tramo de escalones.

—¡Mantened la distancia! —grita *el Viejo*—. ¿Queréis que os maten a todos al mismo tiempo? Desplegaos, malditos cabrones, ¡*desplegaos*!

—¡Minas! —grita *Barcelona*, deteniéndose en seco como si hubiese chocado contra una pared—. Minas —repite, y se queda plantado como si hubiese echado raíces en el suelo.

Tiene un miedo mortal a las minas, pues varias veces fue lanzado al aire por ellas. Aunque estas experiencias las sufrió hace mucho tiempo, todavía no las ha olvidado.

Toda la Sección se ha detenido. Es mejor no pensar demasiado en las minas. Esto puede inmovilizarle a uno.

—Seguid, seguid —dice *el Viejo*, dándome un empujón.

Una bengala estalla sobre nuestras cabezas. Los veinticinco hombres de nuestra Sección se convierten en veinticinco estatuas. Permanecemos varios minutos indefensos, bañados en su blanco y letal resplandor. Después nos envuelve la oscuridad protectora. La noche parece llenarse de figuras que corren y saltan; reina la confusión en todas partes. Corremos de un lado a otro en la oscuridad, rusos y alemanes juntos. Granadas de mano son arrojadas dentro de las casas. Los heridos y los soldados moribundos lanzan gritos estridentes. Un «T-34» gira en redondo en medio de la calle. Estalla con una llamarada cegadora.

Desde el centro de la población llega el ruido de las explosiones y de la batalla.

—Esperemos que no destruyan el local de Tanya con todo ese tiroteo —dice, preocupado, Porta.

—Tal vez es el comisario que va a recoger a su mujer —dice Gregor, con una breve y triste carcajada.

—Todo es un pedo en un colador —suspira Porta—. Cuanto más tiempo vivo, más me doy cuenta de que lo único que tiene valor para uno es su pobre y desdichada vida.

Nos dejamos caer, cansadamente, detrás de un pequeño altozano.

—¡Patos! —exclama Porta, adoptando su actitud de perro de muestra.

Tiene razón. Podemos distinguir débilmente los sordos graznidos de una bandada de patos.

—Si podemos hacernos con un par de ellos, os ofreceré pato con arroz portugués —promete, relamiéndose ante la idea—. ¡Un banquete digno de los dioses! Primero se toma un poco de arroz..., quiero decir cuando se tienen los patos; después, unas cuantas cebollas, que son fáciles de encontrar, así como un puñado de zanahorias. Por último, unos tomates, aceite, sal y pimienta. El arroz tiene que hervirse con la grasa de los patos, añadiendo un poco de agua, despacito, cuando empieza a hervir; así lo dice la receta, aunque yo prefiero el vino al agua. Entonces se alisa el arroz, y se depositan cuidadosamente las porciones de pato encima de él. Después se trinan los tomates y las cebollas y se desparraman sobre el conjunto. Os aseguro, hijos míos, que el aroma es tal que pensaríais que se trata de una cena de Nochebuena de antes de la guerra.

—Cierra el pico, hombre —gruñe furiosamente Albert desde la oscuridad—. Oyéndote hablar, uno siente más hambre de la que tenía.

—Callaos *todos* —gruñe a su vez *el Viejo*—. ¡Iván está delante de nosotros! —Se quita la pipa fría de la boca y me llama con un ademán—. Escúchame bien —murmura—. Tú cruzarás primero el arroyo, pero haciendo el menor ruido posible, ¿entendido? Los demás nos desplegaremos en arco por detrás de aquellas ruinas.

—¿Por qué yo? —protesto, nerviosamente.

—Porque yo lo digo —responde cruelmente *el Viejo*—. ¡En marcha! Pero mantén bien aguzados los oídos y dispara una bengala verde si te tropiezas con los vecinos.

Los patos huyen graznando delante mío cuando me meto cautelosamente en el agua fría. Esta me muerde con sus dientes helados. Al cabo de unos

minutos, no puedo sentir mis dedos. Me detengo un instante junto a un puesto de ametralladoras abandonado y saco el agua de mis botas. Esas botas de cuero alemanas son la mayor estupidez del mundo. ¡Ojalá se llevase el diablo al genio que las inventó! La polaina rusa sobre una bota más corta es mil veces mejor. Nuestras botas sólo son buenas para andar como patos con ellas.

Me reúno de nuevo con la Sección detrás de una gran casa de campo.

—Desplegaos —ordena *el Viejo*, agitando su metralleta como si fuésemos una bandada de gallinas que se interpusiese en su camino.

—Vosotros dos quedaos aquí —dice *el Viejo*, volviéndose a Gregor y a mí—. Pero, por el amor de Dios, no empecéis a disparar sin ton ni son. Hacedlo solamente contra los fogonazos. ¡Albert! Sube sobre aquel montón de nabos y cubre la casa, pero ¡que Dios te valga si haces el menor ruido! Ellos están aquí, y podemos contar con que están terriblemente espantados. La gente espantada aguza los oídos y la vista, y dispara cuando oye algún ruido.

—Yo también estoy espantado, hombre —gime lastimosamente Albert—. ¡Jesús, y qué asustado estoy! Pensar que pueden liquidarme aquí, después de haber sacado tan poco de mi corta vida.

Una tos ronca y sofocada, en la oscuridad, nos sobresalta y hace que escuchemos angustiados.

El Viejo y Barcelona se deslizan como serpientes sobre el ancho campo.

Porta aprieta las dos manos contra la cara para no estornudar, mientras Albert se tapa los oídos, aterrorizado.

Porta respira hondo varias veces y sonrío feliz al conseguir ahogar sus estornudos. Habría sido una catástrofe. Cuando uno yace delante de las narices del ejército contrario, se necesita muy poco para desencadenar el fuego.

Suena un fuerte estornudo en la pocilga. Le siguen tres o cuatro más, que resuenan como disparos en la noche.

—Iván está tan acatarrado como nosotros —murmura compasivamente Porta—. Para él, es una vergüenza.

—La culpa es de esta puerca guerra —murmura agriamente Gregor—. Si no te vuelan el coco, sufres toda clase de males y dolores. A mí me duele todo el cuerpo, y no puedo conseguir una píldora que me alivie un poco. ¡Y hablan de derechos humanos! Un hombre apenas ha empezado a vivir cuando le agarran y le borran todo pensamiento individual de la cabeza. Nunca me olvidaré del *Feldwebel* Paust, a cuyas órdenes estuve como recluta. Tenía la cara roja como una langosta, y su aliento apestaba como un cagadero. Sus dientes eran amarillos como queso rancio, y le faltaban varios. Yo fui lo

bastante torpe como para echarme a un lado, en vez de agarrar el arma de imitación que me arrojó.

»—Me acordaré de ti —gritó, lanzándome a la cara su aliento, que olía a cerveza barata y a pescado podrido.

»Aquella misma tarde, a hora más avanzada, me quejé de que el casco que me habían dado era demasiado pequeño; el capote, demasiado grande, y las botas me apretaban los dedos de los pies. Y algo conseguí, naturalmente. Durante las tres semanas que siguieron, llevamos puestas las máscaras de gas desde la mañana hasta la noche. Sólo nos las quitábamos para comer. Incluso las llevábamos en la letrina. Cuando el resto de la Compañía tenía quince minutos de descanso, Paust la emprendía conmigo.

»—¡Firmes! —gritaba—. ¡Máscara de gas! De frente, *march!* ¡Paso ligero! ¡Un-dos, un-dos, un-dos!

»Marcho directamente y a paso ligero hacia la pared del cuartel. Entonces llega la orden siguiente:

»—¡Cuerpo a tierra! ¡Adelante, a rastras! ¡Baja ese culo! ¡El pijo y las pelotas contra el suelo, maldito engendro de mono!

»Me hace cruzar un charco de barro y deslizarme por una trinchera antitanque llena de agua, como si fuese una especie de submarino.

»—¡Atrás y vuelta a empezar! —grita entonces, contrariado al ver que todavía puedo respirar.

»Cuando llegaba el mediodía y el sol estaba tan alto que no había una sola mancha de sombra en el campo de instrucción, yo no podía ya correr, me tambaleaba sobre mis pies. La pieza de goma de la máscara de gas subía y bajaba como un fuelle delante de la cara. El rifle me pesaba como si fuese de plomo y estaba resbaladizo a causa del sudor. El grueso uniforme podía escurrirse como una bayeta empapada en agua, y ¡que Dios me amparase si se soltaba un botón! Por la tarde, nos llevaban a dar un paseo por el campo. Me ascendieron en seguida a número uno en el cuerpo de ametralladoras. Paust me hacía correr por los campos labrados con la maldita ametralladora a cuestas. Cuando gritaba «¡Cuerpo a tierra!», me dejaba caer como un tronco, sin fijarme siquiera en el lugar donde caía. Después practicamos el avance en cortas carreras. Os aseguro que a veces me di de narices contra un árbol y la ametralladora me produjo grandes verdugones en el cogote.

»Entonces, un día, me rendí. —Gregor abre los brazos y mira cautelosamente hacia la gran casa de campo donde sabemos que se han refugiado los rusos—. Aquella tarde, cuando me eché al suelo, me quedé tendido. Se me había metido en la cabeza que no aguantaría más.

»El *Feldwebel* Paust llegó corriendo, tocando desesperadamente su silbato. Yo no le veía, pero podía oírle. Nunca olvidaré su voz. Con frecuencia he rezado para volver a encontrarme con él en alguna parte.

»—Conque no quieres levantarte, ¿eh, soldado Martin? —vociferó—. ¡Por Dios que voy a aplastarte, hombre! ¡Te liquidaré ahora mismo! ¡No te dejaré hasta convertirte en una papilla temblorosa y me supliques que te deje morir!

»Yací en medio del campo arado y recobré mis fuerzas con la ayuda del odio que sentía. Entonces no sabía que eso era precisamente lo que quería él. Para ser un buen soldado, ¡hay que saber odiar! Si no se odia de veras, no se puede matar. El odio es la fuente más copiosa de energía humana. Pero allí estaba yo ahora, yaciendo en medio de un maldito campo de Westfalia, en las afueras de la antigua ciudad papal de Paderborn. Tenía la impresión de que mi cara era un pastel recién sacado del horno, y casi estaba a punto de ahogarme en el sudor acumulado dentro de la máscara de gas. Los cristales de esta estaban tan mojados que nada podía ver a través de ellos. Se había desprendido el tacón de una de mis botas. Mi uniforme estaba hecho jirones. Me dolían las rodillas y manaba sangre de ellas. Creo que me había dislocado un tobillo, pero lo olvidé cuando Paust y otros tres hombres me levantaron y siguieron persiguiéndome.

»Me arrojé al suelo junto a un árbol y apenas si podía oír la voz de Paust que me gritaba. Sabía que no pararía hasta que el soldado de tanques Gregor Martin quedase aplastado como una mosca contra la pared. En realidad, había querido ser oficial; pero aquel día, junto a aquel árbol de la ribera del río, decidí que nunca lo sería.

»—Al río —me ordenó—. De frente, ¡*march!* Un-dos, un-dos, ¡eres un saco inútil!

»Me incorporé, pero caí de nuevo. Sencillamente, las piernas no podían sostenerme.

»El silbato sonó con estridencia.

»Entonces me arrastré. Él quería llevarme ante un consejo de guerra por negarme a obedecer sus órdenes, y ya sabéis el miedo que nos da a todos el consejo de guerra. El infierno tradicional de los curas es mejor que *Germersheim*. Llegué al agua y me metí en ella como una jodida especie de cocodrilo. Perdí el casco de acero por el camino, pero Paust me lo arrojó de una patada.

»—¡*Ponte* el casco! —bramó—. ¡Yo te diré cuándo tienes que *quitártelo!*

»Me arrastré por el lecho del río, siguiendo la corriente, pues no tenía fuerzas para nadar. Dos *Unteroffiziers* tuvieron que sacarme de allí. Un poco más tarde, me recogió una ambulancia. ¡Al principio pensé que me llevaba al depósito de cadáveres! El médico militar me preguntó quién me había hecho aquello. Pero yo sabía lo que tenía que contestar. Dije que me había caído de una ventana.

»Estuve ocho días en el hospital, y a los diez minutos de mi regreso a la Compañía de reclutas, la cosa volvió a empezar. Me vi haciendo el paso de la oca, estirando los pies en los malditos campos de Westfalia.

—¡Sacad el pecho! ¡Apretad el culo! —gritaba el *Feldwebel* Paust, y su voz despertaba ecos en los bosques. El pie tenía que alzarse hasta el nivel del cinturón.

»Sí, lo aprendimos, y con tanta eficacia que habríamos podido marchar directamente a nuestra muerte con los pies apuntando *todavía* al cielo.

—*C'est la guerre*; nosotros somos los despojos humanos de la guerra —murmura *el Legionario*—. Es nuestro destino. Alá lo ha querido, ¡y tenemos que aceptarlo!

Guardamos silencio durante un rato, pensando en la desesperada filosofía del soldado.

—¿Qué es eso, qué es eso? —nos riñe en voz baja *el Viejo*—. ¿Todavía tumbados aquí?

—Nos vamos —dice Albert, y desaparece rápidamente entre los arbustos.

Gregor me sigue, pisándome los talones. La oscuridad es tal que sólo podemos ver a un par de metros delante nuestro.

Tropiezo con algo que resulta ser una carretilla volcada. Maldigo en voz baja. Un casco abollado con cimera surge del otro lado. Más rápido que el pensamiento, Gregor arroja sus bolas. Las cuerdas se enroscan al cuello del ruso. Este sólo consigue emitir un ronco estertor antes de caer.

—¿Qué diablos estáis haciendo? —pregunta nerviosamente Albert, echándose al suelo, aterrorizado—. ¡Oh, Jesús, Jesús! —exclama al ver al ruso muerto—. ¡Me va a dar un ataque de nervios! ¡Que el diablo se lleve a mi viejo papá, que *tuvo* que tocar el tambor para los húsares prusianos! Hubiese debido quedarse en casa, en su choza de ramas, y su mejor hijo no se vería envuelto en esta terrible guerra alemana de venganza.

—¡Las campanas del infierno! —grita aterrorizado Gregor, cuando una enorme llamarada roja se alza en la oscuridad.

Parece una aguja de fuego que se clava en el cielo. Después se despliega en una enorme nube en forma de hongo, como un horrible espejismo surgido

de ninguna parte.

Medio cegados y ensordecidos, miramos aquella cosa roja y diabólica. Crece y crece, y se convierte en un brillante paraguas carmesí de enormes proporciones. Escupe salivazos blancos y amarillos de fuego, como una rociada de rosas inflamadas. Poco a poco, la gigantesca flor de fuego se transforma en millones de lenguas de llamas. Todo el cielo y el campo de batalla a nuestro alrededor quedan teñidos de rojo.

Porta y dos rusos llegan corriendo, huyendo del rojo resplandor; aquello es un tonante e indescriptible infierno.

—¡Corre, maldita sea! —grita desesperadamente *el Viejo*, tirando de mi hombro.

Con una impresión de irrealidad, le sigo. Mis pies se mueven automáticamente.

Un ruso, con su «Kalashnikov» en bandolera, nos adelanta corriendo. Una onda de aire caliente nos arroja al suelo.

Medio inconscientes, corremos y nos metemos en el agua gélida del riachuelo. Empieza a calentarse lentamente. Sumerjo el gorro de campaña en el agua y lo aplico a mi cara para protegerla.

—¡*Tovaritsch!* —grita un ruso aterrorizado cuando topamos con él en medio de la corriente—. ¡Idiotas! —chilla, señalando el rugiente mar de llamas, y sigue adelante, chapoteando en el agua con sus veloces pies.

Al cabo de un rato, el resto de la sección empieza a reagruparse alrededor de los restos de una fuente destrozada. El cosaco de granito que se alzaba sobre ella, no sólo ha perdido la cabeza, sino también el torso. Sólo sus pantalones y sus botas de piedra permanecen en la fuente.

—¿Qué diablos ha sido todo eso? —pregunto, mientras aplico aceite contra quemaduras a las flictenas que parecen roerme la carne.

—Fue ese loco de Porta quien tiró de la cadena sobre nosotros —ladra *el Viejo*, lanzando una mirada furibunda a Porta.

—¿Pero quién diablos podía haber imaginado que era un gran depósito de petróleo? —jadea Gregor, vertiendo agua sobre su roja y chamuscada cara.

—Yo creí que estaba dándole vuelta a una manija de una caja de caudales —se excusa Porta—. Era lo que *parecía*. Ya sabes, medio giro a la izquierda, medio giro a la derecha, y te conviertes en un hombre rico. Sin embargo, el resultado fue un poco diferente en este caso. ¡Menudo susto me llevé cuando me encontré en medio de la mayor hoguera del mundo, junto con un par de rusos!

—Todos son una pandilla de cabrones —gime desalentado Gregor, levantando el cuello de su capote para protegerse del gélido frío—. Dijeron que veníamos aquí a descansar, y nos metemos en el peor follón del mundo. No paran de decir que el enemigo ha sido derrotado, y entonces ¿qué ocurre? La mitad del maldito Ejército Rojo meando detrás de las líneas alemanas. ¡Dios mío, qué puerca guerra! ¡Todos tienen un puñado de mierda donde deberían tener el cerebro!

Albert llega dando saltitos, con la metralleta colgada del cuello. Lleva un abrigo de pieles, de señora, una prenda rojiza y extraña con colitas de zorro prendidas en las solapas. Se ha pintado los gruesos labios y trazado grandes círculos rojos alrededor de los ojos. Parece un cuadro de un artista surrealista loco.

—¿Qué es *lo* que pareces? —pregunta, boquiabierto, *el Viejo*.

—Parezco lo que parezco, hombre —responde Albert.

Arranca un trozo de pan de los dedos de un cadáver, lo muerde y lo escupe inmediatamente.

—¿Por qué no pueden esos locos genios enviarnos unos cuantos «Stuka» y poner fuera de combate a esos malditos cañones? —pregunta *Barcelona*, y empieza a dar patadas a una pelota de fútbol deshinchada.

El ruido de los cañones de los tanques y de la artillería de campaña puede oírse todavía en las afueras de la ciudad.

Es fácil distinguir la seca detonación de los cañones de los tanques del sordo estampido de la artillería de campaña. Entre unos y otros, se oye el sonido característico de un *bazooka* y, cuando callan un instante los cañones pesados, el tableteo histérico de las ametralladoras.

—¡Dos hombres! ¡Al parque! —ordena *el Viejo*, señalando con su pipa con tapa de plata.

Albert y yo echamos a andar pesadamente. No nos hemos alejado mucho cuando vemos un gato negro que cruza lenta y majestuosamente el paseo, con la cola erguida.

—Nos quedamos aquí —dice rotundamente Albert—. Trae mala suerte que un gato negro se cruce en el camino. Si seguimos adelante, nos esperan la muerte y la destrucción. ¡Y pegarán de *firme*!

—Tienes razón. Esperaremos un poco aquí —digo, temblando dentro de mi ropa mojada—. Después volveremos y le diremos al *Viejo* que hemos recorrido toda la población y no hemos observado nada.

—Y será capaz de matarnos, hombre, si descubre que nos hemos burlado de él porque hemos visto un gato negro —farfulla Albert, tratando de

encontrar una salida.

Se derrumba una casa y brotan de ella llamaradas largas como dedos. No muy lejos, oímos el confuso ruido de granadas de mano al estallar.

Al doblar una esquina vemos a Porta que anda de puntillas por un estrecho callejón, encogido de un modo extraño y gruñendo continuamente como suelen hacerlo los cerdos.

Nos detenemos asombrados y le observamos con curiosidad, mientras se encarama sobre un gran montón de cascotes y se agacha para mirar a través de un agujero de una pared.

Vuelve a gruñir, como un cerdo de verdad.

—¡Se ha vuelto loco! —murmura Albert, poniendo los ojos en blanco—. Sabía que esto iba a ocurrir. Últimamente se ha comportado de un modo extraño. Y ahora, puedes creerme, la culpa es de aquel gato. Los gatos negros llevan un diablo dentro.

—Entonces debe haber muchos diablos —le respondo—, ¡porque hay muchísimos gatos negros!

—¿No sabes que el viejo diablo puede convertirse en miles de diablillos si así lo desea? Tiene que ser así. En otro caso, ¿cómo podría haber un diablo alemán y un diablo americano y también un diablo en este lugar?

Me encojo de hombros y veo que Porta desaparece, sin dejar de gruñir, detrás del montón de escombros.

—Piensa que es un cerdo al que le han dado una metralleta —murmura Albert, sacudiendo tristemente la cabeza—. Y lo veo todo negro cuando pienso que esta guerra nos convertirá en cerdos a todos.

Cuando regresamos, *el Viejo* no tiene tiempo de escuchar nuestro informe. Está demasiado ocupado en cantarle las cuarenta a uno de los nuevos reclutas.

—Yo me encargaré de ti —grita, furioso—. ¿Por qué has disparado contra esos tres prisioneros?

—Para esto estamos aquí, ¿no? —pregunta uno de los nuevos, un *Fahnenjunker-Gefreiter*.

—¡Cuádrate! —ruge *el Viejo*—. Tienes que cuadrarte cuando hables conmigo, perezoso. Y no olvides que soy *Herr Feldwebel*.

El *Fahnenjunker-Gefreiter* hace chocar los tacones y coloca las manos rígidas junto a las costuras del pantalón.

—Muy bien, *Herr Feldwebel* —responde, con una mirada de odio.

—¿Por qué habéis matado a esos prisioneros? —repite *el Viejo*, con voz penetrante—. Llevaban los brazos en alto, iban desarmados y les matasteis como a ratas asquerosas. ¡Esto es *asesinato*!.

—Yo no vi que llevasen los brazos en alto, *Herr Feldwebel*, y creo que iban armados.

—¡Embustero! —silba *el Viejo*—. Yo estaba más lejos de ellos que tú, ¡y vi claramente que salían de la casa con las manos en alto!

—Yo también lo vi todo —grita *Hermanito*, desde un rincón.

—¡Silencio! —salta *el Viejo*—. No necesito tu ayuda. Entregarás esa ametralladora —dice, volviéndose al *Fahnenjunker-Gefreiter*—. Ya no eres ametrallador número uno, y pasas a ser ordenanza del Grupo de Mando. Te calentaré el trasero hasta quitarte tus aficiones de asesino. Si hiciese lo que debería hacer, te entregaría inmediatamente a un pelotón de ejecución, ¡asqueroso cerdito homicida! Ahora, ¡apártate de mi vista! Con sólo verte, ¡me dan ganas de vomitar!

Albert está sentado junto a la ventana, envuelto en su extraño abrigo de pieles rojizo. Parece cansado.

—Túmbate y duerme un poco —le digo, dándole un empujón.

—¿Dormir? —exclama, mirando cautelosamente a través de la ventana—. ¡Estás loco, hombre! Aquel gato negro fue un aviso. Los vecinos vendrán esta noche. Puedes darlo por seguro. Y no quiero que *me* corten el cuello como a los de la Cuarta Sección.

—Tranquilízate. No dejes que hierva tu sangre negra —digo, para apaciguarle—. No pasará nada. Los vecinos están tan cansados como nosotros.

—No lo sé —replica—, pero tengo una extraña y desagradable impresión. Esos malditos cabrones nos están preparando algo. Echa un vistazo a aquella larga y puerca calle. Antes de que podamos tirarnos un pedo, saldrán a cientos de los agujeros y de las esquinas.

—Estás mal de la cabeza —le respondo—. ¡Vamos, vamos! ¡Echemos un sueñecito!

Nos acurrucamos juntos, como dos perros, en busca de calor. Sólo tardamos unos minutos en sumirnos en un sueño profundo e inquieto, plagado de pesadillas.

Un largo, áspero y estridente zumbido hace que nos pongamos en pie de un salto y agarremos las metralletas y las granadas de mano. Toda una pared desaparece entre una nube de polvo, y la onda expansiva nos lanza al otro lado de la estancia. Un piano vertical vuela por los aires y se estrella con una confusa algarabía de notas en el rellano.

Yo corro hacia la puerta cuando Julius Heide me agarra y me tumba de espaldas en el suelo.

Brota una gigantesca lengua de fuego anaranjada. La doble puerta de la calle salta de sus goznes y sale volando sobre los tejados como una hoja de papel llevada por el viento.

—Los malditos vecinos quieren hacernos saber que todavía están vivos — jadea *Barcelona*, escupiendo polvo de mortero.

Albert se tumba de bruces junto a la ventana y lanza una ráfaga de tiros calle abajo.

—¿Contra quién diablos está disparando ahora ese negro idiota? —ruge *el Viejo*.

Se planta en dos zancadas al lado de Albert y le aparta de la ventana. La ametralladora ligera rebota en el suelo.

—Era un ruso —se defiende Albert, enjugándose la boca con el dorso de la mano—. ¡Un chalado con un gorro como el que lleva Porta!

Poco a poco, empezamos a relajarnos de nuevo. Puntas de cigarrillos brillan en la oscuridad. Tratamos de volver a dormir, pero nadie puede hacerlo.

—A propósito, ¿dónde está Porta? —pregunta *el Viejo*, mirando a su alrededor.

—Cree que se ha convertido en un cerdo —responde Albert, arrebuñándose en sus rojizas pieles—. ¡Anda por ahí gruñendo!

—¿Gruñendo? —pregunta *el Viejo*, con incredulidad—. ¿Ha perdido la chaveta? ¿Por qué tiene que gruñir?

Un proyectil de 155 mm cae cerca nuestro y el ruido ahoga la respuesta de Albert.

—¡Válgame Dios! ¿Es que nunca van a parar de hacer ruido? —pregunta Gregor, echándose el capote encima de la cabeza—. ¿Habéis pensado alguna vez lo que puede *costar* una bomba como esa? Os aseguro que son carísimas. Y la mayoría de las que nos lanzan no les sirven para nada. ¡Dios mío, *tienen* que estar locos!

—¿Tú crees en Dios? —pregunta súbitamente Albert, por encima de la ametralladora, sacando la cabeza de las profundidades del abrigo de pieles.

—También tú te has vuelto loco, ¿no? —pregunta *Hermanito* con voz hueca.

Está dentro de un arca grande que le sirve de cama. Ha bajado la tapa, dejando una estrecha abertura a través de la cual podemos ver sus ojos.

—¿Y tú crees en Dios? —pregunta Gregor, mirando a Albert y sonriendo maliciosamente.

—En tal caso, tiene que ser un dios moreno —dice *Barcelona*, con una risa seca—. Una vez vi una foto de un dios negro en una revista americana. Era un viejo de poblada barba blanca, e iba de un lado a otro con un bastón y sombrero de copa.

—Dios es siempre viejo, sea negro, blanco o amarillo —dice Gregor, agitando su metralleta—. Sencillamente, *tiene* que ser viejo. Pensad en todo lo que ha tenido que pasar para tener tanta experiencia.

—Si Dios es como dicen que es, debe ser muy exigente y poco tolerante —filosofa reflexivamente Albert, limpiando la ametralladora mientras habla—. Tiene que ser un oficial, o no esperaría que todos se inclinasen ante Él y le estuviesen siempre pidiendo algo.

—Lo que hace Dios no es materia de discusión —dice *el Legionario* que, como de costumbre, está sentado leyendo su Corán—. Lo que hace Alá es justo, ¡y debe ser aceptado!

—*Gott mit uns*, rezan las hebillas de nuestros cinturones —sigue diciendo Albert, después de una breve pausa. Parece fascinado por sus ideas sobre el tema de la religión—. ¿Por qué tiene que estar Dios con *nosotros*? Los ingleses y los yanquis van a la iglesia mucho más que nosotros, ¿y qué decir de todos los ateos? De momento, ¡parece que Dios les ayuda! ¡Es para desternillarse de risa!

—¿Por qué diablos habláis tanto de Dios? ¡Cambiad de tema o cerrad el pico! —dice *el Viejo*, chupando furiosamente su pipa y expeliendo una nube de humo.

—La religión es una especie de opio —declara Gregor, dándose importancia—. Yo y mi general estuvimos siempre de acuerdo en eso. Ablanda a la gente. Mi general siempre decía que a los curas deberían negarles la entrada en el cielo. Arruinan a la gente enérgica con sus sermones y sólo dejan a los timoratos.

—No lo sé —dice pensativamente Albert.

Vuelve a esconder la cabeza entre las pieles rojizas, como un caracol ocultándose en su concha.

—¿Qué diablos quieres decir con eso? —pregunta Heide, levantando la mirada de la ametralladora ligera que, como de costumbre, ha desmontado y está limpiando.

—Quiero decir que no sé si Dios existe o no existe —responde Albert—. Y quiero decir también que no entiendo una palabra de eso, hombre.

—Ahora yo te *ordeno* que decidas de una vez lo que crees realmente, simio negro —grita *el Viejo*, quitándose la pipa de la boca—. O *crees* en Dios

o no crees en Dios. Decídelo *ahora*, y después ¡cállate!

—Ya lo he hecho —dice tercamente Albert, sacando de nuevo la cabeza—. Hace tiempo decidí que iba a creer que no sé si hay Dios o no hay Dios, y eso es lo que ahora creo. Y tú te enfadas porque confieso que lo que creo es que «no lo sé».

—En todo caso, *mon ami*, tendrás que dar alguna explicación el día que te enfrentes con Alá —dice *el Legionario*, riendo a mandíbula batiente.

—No creo que haga falta, ¿sabes? —dice confiadamente Albert—. Soy un muchacho bueno y honrado, que sólo mata cuando se lo ordenan y nunca ha robado nada que no le hiciese verdadera falta.

—¡Calla, calla, calla! —grita *el Viejo*—. Di una palabra más... y ¡te mato sin necesidad de que nadie me lo ordene!

Se oyen unos gruñidos en la calle.

—Es Porta —ríe Gregor, mirando por el roto escaparate.

—¿Habéis visto pasar un cerdo? —pregunta Porta, desde el otro lado de la calle—. Un cerdo con manchas negras y los ojos azules como yo.

—¡Lo que me faltaba oír! —ruge enfurecido *el Viejo*—. ¡Válgame Dios! ¡Está recorriendo el pueblo en busca de un cerdo con manchas negras, mientras los vecinos lo destruyen todo a nuestro alrededor! Ven aquí. Ven *aquí*, ¡maldita sea! —grita a través del escaparate roto—. ¡Es una *orden*!

Pero Porta se ha perdido ya en la oscuridad, a la caza del cerdo sonrosado y negro y de claros ojos azules.

Llegan más y más soldados de otras unidades, y se sientan alrededor de la fogata que ha encendido *Hermanito* en medio del local.

Hermanito sacude un bote de pólvora de señales sobre el fuego, y las llamas adquieren un color rojo brillante. Reímos satisfechos al ver aquello. Porta entra ruidosamente por la puerta.

—Ese maldito cerdo tiene que haber estado en la escuela de comandos —chilla—. Le he estado persiguiendo toda la noche, y cada vez que le llamaba me respondía. Entonces, cuando pensé que le tenía acorralado junto al puente colgante, embistió como una fiera y cruzó el río en dirección a los vecinos. ¡No me extrañaría que ahora se estuviesen dando un banquete con él!

—Aquel teniente gordo del monóculo. Él es la causa de todo —dice *Barcelona*, mirando fijamente las llamas rojas.

—Yo creía que estaba en la cárcel —dice Gregor—. Lo oí decir en el camión-cocina.

—Rumores de letrina —dice *Barcelona*, sacudiendo la cabeza—. Ese puerco tiene buenas agarraderas. Dos horas después de haberle encerrado,

tuvieron que soltarle y presentarle excusas.

—Entonces será mejor que friamos a tiros sus gordas costillas —dice Porta, sacando la pesada «Nagan» de su funda, a modo de ensayo, y apuntando a Heide, que se encoge instintivamente—. Bueno, me voy —añade, devolviendo la «Nagan» a su funda con ostentoso ademán.

—¿Adónde diablos quieres *ir* ahora? —gruñe *el Viejo*, apretando el tabaco en la cazoleta de su pipa con tapa de plata—. Ya está bien. No *quiero* que andes suelto por ahí. Quiero que estés aquí, donde puedo vigilarte.

—Volveré en seguida —promete Porta, levantando tres dedos—. Sólo quiero echar un vistazo para ver si la guerra ha terminado de pronto. ¡Está todo tan callado!

Gregor reparte las cartas con dedos expertos. Jugamos tranquilamente durante un rato.

Súbitamente, *Hermanito* golpea la cabeza de Albert con una lata de petróleo. Albert está sentado delante de él, envuelto en su abrigo de pieles rojizas; parece haber salido de una historieta en colores.

—Ese mono negro es más truhán que toda una colonia de judíos —grita *Hermanito*, haciendo girar la lata encima de su cabeza—. No aparta sus dedos de cleptómano de las monedas, pero no echa una perra en el pozo.

La lata se precipita sobre la cabeza de Albert por segunda vez, con vibrante estruendo. El hombre cae de su silla y vuelca la mesa de juego.

—No te muevas de donde estás o acabaré de matarte, alemán del Congo —chilla furiosamente *Hermanito*, levantando la lata de petróleo, dispuesto a darle el tercer golpe.

—Me *has* matado —gime Albert, protegiéndose la cabeza con ambas manos—. ¿No ves que ya estoy muerto y me estoy *desangrando*, hombre?

—Levántate, cadáver negro —grita *Hermanito*, dándole una patada.

El *Oberleutnant* Löwe entra por la puerta, seguido del teniente del monóculo.

—¿Dónde está el *Obergefreiter* Porta? —pregunta Löwe, con un brillo acerado en los ojos—. ¿Dónde está ese malvado?

—Desplumando pavos, señor —dice *Hermanito*, con un chapucero intento de saludo.

—¿*Qué* está haciendo? —pregunta Löwe, mirando boquiabierto a *Hermanito*.

—Desplumando pavos, señor —explica *Hermanito*, moviendo las manos como si arrancase plumas.

—Pues yo voy a desplumarle *a él* —gruñe Löwe, enderezándose el sucio gorro de campaña—. Tiene que presentarse inmediatamente en la Compañía, y díganle que no se acerque al *Oberst* Hinka. El jefe no quiere *saber* nada de él. ¡Le espera un consejo de guerra y Germersheim!

—¿Y qué dirá la división, señor? —pregunta seriamente *Hermanito*—. El general y Porta son buenos amigos, señor.

—También me cuidaré de usted, Creutzfeldt —farfulla Löwe.

Gira sobre sus pies y desaparece, con el teniente del monóculo pisándole los talones.

—¿Qué diablos ha hecho ahora Porta? —pregunta amargamente *el Viejo*—. Ese loco cabrón es capaz de hacer que un hombre se suba por las paredes. Va siempre a la suya, como si fuese el amo de todo el maldito Ejército. Ahora voy a deciros algo a *todos*. ¡Sois un montón de basura! ¡No acabaré con vosotros hasta que veáis por dentro Germersheim, con una sentencia de cadena perpetua y, además, de pena capital!

Se interrumpe. La puerta se abre de golpe y entra Porta, arrastrando un cerdo que no para de chillar.

—A fin de cuentas, volvió —dice, sonriendo satisfecho—. Unas pocas horas con los comunistas fueron suficientes para él. Es bonito, ¿eh? Con esos gruñidos sólo quiere manifestar lo feliz que se siente de haber podido desertar.

—Tienes que presentarte al jefe —dice cansadamente *el Viejo*—. ¡Ahora mismo!

—¿Quién sabe que me has visto? —pregunta tranquilamente Porta—. Löwe no es más que un oficial cabrón. Esa pandilla puede esperar a que tenga tiempo para ellos, ¡y precisamente ahora no lo tengo!

—Tienes que presentarte en la Compañía —suspira *el Viejo*—, tanto si tienes tiempo como si no lo tienes. Llama a la Compañía —ordena a Gregor, que es el encargado de las comunicaciones.

—La línea está averiada —dice Porta, mondándose de risa al arrancar el cable del teléfono—. Vamos, *Hermanito*, ¡tenemos que preparar la comida!

Comemos y comemos... durante cuatro horas seguidas. La grasa se desliza de nuestras bocas sobre el pecho. De vez en cuando, salimos al exterior para hacer sitio para más comida. Tenemos un hambre tan atroz que no paramos de comer.

Gregor se atraganta y está a punto de ahogarse. Porta aconseja que le colguemos de los pies. Escupe un gran trozo de carne.

No paramos de comer hasta que sólo quedan los huesos mondos y lirondos. Jadeando y eructando, nos tumbamos en el suelo, ahítos de comida.

La guerra es una enfermedad.

Sven Hassel

El tren fue alcanzado por una bomba a pocos metros de la entrada del túnel. Los ferroviarios y la caldera arrancada de la locomotora fueron lanzados a 400 metros de distancia y cayeron en un campo de maíz maduro.

El primer vagón se alzó verticalmente en el aire. El siguiente había sido comprimido en una especie de acordeón plegado.

Los «Jabos» volvieron. El que iba en cabeza dejó caer bombas de fósforo. Cartuchos incendiarios rebotaron en los vagones de la Cruz Roja. Estos se convirtieron en pocos segundos en un rugiente mar de llamas. La mayoría de los pacientes murieron abrasados en sus camas.

Los «Jabos» volvieron y barrieron el maizal con sus ametralladoras. Antes de marcharse, lanzaron sus últimas bombas incendiarias. El maizal ardió.

El humo negro de la conflagración fue visible durante todo el día desde muchos kilómetros a la redonda. Ni un solo hombre o mujer del tren hospital salvó la vida.

VERA KONSTANTINOVNA

—No me *gusta* este antro —gruñe Porta, arrancando con los dientes el tapón de una botella de vodka. Echa un trago del fuerte licor y se enjuga los labios con la manga—. ¿Es este un alojamiento digno para *nosotros*? ¡Ni siquiera una mala estufa! ¡Esto está más frío que el ojo del culo de un esquimal! ¡Y nos llaman *herrenvolk*! ¡Es para morir de risa!

—¡Los jefes de Sección, al puesto de mando! —vocea el *Gefreiter* Voss, asomando la afilada nariz a una ventana rota.

—¡Diablos! —gruñe malhumorado *el Viejo*, abrochándose el largo capote de invierno y colgándose la metralleta del hombro, con el cañón hacia abajo—. Vigila la tienda mientras yo estoy ausente —se vuelve hacia *Barcelona*—, y quiero que esa ametralladora pesada esté preparada. ¡Esos malditos cabrones pueden echársenos de nuevo encima sin que nos demos cuenta!

Su aliento se condensa en nubéculas a su alrededor, mientras se aleja, patizambo, sobre la gruesa capa de fango. Contrariamente a todas las ordenanzas, lleva las manos hundidas en los bolsillos. Cualquiera que le viese andando por ahí, con la gorra hundida hasta debajo de las orejas, los hombros encogidos, las piernas arqueadas y las botas de infantería que calza, pensaría que no es más que un estúpido paleta. Pero se equivocaría de medio a medio. En realidad, es un soldado terriblemente peligroso, adiestrado para el combate, dotado de un aplomo sobrehumano, a pesar de sus destrozados nervios. Su cara parece una naranja aplastada, pero, de alguna manera, inspira confianza. Es una vieja rata de trinchera que confía en poca gente, y esa es una de las razones más importantes de que nos haya sacado de los más terribles apuros que quepa imaginar. Y con un número de bajas sorprendentemente reducido.

Le sigue un gatito gris, maullando, durante parte del camino.

Con absoluta falta de respeto, abre de una patada la puerta de la oficina de la Compañía. Aquí reina el *Hauptfeldwebel* Hoffmann, gordo y engreído como un dictador sudamericano. Lleva el uniforme negro del cuerpo de tanques, aunque está reservado a las tropas del frente y no a los mandos.

—Hay que llamar tres veces antes de entrar aquí —dice severamente Hoffmann, dando media vuelta y otra al revés en su sillón giratorio americano—. Esto no es un burdel, hombre; es la Jefatura de la Compañía. ¡Es donde se alojan los cerebros!

—¿Los cerebros? —ríe *el Viejo*, en tono insultante—. ¡Ustedes se sientan sobre ellos! Pero no se enfade, por favor. Recuerde que andamos escasos de hombres en el frente. Sólo pediría que le destinasen allí conmigo; se convertiría en un *Feldwebel* corriente y perdería sus dos galones de plata.

—¿Que yo vaya a su puerca Sección? —ríe Hoffmann—. No, Beier. Soy el *Hauptfeldwebel* de esta Compañía, y seguiré siéndolo mientras la Quinta Compañía exista. Por cierto, necesitan un carcelero de cabeza hueca en Germersheim para que cuide de los presos. ¿Le interesa el empleo?

—¡Mierda! —gruñe *el Viejo*, y entra en el despacho del *Oberleutnant* Löwe sin llamar.

—*Grüss Gott* —le saluda Löwe, retrepándose en su desvencijado y crujiente sillón—. ¿Un «negrito» para calentarse?

—Sí, *por favor* —responde *el Viejo*, llenando media taza de café y añadiendo vodka hasta el borde.

Arroja el casco sobre el suelo de tierra, se sienta sobre una caja de granadas de mano y estira las piernas y las sucias botas delante de él. Apoya la metralleta en una pata de la mesa.

—Parece cansado, Beier —dice Löwe—. Los dos últimos meses han sido un poco duros, ¿verdad?

—No hemos parado —dice *el Viejo*, soplando su café—. Esa dichosa Segunda Sección hará que me suba por las paredes. En cuanto nos alejamos de la maldita guerra, tengo que tener la metralleta preparada para impedir que esa sucia pandilla no caiga en las tentaciones de la carne. A veces no entiendo lo que pasa. Hace cosa de una semana, el *Unteroffizier* Julius Heide se vuelve loco y liquida a doscientos paisanos con su ametralladora. Si quisiera denunciarle por esto, no sacaría nada, salvo una reprimenda del NSFO.

»Ese puerco y relamido ordenancista, el *Unteroffizier* Julius Heide, es un miembro valioso del Partido; por consiguiente, ¿por qué no puede divertirse asesinando a unas cuantas mujeres y niños? A fin de cuentas, sólo son *untermensch*. Cuando no se trata de matar, Porta y *Hermanito* lo pasan en grande con un par de chicas rusas bien dispuestas. ¿Y qué sucede? ¡Les castigan por confraternizar con el enemigo! ¡Las leyes de esta guerra son realmente muy *extrañas*!

—No he oído lo que acaba de decir, Beier —sonríe el *Oberleutnant* Löwe—. Ninguno de nosotros quiere un consejo de guerra, ¿verdad?

Entran los otros cuatro jefes de Sección y dan sus breves informes.

—Más de la mitad de la Compañía se ha volatilizado —dice Löwe, contemplando las listas de bajas que tiene delante—. ¡Así es! Nos envían suministros y tropas de refresco. Pero no se tomen demasiado en serio lo de la inactividad. Hay órdenes severas del Regimiento en el sentido de que mantengamos constantemente en movimiento a nuestros hombres. De no ser así, harían toda clase de trastadas. *Herr Oberst* Hinka no quiere quejas, ni de los paisanos ni de los militares. —Löwe mira al *Viejo*, que sigue sentado sobre la caja de granadas, calentándose las manos sobre el café—. Pienso en particular en la Segunda Sección, *Feldwebel* Beier, y en especial en ese par de locos, el *Obergefreiter* Joseph Porta y el *Obergefreiter* Wolfgang Creutzfeldt. Y, ya que estamos hablando de la Segunda Sección, hemos recibido un largo mensaje del Cuartel General del Ejército.

Löwe arroja al *Viejo* tres hojas de papel apretadamente escritas.

—Eso tiene que ver con el *Gefreiter* Albert. ¡Quieren que lo pongamos blanco!

Los otros cuatro jefes de Sección se mondan de risa. Sólo *el Viejo* y Löwe permanecen serios y graves.

—No es cosa de risa —dice Löwe, abrochándose el abrigo—. Es un asunto muy enojoso. Contéstelo, Beier, de manera que comprendan que un negro no se puede volver blanco. Antes de que me olvide, hay otra cuestión desagradable entre el USFO y Joseph Porta. Yo pensé que podría solucionarlo, pero desgraciadamente ha llegado ya a conocimiento del Regimiento. Y también de la División. En el peor de los casos, podría costarle a Porta la cabeza. Un asunto muy feo. *Tiene* usted que poner orden en su gente, Beier. Castigaré a su Sección imponiéndole el servicio de enterramientos. Pero no lo olvide, los alemanes y los rusos no deben ser enterrados en la misma fosa, y los paisanos tienen que serlo en otra diferente. No armen el mismo lío que la última vez, en que mezclaron a los oficiales con los soldados rasos. Los oficiales deben tener tumbas individuales y debidamente decoradas. Los soldados van a la fosa común y deben ser enterrados en tres capas, pero con una capa de tierra de treinta centímetros entre cada dos de aquellas.

—¡Que Dios nos ampare! —murmura *el Viejo*, apretando los dientes.

Llena de nuevo su taza de café caliente.

Casi una hora más tarde, con la pipa echando humo, desanda su camino por la fangosa carretera surcada de carriles.

El gato sale de nuevo a su encuentro y, levantándose sobre las patas de atrás, le araña los pantalones.

—*Tú estás de suerte* —dice el hombre, rascándole el cuello—. ¡No tienes una Segunda Sección a tu cargo! Sólo tienes que preocuparte de ti. ¡Así está la cosa, minino! —Cuanto más se acerca al alojamiento, más crece su irritación—. ¡Les *enterraré*! —se promete—. Que me aspen si no lo hago. Les haré dar tres veces la vuelta al mundo, pasando por el Polo Norte y por el Polo Sur. ¡Eso debería bastar para refrescarles un poco!

Echando chispas por dentro, abre la puerta de una patada, arroja la metralleta a un rincón y mira furiosamente a su alrededor. Inmediatamente se da cuenta del increíble desorden que reina allí.

Untermensch Albert está enzarzado en un furioso combate verbal con *Herrenvolk* Heide.

—Siempre la emprendes conmigo, Julius; pero ahora quiero saber por qué razón —gruñe Albert—. Aunque sea negro, soy tan alemán como tú y tengo todos los derechos del ciudadano alemán. Por consiguiente, si me persigues por ser un negro del Reich, ¡te denunciaré por ello!

—Si tú eres alemán, yo soy chino —dice despectivamente Julius—. Te diré lo que eres, simio negro. Eres la caricatura al carbón de un ser humano, un antropófago amaestrado, ¡que roe huesos como un perro para cenar!

—¡Es más que eso! —vocifera *Hermanito*—. Su abuelo era un judío francés del Senegal, de nariz grande y ganchuda y prepucio cortado. ¡Solía lavarse todos los jueves en la sinagoga!

—¡Eso es mentira! —ruge Albert, ofendido—. El judío francés era mi bisabuelo, ¡y *se casó* con una chica del Senegal!

—Ya no tengo que oír más —jadea Heide.

Se pone en pie y se acerca a Albert en tres zancadas. Se queda plantado ante él con las piernas separadas y los brazos en jarras: la viva imagen del *Unteroffizier*.

—¿Eres judío? Contesta, simio negro, ¡o te abriré la cabeza como es de ley!

Albert, aterrorizado, se encoge más dentro de su abrigo de pieles.

—Mi bisabuelo era judío francés. Yo soy alemán —protesta, buscando su metralleta.

Antes de que pueda agarrarla, Heide la pone fuera de su alcance de una patada.

—¡Judío *francés*! —se burla—. ¡No hay judíos *franceses*! Se es judío o no se es judío. Te colaste en la Wehrmacht alemana con antecedentes falsos. Sabe Dios lo que dirá la Comisión Racial cuando la informe de esto.

—Te echarán de una patada —dice Albert, sonriendo confiado—, ¡y te dirán que te limpies el culo con tu denuncia! Ya *comparecí* ante ellos, y me examinaron desde el cuello hasta el ojete, y me agarraron las pelotas y me tiraron del pijo. Y cuando terminaron dijeron que tenía el ochenta por ciento de sangre alemana. Estuve a punto de que me incorporasen a la SS, ¡donde habría podido llegar a oficial!

—¿Qué *son* todas esas gansadas? —grita con irritación *el Viejo*, apartando a Heide de un empujón—. No quiero que arméis jaleo entre vosotros sobre si sois judíos o sois alemanes. Ocupate de lo tuyo, Julius y, ¡ve a limpiar tu metralleta! Sólo me causas preocupaciones. Y tú, Albert, ve y lávate la cara, frotándola varias veces. Es una orden del Cuartel General. Después vuelve aquí y demuestra que tu color es *verdadero*. Tú, *Barcelona*, ¡serás jefe de guardia durante los próximos tres días!

—¿Por qué? —pregunta boquiabierto *Barcelona*—. ¿Qué he hecho yo?

—Saludaste al general cuando no debías hacerlo, ¡estúpido! Hazlo otra vez, y te encerrarán. ¡Porta! ¿Qué diablos está haciendo ese loco?

—Cocinando —responde *Hermanito*—. Chuletas de cerdo *á l'Alba*.

—Me importa un *bledo* de dónde vienen sus chuletas de cerdo —grita *el Viejo*, arrojando al suelo su casco de acero—. Está a medio camino de Germersheim, y si llega allí, ¡le ahorcarán! Nadie va a ir a ninguna parte, ¿entendido? ¡Os quedaréis todos aquí! Dentro de una hora, formaréis para el servicio de enterramiento, y mientras tanto, poned orden en este lugar. Clavos en las paredes para colgar los uniformes y el equipo. Las camas hechas y separadas de la pared a distancias iguales. Los cascos sobre las bolsas de las máscaras de gas, según el reglamento. Y que no falte un solo clavo en vuestras botas.

—No tenemos clavos —protesta débilmente Gregor.

—Entonces, cagadlos —ordena *el Viejo*.

Hermanito se pone en pie de un salto, hace chocar los tacones y levanta cortésmente su hongo gris.

—A la orden, *Herr Feldwebel*, señor —exclama.

—¡Basta de comedia! —gruñe furiosamente *el Viejo*—. Mañana por la mañana habrá revista. ¡Hay que entregar todas las armas ilegales! Cualquiera que ande por ahí con armas enemigas, ¡se la cargará!

—¡Se la cargará! —repite *Hermanito*.

Por un segundo, parece que *el Viejo* va a lanzarse sobre él. Pero renuncia. Le abandona la energía de su enojo. Se deja caer sobre una cama crujiente, se pasa las manos por los cabellos y empieza a llenar su pipa.

—Sois todos una mierda —murmura, mirando a su alrededor.

Cavamos la fosa común en el parque. Ya no hay sitio en el cementerio.

El Viejo se sienta en un pedestal, donde antaño se levantaba una estatua, y expelle grandes nubes de humo de tabaco.

Porta y *Hermanito* están clasificando cadáveres y hablando en voz baja entre los dos.

—Bastará con que miréis un diente de oro para que os pegue un tiro —dice *el Viejo*, apuntándoles amenazadoramente con el tubo de su pipa.

—¡Ni pensarlo! —miente Porta, con un dedo dentro de la boca de un cadáver.

Hermanito tiene preparadas las tenazas.

—Este lleva dos —murmura Porta—. Espera a que esté dentro de la fosa para quitarle sus ahorros. Entonces *el Viejo* no podrá verlo. ¿Cuántos tenemos?

—Un montón —responde *Hermanito*.

Para él, más de cinco es un montón.

El cuerpo medio descompuesto de una mujer resbala de mis manos cuando lo paso a Heide y a Gregor. Están dentro de la fosa, ordenando los cadáveres según el reglamento.

Heide se enfurece cuando el pesado cuerpo cae sobre él en medio de la fosa. Bufando de rabia, me arroja un brazo arrancado.

—¡Lo has hecho adrede! ¡Que Dios te valga cuando te pille!

Me escondo detrás de una caseta de herramientas. Está lo bastante loco para cumplir su amenaza.

Tenemos que cavar otras dos fosas comunes. Los muertos son muchos más de lo que pensábamos.

Durante el trabajo de clasificación, *Hermanito* se encuentra con un *Hauptsturmführer* SS al que le falta la mitad inferior del cuerpo. Como existe la orden de que los fragmentos sean enterrados con la persona a quien pertenecieron, *Hermanito* empieza a buscar un par de piernas que puedan corresponder al cuerpo del *Hauptsturmführer*. Como no las encuentra, agarra dos piernas arrancadas que, a juzgar por las botas, debieron pertenecer a un oficial ruso.

Porta se rasca los rojos y erizados cabellos, con aire de duda, y mira críticamente las piernas con sus pantalones de montar rusos y sus altas botas

de color castaño.

—No coinciden mucho, ¿verdad? —dice, escupiendo sobre el borde de la tumba del oficial—. Si la abren un día, se *quedarán* confusos. Pensarán que han dado con un mal huno. Un oficial SS que iba a desertar y había empezado a cambiar su uniforme por el de Iván. No, no lo creerían, hijo mío. ¡Tenemos que darle un par de piernas alemanas!

—Entonces echaré otro vistazo —gruñe *Hermanito* con resignación, saliendo con dificultad de la fosa. Se detiene arrodillado sobre el borde y vuelve un oído hacia las nubes bajas—. ¡«Jabos»! —grita—. ¡Malditos sean! ¡«Jabos»!

Porta estira el cuello. Vuelve su cara astuta de zorro hacia el Este, husmeando.

—¡Allí! —chilla *Hermanito*.

Vuelve a meterse en la fosa con la rapidez del rayo y se hunde entre los muertos.

Parecen salir de detrás de los árboles y, con un estruendo que destroza los nervios, pasan sobre nuestras cabezas. Sus gruesas alas centellean al elevarse verticalmente y dar la vuelta para realizar otra pasada. Abren fuego con todas sus armas automáticas: ametralladoras y cañones ligeros. Cientos de nubéculas de polvo brotan del suelo al caer los proyectiles sobre el parque. Dos de los aparatos se ladean y vuelan a lo largo de la hilera de fosas abiertas. Van tan bajos que pueden verse claramente las caras de los pilotos.

Me dejo caer de bruces detrás de la caseta de las herramientas. Una ráfaga de proyectiles alcanza la caseta y me cubre de polvo y de toda clase de basura. Levanto un momento la cabeza para ver adonde han ido los aviones de combate.

Ambos aparatos parecen girar sobre su cola en el aire. Describen un gran arco y vuelven rugiendo hacia nosotros. Esta vez arrojan bombas. El espantoso ruido de las explosiones casi nos rompe los tímpanos. La tierra tiembla. Terrones y piedras llueven sobre mí.

Alguien lanza un grito largo y penetrante. Queda ahogado por el rugido de los «Jabos» al atacar de nuevo. Los proyectiles que escupen sus alas parecen rodar sobre el asfalto del paseo como una alfombra.

Los aparatos pasan de nuevo sobre nosotros. Caen más bombas que nos ensordecen.

Vienen dos veces más. Entonces se alejan hacia el Este, de regreso a su base.

Deseamos que todo se aleje lo más posible, mientras empezamos de nuevo a recoger cadáveres.

Hermanito encuentra un par de piernas alemanas que servirán para el *Hauptsturmführer*.

Es noche avanzada cuando acabamos de llenar las fosas. Entonces nos sentamos, fatigados, sobre la tierra blanda de una de las fosas comunes. La botella de vodka pasa de mano en mano. Estamos empapados en sudor a pesar del frío de la noche.

El Viejo está sentado con *Barcelona*, clasificando placas de identificación. Las alemanes, aquí. Las rusas, allí. Las meten por separado en grandes bolsas, y hacen paquetes con las cartillas de los muertos. También hay cartas. Muchas cartas. *Barcelona* despliega una de ellas y lee en voz alta:

Mi querido hijo:

Hace mucho tiempo que no sé nada de ti. ¿Recibiste mi paquete? Hay un suéter de lana para que no pases frío. No te olvides de cambiarte los calcetines si te mojas los pies. Ya sabes lo que te pasa con los catarros. Claus, el hijo del capataz, con el que fuiste al colegio, ha vuelto del Ejército. Perdió un brazo, pero no le enviarán a casa. Cuando termine su licencia, tendrá que hacer servicio de cuartel. Ahora, ni siquiera los que pierden una pierna son enviados a casa. Ayer volvimos a tener una alarma de ataque aéreo. Dejaron caer algunas bombas sobre la estación del ferrocarril, y dicen que ha quedado destruida. Esta tarde voy a ir allí con la señora Schröder, para ver si el daño es tan grave. Y tú cuídate mucho, ¿eh? Ahora que tu papá se ha ido, sólo te tengo a ti. Me alegro de que estés en un lugar del frente donde ocurren pocas cosas. Los dos chicos de la señora Schultzes están en un sitio donde suceden cosas terribles; pero no debemos hablar de eso. Nuestro nuevo Gauleiter es muy severo con la gente que habla demasiado. Vinieron y se llevaron a nuestra vecina, la señora Schmidt, en mitad de la noche, porque había hablado de algo llamado Nacht und Nebellager. Por consiguiente, hay que tener cuidado con lo que se dice. Hijo mío, hijo querido, hace doce meses que te marchaste, pero, gracias a Dios, tendrás licencia dentro de otros dos. Estoy contando las horas que faltan. Escribe pronto. ¡Me aflijo tanto cuando pasa el cartero y no hay ninguna carta para mí! Sé que sólo os permiten escribir

una carta cada ocho días, pero promete que lo harás. Hasta dentro de 58 días.

Tu madre que te quiere.

—¡Mierda! —dice *Hermanito*, mientras *Barcelona* pliega de nuevo la misiva y la coloca dentro de la cartilla del soldado.

—¡Arriba! —ordena *el Viejo*, poniéndose en pie—. ¡Armas al hombro! ¡Preparados! ¡Seguidme! ¡Paso ligero!

Marchamos charlando, en columna desordenada, por un estrecho sendero. Caminamos por las orillas, al abrigo de los árboles, para protegernos de los aviones.

—Me encargaré de la cocina cuando lleguemos a casa —ofrece *Porta*. Cuando dice «casa» se refiere a la nave de fábrica donde vamos a alojarnos—. Voy a preparar «Chuletas de Cerdo á l'Alba» —sigue diciendo, entusiasmado—. Es un plato que los reyes y los emperadores tienen en gran estima. Los judíos ortodoxos la confeccionan con costillas de buey, pero eso estropea el efecto. Se necesita carácter para hacer «Chuletas de Cerdo á l'Alba». Os lo aseguro. Primero hay que salir al campo en busca de chalotes. Hay que trincarlos muy finos, y la canción adecuada para acompañar esta operación es la de la *Cosecha Georgiana*. Cuando están bien trinchados, se rocían, moviendo elegantemente la muñeca, con perejil, salvia, sal y pimienta. Pero, por el amor de Dios, ¡debe ser pimienta *negra*! Él hombre que emplee pimienta *blanca* se merecería que le metiesen por la garganta al mismísimo diablo con un rollo de alambre espinoso en la espalda. Entonces se hacen pequeños cortes en ambos lados de las costillas con un cuchillo bien afilado. Yo empleo generalmente mi cuchillo de combate. Siempre lo llevo afilado. Durante la operación siguiente, que consiste en frotar las costillas con la mezcla a base de chalotes, prefiero tararear la canción de *Los remeros del Volga*. Y ahora damos otro paso, que puede resultar difícil. Hay que pedir al vecino un poco de mantequilla que, desde luego, no se piensa pagar. Muchas personas viven estupendamente gracias a pedir cosas prestadas a los vecinos. Es más barato y ahorra espacio para guardarlas. Entonces se derrite la mantequilla tomada de prestado. Tómese la costilla entre dos dedos, con preferencia el índice y el pulgar de la mano derecha, y sumérjase la mitad de aquella en la mantequilla derretida. Vuélvase, entonces, sobre una fuente refractaria, durante unos diez minutos. Después de eso, se vierte vino sobre ella, pero en poca cantidad. *No hay* que ahogarla. Las costillas sólo deben

estar ligera pero alegremente embriagadas. Agítese el resto de la mantequilla tomada de prestado y viértase la salsa sobre la carne.

—¿Qué *clase* de vino? —llega la voz de George desde atrás.

—Blanco, naturalmente, ¡estúpido conductor! —responde vivamente Porta.

—Pero ¿de alguna clase especial? —pregunta Gregor.

—¿Es que no callará nunca ese idiota? ¡Se nota que has estado demasiado tiempo con los generales! Se emplea lo que se *tiene*.

Lo principal es que sea blanco; después puedes beberte el resto.

Un ordenanza motociclista dobla una esquina delante nuestro a gran velocidad y se detiene delante de *el Viejo*, que está en mitad del estrecho camino con el brazo levantado.

—¡Tanques rusos, *Herr Feldwebel*! —grita el ordenanza, a horcajadas en su moto—. Vienen por este camino, para volver a sus líneas. ¡Orden del Cuartel General del Regimiento! ¡Hay que cortarles el paso y destruirlos!

La moto arranca de nuevo y se aleja rugiendo.

—¡Que Dios les confunda! —grita *el Viejo*—. Tanques, y hemos de ser nosotros quienes los liquidemos. ¡Naturalmente! ¿Quién, si no?

Hermanito saca una morcilla del bolsillo, la parte y da la mitad a Porta.

—Está un poco sucia de sangre —se disculpa—, ¡pero dicen que la sangre da fuerza!

—¿De dónde la sacaste? —pregunta recelosamente Porta.

—De un muerto —responde *Hermanito*, mordiendo su mitad de la morcilla.

—¿Qué clase de muerto? —pregunta Porta, oliendo su mitad.

—De un maldito teniente ruso —murmura *Hermanito*, mirando hacia los árboles.

—Entonces tiene que estar bien. Los oficiales sólo comen artículos de primera calidad —dice Porta, mordiendo un gran pedazo.

—Vamos —ordena *el Viejo*—. La cosa no tardará en ponerse fea. ¡Preparad las magnéticas! ¡Los tubos de chimenea en cabeza! Atacaremos desde la derecha del camino, y que no vea dedos impacientes sobre los gatillos. ¡Esperad la orden!

—¿Tendremos apoyo antitanque? —pregunta pomposamente Heide.

—Sí, por tu cara bonita —ríe estruendosamente Porta—. Aunque tuviesen cañones antitanque de sobra, ¿crees que nos los enviarían?

Ya dentro del bosque, nos encontramos con un par de secciones de la Séptima Compañía. Están todos muy excitados y hablan de hordas de tanques

rusos.

—Y llevan infantería con ellos —grita un *Feldwebel* al *Viejo*—. La Segunda Compañía ha sido destrozada. ¡No ha quedado títere con cabeza en ella!

—Parece divertido —responde *el Viejo*, con una risa seca—. Pero para eso estamos aquí. Para matar o para que nos maten.

—¡Cuerpo a tierra! —grita con voz ronca *Barcelona*, mientras media docena de bengalas estallan de pronto en el cielo, haciendo que todo aparezca como en pleno día.

Todavía no ha acabado de decirlo cuando toda la Sección está tendida sobre el suelo.

Un «SP» llega a toda velocidad, salta sobre la cima de la colina y aterriza en el otro lado con un estruendoso chasquido.

—¡Arriba! —grita *el Viejo*—. ¡Moveos! ¡Desplegaos al frente! *March! March!*

La Sección se despliega y anda pesadamente y jadeando sobre el terreno desigual. Yo llevo la ametralladora debajo del brazo, apoyándola en la cadera. Tengo el dedo sobre la guarda del gatillo. Mi corazón late tan de prisa que casi me hace daño. Corro en línea recta entre unos arbustos que arañan mi cara y mis manos. Fluye sangre.

Porta corre un poco delante mío, con su idiota chistera amarilla sobre el cogote. En el fondo del valle, el «SP» gira en redondo como si su conductor se hubiese vuelto loco. La noche se llena de fuertes detonaciones y de brillantes fogonazos. Iluminan lo bastante para que podamos ver media docena de «T-34». El «SP» se para en seco y responde inmediatamente al fuego.

Largas ráfagas de balas de «Maxim» rusas brotan de una hilera de casas en ruinas.

Algunos reclutas se arrojan al suelo y tratan de escapar a rastras de aquel infierno de fuego.

—¡Levantaos! ¡Levantaos! —ruge *el Viejo*, golpeándoles con el cañón de su metralleta—. ¿Quién diablos os ha dicho cuerpo a tierra?

Respirando fatigosamente, emprendemos la carrera. Ahora estamos a poco más de cien metros de los «T-34» más próximos.

Relámpagos, verdiazulados surgen de los cañones de las metralletas rusas; las «Maxim» escupen llamas amarillas al rociarnos con sus letales y perlinas cadenas de trazadoras.

Caigo tan pesadamente que mi cara choca contra el cierre de la ametralladora ligera. Me enjugo la mano con ella. Estoy sangrando copiosamente, pero no tengo tiempo de pensar en eso. Apunto al fogonazo de una ametralladora pesada rusa, aprieto la culata de mi arma contra el hombro y agarro esta con tal fuerza que me dan calambres en la mano izquierda. Envío tres breves ráfagas de tiros a la ametralladora rusa. Después me levanto con la rapidez del rayo, corro hacia la izquierda y me pongo de nuevo a cubierto. Apenas he llegado a mi refugio cuando estalla una granada en el sitio donde estaba un momento antes.

Un proyectil del cañón de un tanque pasa un poco por encima de mi cabeza y parte por la mitad al *Fahnenjunker* Kolb, con la eficacia de una sierra circular. La onda expansiva me arroja hacia un lado y me arranca la ametralladora ligera de las manos. Sollozo aterrorizado y aprieto la cabeza contra el suelo. Cuando cesa el zumbido en mis oídos, extendiendo las manos buscando a tientas la ametralladora. En vez de esta, mis dedos tocan una pierna desnuda. La palpo y no puedo dar crédito a mis ojos al abrirlas. Una pierna desnuda, arrancada de la ingle y despojada de la bota y de la pernera del pantalón. Empiezo a chillar y golpeo histéricamente el suelo con los puños.

—¡Adelante! ¡Adelante! —me hostiga *el Viejo*, golpeando mi rabadilla con la culata de su metralleta.

—¡No! —protesto—. ¡No *puedo*!

Heide me agarra brutalmente por el cuello de la guerrera.

—¡Levanta, cerdo cobarde! —gruñe cruelmente—. ¿Dónde está tu ametralladora ligera? ¡No me digas que has perdido tu arma!

Me aparta de él de un empujón, como si fuese un saco de patatas podridas.

Caigo, sollozando, sobre una rodilla, totalmente agotado.

Me apunta con su metralleta y me da un fuerte golpe en la cara con el dorso de la mano. El casco salta hacia atrás, sobre mi cogote. Entonces, de pronto, termina todo. Vuelvo a ser un soldado normal y disciplinado. La ametralladora vuelve a estar en mis manos, colgada del hombro por la correa según las ordenanzas. Mis piernas funcionan como pistones desenfrenados.

Vuelo literalmente por delante de Porta, que se ha refugiado detrás de un montón de troncos, preparado su tubo de chimenea.

—¡Eh! —me grita alegremente—. Espera. ¡No quiero que llegues a Moscú antes que nosotros y te apoderes de todas las buenas mozas!

Un «T-34» es alcanzado precisamente delante mío. Surge una llamarada cegadora y el tanque se rompe con un sonido metálico, como el que haría el

puño de un gigante al aplastar un tejado de cinc. La explosión ilumina toda una hilera de casas arruinadas. Desde la izquierda llegan las secas detonaciones de granadas de mano alemanas. Debe ser el pelotón de Heide que se ha acercado lo bastante para arrojarlas.

Truenan el *bazooka* de Porta, y la corriente de aire producida por el veloz cohete casi me arranca el casco de la cabeza.

Un «T-34» salta como un volcán de llamas. El cohete de Porta debe de haber dado de lleno en el depósito de municiones.

La violencia de la explosión me deja sordo durante varios minutos.

—¡Vamos! ¡Adelante! —ruge *el Viejo*, alejándose sobre sus piernas arqueadas.

Corro hacia delante, disparando contra las negras figuras en lo alto de las casas en ruinas. Entre las ráfagas de tiros, oigo el breve e intermitente ladrido de la metralleta de *el Viejo*. A un par de metros delante mío, veo una sombra que parece una topera, pero que es, en realidad, un casco ruso con su curiosa cresta de acero. Disparo tan bajo que la bala casi roza el suelo y parte por la mitad la cabeza del ruso.

—¡Adelante! —nos hostiga *el Viejo*—. ¡Adelante!

Agita el brazo arriba y abajo, haciéndonos señales.

Yo me refugio detrás de una balaustrada de hormigón y lanzo un par de granadas de mano sobre los macizos de rosales en los que los arbustos sin hojas permanecen estrechamente alineados. Después sigo avanzando entre los macizos de flores.

—¡Atrás! —grito desesperadamente, rodando por la pendiente.

He dado con tres ametralladoras pesadas rusas que mandan una rociada de balas a lo largo de la colina.

—¡No, maldita sea! —ruge *el Viejo*—. ¡Adelante! ¡No tenemos alternativa! ¡Arriba! ¡Granadas!

Miro a mi alrededor, tímido y asustado, y siento unas ganas enormes de echar a correr, de arrojar en cualquier parte la maldita ametralladora, y correr, correr hasta llegar de nuevo a casa.

—¡Vamos! —grita Porta, haciéndome señas con una mano—. ¡Démosle un buen palo a Iván, para que no crea que está ganando la guerra!

Me pongo en pie de un salto y subo la cuesta empinada. Un par de granadas de mano, y el nido de ametralladoras ruso salta envuelto en llamas. De pronto, siento ligeros los pies, como si les hubiesen crecido alas.

Balas trazadoras silban a mi alrededor. Parece increíble que todas fallen el blanco. Corriendo como un loco, alcanzo la balaustrada de piedra del otro

lado, la salto y ruedo cuesta abajo. Oigo a mi alrededor las secas detonaciones de los cañones de los tanques y el sordo zumbido de los *bazookas*.

Otro «T-34» estalla en un mar de llamas rojas y resplandecientes.

El resto de la Sección rueda cuesta abajo detrás de mí.

Las ametralladoras rusas tabletean furiosamente. Pasan tres o cuatro sombras.

Pongo una nueva cinta en mi ametralladora ligera y echo el cierre con demasiado ruido.

—Cubridme —pide *el Viejo*, con voz ronca—. Voy a pasar sobre aquella balaustrada y, cuando lo haya hecho, ¡seguidme! ¡Y no ahorréis el plomo!

—Muy bien —murmuro, apoyando en el hombro la culata de la ametralladora ligera y lanzando cinco o seis breves ráfagas de tiros.

El Viejo se encarama pesadamente a la balaustrada, rueda sobre ella y desaparece. Yo me levanto de un salto, me doblo por la cintura y cruzo el espacio abierto disparando a un lado y otro.

Una bengala verde asciende, queda suspendida en el cielo y se extingue lentamente.

—Lo hemos conseguido otra vez —jadea Porta, deteniéndose a mi lado.

Varios rusos se acercan despacio a nosotros con los brazos levantados. Nos miran temerosos, mientras registramos sus bolsillos con ágiles dedos. No llevan nada que valga la pena. Unos pocos «Machorkas» malolientes y un par de cartas grasientas y muy manoseadas.

—Son tan pobres como nosotros —suspira Porta, dando unas palmadas en el hombro a un harapiento calmuco.

Es un hombre entrado en años, de gran bigote que cuelga tristemente sobre su boca.

El último «T-34» cruza chirriando el parque. A lo lejos se oye todavía el ruido del combate, pero se extingue poco a poco y la capa silenciosa de la noche cae de nuevo sobre la arruinada población.

El día siguiente se suceden las revistas de inspección. Una y otra vez somos enviados a pasarla. Pero naturalmente, no vamos. En vez de eso, nos quedamos sentados jugando a las cartas.

En definitiva, los aficionados a las revistas acaban por cansarse del trabajo que les cuesta. Las armas extranjeras ocultas aparecen de nuevo. Una «Kalashnikov» es sin duda mejor que una «Schmeisser». Entre otras ventajas, su cargador puede contener cien proyectiles, mientras que la «Schmeisser» sólo tiene capacidad para treinta y ocho.

Al cabo de un rato, todo vuelve a la normalidad. Porta y *Hermanito* rondan de nuevo por ahí con su tocado particular: sombrero de copa y bombín. Albert se ha arrebuñado en su abrigo de pieles de color rojizo. Heide se muestra casi normal y ya no se indigna por el cóctel racial de Albert. Sin embargo, sólo le dirige las palabras absolutamente necesarias.

—Parece una mosca que se haya quemado el culo en una linterna —dice Porta, mientras Albert se sienta al lado de Heide y empieza a mostrarle unas fotografías.

Heide disimula su disgusto, pero no puede evitar estudiarlas con atención.

Las licencias son concedidas con generosidad, pero sólo a los casados y con hijos; de modo que *el Viejo* y *Barcelona* son los primeros en marcharse. Les seguimos hasta el tren que se llevará a los que se van con permiso y seguimos agitando las manos hasta mucho después de que el convoy se haya perdido de vista y se haya extinguido incluso su ruido.

Volvemos a nuestro alojamiento como niños pequeños que se han quedado solos en su casa. Sin *el Viejo*, nos sentimos perdidos.

Entonces ocurre otra cosa que hace que nos flaqueen las piernas.

Gregor nos abandona para siempre. Pensamos que es mentira. Ni siquiera cuando hace los bártulos y reparte las cosas que ya no necesita llegamos a creerlo. Nos muestra el documento. El Estado Mayor del Ejército le ha llamado. Vuelve a ser conductor y guardaespaldas de su famoso general. También le acompañamos hasta el tren. Lleva un uniforme completamente nuevo. No se atreven a enviarle a presencia del general con su gastado equipo de primera línea.

—*Estás* magnífico —exclama Porta, con admiración—. Tendrían que ponerte en un cartel de reclutamiento para hacer que los idiotas se alistén en el Ejército por un marco diario.

Nos despedimos de él en un andén lleno de agujeros. Gregor se asoma a la ventanilla para estrechar las manos que le tendemos. Como conductor y guardaespaldas de un general le ha sido reservado un asiento en un compartimiento de pasajeros. Y trata como tal a los PM que examinan sus documentos. Mira de arriba abajo y con aire condescendiente a los atildados PM y les dice que le llamen *Unteroffizier* y se cuadren debidamente cuando hablen con él.

—Cualquiera puede ver ahora que perteneces al Estado Mayor —dice Porta, moviendo la cabeza con aprobación—. Dales algún palo a esos mierdas, ¡pero no te olvides de que todavía eres de los nuestros! Si por

casualidad te encuentras con algo que valga la pena, recuerda que Joseph Porta, *Obergefreiter* por la gracia de Dios, sabe comerciar con todo.

El tren se marcha y volvemos a nuestra rutina de siempre. Sin embargo, pronto empezamos a sentir de nuevo la necesidad de un poco de emoción.

No vemos mucho a Porta. El *Hauptfeldwebel* Hoffmann envía continuamente ordenanzas (nosotros les llamamos sabuesos) en su busca, pero raras veces le encuentran. Y cuando le encuentran, es porque él así lo ha querido.

Pasa la mayor parte del tiempo con Vera, la abandonada esposa del comisario. Esta empieza a sentirse realmente liberada por el Ejército alemán, en la persona de Porta.

Es una tarde de domingo y todo está tranquilo y silencioso. La nieve cae suavemente y sin ruido. Ya no se oye el estruendo del frente, que ha quedado muy lejos y está casi olvidado. *Hermanito* está jugando con un perro en la plaza de armas; un perro feo, que se le parece bastante.

El *Hauptfeldwebel* Hoffman ha enviado a sus sabuesos, como de costumbre, detrás de Porta. Quiere imponerle un servicio de guardia de veinticuatro horas. Pero Porta está yaciendo boca arriba, completamente desnudo, en una cama grande y roja de cuatro columnas con unos angelitos tocando trompetas celestiales sobre cada una de aquellas. Parece, más que nada, un rábano largo, delgado y bifurcado, tumbado sobre la roja colcha, calentándose los largos y huesudos dedos de los pies entre los muslos de Vera. Ambos están dormitando y parecen ronronear con satisfacción, como un par de gatos bien alimentados. Porta está soñando que yace en la playa de una laguna azul, llevando un smoking blanco, y rodeado de un grupo de damas complacientes que no llevan nada en absoluto.

—*Zolloto* —murmura Vera, volviéndose sobre la cama sin despertarse.

Porta ríe entre dientes y mueve las puntas de los dedos como si contase dinero.

—*Zolloto* —sonríe Vera, feliz.

Porta se sienta en la cama, completamente despierto y receloso como un viejo gato callejero.

—¿Qué haces? —murmura ella, soñolienta, revolviéndole los rojos cabellos.

—Has dicho *Zolloto* —dice Porta, inclinándose sobre Vera—. *Zolloto*!

—¿He dicho *Zolloto*? —pregunta ella, al parecer con indiferencia. Pasa las largas piernas sobre el borde de la cama y mete los pies en un par de pantuflas peludas y de tacón alto. Con perezoso movimiento, saca un

cigarrillo ruso y de larga boquilla del cajón de su mesita de noche—. ¿Puedo *confiar* en ti? ¡Eres un villano! —dice después de una larga pausa, echándole humo a la cara mientras habla—. Quiero decir si puedo confiar *realmente* en ti. ¿Podrías guardar silencio si el mundo se derrumbase sobre tu cabeza y ellos te golpeasen y te prometiesen la luna si les diesen el soplo?

—¿Qué diablos te imaginas que soy? —sonríe Porta, levantando tres dedos—. En mi corta pero excitante vida, he puesto literalmente a docenas de polizontes al borde de la locura. Me han echado de la prisión militar porque, conmigo en ella, la disciplina era imposible. Un general, dos *Oberts*, seis tenientes y todo un *ejército* de *Feldwebels* y otra *mierda* parecida han perdido la chaveta por mi culpa. Un par de ellos se pegaron un tiro en la cabeza después de hablar un rato conmigo, ¿y quiere una *untermensch* como tú saber si puede confiar en mí? Pregunta más bien si *yo* puedo confiar en *ti*. Aunque eres de buena raza, sigues siendo una *untermensch* hablando con un *herrenvolk*.

Ella da dos largas y reflexivas chupadas a su cigarrillo y sujeta la larga boquilla de cartón entre los dedos.

—Ándate con cuidado, *herrenvolk*. Se te podría atragantar tu estúpida sonrisa —dice agriamente.

Porta cruza la habitación en dos zancadas y sirve coñac.

Levantán los vasos y brindan en silencio. Ella enciende otro cigarrillo y exhala lentamente el humo.

—¿No te pondrías nervioso al meterte en algo que desagradaría tanto a los rusos como a los alemanes? —pregunta—. Es tan ilegal que incluso el más tortuoso leguleyo de la Mafia se estremecería de espanto sólo de pensar lo que podría ocurrirle si le pillasen.

—¿Yo? ¿Nervioso? —ríe Porta, divertido—. Perder mi buena vida alemana es lo único que *me* preocupa. En cuanto a quebrantar la ley, me importa un bledo. Yo trabajo para mí y sé lo que tengo que hacer a los que se van de la lengua. Recuerdo a un tipo que cantaba tanto como una bandada de canarios en época de apareamiento. Un día le llevamos en barca; teníamos que arrojar al agua un motor estropeado. Le atamos una cuerda al cuello, pero sólo para que no se cayese por la borda y se perdiese en el mar. Pero cuando llegamos al sitio donde teníamos que tirar el motor, nos olvidamos de que la cuerda de seguridad de nuestro compañero estaba atada a aquel por el otro extremo, y el chivato fue a parar al fondo del mar con el motor. Lo último que vimos de él fue un par de zapatos de tacón redondo que se agitaban para despedirse de nosotros.

Yacen desnudos sobre la cama durante un rato, bebiendo ron mezclado con coñac, mientras se convencen mutuamente de que el mundo es gris y melancólico cuando se tiene poco dinero.

—Yo nací para ser rica —suspira Vera, y una profunda arruga reflexiva aparece entre sus cejas—; por tanto, ya puedes comprender que la Unión Soviética no me va en absoluto.

—Sólo los tontos eligen una vida sin dinero —conviene Porta, llenando de nuevo los vasos.

Esta vez escoge «Slivovitz» para borrar el sabor del coñac barato.

—Mi padre era general del Ejército Imperial —dice Vera con orgullo, mirando de reojo a Porta—. Si Lenin se hubiese quedado en vuestra maldita Alemania, yo estaría ahora en la Corte Imperial. ¿Por qué diablos no le matasteis?

—¿Puedo tocar a Vuestra Alteza? —pregunta Porta, rodando sobre ella.

—Mi mamá pertenecía a la mejor sociedad —sigue diciendo Vera, enlazando con las piernas los flacos muslos de él—. Su familia contaba mucho en palacio. Todos creíamos en Dios.

—Dios no os ayudó mucho cuando los chicos de Lenin llegaron aquí y acribillaron a tiros vuestros aristocráticos culos —dice Porta, mordiéndole delicadamente la nariz.

—Todo el mundo conoce a mi padre. Su división era la mejor. Ganó la «Cruz de san Jorge». Vosotros, los alemanes, corristeis como liebres delante suyo...

—¡Alto ahí! —dice Porta, levantando una mano—. ¡Yo no estuve en aquella guerra!

—Mi padre era un hombre muy rico. Dio su vida por el Estado. Firmó sentencias de muerte, envió criminales a Siberia, adoraba los buenos caballos y las mujeres, al zar y a Dios.

—Yo he conocido un par de generales del estilo —dice Porta, con una breve carcajada—. Piensan que nacieron para su cargo. ¡Nunca comprenderán que son lo que son gracias a nosotros!

—Hablas como un sucio bolchevique —dice Vera, irritada.

—En eso te equivocas, muchacha —ríe Porta, vaciando su vaso—. No olvides que eres esposa de un comisario y estás cubierta de estrellas rojas con ribete dorado. Los generales del zar se fueron todos allá arriba y están besando ahora el culo de Iván *el Terrible*. Los comisarios de Stalin son los que hoy en día se pasean por el centro del escenario.

—¿Qué dirías si pudieses ganar treinta millones? ¿O tal vez más? —pregunta Vera, sorbiendo pensativamente su vaso.

Porta coge la botella de coñac y echa un largo trago. Después coge la de ron y bebe largamente para que baje el coñac. Mira a Vera durante un largo rato. Entonces le pregunta, en voz baja:

—¿Has dicho millones? ¿No es una broma?

—Sí, treinta *millones*. —Sonríe misteriosamente—. Pero creo que pueden ser más. Muchos más. Lo tenemos todo bien pensado y no hay nada que temer. Es lo que puede llamarse un negocio seguro. ¡Ya somos ricos!

—No tienes idea —dice Porta, en tono de buen conocedor— de la cantidad de chicos listos que me han dicho exactamente lo mismo que tú me estás diciendo ahora. Y ellos hablaban de granos de anís en comparación con tus millones. Pero ahora están todos entre rejas y preguntándose qué fue lo que salió mal en su negocio tan seguro.

—Entonces, ¿tienes miedo? ¿Me he equivocado en lo que a ti respecta? Coge tus harapos y lárgate de aquí. ¡Ya no te conozco!

—No, querida; la cosa no es tan fácil. —Hace una mueca diabólica y sacude la botella vacía—. Cuando Joseph Porta, *Obergefreiter* por la gracia de Dios, huele un asunto que puede dar treinta millones, ¡quiere oír cómo tintinean! He soñado en algo parecido durante toda mi puerca vida de alemán. ¿Te das cuenta de lo que se tarda, sólo en *contar* treinta millones? Una eternidad, te lo aseguro. Incluso los judíos del Banco del Estado empezarían a sudar, sólo de pensarlo.

—¿Te embarcarías con nosotros y estarías dispuesto a correr un pequeño riesgo para hacerte rico e independizarte de los políticos y de otros imbéciles? —pregunta Vera, dando una fuerte chupada al cigarrillo.

—Puedes creer que estoy dispuesto. —Se desternilla de risa—. Y si estás segura de que la cosa *es* tan segura como dices, ¡te juro por lo más sagrado que encenderé siete velas inextinguibles para ti en la sinagoga de mi corazón!

—Entonces, puedes empezar a encenderlas. —Sonríe y le ofrece el encendedor—. ¿Puedes tener ayudantes? ¡Hombres buenos de verdad, no torpes holgazanes!

—Claro que sí —dice Porta con absoluto aplomo, encendiendo un cigarrillo de Vera—. Tengo un amigo en Berlín que puede abrir cualquier clase de caja fuerte, desde el modelo más avanzado hasta las más primitivas que los municipios compren por docenas. Le llamábamos el *Hombre Plástico*, porque generalmente trabajaba con explosivos de plástico. Una vez le vi abrir una caja de caudales propiedad de unas personas que habían dejado de confiar

en los bancos cuando Adolfo se instaló en Berlín. Fijó un par de bolitas de plástico explosivo en la puerta, junto a los goznes. Pasamos a la habitación contigua, donde accionó un aparatito de radio, y... ¡BUM! Cuando volvimos a entrar, la puerta invulnerable estaba tendida boca arriba en el suelo. Lo único que tuvimos que hacer fue vaciar la caja. La puerta no habría podido abrirse más rápidamente con su llave.

—Esto no tiene nada que ver con las cajas de caudales —le corrigió Vera—. ¡Es algo mucho más importante!

—Entonces, ¿tenemos que darle el pasaporte a alguien de un modo natural? —pregunta Porta, con expresión complacida—. También puedo arreglar esto. Mi ayudante, *Hermanito*, es muy hábil con el alambre estrangulador. La gente muere en un santiamén.

»Y si hay problemas realmente *grandes* para enviar a alguien al otro mundo a toda prisa, tengo un compañero al que llamamos *Muerte Repentina*. La última vez que estuve en Berlín, le llevé conmigo para «hablar» con un tipo que quería hacerme una mala pasada. Llegamos en el momento en que iban a tomar el postre, con un par de Stens. Todo ocurrió tan de prisa que no habíamos tenido tiempo de decir hola cuando se vino al suelo por el peso de plomo que llevaba en el cuerpo. Al dueño de «El Medio Asno», que estaba plantado allí, con una fuente de pasteles, una bala le arrancó la corbata. Quedó tan impresionado que todavía no se había movido de un sitio, con la maldita fuente de pasteles y un trozo de corbata en la mano, cuando llegaron el inspector Augustus y su pelotón para averiguar quién era el hombre contra el que se había disparado.

»«¿Disparado? —gimió el dueño, dejando caer sus pasteles—. ¡Aquí no se ha *disparado* contra nadie!».

»No sabía nada del cadáver que estaba debajo de la mesa. Juró que no lo sabía. Dijo que alguien debió dejarlo allí, de alguna manera. Y cerraron el caso, calificándolo de alteración del orden público, cuando descubrieron el sitio de donde procedían las balas encontradas en el cuerpo de la víctima. Procedían de Prinz Albrecht Strasse 3.

Vuelven a sentarse en la cama, reclinados en las almohadas y bebiendo café humeante.

Un mapa grande está desplegado delante de ellos.

—Aquí —dice Vera— están nuestros millones. Aquí están esperándonos.

—Prikumsk —murmura Porta, inclinándose sobre el mapa como si fuese corto de vista—. ¡Prikumsk! Suena como una especie de bebida. ¿Estás segura de que todo ese brillante oro comunista está realmente oculto ahí? No

me gusta ese río. Hay otra población junto a la otra orilla. Me recuerda una trampa dispuesta para cerrarse mientras estás cagando y esperando a que te maten.

—Puedes estar tranquilo —dice Vera—. Mi marido estuvo al frente del convoy, ¡y nadie le tapó los ojos!

—Y ahora tu fiel marido ha resuelto ir a buscar de nuevo los treinta millones, ¿eh? —dice Porta, con una escéptica mueca—. Tú puedes confiar en él, naturalmente. Pero, ¿y yo? Los buenos y leales servidores del Estado que roban con los dedos de las manos y de los pies no me inspiran mucha confianza.

—Es buen amigo de sus amigos, firme como el acero —declara pomposamente Vera—. ¡*Nunca* engaña!

—No, supongo que no —ríe Porta—. A propósito, ¿qué clase de tipo es ese comisario que tienes por marido? ¿Es de Moscú?

—¿Te has vuelto loco? ¿Crees que yo confiaría en un hombre de Moscú? —grita agraviada Vera—. Es georgiano. Su madre era una judía de Crimea. Su abuelo materno era de Salónica. La familia era italiana.

—Si ahora me dices que es irlandés por parte del padre —dice Porta, en son de chanza—, lamento comunicarte que el progenitor de tu comisario tendrá que morir de muerte natural. Una puñalada en la espalda, o algo parecido. Un cóctel como él puede ser una mezcla peligrosa.

—¿Qué diablos quiere decir con eso? —pregunta Vera, frunciendo los párpados—. ¿Eres acaso un cerdo racista?

—No, no puedo permitirme este lujo —contesta Porta—. Pero deja que te diga que sé lo que se necesita para ser un buen jefe de la Mafia. Un noventa por ciento de sangre de spaghetti, preferentemente siciliana. Eso hace al mejor truhán de todos los truhanes. Añade un dos por ciento de sangre irlandesa, para que sea un buen luchador. Un cinco por ciento de zumo judío, para que entienda de números y sepa falsearlos en su propio provecho. Añádele unas gotas de sangre griega, y será uno de los peores villanos del mundo, con la gran ventaja de que confiará en sus hermanos humanos como confía un político en otro. ¿Comprendes ahora por qué tengo ciertas dudas sobre la fiabilidad de tu marido?

—¿Crees que los lingotes de oro pueden no estar allí? —pregunta recelosamente Vera.

—Creo que están allí, y no me cabe duda de que tu buen marido, con todas las ventajas de la sangre que Dios le ha otorgado, es muy capaz de birlárselo a sus camaradas del Kremlin. Pero también estoy seguro de que

habrá encontrado la manera de pegársela a un estúpido cabrón alemán. Sería mejor no tener que compartirlo con *nadie*, ¿verdad?

—Él nunca haría una cosa así —grita ofendida Vera—. ¡No debes olvidar que es un oficial ruso!

—Sí, lo sé —ríe Porta, de buena gana—. Pero ten cuidado de no encontrarte tú misma sentada con el culo al aire sobre un montón de nieve, observando cómo tu honrado marido se larga con la pasta a toda velocidad que le permitan sus piernas. ¿Por qué diablos habría de compartirla con *alguien*, si puede llevarse él solo todo el botín sin dificultad?

—No se atrevería a hacerme una cosa así —grita, furiosa, Vera—. ¡Le mataría! ¡Y pisotearía su cadáver como un montón de mierda!

—¿Crees realmente todo eso? —pregunta Porta, mirándola fijamente—. No podrías hacerle nada. Supongo que no estabas pensando en acudir a la GPU, ¿verdad? Y te recomiendo que te mantengas lejos, muy lejos, de la Gestapo. *Ellos* no tienen el corazón muy blando. Si él te la pega, tendrás que tragarte la píldora, por muy amarga que sea. Podrá reírse de ti todo lo que quiera. ¡Será *rico*! Y no es frecuente que uno pueda desquitarse de los ricos. ¡La mejor arma del mundo es el dinero!

—¿Crees que él haría una cosa así? —pregunta Vera, con creciente recelo.

—No veo por qué no habría de hacerlo —responde Porta, con una risa breve—. El dinero puede cambiar a los mejores.

—Yo soy su esposa y él me ama —protesta Vera, conmovida, y mira a Porta con disgusto.

—Cuando se tiene un saco de dinero es fácil conseguir una nueva esposa. Él dice que te ama, ¿verdad? El hombre dice muchas cosas al andar por el camino espinoso de la vida.

—Tienes el mal en tu mente —gruñe severamente Vera—. ¡Nunca debí hablarte de ese asunto!

—Tal vez habría sido más prudente no hacerlo —confiesa Porta—. Cuantas más personas conozcan la existencia del oro, mayor será el riesgo de perderlo. Pero no creo que me hubieses contado tu secretito si tú y tu marido no tuvieseis necesidad de la vieja y buena técnica alemana. Si Dios no te ayuda, debe ayudarte el diablo.

Pero conviene que reflexionemos con cuidado antes de decidir a quién más hemos de hablar de esta cuestión, o nos encontraremos con que, antes de que nos demos cuenta, habrá más gente delante del escondite que almas esperen en las puertas del infierno. ¡Treinta millones de pavos! ¡Que Dios nos

ampare! ¿Has pensado en el efecto que producirá en el mercado cuando viertas en él ese montón de dinero comunista?

—Ya te he dicho que son treinta millones y probablemente un poco más —le asegura Vera, trazando signos de dólares sobre la sábana con la punta del dedo índice—. Lo he calculado en dinero contante y sonante.

—¿Dices sonante? —Ríe a carcajadas—. Si hubieses dicho reluciente te habrías acercado mucho más a la verdad. ¡Treinta millones! Nunca he visto tanto dinero junto, ni siquiera en sueños.

De pronto se atraganta con su *Slivovitz* y empieza a toser y escupir violentamente.

—No paras de hablar de treinta millones —jadea, entre espasmos de tos—. Pero no dices de *qué* son. ¡No me digas que son en moneda egipcia! No lo digas. Treinta millones en esta moneda no harían que un alguacil alemán se levantara de su cálido lecho.

—Es en dólares yanquis y capitalistas —dice Vera, mirándole con expresión de triunfo.

Cualquiera diría que ella misma los había fabricado.

—Dólares —murmura Porta, entusiasmado, calculando rápidamente su equivalencia en marcos—. ¡Santa Madre de Kazan, eso es muchísimo dinero!

Agarra frenéticamente su flautín, da un salto en el aire, corre alrededor de la habitación como un fauno feliz, y salta sobre una mesa. Desde aquella altura, empieza a cantar con voz tonante:

Había un hombre rico que vivía en Jerusalén,
Gloria, gloria, aleluya.
Llevaba sombrero de seda y abrigo muy elegantum,
Gloria, gloria, aleluya.
Sentado a su puerta, un desecho humanum,
Llevaba bombín con el ala alrededor del cuellum.
El pobre pidió un trozo de pan y quesum,
El rico gritó: «¡Llamaré a un policium!».
El pobre murió y su alma fue al cielum,
Bailó con los ángeles hasta las once y cuartum.

El rico murió pero le fue peorum,
No pudo ir al cielo, sino al infernorum.
«No —dijo el diablo—, esto no es un hotelium,
No es más que un vulgar y corriente infernorum».
Moraleja: Los ricos no admiten bromatum,

Todos iremos al cielo, porque estamos quebrantum.

—¿Quién te enseñó inglés? —pregunta Vera, sorprendida.

—Yo mismo —responde Porta, haciendo un guiño y tocando una alegre tonadilla con su flautín—. Es una canción que solía cantar un conocido mío cuando estaba un poco achispado. Y eso era tan frecuente que no pude evitar aprenderla de memoria.

—¿Era inglés aquel hombre?

—No, era un judío de Berlín-Dahlem. Yo iba a menudo con él a las fiestas de la sinagoga, con el sombrero calado. Ahora se ha ido a alguna parte, a esperar que la nueva era vuelva a ser como la antigua y yo y mi sombrero podamos volver a las fiestas de la sinagoga.

»¿Damos otro paseo en góndola? —sugiere, lamiéndose los labios—. ¡La idea de todo ese oro se me ha subido realmente a la cabeza!

»La cosa no es tan fácil como parece a primera vista —sigue diciendo reflexivamente, mientras yace descansando de sus ejercicios eróticos—. No me satisface que haya tanta gente mezclada en esto. Treinta millones no son gran cosa si hay que repartirlos entre media división.

—¿Quién *dice* que tendremos que compartirlos con todos ellos? —susurra taimadamente Vera—. Recibirán una buena propina, lo suficiente para pasar una noche divertida en la ciudad. ¡*Una noche!*

—Me parece perfecto —exclama Porta, con entusiasmo—. Les diremos que nos esperen en alguna parte y dejaremos que sigan esperando hasta que se les hiele el culo. ¿Cuándo vamos?

—En cuanto me haya puesto en contacto con mi marido —responde Vera—, y no tardaré mucho en hacerlo. Él arreglará los *propusk* para ti. Y serán *auténticos*. Ni el más receloso agente de la GPU se olerá nada con su chata nariz. Dame una fotografía buena y clara de cada uno de los que vendrán con nosotros. ¡No con uniforme alemán, naturalmente!

—Movilizaré inmediatamente a los artistas del flash —promete Porta, con una sonrisa tan amplia que su cara parece una caja registradora abierta—. Entonces, ¿tendremos que pasar por rusos?

—No pensarás que vais a ir por ahí como hombres de la SS con sus cruces gamadas. Os transformaréis en cansados alemanes del Volga. Eso explicará vuestra dificultad en el uso del lenguaje.

—¿Alemanes del Volga? —pregunta Porta, sin comprender—. ¿Qué clase de tipos son?

—Emigrantes alemanes que antaño se establecieron en las riberas del Volga. Hoy son rusos soviéticos, pero viven como alemanes y hablan en

alemán entre ellos. En tiempo de guerra se les confían diversas tareas especiales en el Ejército Rojo, pero, en tiempo de paz, el Ejército no los quiere. Como los kirguises. También esos son empleados solamente en tiempo de guerra.

—Pero estoy seguro de que son buenos soldados —dice Porta—. De esos que necesita el Estado para que se hagan matar cuando hay guerras y conflictos.

Vera coge dos grandes tazones con un asa en cada lado. Prepara con aire digno lo que los rusos llaman un pequeño abridor de ojos. Dos tercios de vodka, un tercio de café, cuatro cucharadas grandes de azúcar, media pera en conserva y un poco de jalea de grosella negra.

Porta engulle de un trago la mitad del brebaje y lanza un eructo de emperador que resuena alrededor de la cama.

—No está *nada* mal —alaba, y se echa el resto al colete con el gorgoteo de un desagüe al engullir una burbuja de aire.

—Mi marido es muy despierto —le asegura Vera, sorbiendo despacio su propio abridor de ojos—. Piensa que ha llegado el momento de que los judíos que quieran ir a alguna parte abandonen el paraíso soviético. Se dice que de cada cuatro presos que fusilan en la Lubianka uno es judío. ¿No crees que la ejecución es una barbaridad?

—Siiií —dice Porta, estirando la palabra—. Pero, por otra parte, no está bien interponerse en el camino de los verdaderos creyentes e impedir que gocen de las maravillas del Paraíso.

—¡Cínico! —gruñe Vera, echándose atrás los rojos cabellos—. No comprendo por qué he tenido que liarme contigo.

—Cuestión de gustos, como dijo el gato cuando lamió el culo del perro —dice Porta, con grandes risotadas.

—Puedes creerme —prosigue Vera, encendiendo un cigarrillo— si te digo que, de no haber sido por mi marido, no me habría metido en esto. Ya te he dicho que procedo de una familia aristocrática. Uno de mis antepasados aplastó el cráneo a doscientos turcos en la guerra con los hunos. Lo hizo con sólo una maza.

—Tus antepasados debieron de ser muy belicosos —dice Porta, preparándose otro abridor de ojos—. ¿Has pensado alguna vez que tu viejo compañero puede acudir a una oficina equivocada? Precisamente los judíos no son actualmente muy populares en Alemania. Hacen jabón con ellos. Y aunque parezca curioso, ¡se lava muy bien con él!

—¿Qué tienes contra los judíos? —grita Vera con enojo, mirándole fijamente a la cara—. Tú no pareces muy ario. Si te tropiezas con Himmler, ¡tal vez te convertirá *a ti* en jabón!

—No tengo nada contra nadie en absoluto —dice Porta, con una larga y franca carcajada—. Soy un hombre de negocios. El domingo compro algo a Dios y el lunes lo vendo al diablo, ¡con un buen margen de beneficio!

—Me recuerdas mucho a mi marido —ríe Vera—. Él no parece judío. La gente cree que es un paleta polaco. Nadie cree que sepa contar hasta más de cinco. Pero lo que le impulsa es su singular codicia y afán de poder. Lo tiene todo menos el carburante: ¡*dinero*! ¡Y ahora tiene el dinero al alcance de la mano!

—Entonces, ¿por qué no lo ha cogido antes? —pregunta Porta, limpiándose las uñas con un tenedor.

—Cogerlo no es problema —replica Vera—. ¡Pero sacarlo de Rusia es otra cosa! ¿De qué sirven treinta millones, si lo único que puedes hacer es manosearlos y contemplarlos? Para salir de Rusia tenemos que cruzar todo el terreno que vosotros nos habéis robado.

—Y por eso necesitáis al *Obergefreiter* Porta —dice él, asintiendo con la cabeza y vaciando de un trago el contenido de su tazón—. ¿Y qué pasará si la cosa sale mal? ¿Ha previsto también eso tu marido-comisario?

—¡Nos ahorcarán! —grita Vera, abriendo los brazos desnudos en un ademán teatral—. ¡Todo juego tiene algún riesgo!

—Dudo de que la cosa fuese *tan* fácil —suspira tristemente Porta—. Primero se divertirían un poco con nosotros en la Lubianka, aunque sospecho que nosotros, los ladrones de oro, reiríamos muy poco. Y si tuviésemos la suerte de librarnos de eso, no esperes encontrar muchachos corteses entre los tipos de Prinz Albrecht Strasse. Primero nos meterían en un baño ácido para ablandarnos y después nos arrancarían la piel a tiras de cinco centímetros.

—Debemos ser optimistas. Si lo somos, todo irá bien —dice Vera, con una brillante sonrisa—. ¿No sabías que los optimistas viven más que los pesimistas?

—Yo soy un optimista nato —confiesa Porta—. Por eso estoy todavía en el mundo de los vivos. Pero *podría* ser buena idea llevar con nosotros un par de piezas de artillería y diez o doce metralletas para esta pequeña aventura del robo del oro. ¡Y otra cosa importante! ¿Habéis pensado en cómo pasaréis el oro a través de Alemania? Allí suelen ejecutar a las personas que son descubiertas poseyendo oro ilegal. Supongo que no habéis pensado enviar el resplandeciente material en un tren de mercancías, ¿verdad? Uno de los

conductores del tren podría concebir la idea de que hay algo valioso en las cajas, y entonces, ¡adiós oro! Si nos pillan en Alemania, no tendremos ninguna posibilidad. ¡Sería más fácil hacer salchichas con niñas pequeñas y venderlas al Ejército por raciones de hierro!

—¡Y dices que eres optimista! —grita Vera, con irritación—. ¿Por qué no vas y dejas que te hagan pedacitos por tu Führer extranjero? ¡Siempre te pones contra mí! No me ayudas, sino que lo dejas todo en mis manos.

—Puedes creer que soy optimista —responde Porta—. Pero también soy prudente. ¡No voy a patinar como un estúpido sobre una fina capa de hielo!

Vera está ahora en un rincón de la estancia, intentando, con grandes esfuerzos, apartar una cómoda de la pared. Mira enojada a Porta, todavía tumbado en la cama.

—¿No piensas ayudarme? —grita, apretando los dientes.

—Claro que sí —dice Porta, sin moverse.

—¡Mierda! —gruñe Vera, tirando del pesado mueble.

Cuando al fin lo ha separado un par de metros de la pared con acompañamiento de un alud de maldiciones en ruso, levanta un panel y saca un mapa del compartimiento que ha quedado al descubierto. Sin dejar de maldecir, se tiende sobre el estómago junto a Porta.

—Fácilmente se ve que dices la verdad cuando hablas de tus aristocráticos antepasados —ríe Porta, dándole una fuerte palmada en el trasero desnudo.

—Tanques y camiones son las únicas posibilidades que tenemos para el transporte cuando crucemos esos bosques que se extienden alrededor de Minsk —explica Vera, señalando el mapa.

—¡Oh, sí! —dice Porta—. Realmente no comprendo por qué no nos quedamos en tu parte de Rusia, señora. ¿Sabes quién está *en* esos bosques? Todo el maldito Ejército Rojo. ¡Y guerrillas por todas partes! Tú harás lo que quieras, ¡pero no llevando a remolque al *Obergefreiter* Joseph Porta! ¿Y adónde irá a parar en todo caso tu columna blindada de transporte?

—A Liepaja —dice Vera, señalando un punto en el mapa.

—Quieres decir Libau —la corrige Porta—. En el Báltico. Y desde allí tomaremos el barco directo hacia América, en clase de lujo. ¿Acierto?

—¡No! ¡A Suecia! ¡A Karlskrona!

—Preferiría ir a Estocolmo —objeta Porta—. Nunca he tenido una muchacha de Estocolmo. Supongo que tú y tu codicioso marido sabéis que esos suecos medio esquimales mantienen una vigilancia muy severa en sus puertos. Han descubierto al noventa y cinco por ciento de los hombres de la

Wehrmacht que buscaban una oportunidad para llegar allí con sus metralletas por todo pasaporte. ¡Vuestro plan no es bueno, chica!

—Como quieras —sonríe dulcemente Vera—. Yo cuidaré de *mi* lado del frente y tú te las apañarás con tus amigos alemanes.

Porta chupa sus dientes larga y pensativamente.

—Está bien. Yo cuidaré de eso, pero hay un punto que debemos aclarar. Iremos a medias en el negocio.

—¿Has perdido la chaveta? —chilla furiosamente Vera—. ¿Por qué tendrías que llevarte la mitad? ¿Crees que estoy loca? ¿Crees que una rata de crematorio alemán como tú puede estafarme? ¡He aplastado ratas más grandes de lo que tú puedas llegar a ver en tu vida! No me conoces, ¿verdad?

—Sí; eres una víbora venenosa —ladra furiosamente Porta, arrojando al techo su botella vacía.

—Tu codicia alemana te ha vuelto loco —le escupe Vera—. ¡Hablas como un proxeneta griego!

—¡Cede, apestosa perra comunista! —vocifera Porta—. Es lo mejor que puedes hacer. ¡Tus pulcros modales soviéticos te servirán muy poco conmigo! ¡A partes iguales! ¿Quieres que te lo diga en letras nazis de dos metros de altura?

Vera va de un lado a otro, echando espumarajos por la boca. Vuelca sillas, rompe cristales; un zapato sale volando por la ventana. Entonces se detiene, pero sólo para arrojar una lámpara grande contra Porta, que sigue tumbado en la cama de cuatro columnas, bebiendo «Slivovitz» de la botella.

—No me equivoqué acerca de ti, ¡engreída puta masculina! —chilla Vera, temblando de furor—. Doy gracias al cielo por haber podido ver lo que eres, malvado vagabundo alemán. ¡Haré que te fusilen y te corten la cabeza al mismo tiempo! ¡Que Dios te ampare cuando mi marido te eche la zarpa encima!

—Me voy a morir de risa —grita Porta, escupiéndole todo el licor que tiene en la boca—. En un abrir y cerrar de ojos, ¡puedo mandar al carajo vuestro jueguito de buscadores de oro! Os mandaré a tomar por el culo a los dos.

Por fin llegan a las manos y rompen todo lo que hay que romper en el *boudoir*. Salen a rastras de debajo de la cama y por último convienen en la manera de repartir el oro.

Los siguientes veinte minutos pasan rápidamente. Literalmente, se violan el uno al otro. Y lo hacen con tanta energía que dos soldados rusos que están escondidos en el sótano se atragantan con el vodka al oír los sonidos que

llegan hasta ellos. Uno de ellos trepa a un árbol de delante de la ventana para ver lo que sucede. Y el espectáculo hace que se caiga y se rompa un tobillo.

—Será mejor que me ponga mis alegres trapos alemanes y vaya a ver a Su Alteza el Jefe Mecánico Wolf —decide Porta.

—¿Quién es? —pregunta recelosa Vera.

—Un eslabón de la cadena que, desgraciadamente, nos es indispensable —responde Porta—. Es el dueño exclusivo de una empresa de transportes ilegales y tráfico de armas. ¡También tenemos que despertar al «ministro de la Guerra» en Berlín!

—¡El ministro de la Guerra! —Vera tose, al atragantársele el coñac—. ¿Estás loco? ¡No queremos que ningún ministro se mezcle en esto! ¡Que Dios nos ampare! Si uno de esos tipos se oliese lo que estamos haciendo, ¡seríamos *inmediatamente* ejecutados!

—¿Ejecuciones? —sonríe Porta—. Tal vez alguien será ejecutado, pero no nosotros. Sólo los imbéciles se dejan liquidar de esta manera, ¡y ni tú ni yo somos imbéciles!

Desde la calle llega el ruido de una canción a voz en grito y de silbatos de la Policía. Suenan dos disparos de pistola.

—¡Caray! —grita asustada Vera—. ¿Qué sucede?

—Debe de ser *Hermanito*, que celebra el día en que su madre estuvo a punto de perder la vida —ríe Porta, mirando por la ventana.

Dos horas más tarde, camina jadeando sobre la nieve en polvo, con la fotografía de un lingote de oro en la mano. Sin prestar atención al gran letrero

SECCIÓN DE TRANSPORTES WOLF RIGUROSAMENTE PROHIBIDA LA ENTRADA

salta sobre la barrera y baja por el estrecho sendero.

—¿No sabe leer? —chilla un *Unteroffizier*, con una cara que sólo podría envidiar el monstruo de Frankenstein.

—¿Y usted? —pregunta Porta, siguiendo tranquilamente su camino.

—El personal no autorizado no puede pasar —aúlla el *Unteroffizier* de cara de monstruo, descolgando del hombro su metralleta.

—Yo no soy una persona no autorizada —responde Porta, sin molestarse en volver la cabeza.

En el siguiente control, tropieza con un famoso *Feldwebel* que fue echado de Gernersheim por malos tratos a los prisioneros. Ahora trabaja para Wolf. Su especialidad son las lesiones corporales.

—¡Alto! —ruge, cerrando el paso a Porta.

Diríase, por su tamaño, que es una barrera contra tanques.

Porta le empuja delicadamente a un lado, con el aire de un hombre que abre la puerta del retrete de una estación de ferrocarril.

—¿Quién eres tú para empujarme, rata? ¿No ves esto? ¡Soy *Feldwebel*!

—Y tú, ¿no ves *esto*? ¡El rango más alto del *Reich*! *Obergefreiter*, lo mismo que era el Führer. Dile a Wolf que estoy aquí, cabezota, ¡y date prisa!

El *Feldwebel* corre al teléfono para dar la alarma, pero Porta está ya en el taller antes de que pueda establecer la comunicación. Pasa cuidadosamente sobre un alambre que habría hecho estallar una mina a sus pies.

Dos perros lobos de color gris castaño avanzan hacia él, gruñendo furiosamente.

—¡Hola, muchachos! —les sonríe—. ¡Buscad a otra persona para hacerla trizas!

Los perros descubren sus colmillos amarillos y siguen avanzando amenazadoramente en su dirección.

—¡Eh! —dice Porta, tocando con dos dedos el ala de su bombín amarillo.

—¡Ji! —gruñen los perros, agitando el rabo en señal de bienvenida.

Detrás de una esquina estratégica, muy bien elegida, se hallan dos guardias chinos con sus «Kalashnikov» preparadas.

—¡Hola! —les saluda Porta, apartando suavemente los cañones de las «Kalashnikov».

—¡Hola! —responden los guardias chinos, acariciando sus armas.

—Parecéis la Muerte con muletas —dice Porta, con una breve carcajada.

—Y lo somos —dicen ellos, con una risa asiática y levantando sus «Kalashnikov»—. ¿Quieres probarlo?

—¡Otro día será! Ahora no tengo tiempo —replica Porta, pasando sobre otra trampa.

—Creía que los vecinos te habían quitado de en medio —dice sarcásticamente Wolf—. Confiaba en tener un tranquilo despertar, ¡pero tú me lo has estropeado como de costumbre!

Hay una «P-38» con el cargador lleno sobre la mesa, delante de él. Una «Schmeisser» pende del respaldo de su sillón. El cajón de la mesa tiene también una trampa. La carga es lo bastante fuerte como para volar una casa de apartamentos de siete pisos, si alguien comete la imbecilidad de tratar de abrir el cajón. En un estante camuflado encima de la puerta, hay una botella de petróleo conectada con tres granadas de mano, para el increíble caso de que alguien lograra salvar las tres primeras trampas. Y, como medida

adicional de seguridad, la puerta del patio está conectada con un paquete sorpresa para quien pudiese salir por ella después de hacerle una trastada a Wolf. El visitante no invitado se convertiría en una papilla que recorrería un largo trecho de su camino al Cielo.

Porta se considera como en su casa y agarra una botella de whisky que sabe que está guardada detrás de las Ordenanzas Militares y de un ejemplar sin leer de *Mein Kampf*.

—*Skol* —dice, riendo, y casi vacía la botella.

—Ahórrate los cumplidos —dice agriamente Wolf—. Nunca aprenderás buenos modales. En fin, ¿qué quieres? ¡Yo no recuerdo haberte invitado!

Sacude una mota de polvo de sus botas «Bronzini» cosidas a mano y que cuestan 1.400 marcos. Hizo que se las enviaran desde Roma por mensajero especial. Considera las bien lustradas botas de montar como el elemento más importante de la imagen de un hombre magníficamente situado. Porta dice que eso se debe a que, cuando era pequeño, tuvo que llevar zuecos del Fondo para Niños Pobres.

—¿Impiden esas cosas que entre el agua? —pregunta Porta, señalando las resplandecientes botas de montar.

Wolf lleva espuelas con ellas, vulnerando todos los reglamentos. Tintinean cada vez que mueve un pie. Sin embargo, Wolf no soñaría siquiera en montar a caballo; en realidad, les tiene bastante miedo.

—¿Cómo puedo saberlo? —dice Wolf—. ¡Nunca salgo cuando llueve!

—Préstame un momento tu máquina judía —dice Porta, cogiendo la calculadora.

Saca unas listas de los cambios actuales de divisas del bolsillo del pecho, y adopta una expresión reflexiva.

Wolf mira con curiosidad por encima del hombro. Cuando ve la importancia de las cifras que maneja Porta, empieza a temblar de la cabeza a los pies. Su cara cambia varias veces de color, y sus ojos porcinos verdes y amarillos empiezan a brillar codiciosos.

—*Mamma mia* —murmura.

Se santigua tres veces devotamente, se inclina y besa a Porta en ambas mejillas.

Ajustan los postigos de acero y los cierran por dentro. Todo el complicado sistema de alarma es preparado para la acción. Nadie que intentase entrar en el cubil de Wolf saldría con vida de allí.

—Tal vez estaba equivocado en lo que a ti respecta —dice Wolf, en tono lisonjero y haciendo chocar su vaso con el de Porta—. ¡A tu salud, malvado y

viejo villano!

—Idem, ídem —sonríe Porta, vertiendo todo el contenido del vaso en su boca abierta, como quien vacía un cubo en un albañal.

—¡Y pensar que siempre te había considerado como un ruin estafador, capaz de vender a tu propia madre si te hubiese convenido! —dice Wolf, sacudiendo tristemente la cabeza.

—¡Olvidalo! —dice Porta, llenando de nuevo su vaso—. Todo el mundo puede equivocarse alguna vez.

Durante un rato, Wolf permanece retrepado en su sillón basculante de general, recreando su vista con la fotografía del lingote de oro.

—¡Que Dios nos ampare a los trece! —murmura—. Con terrones de este material a buen recaudo, podremos pasar el resto de nuestras vidas sin preocupaciones. Dejemos que los demás permanezcan con el agua al cuello y se despierten pobres en su mayoría cuando acaben la guerra. *Nosotros* reiremos y disfrutaremos al sentir ropa fina sobre nuestra piel.

Durante unas pocas horas, mensajes urgentes de alta prioridad circulan en ambas direcciones entre el cuartel general de Wolf y el Ministerio de la Guerra en Berlín.

A altas horas de la noche se han completado los planes para la acción más importante y secreta de la Segunda Guerra Mundial. Se les da el nombre en clave de RICOS.

El *Oberfeldwebel* jefe de departamento Sally, de la 4ª Oficina del Ministerio de la Guerra, emprende dos horas más tarde su viaje a Rusia en un avión correo «JU-52», con alta prioridad para el despegue y el aterrizaje.

Los hombres de negocios Porta y Wolf se dirigen al aeropuerto en un «Mercedes» de tres ejes, con una banderola del Estado Mayor Central ondeando sobre el guardabarros delantero, para recibir a Su Excelencia el *Ministro de la Guerra* Sally. Sally, pavoneándose como otro Federico *el Grande*, baja la escalerilla del avión detenido fuera de la pista de aterrizaje. Lleva un uniforme de Caballería hecho a la medida y botas relucientes, y una sonrisa amplia pero poco sincera se pinta en su semblante. De su cuello pende la Cruz de Servicios de Guerra, clase de Caballero, que le ha sido concedida por sus muchas turbias relaciones.

Los hombres de la Luftwaffe le saludan muy tiesos. Él les corresponde con amables movimientos de cabeza. Un mariscal de campo no lo habría hecho mejor. Camina de puntillas sobre el asfalto mojado. No quiere que sus lustradas botas se manchen con barro ruso.

—¡Vaya un país para vivir en él! —dice, temblando, al subir al gran «Mercedes»—. ¿No habríais podido elegir un país más templado para liberarlo?

—Nadie nos preguntó —sonríe Wolf.

—¿Cómo pintan estos días las cosas en el mundo exterior? —pregunta Porta, envolviendo al todopoderoso *Ministro de la Guerra* en una piel de oso para protegerle del terrible frío.

Él no está acostumbrado al clima ruso.

—Ellos no paran de arrojar bombas. Los británicos durante la noche y los yanquis durante el día. Casi es imposible llevarse un vaso a los labios. La mitad del contenido se pierde a causa del constante terremoto. En todas partes reina la miseria. El Frente Interior va de un lado a otro arrastrando los pies y vistiendo harapos, y todo el mundo tiene hambre. No penséis, muchachos, que sólo los de aquí lo estáis pasando mal. Nosotros también sufrimos mucho en casa. Pero cumplimos nuestro deber sin lamentarnos y pasamos hambre de buen grado... ¡para salvar a la vieja Alemania!

—Bueno, *tú* no pareces sufrir mucho a causa de la escasez —dice Porta, riendo entre dientes.

—¿Acaso no lo he dicho? —responde el *Ministro de la Guerra*.

Ofrece cigarrillos americanos y coñac francés de un frasco de plata de bolsillo.

—Por el amor de Dios, ¿sigue en su sitio el gendarme Cojo? —pregunta Porta, preocupado—. Si esos malditos británicos y yanquis se han atrevido siquiera a arañar su pintura, ¡tendrán que habérselas conmigo! Y os aseguro que no les gustará.

—Estoy seguro de que se han dado cuenta —sonríe Sally—. Lo único que queda en pie en la plaza es el gendarme. Esta misma mañana estuve allí, y todo el mundo me miraba. Preguntaban si no estabais cansados de luchar por el Führer, el Pueblo y la Patria. Yo tampoco comprendo cómo podéis aguantar la vida aquí.

Porta consigue, en el último segundo, evitar el choque del pesado «Mercedes» con un camión destrozado que todavía humea. A su alrededor yacen soldados, de cara al suelo.

—¿Cuál es tu opinión, como *Ministro de la Guerra*, sobre esta guerra que nos vimos obligados a empezar? —pregunta Porta, volviendo la cabeza para mirar a Sally, que sigue temblando—. Confío en que no hay peligro de que la ganemos, ¿verdad?

—Tranquilízate —dice concienzudamente Sally—. La otra pandilla ha levantado el puño colectivo; por consiguiente, perderemos la última batalla como siempre, y podremos emplear las excusas usuales de emboscadas y traiciones como causa de nuestra derrota.

—Es el sistema alemán —dice Wolf—. Está de acuerdo con la tradición. ¡Ganamos para ir directamente a la derrota!

—Demos gracias a Dios —dice Porta, ya más tranquilo, esquivando con el «Mercedes» otro camión destruido—. ¡A veces tengo pesadillas, pensando que podríamos ganar!

Porta pisa el acelerador. Imprime al coche la máxima velocidad posible. La banderola de la Jefatura de la División que lleva en el guardabarros delantero hace que todos les abran paso en la carretera.

—Mira aquel tipo gordo de allí, el de las estrechas charreteras y el galón de plata —observa, riendo—. No es frecuente ver a un oficial tan elegante en esos andurriales.

—Todos se cagan en los calzones cuando ven la bandera del general *Culo y Bolsas* en un automóvil —dice Wolf, con aire condescendiente.

—Nosotros somos más que *Culo y Bolsas* —dice Porta—. ¡Él no es más que un general! Nosotros pronto seremos *ricos*. Si queremos, ¡podremos comprar y vender generales!

Tres PM empiezan a gritar y agitar los brazos para abrirles paso.

—Esto es estupendo, ¿no? —dice Porta, con un guiño de satisfacción.

Pisa todavía con más fuerza el acelerador.

—¡Circula por la derecha, perro! —ruge Wolf, con su estudiada voz de mando.

Dos *Unteroffiziers* y un pelotón de soldados saltan a la cuneta y se hunden hasta el cuello en la nieve.

—Así se hace —dice Wolf asintiendo con la cabeza.

—Le doy todo el gas que puede engullir —dice Porta—. ¡Esto alegra la vida de los *coolies*!

Una botella de coñac «Napoleón» pasa de mano en mano.

—Esta acaba de llegar de mi Conexión Francesa —declara Sally, echando otro largo trago de la botella.

La mitad sale nuevamente de su boca al pisar Porta el pedal del freno con toda su fuerza. El pesado automóvil oficial da la vuelta sobre la resbaladiza superficie de la carretera. Con mano maestra, Porta hace pasar el vehículo entre los árboles, salta un seto, y el coche se detiene con el morro hundido en

un montón de heno. Esto ocurre en el undécimo segundo del undécimo minuto después de las once.

Dos «Rata» con estrellas rojas en las alas salen rugiendo de entre las nubes. Vuelan sobre la carretera, escupiendo fuego con sus ametralladoras.

—¡Que Dios nos ampare! —balbucea Sally, poniendo los ojos nerviosamente en blanco—. En este país saben lo que se hacen. Los informes dicen que el frente está tranquilo, ¡y todo está en calma!

—Esos hijos del diablo hacen lo mismo todos los días —explica Porta—. Puedes poner el reloj en hora guiándote por ellos. Nosotros les llamamos la Policía de Tráfico. ¡Pueden solucionar los atascos de tráfico como nadie más sabe hacerlo!

—La semana pasada perdí dos camiones de diez toneladas, mientras se estaban celebrando los oficios divinos del domingo —dice Wolf, con aire triste—. Eso es lo que hay que aguantar cuando se lucha contra los ateos. Afortunadamente, sólo perdí el personal. ¡Los camiones pudieron ser reparados!

—Esos diablos no volverán, ¿verdad? —pregunta Sally, contemplando nerviosamente las nubes grises—. Gracias a Dios, sólo estoy aquí de visita. Nací para llevar uniforme, pero no en tiempo de guerra. ¡De ninguna manera!

—Sí —sonríe Porta—. Es imposible imaginar cómo podría cambiar la historia de la raza humana, si tú vinieses aquí y tomases parte activa en la batalla.

Ríe con tanta fuerza que se dobla sobre el volante y está a punto de chocar contra un cañón destrozado. Los seis caballos de tiro yacen muertos en la carretera.

—¿Hacen esto todos los días? —pregunta Sally, mirando fijamente los caballos muertos que yacen allí con las patas rígidas y la boca abierta.

—Como ya te he dicho puedes saber la hora que es guiándote por ellos —responde Porta con indiferencia—. Cuando han realizado cinco misiones, les dan una medalla. Un gran aliciente, ¿sabes? El otro día los cañones antiaéreos derribaron uno e hicieron prisionero a un engreído cabrón que sólo quiso hablar con oficiales. Llevaba ocho condecoraciones; debía de haber destruido un buen número de vehículos del camionero Adolfo.

—¿Qué le sucedió? —pregunta Sally.

—Los SS lo colgaron —responde tranquilamente Porta—. Era un héroe demasiado importante para que le llamasen *Untermensch*. Vivo, habría sido malo para la propaganda. Aquel tipo de allí tiene un poco de jaqueca —sigue

diciendo, señalando a un viejo soldado de Intendencia que está sentado sobre un charco de sangre y tiene el casco vuelto del revés.

—A propósito, ¿habéis sabido algo más de aquel muchacho al que llamaban *Polka Porky*? —pregunta maliciosamente Sally—. Os limpió bien. No quedó mucho de vuestro ochenta por ciento después de estar él allí, ¿verdad?

—Ha cambiado de vida —dice Porta, escupiendo por la ventanilla—. Dejé de robar a la gente. Un amigo mío, que limpia las ventanas para la Gestapo en Prinz Albrecht Strasse, le llevó al dentista para que le mirase un diente. Hubo un poco de jaleo y mi amigo tuvo que pedir prestada la fresa del dentista para emplearla en su lugar. Pero la fresa resbaló de vez en cuando e hizo unos cuantos agujeros en la lengua del paciente.

—Supongo que a *Porky* no le gustaría mucho —ríe cruelmente Sally.

—No, no le gustó en absoluto —responde Porta, con una fuerte carcajada—. Perdió todos sus dientes y los agujeros de la lengua le hacen tartamudear. Ahora le resulta difícil pedir el ochenta por ciento de los demás. La gente se cansa de esperar a que termine lo que está diciendo.

—Sí, se jactaba mucho de habértela pegado —dice Sally, tendiendo a Porta la botella de coñac—. ¿Recuerdas aquel tipo, *Pino Gordo*, que siempre solía alardear de su corpulencia? Pues bien, un hombre baja de un coche en la Horenzollerndam, en pleno día. Abraza a *Pino*, le da un fuerte beso en la boca y, al mismo tiempo, le clava un cuchillo en la espalda. Le da de lleno en el corazón y todo queda limpiamente terminado. Se marchó con su cuchillo antes de que la gente dejase de mirar al que, sólo un momento antes, había sido *Pino Gordo*.

—En Sicilia llaman a esto el beso de la muerte —explica Wolf—. Yo lo he empleado un par de veces aquí en Rusia. Hace que la oposición no use los cuernos durante un rato, ¡y da tiempo para trabajar!

Porta sale de la carretera y conduce el pesado coche oficial por calles estrechas y cubiertas de nieve, haciendo sonar continuamente el claxon. Los peatones escurren el bulto hacia los lados. Con un soberbio balanceo, se detiene delante de la residencia de Wolf, con sus múltiples rótulos de «Prohibida la Entrada».

Los dos matones chinos abren la doble puerta para que Wolf y sus dos acompañantes puedan entrar cómodamente.

Dos rusos prisioneros de guerra están preparados para lustrar las botas de Wolf. También se les permite graciosamente que den brillo a las del *Ministro de la Guerra* Sally.

Porta se sienta a beber coñac mientras se realiza la operación. «Ya tendréis tiempo de lustraros las botas cuando termine la guerra», piensa.

Las sillas crujen al entrar ellos en la oficina principal y ponerse en pie los empleados.

El jefe mecánico Wolf se toca la visera de la gorra con la punta de su junco, como ha visto hacer a los oficiales británicos en las películas. Piensa que esas cosas dan categoría. Sus dos tenedores de libros, especialistas en gomas de borrar y en falsificación de firmas, adoptan una expresión pensativa al pasar el «mariscal de campo» Wolf. Este pisa pesadamente los peldaños de hierro de la escalera, haciendo tintinear alegremente las espuelas.

—¡Hola! —saluda a sus dos perros lobos, que están agazapados mostrando los colmillos, prestos a atacar—. La semana pasada tuvieron alemán en remojo para cenar —dice, riendo—. ¡Dejaron muy poco! El muy idiota se presentó sin avisar y dijo que había pillado algo del Ejército del rey Miguel, si es que llaman así a su jefazo los rumanos.

—Bueno, vayamos al asunto —dice Sally, cuando se han sentado a la bien surtida mesa del comedor. Los guardaespaldas de Wolf han sido despedidos, y se ha cerrado la puerta detrás de ellos—. Después de lo que he oído, dudo mucho de que se pueda llevar adelante el negocio. ¡Apesta a traición de *untermensch* y a trampas judías!

—Bueno, no vengas aquí a darte postín, como si *fueses* alguien —grita furiosamente Porta, apuntando a Sally con el tenedor—. Tú harás lo que yo diga. No tendrás que hacer ni más ni menos para que todo salga bien. Y recibirás el cinco por ciento por tu trabajo. Personalmente, había pensado que la mitad sería suficiente.

—¿No te parece demasiado? —sonríe irónicamente Sally—. ¡Por hoy hemos terminado! ¿Vais a llevarme al aeropuerto o tengo que tomar un taxi?

—Que tengas buen viaje —dice Porta, haciendo un guiño—. ¡Espero que volvamos a vernos pronto!

Con aparente indiferencia, se sirve un plato de pies de cerdo en adobo.

Wolf se enfurece. Arranca los pies de cerdo de las manos de Porta y corre detrás de Sally, que está a punto de asir el tirador de la puerta.

—¡Fuera manos, imbécil! —grita—. ¿Quieres que volemós todos en pedazos? Aquí no estás en tu maldita rectoría. Estás en una jefatura que es importante para el esfuerzo de guerra. Y te diré algo más, estúpido pigmeo. Nos importa un bledo que tengas o no tengas dudas. Harás lo que yo te diga, o pronto dejarás de rondar por ahí jugando a ministro de la Guerra. ¡Hemos liquidado a cabezotas más importantes que tú, bufón de opereta! *Panjemajo?*

—Bueno, está bien —gruñe Sally, sentándose de nuevo a la mesa, pero sin quitarse la gorra de seda. Agarra, enfurruñado, un trozo de pudding negro y le echa azúcar y después jarabe—. No suelo dejar en la estacada a aquellos cuyo pan he comido —dice, llenándose la boca de pudding negro.

—Eres una mierda —dice Porta, con la boca llena—. No quieras pasarte de listo conmigo. Tú no eres un verdadero ministro de la Guerra; no eres más que un pobre escribiente en una sucia oficina. ¡Cualquier charlatán podría estar en su puesto!

—¡Bah, al diablo con ello! —cede Sally—. ¡A vuestra salud, muchachos! Sigamos adelante. Más pronto o más tarde, todos terminaremos en el estercolero. —Echa un trago de su vaso y lanza un largo y sonoro eructo—. ¿Pero por qué diablos —prosigue, reflexivamente— no cogéis ese oro vosotros mismos? Limpiamente y sin ruido. Os resultaría más barato y más seguro, ¿no os parece? Según dicen en Berlín, Rusia está patas arriba. Lo único que queda por hacer es un trabajo de limpieza rutinario; por consiguiente, ¡creo que el oro es un botín de guerra normal!

—¿Y tú te haces llamar *Ministro de la Guerra*? —exclama desdeñosamente Porta—. ¡Más bien pareces una doncella preñada en un burdel turco! ¡Esta clase de trabajo sólo puede llevarse a buen término con la ayuda de rusos sensatos que, como a nosotros, les importe un comino la Patria y su necesidad de *lebensraum*! Podemos pegarnos a ellos como la mierda a una sábana. Mira, el plan ha sido elaborado y sólo falta ponerlo en práctica. Estos días me acuesto con una moza que ha sido enviada aquí por su compañero. Él es comisario. Y ella se ha encaprichado tanto de mi aparato del regocijo que me lo ha contado todo sobre ese oro del Kremlin que su marido el comisario fue encargado de ocultar hasta que estalle de nuevo la paz. Él concibió la brillante y genial idea de continuar sus viajes y llevarse el oro consigo. Montamos un grupo de combate germano-ruso. El Comisario arregla las cosas en el lugar donde están, y nosotros cuidamos de las de aquí. Todo se ajusta como un guante. Nosotros saldremos de Libau con el oro liberado y de allí navegaremos hasta Suecia. ¡Adiós al Reich Milenario y al Paraíso Soviético!

—Entonces, ¿ya no tienen los suecos aduanas y control de pasaportes? —pregunta Sally, comiendo otro pedazo de pudding negro. El jarabe gotea en las comisuras de sus labios—. Habéis perdido la chaveta. ¡Todo eso es una mierda! Yo tengo que habérmelas todos los días con acróbatas del papeleo. Si encontramos a un par de *coolies* con los dedos sucios de tinta en un lugar indebido, ¡se la han cargado! ¡Esas cosas no son fáciles!

—Sven cuidará de todo esto. Él habla su lengua —dice confiadamente Porta—. Lo único que tiene que hacer es decir a los suecos que somos de la resistencia. ¡Y ni siquiera será una *mentira*! Es lo que estamos haciendo: abandonar los ejércitos de Adolfo y de José. ¡Nosotros somos socialdemócratas!

—Dos mil trescientos veinte kilómetros y cuatro metros y medio —dice pensativamente Sally, contemplando el mapa del Estado Mayor Central desplegado sobre la comida que hay en la mesa—. ¡Esto sólo para ir al lugar donde está escondido el oro! Después tendremos que volver atrás. Un «Panther» recorre cien kilómetros con el depósito lleno, y después están los camiones. ¡Los necesitaremos! No se puede llevar el oro en los bolsillos. ¿Y de dónde vendrá el petróleo? Dicen que todas las bombas de petróleo están cerradas en la zona de los vecinos.

—¡Te *preocupas* demasiado! —grita Porta, agitando furiosamente una salchicha en el aire—. Esa zorra del comisario nos garantiza todo esto. Tienen una reserva de petróleo con la que se podría abastecer a una división blindada. Lo único que tú tienes que hacer es protegernos de los cabrones prusianos, para que no recorran el mundo en nuestra búsqueda. Proporcionáanos órdenes de partida, órdenes de combate, órdenes de traslado y todos los papeles que necesitamos para movernos en medio de esta maldita guerra. Y las órdenes tienen que ser de alta prioridad. ¡Tenlo bien entendido, señor *Ministro de la Guerra*! ¡No queremos que cualquier bastardo cuartelero, con el cerebro del tamaño de una nuez y un galón colorado en la gorra, pueda tratar de detenernos!

—¿Es *esto* todo lo que necesitáis? —replica Sally—. Eso es más fácil que limpiaros el culo y sacudiros el pijo. Tendréis los papeles. Papeles firmados por el mariscal de campo Keitel, con todos los acostumbrados garabatos. Ningún casco de acero se atreverá a gritaros. Se limitará a saludar y os dejará pasar.

—Entonces —sonríe Porta—, ¿a qué viene tanta tontería? Sólo harás lo que solías hacer cuando tu mamá te enviaba a las tiendas con una lista en tu manita.

Wolf llena rápidamente los vasos y grita «¡*Skol!*» antes de que Sally se dé cuenta de lo que Porta acaba de decirle.

—También necesitaremos una embarcación de quilla plana en Libau —sigue diciendo Porta, vaciando su vaso de un trago—. De esas de la Armada, con una hélice que gire dos veces más de prisa que las de las otras bañeras pintadas de gris. Tengo la impresión de que tendremos que actuar de prisa.

—Eso es pan comido para mí —declara confiadamente Sally, añadiendo una nota a su larga lista—. Sólo se trata de encontrar los papeles adecuados y estampar GEKADOS^[20] en rojo sobre ellos. Con la documentación adecuada, esos imbéciles de la Armada os llevarán donde queráis, sin preguntaros qué hay en las cajas. Pero ¿quién va a ayudaros en Suecia? Mis sellos y mis firmas no tienen allí ningún valor.

—¿Los suecos? —dice tranquilamente Porta—. Los compraré. Solamente son socialdemócratas. Hace tiempo que dejaron de usar el cerebro.

—¡Socialdemócratas! —murmura Wolf—. ¿Tendremos que compartir *con ellos* las ganancias? ¿No creen que todo el mundo debería tener la misma paga?

—Eres más estúpido que cuando naciste —farfulla Porta—. Cuando se trata de dinero, el secreto está en que el número de personas que entre en el reparto sea el menor posible. La moza del comisario y yo lo hemos preparado todo. En definitiva, les dejaremos con un palmo de narices y nos largaremos con todo el botín.

—¿No estarás pensando también en pegárnosla a nosotros? —pregunta Sally, en tono visiblemente amenazador.

—¿Por quién diablos me has tomado? —pregunta Porta, con una risa engañosa—. Vosotros dos estáis *conmigo*. ¡Los otros *no lo están*!

—Eso suena muy bien, desde luego —dice escépticamente Wolf—. Pero los tipos que dejemos atrás en el muelle, esperando, se pondrán furiosos cuando se den cuenta de lo sucedido. Y empezarán a buscar en todas partes, para sostener una pequeña conversación con los amigos que se la han pegado.

—¿Puedes ser realmente tan estúpido? —pregunta Porta. Sumerge cuidadosamente un anca de rana en la jalea—. Te lo explicaré en letras mayúsculas para que tú y tus mongoles podáis comprenderlo. Cuando lleguemos a Libau con nuestra mercancía marcada como SECRETO, empezaremos a gritar y a dar órdenes. *Hermanito* y yo llevaremos largos abrigos de cuero y sombreros flexibles con el ala bajada sobre los ojos, de manera que cualquier alemán de cabeza cuadrada pueda tomarnos por duros funcionarios de Prinz Albrecht Strasse. Ninguna sonrisa brotará de nuestros labios. ¿Quién va a atreverse a interrogarnos?

»A propósito, eso me recuerda a un tal señor Barsch, que vivía en Phasanenstrasse. Era agente de la propiedad inmobiliaria, diplomado, y sabía tratar a la gente como nadie. Todo marchó bien para él hasta que tuvo la desgracia de dar con uno de esos negocios de éxito seguro que la mayoría de las veces terminan con el hombre en chirona, detrás de una puerta cerrada con

llave y cerrojo. Hacía algún tiempo que el señor Barsch había conocido a un agente de cambio y bolsa judío al que consideraba un primo. El judío le había comprado una villa en Dahlem tan llena de bichos y de toda clase de porquerías que era extraño que no hubiese caminado por sí sola hasta el Spree. El señor Barsch tenía la impresión de que podía sacar más provecho del judío. Por fin habló de ello a un par de compinches que convinieron con él en que podían sacar una buena tajada del asunto. Concertaron una reunión con el judío en un despacho que habían alquilado para la ocasión y, después de charlar un poco, se pusieron de acuerdo para una nueva operación. El judío depositó quinientos mil marcos sobre la mesa, y lo propio hicieron el señor Barsch y sus dos compañeros. Sin embargo, su aportación era en forma de cheques con vencimiento aplazado contra una cuenta bancaria recién abierta. Nunca habían visto tanto dinero junto. Después salieron y echaron un vistazo a unas zonas florecientes de construcciones industriales. Estaba lloviendo, y el judío se quedó en su coche, fumando un cigarro. No quería mojarse el traje confeccionado en París.

»Después de una buena cena en Kempinski, se despidieron. Herr Barsch y sus dos compinches tardaron mucho rato en llegar a casa aquella noche. No paraban de reír a mandíbula batiente durante el trayecto, al pensar en todos los ducados que habían recogido. El viejo judío se fue cándidamente a Bad Gastein a revolcarse en el saludable barro que hay allí. Cuatro semanas más tarde, el señor Barsch y Compañía fueron invitados a una pequeña charla en Alex. Les condujeron al departamento 9 B, que entiende de fraudes, estafas y cheques sin fondos. La entrevista con los tres amigos dio por resultado que estos fuesen encerrados en Moabitt, en espera de comparecer ante el tribunal. Les pusieron esposas y grilletes, para que quedase claro que *eran* verdaderos delincuentes.

»El juez era una mujer a la que llamaban *la Hermana del Diablo*, debido a su crueldad y a las graves penas que imponía. Miró fijamente a los tres hombres de negocios, cuando entraron en la sala arrastrando sus cadenas. «¿Por qué no encadenaron a los presos por el cuello, para poder traerles a rastras aquí, como los perros que son?», gruñó, con malevolencia. Se inclinó sobre la denuncia que tenía sobre la mesa y la leyó a tal velocidad que nadie pudo entender una palabra. Después levantó la cabeza y estiró el cuello como un buitre hambriento, contemplando de arriba abajo a los tres agentes de la propiedad inmobiliaria.

»«Según el artículo 900, sección 3ª, párrafo 4 B, la pena del delito que han cometido ustedes, es decir, defraudación y venta ilegal de una propiedad

ajena, es de prisión por un período de dos a diez años. Si concurren circunstancias agravantes, la pena puede ser elevada hasta catorce años de trabajos forzados. —Dio tres golpes con su maza, se cubrió los cabellos ondulados con la permanente, y dictó la sentencia—: En nombre del Führer y del pueblo alemán, les condeno a catorce años de trabajos forzados. Sólo lamento no poder condenarles a cadena perpetua —añadió, con una sonrisa que parecía la de un tiburón al volverse panza arriba para atacar.

»Los tres exgenios de las finanzas salieron arrastrando las cadenas y llevando consigo su certificado de defunción. Nadie les ha visto fuera de Bautzen^[21], desde que cruzaron la puerta del palacio de Justicia en la Negra María.

—Sí —suspira Wolf—, el dinero puede ser fuente de prudencia. Pero ¿qué tratabas de decirnos?

—Veréis —sonríe amablemente Porta—. Quería que comprendieseis que no debéis menospreciar a nadie. Aunque sólo haya unos pocos a vuestro alrededor con algo más que serrín en sus cabezas, la mayoría de ellos tienen allí lo suficiente para tomaros por unos primos si no andáis alerta todo el tiempo.

—Sí, cualquiera puede comprar una pistola y una hoja de papel a un judío, pero emplearlas como es debido es harina de otro costal —murmura Wolf, anotando una cifra en el mantel.

—¿Qué va a decir *el Viejo* de esta excursión? —pregunta Sally, yendo a lo práctico y frunciendo los labios—. ¿No tendremos dificultades con él?

—Sí, él será nuestro problema más grande —confiesa Wolf, mostrando todas sus fundas de oro al sonreír como una hiena—. Dirá que es como un atraco a un Banco, y no le gustará que hayamos planeado dejar en la estacada a la mayoría de los partícipes.

—¡Oh, vamos! —protesta Porta, metiéndose en la boca el resto de la jalea de grosella negra—. Convertís este asunto en algo feo y delictivo. A mi modo de ver, es completamente legal. Según la teoría comunista, todo pertenece al pueblo, ¿y no lo somos nosotros? Por consiguiente, lo único que hacemos es ir a buscar un oro que es nuestro.

—Eso no se tiene en pie —le contradice Sally—. El oro pertenece al pueblo soviético y nosotros no formamos parte de él.

—En cierto modo tienes razón —dice Porta, con aire triunfal—, pero mi amiga y su marido-comisario son comunistas rusos, ¡y van a compartir su oro con nosotros! Lo que es una actitud muy socialdemocrática, diría yo.

—¿Sabéis una cosa? —Wolf empieza súbitamente a reír a carcajadas y se retuerce alegremente en su sillón basculante para uso exclusivo de los generales—. Me encantaría que pudiésemos dejar a *Hermanito* en el muelle de Libau. Todavía está en deuda conmigo por aquella vez que trató de volarme en pedazos con esta radio.

—Debes de estar mal de la cabeza —grita Porta—. No juzgues mal a *Hermanito*. Tal vez dice que la H es una portería de rugby y que la Y es una catapulta, pero sigue siendo el cabrón más astuto que jamás pasó por la Reeperbahn. Si fuésemos lo bastante estúpidos como para dejarle en Libau e impedir que se viese cumplido su más ardiente deseo, ropa interior de seda negra y zapatos de piel de cocodrilo con ojales diminutos, se volvería tan loco que sería capaz de beberse toda el agua del Báltico, y nunca podríamos llegar a Suecia.

»Recuerdo una vez en que era ordenanza del jefe del 9º Ejército en Hamburgo, general de Caballería Von Knochenhauer. Uno de esos malditos cabrones de Sankt Pauli hizo circular el rumor de que *Hermanito* había hecho algo que gustaba muy poco al general Von Knochenhauer. Encerraron a *Hermanito* para interrogarle y le apretaron las clavijas de mala manera, pero no pudieron sacarle nada. En todo caso, cuando salió renqueando, había sido degradado y estaba mucho más delgado que cuando había entrado.

»«Ese Kurt es un mal bicho —explicó a David, el hijo del peletero judío, un día que estaban sentados bebiendo cerveza en “El Rocío Sin Cabeza”—. Es un piojo, una rata asquerosa, ¡una cagada de *burro*! Tú y yo vamos a hablar un poco con él y a persuadirle de que deje de denunciar a la gente».

»«¡Es un sucio, podrido y bastardo aborto! —gritó David, haciendo suyo el enojo de *Hermanito*. En realidad, no conocía a Kurt—. ¡No es más que un kafir castrado!», añadió, furioso.

»Cuando se pusieron de acuerdo, hicieron que Petra *la Ratera* telefonease a «La Vaca con Tres Ubres», donde estaba Kurt bebiendo zumo de fresa con ron.

»«¿Con quién hablo?», preguntó Kurt.

»«Conmigo, naturalmente», dijo Petra, y era verdad.

»«¿Y quién eres tú? —chilló receloso, Kurt—. Tienes un nombre, ¿verdad?».

»«Señorita Müller. Petra Müller».

»«¡Vaya! Me alegro de que me hayas llamado, Petra. ¿Cómo te va? Saliste hace poco tiempo, ¿no?».

»«¡Hola, Kurt! Ahora escúchame. Tengo un buen asunto para ti. ¿Puedes estar en Zirkusweg dentro de media hora? ¡Hoy es tu día de la suerte, querido! ¡Saltarás de alegría, de veras!».

»«Contigo. ¿Dices que sí? ¡Voy para allá inmediatamente!».

»Quince minutos antes de la hora convenida, Kurt *el Soplón* estaba plantado en la esquina de Zirkusweg y Bernhard Nocht Strasse, paseando arriba y abajo como un yanqui negro que tuviese algo importante entre manos.

»Petra *la Ratera* salió del cobertizo de un vigilante y murmuró algo al oído de Kurt. Mientras le hablaba, deslizó una mano en su bragueta, haciéndole cosquillas, mientras extraía con la otra la cartera que llevaba el hombre en el bolsillo de atrás del pantalón. Era algo natural en ella. En realidad, era su manera de ganarse la vida.

»Los faroles de Kastanie-Allée estaban apagados, y de allí salieron *Hermanito*, el judío David y Paul *Dinero Contante*, con una camioneta de transporte de cerveza que habían tomado de prestado para la ocasión.

»«Vamos a recoger una buena carga. ¿Quieres venir con nosotros?», retumba la voz de bajo de *Hermanito* en la oscuridad de la cabina del conductor.

»En cuanto Kurt *el Soplón* ha subido al camión, que es de esos que tienen de lona la parte de atrás, *Hermanito* y *Dinero Contante* se le echan encima. *Dinero Contante* le retuerce los testículos hasta ponérselos casi por corbata, y *Hermanito* le agarra por el cuello y le dobla hacia atrás hasta que empieza a crujir el espinazo. Pronto se oyen esos ruidos que suele hacer la gente cuando está a punto de morir estrangulada.

»El hijo del peletero judío, David, trataba de apuntar una «Baretta» contra él. Quería darle en el entrecejo, pero cada vez que iba a apretar el gatillo, la cabeza de Kurt había cambiado de posición. Así, cuando salió la primera bala, sólo arrancó la parte superior de una oreja de Kurt, perforó la lona del camión y entró por una ventana de un tercer piso. Allí estuvo a punto de matar del susto a un agricultor de Solta que se disponía a pasar un buen rato con Gerda *la Galopante*. La segunda bala fue a dar en el mismo sitio, y el visitante de Gerda se espantó tanto que se rompió un brazo al tratar de bajar corriendo la escalera y de ponerse los pantalones al mismo tiempo.

»Llegados a este punto, *el Soplón* se había dado ya cuenta de que era protagonista, en la vida real, de una de esas escenas de liquidación que sólo suelen verse en las películas de miedo.

»«¡Jesús!», chilló, y Dios debió de darle la fuerza al menos de diez hombres, pues consiguió golpear a *Dinero Contante* en la cara y darle al mismo tiempo una patada a *Hermanito* en lo colgante. Después atravesó la lona del camión con la cabeza por delante, como una granada de acción retardada, hizo caer a Petra patas arriba y se encontró plantado en el pavimento, temblando como una hoja a causa de su tensión nerviosa. Petra chilló desafortadamente y Kurt giró sobre su propio eje, tratando de descubrir si todavía estaba vivo o si le habían matado.

»«¡A por él!», rugió Paul *Dinero Contante*, pasando sobre *Hermanito*, que estaba sentado y acariciándose sus maltratadas partes.

»«¡Por la Santa Sinagoga! —gimió David, el hijo del peletero judío—. Ese imbécil hace tanto ruido que cualquiera diría que le estábamos matando».

»«Entonces, ¡estranguladle! —rugió *Hermanito*—. ¡Ya ha respirado demasiado tiempo!».

»Por fin había descubierto Kurt que no estaba muerto, pero que pronto lo estaría si se quedaba donde se hallaba. Por consiguiente, salió pitando con toda la rapidez que le permitían sus piernas, hacia Davidstrasse y pretendiendo llegar a Herbertstrasse, donde estaría a salvo. Allí, él era el rey. Que Dios amparase a aquellos tres si eran lo bastante locos como para meterse allí detrás de él.

»«¡Ese cerdo traidor se escapa! —gritó Paul—. ¡Tenemos que pillarle!».

»El camión de la cerveza rugió al bajar por Hopfenstrasse detrás de Kurt. Este corría como una liebre, arrancando chispas del suelo con sus botas americanas. Estaba a punto de ponerse a salvo detrás de la verja de hierro de Herbertstrasse cuando el camión le alcanzó y le aplastó contra ella. Quedó hecho papilla contra la verja. El camión de cerveza dio marcha atrás para alejarse de allí antes de que llegasen los guardias. Generalmente podía contarse con que sus porras y sus pistolas les harían perder tiempo al salir por las puertas giratorias de la comisaría de Davidstrasse.

»Dejaron el guardabarros a su espalda, enredado con los restos de Kurt, y desaparecieron Landungsbrücke abajo, con la rapidez de un rabino perseguido por los SS. El día siguiente, todo Sankt Pauli hablaba de cómo Kurt *el Soplón* había sido atropellado por un vehículo cuyo conductor se había dado a la fuga. Todos los polis de Davids Wacht salieron en busca de un camión de cerveza, pero este yacía en el fondo del Elba y el olor de la cerveza se había desvanecido hacía tiempo.

»En aquella época Louis *el Mulato*, llamado así porque no era alemán de pura raza, era una especie de virrey en la Reeperbahn y creyó saber quiénes

habían sido los autores. Pero la diñó un año más tarde, por causas naturales. Le encontraron colgado por el cuello en la estación terminal del autobús. Se había preocupado al enterarse de la súbita desaparición de Kurt y había hecho que alguien averiguase lo que había ocurrido en realidad. Pronto circuló el rumor de quién era el conductor que se había dado a la fuga, y todos los cabecillas de la *Reeperbahn* empezaron a murmurar entre ellos:

»«Ha sido *Hermanito*, ¿sabes? Él y su compañero David, ese tipo del cuello de astracán. Son un par de tipos duros. ¡Saben cómo arreglar las cosas!».

»La fácil eliminación de Kurt *el Soplón* del asfalto de Sankt Pauli hizo muy famosos a *Hermanito* y a David, el hijo del judío. Estaban en camino de convertirse en ricos especialistas en la eliminación de ciudadanos indeseables de Hamburgo. Pero el lucrativo negocio que estaban montando quedó desgraciadamente interrumpido cuando *Hermanito* fue destinado a los Dragones ciclistas de Breslau, y el joven judío David tomó un camarote individual en la sentina de un barco carbonero con rumbo a Inglaterra, porque no se entendía muy bien con Adolfo.

—¿Es que no puedes callar? —dice Sally, con irritación—. ¿Por qué nos haces perder el tiempo con todas estas gansadas? ¿Qué diablos nos importa lo que hiciese *Hermanito* en la *Reeperbahn*?

—No entiendes nada, ¿eh? —pregunta Porta, extendiendo los brazos—. Lo he dicho porque quiero meter en vuestras duras cabezotas que sería muy peligroso dejar a *Hermanito* con un palmo de narices en los muelles de Libau y que eso podría acortar considerablemente vuestras vidas.

El sol se está poniendo sobre el melancólico paisaje ruso cuando se despiden de Sally en la pista de aterrizaje.

—¡Ojalá no lo estropee todo! —dice Wolf, en tono pesimista, mientras el «JU-52» desaparece entre las nubes llevándose al *Ministro de la Guerra*.

—No es más estúpido que el día que nació —le consuela Porta—. Sabe dónde está el botín, ¡y se andará con cuidado!

El Viejo rechaza inmediatamente el plan. No quiere pasar el resto de su vida en Garmersheim o en alguna parte de Siberia. Pero Porta no cede. Habla una y otra vez sobre el derecho de propiedad del pueblo y, en un par de días, convence a *el Viejo* de que el oro es realmente nuestro y de que no es ningún delito ir a buscarlo. El plan empieza a tomar forma.

Los dos especialistas en falsificación de documentos e imitación de firmas de Sally llegan en el avión correo de Berlín. Cada uno de ellos lleva dos grandes carteras decoradas con el águila alemana. Durante los días siguientes,

el sanctasanctórum del jefe mecánico Wolf se halla en estado de alerta total. Y es que hay allí muchos documentos *Top Secret*.

El Viejo examina los documentos *Top Secret* durante un rato y acepta el plan, mondándose de risa.

—¡Jamás en mi vida había visto algo parecido! ¡*No puede fallar!* ¡Incluso hay una Orden del Día del Führer!

Porta está sentado al lado de Vera, contándole sus progresos desde la visita de Sally. Le muestra orgullosamente la Orden del Día del Führer, firmada de puño y letra del mismo. No falta nada. Están el águila especial y todo lo demás.

—Podemos empezar —dice—. Las órdenes para una acción de guerrilla especial están ya sobre la mesa del jefe de la División, general *Culo y Bolsas*.

—¿Y si a algún débil mental se le ocurre comprobar esto en el cuartel general del Führer? —pregunta Vera, sensatamente recelosa.

—No seas tonta, muchacha —ríe Porta—. ¡Ningún alemán de uniforme se atrevería a llamar a Adolfo para preguntarle si sus órdenes son realmente lo que parecen! ¿Crees que tu marido sería capaz de telefonear a José y preguntarle si sabía lo que se hacía al liquidar a una serie de camaradas que habían metido demasiado la nariz en sus asuntos?

—No; puede que tengas razón —confiesa reflexivamente Vera.

—No sabes cómo espero el momento de convertirme de nuevo en paisano —dice Porta, con aire soñador—. Una vida sin peligros, donde cualquiera puede desenvolverse en libertad y con los bolsillos llenos.

—No rías demasiado pronto, amigo mío —murmura Vera—. No tienes idea de lo complicada que puede ser la vida de un paisano. Allí no tienen reglamentos escritos que observar.

—Y no hay nadie que sea el primero en saludar, ¿verdad? —dice Porta—. Cualquier estúpido puede cruzarse con otro y mirarle inexpresivamente a la cara, como si le importase un bledo. Pero yo creo que con nosotros será diferente, porque seremos viajeros de primera clase. Abrirán mucho los ojos al vernos, y nos besarán el culo si queremos. ¡Es mejor llevar dinero que un puñado de granadas de mano en el bolsillo!

—Sí. Sabe Dios que tienes razón —suspira Vera.

Porta se sienta a esperar, con una botella de coñac y un bote de café, mientras Vera va en busca de un teléfono para tratar de ponerse en comunicación con su marido-comisario. Cuando vuelve, está furiosa.

—¡Estoy harta de esto! —grita, dejándose caer en un sillón—. Si aquellos cerdos y mi astuto marido no se ponen de acuerdo, la habremos pringado.

¡Nos iremos a la mierda!

—Sí, ya pensaba que sería difícil trabajar con un maldito policía —dice Porta, preocupado, vertiendo más coñac en su café—. ¡Les *conozco*! Son capaces de cualquier cosa, siempre que haya alguien que les diga lo que tienen que hacer. Si *no hay* nadie que se lo diga, vaga en círculos como un puñado de solteronas a quienes hubiesen arrojado un cubo de orines de vaca. Si no encontramos algo que haga que el majadero de tu marido se ponga en movimiento, ¡no tardaremos en vernos en más dificultades!

—¿Es eso todo lo que se te ocurre decir, pijo alemán impotente? —le vitupera Vera, olvidando que es una dama aristocrática de alta posición—. ¿Para qué te sirve la cabeza? ¡*Haz* algo! ¡Da órdenes! Tú *eres* alemán, ¿no? ¡Pero te quedas sentado ahí bebiendo café y coñac!

Continúa así, furiosamente, durante un rato, escupiendo las más sucias maldiciones del diccionario. Palabras que ciertamente no aprendió en su aristocrático hogar.

—Sí, todo eso es un poco sucio, ¿no? —confiesa Porta—. Debo decir que es cosa buena y agradable tener un fajo de billetes en el bolsillo, pero trae también consigo muchas situaciones excitantes. Dime, muchacha, ¿bebe tu compañero?

—No —responde ella—. Pero ¿por qué lo preguntas?

Porta se chupa un diente y tira del lóbulo de una de sus orejas.

—¿Trabaja duro?

—Cierto que sí. Eso puedo garantizártelo. Ha trabajado como un burro toda su vida para el puerco Estado. Sólo bebe en raras ocasiones, y entonces se emborracha como una cuba.

—Eso me tranquiliza —dice Porta, asintiendo con la cabeza—. Mira, las personas que beben demasiado suelen ver las cosas de color de rosa y todo les parece fácil. Debo confesar que tuve miedo de que todo esto no fuese más que sueños de borracho. Deja que hable un poco, en mi alemán ruso, con tu marido. ¿Dónde tienes la radio? Pronto conseguiremos que todo marche como es debido, y seremos ricos y tendremos casas de propiedad y derecho de pesca en Suecia. ¿Te gusta el salmón, muchacha?

Es fácil mantenerse limpio cuando no te metes en negocios o te mezclas con otra gente.

Henri de Montherlant

—Soltadme —farfulló el viejo judío, tratando de desprenderse del agarrón de los tres jóvenes.

—¿Dónde has escondido la pasta? —gritó el hombrón de las tropas de asalto, dando un golpe en la cara del viejo.

La mujer chilló y trató de ayudar a su marido. Fue arrojada de nuevo al oscuro pasillo. Volvió a chillar al hundirse la bota del SA en su vientre. Y chilló por última vez cuando la culata de un rifle le aplastó la cara. Después, saquearon la tienda.

Cuando llegó la Policía, encontraron al viejo llorando sobre el cadáver de su esposa. Le encerraron en la Vieja Moabitt y, ocho días más tarde, le ahorcaron por el asesinato de su mujer. Esa fue la orden del doctor Goebbels:

Ordnung muss sein!

Era el 3 de abril de 1936.

EL ENTIERRO DEL GENERAL DE GREGOR

Empiezan a volver los hombres que estaban de permiso. Vienen arrastrando los pies por la larga y recta carretera. Algunos han conseguido que les llevase algún vehículo, pero la mayoría han tenido que caminar cincuenta kilómetros desde Svatogorskaya. El tren que les había traído no pasaba de allí. Es fácil saber cuáles de ellos son ciudadanos y cuáles de ellos proceden del campo. A los campesinos les flaquean las rodillas por el peso de la buena comida con que les han cargado sus familiares al despedirles. Los de las ciudades sólo tienen que llevar su equipo. Pero todos tienen una cosa en común. Se lamentan increíblemente de su suerte y, bajo su influencia, todo el regimiento es pronto presa de la más negra depresión.

Nos mostramos los dientes los unos a los otros y surgen reyertas por los motivos más insignificantes. *Hermanito* ha dado ya palizas a ocho hombres, con tanta crueldad que han tenido que atarle a un árbol con una correa, como si fuese una especie de perro guardián. No tenemos un calabozo donde encerrarle. El *Unteroffizier* cocinero, un tipo al que llamamos *Huevo Frito* porque lo parece, está a punto de morir escaldado cuando sus hombres que vuelven de permiso lo arrojan al caldero de la sopa. Su único pecado ha sido decir: «Bien venidos a las delicias del Frente Oriental».

Porta camina pesadamente por la ancha carretera principal cuando se topa con Sonia Pushkova, cuya cara redonda está brillante de sudor como de costumbre. Se considera muy atractiva, aunque estaría mejor si se afeitase. Choca con Porta, con toda la gracia de un camión cargado, y le echa los gordos brazos al cuello.

—¿Te gustaría venir a mi gallinero y echar un vistazo a mi nueva gallina? —le pregunta, lamiéndole el interior de la oreja con su lengua gorda y húmeda.

Pero Porta está demasiado desanimado para que esto le interese.

—Me cago en tu nueva gallina —farfulla, dándole una fuerte palmada en las gordas nalgas—. Volveré un día de estos para acostarme contigo, y tu gallina podrá cacarear en su percha marcando el compás.

Gregor, solitario, entra cojeando en lo que fue antaño un buen hotel y hoy no es más que un montón de ruinas que sólo a medias se mantiene en pie. En él se ha inaugurado una especie de bar primitivo, pero que sólo está al alcance de los que tienen dinero... en abundancia.

—Este lugar es una letrina —dice Gregor, sentándose al lado de Porta en un desvencijado taburete del bar—. Cerveza y champán —pide, malhumorado.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —pregunta Porta, mirando inquisitivamente el bastón de su compañero—. ¿Y qué le ha pasado a tu pierna?

—Me torcí el tobillo en el entierro —explica Gregor, bebiendo de un trago la mitad del contenido de su jarra.

Mira fijamente a la muchacha que está detrás del bar.

—¡Eres un guapo mozo! —dice ella, en ruso.

—Lo sé —responde él. Se vuelve a Porta y dice—: Ya no creo en el Dios alemán. Cuando lo has pasado un poco bien y vuelves a este país dejado de la mano de Dios, *entonces* te das cuenta por primera vez de la clase de porquería que ofrece el Alto Mando alemán a sus cansados héroes. ¡Las *campanas* del infierno!

Entra *el Viejo*, seguido de *Hermanito* y de *Barcelona*.

—¡Lo que me faltaba ver! —grita *Hermanito*, estallando en carcajadas al ver a Gregor—. ¡Su Alteza el Chófer General ha vuelto junto a los pobres!

—¿Te han condecorado? —pregunta Porta, señalando la reluciente KVK^[22] en el pecho de Gregor.

—Mi general me la otorgó en su lecho de muerte —responde Gregor, asumiendo una expresión bastante pesada.

—Vaya, vaya. Conque *él* se ha ido también al *Walhalla* —dice tristemente Porta—. Ciertamente, la Patria nos exige muchos sacrificios. Conozco a la familia de un coronel que ha sacrificado tres hijos y dos hijas en el altar de la Patria, ¡y que Dios me valga si no agitan todavía banderolas de papel en todas las fiestas nacionales!

—Sí, es bastante duro —suspira Gregor—. Si mi general no hubiese muerto, otro gallo me cantara.

—Eso es indudable —reconoce Porta—. ¡Probablemente los vencedores te habrían ahorcado junto con tu general!

—Es posible —conviene Gregor—. Pero ¿qué es peor? ¿Rondar de un lado a otro sobre el lodo ruso, con una libra de plomo en las tripas, o caer un par de metros por un agujero, con una cuerda atada al cuello? Bueno, pasé

algunos buenos ratos en el Estado Mayor Central. Yo y mi general, y nuestro monóculo, hicimos juntos algunas buenas maniobras. Al principio, ¡era como el día después de la Fiesta de la Cosecha!

»«Lo único que necesitamos aquí para que la similitud sea perfecta —dijo mi general, limpiando nuestro monóculo—, es el olor a boñiga de vaca. ¡Eso es! Tenemos que llevar a esa gente por el buen camino —gritó a través de su nariz aguileña—. *Unteroffizier* Martin, se trasladará usted a la residencia de oficiales —ordenó, agitando nuestro monóculo como si fuese un semáforo—. Dentro de veinte minutos me llevará a la iglesia, ¡y recordaremos a Dios que tiene el deber de dar la victoria a las armas alemanas!».

»Me trasladé a la residencia de un teniente que había sido degradado. Apestaba a perfume, más que una fábrica de esencias para putas. Este teniente era un marica, y por eso le convirtieron en un esclavo en Gernersheim. Por el camino me tropecé con mi antiguo camarada el ayudante, aquel cerdo asqueroso. Cuando me vio se quedó de una pieza, como si le hubiesen golpeado con una cachiporra en el entrecejo.

»«¡Usted! —gruñó—. ¡Cielo santo, *usted*! ¡Y yo que esperaba y rezaba para que le hiciesen pedazos y los desparramasen por las estepas de Rusia! —Me miró fijamente, como un almirante en alta mar antes de dar la orden de disparar todos los cañones. Después acercó su cara a la mía y abrió la boca de manera que pude ver sus amígdalas—. ¿Sabe una cosa, *Unteroffizier* Martin? —chilló, como un gato al que acabasen de pisarle las pelotas—. Es usted el individuo más sucio y repelente que he conocido en mi vida. ¡Es una *rata* de cuartel! ¡Eso es exactamente lo que es! ¡Un bicho insignificante en un patio de cuartel! ¡Pero a mí no me engaña! ¡Le conozco bien! Su conducta puede compararse a la de un judío codicioso, pero me parece que eso ya se lo había dicho antes de ahora».

»«Sí, señor *Rittmeister*, señor —dije, sonriendo y haciendo chocar dos veces los tacones de mis botas claveteadas—. Hace ya mucho tiempo, señor, que me di cuenta de que el señor *Rittmeister* no me consideraba con el mismo tierno afecto que habría prodigado a un hijo».

»Hubieseis tenido que ver a aquel puerco dragón de bicicletas —sigue diciendo Gregor—. Puso una cara como un viajante de comercio que tratase de vender pieles de conejo apolilladas. Cuando nos dirigíamos al comedor, mi general se enfadó porque unos palurdos no nos saludaron, a pesar de que la bandera de la División ondeaba alegremente encima del guardabarros delantero. El capellán recibió una reprimenda, porque su cuello no estaba tan limpio como deseaba mi general. Eso puso nervioso al «piloto celestial»,

naturalmente, y se armó un lío con el texto bíblico y nos dijo que Jesús había estado en la Batalla de Cartago y había concedido la «Cruz de Hierro» a Aníbal.

»«Necesita descansar, mi buen capellán», tronó mi general, interrumpiendo la plegaria, y le impuso ocho días de confinamiento en la residencia antes de que llegase a la palabra «Amén». Pero, en realidad, mi general no se subió por las paredes hasta que nos enzarzamos aquella tarde en el juego de la guerra. Veréis: recibió un mensaje del Cuartel General del Führer, según el cual no seríamos nosotros quienes nos encargaríamos del 53º Cuerpo Panzer, sino algún puerco alemán del Sur bien situado en el partido. Mi general y nuestro monóculo lo tomaron muy a pecho. Mirad, habíamos estado esperando con ilusión el poder destrozar un cuerpo blindado y verter un poco de buena sangre alemana en el campo de batalla.

»Era un secreto bien guardado, pero en realidad envidiábamos a un colega ruso a quien llamaban *el Carnicero de Kiev* por su notable eficacia en liquidar a todas las tropas que estaban bajo su mando. Mi general deseaba que le llamasen *el Carnicero de Ucrania*. ¡Esas cosas hacen mucho efecto en los libros de Historia!

»«Se acercan malos tiempos —predijo mi general—. ¡Esto no es guerra!».

»Bueno, el mensaje del Cuartel General del Führer fue a parar al cesto de los papeles, limpiamos nuestro monóculo y bebimos un licor muy fuerte. Nuestro mal humor era tal que incluso nos olvidamos de marcar la botella para poder saber si alguien echaba un trago a escondidas.

»Cuando le ayudé a quitarse el uniforme, exactamente a las veintitrés horas, tenía un aspecto raro. Parecía como si su nariz aguileña empezase a encorvarse hacia abajo. No comprobó la hora de acostarse con los tres relojes que siempre llevaba consigo. Estaba profundamente dolido de que hubiesen encargado nuestro cuerpo blindado a algún gordinflón del partido sacado de las cervecerías bávaras.

»«Pronto vendrán los cuervos a buscarnos», dijo con voz nasal, y me dirigió una mirada acerada a través de nuestro monóculo.

»«Sí, señor general, señor —le respondí, juntando los tacones claveteados—. ¡El panorama es realmente negro! Los paisanos han robado nuestros informes, y nosotros, caballeros al servicio de Dios y del Kaiser, ¡tenemos que quedarnos plantados en un rincón con nuestro monóculo en la mano! Sí, señor general, señor, son malos tiempos. No podemos esperar nada bueno de los paisanos. Son engendros del diablo. ¡Son capaces de escupir en nuestra cerveza!».

»Guardamos silencio durante un rato, sumidos en honda reflexión.

»«¡Toque algo para mí, *Unteroffizier* Martin!», me ordenó, retrepándose en el gran sillón de general que había hecho tapizar con la piel de su difunto caballo, *Balarían*, que era tan alemán que incluso montaba a las yeguas con ritmo wagneriano.

»Me senté ante el órgano mecánico y canté:

Incluso yo, hombre vigoroso,
He sentido el furioso
Calor del amor...

»A mi general no le gustó mucho esta canción. Era demasiado delicada. En vista de lo cual, canté:

Los caballos galopan
Como una tormenta.
¡El *Rittmeister* cae muerto
De una bala en la cabeza!
Aplastamos al enemigo,
Le rechazamos a su país...

»Entonces mi general no quiso oír más. Sentado allí, pareció encogerse sobre sí mismo a lomos de su caballo muerto.

»«*Unteroffizier* Martin, tiene una mancha en la guerrera», dijo, un poco enojado, señalando una mancha no mayor que una verruga en el culo de una mosca.

»«¿Cree usted que voy a morir?», preguntó, llevándose nuestro monóculo al ojo.

»«Estoy seguro de ello, general, señor —le respondí—. El guerrero celestial llama a los que ama para que se sienten a su mesa».

»«Sí, todos tenemos que irnos un día», suspiró, con un matiz de impotencia en el ojo que llevaba el monóculo.

«Después de este triste descubrimiento tuvo que tomar otro coñac, esta vez doble. Entre la segunda y la tercera copa, mi general dedujo que toda la vida no era más que una preparación para la muerte.

»«*Unteroffizier* Martin, como usted no es más que un *Unteroffizier* y un hombre poco instruido, supongo que nunca ha pensado en lo tristes que son

todas las cosas. Solos venimos al mundo y todavía más solos nos marchamos de él».

»Guardamos silencio durante un rato, sumido cada cual en sus propios pensamientos. Yo estaba pensando en lo estupendo que sería que el viejo payaso juntase las mejillas del culo y se deslizase hacia el mundo de los sueños, donde todo estaba salpicado de sangre rusa y alemana. Yo tenía una moza que me estaba esperando en la estatua de Bismarck, que está toda cubierta de palomina. Era una *Blitzmadel*^[23] y se había acostado con todo el Regimiento. Cuando ponía la directa, era capaz de levantar a un muerto.

»Mi general tomó otro sorbo de la botella de optimismo corso.

»«¿Está usted firmemente convencido de que voy a morir, *Unteroffizier* Martin?», preguntó, dando de nuevo rienda suelta a su diarrea verbal, entre un par de gruñidos satisfechos.

»Me permitió tomar una copita, como recompensa por mis sinceras respuestas; cosa muy desacostumbrada en mi general. Desde luego, tenía que beber de pie, en posición de descanso, que es como se hace en los círculos del alto mando.

»Entonces él y nuestro monóculo empezaron a caminar de un lado a otro en la habitación. Nuestras espuelas tintineaban a la auténtica manera prusiana. Cuando llevábamos nuestro uniforme de noche, siempre calzábamos botas y espuelas hasta que nos metíamos en la cama.

»Cuando andaba de este modo, uno se imaginaba todo un regimiento de húsares lanzándose contra los enemigos de Alemania y partiéndoles la cabeza con sus sables. Marchar de esta manera era típico de mi general y de nuestro monóculo, cuando tenían que hacer que la sangre azul de la cabeza bajase al culo, para poder pensar.

»Al cabo de un rato, cuando empezaba ya a marearme de tanto dar vueltas para estar siempre de cara a mi general, este se detuvo al fin y me miró fija y largamente. Parecía un verdugo midiendo con los ojos el cuello de una víctima, condenada a estirar la pata.

»«Voy a darle una orden, *Unter offizier* Martin, ¡y que le lleve el diablo si no la cumple puntual y exactamente!». Después de una larga pausa, y frotándose reflexivamente la aguiña nariz, prosiguió: «Si tengo que marcharme para ir a servir en el gran ejército, cosa que probablemente ocurrirá antes de que a usted le den la licencia absoluta, debe cuidar de que la banda del 5º de Húsares toque *Rote Husaren*^[24] en mi entierro».

»«Muy bien, general, señor —le respondí, haciendo chocar los tacones—. Todo se hará como dispone el general. ¡Los trompetas de los Húsares

soplarán con tal fuerza que sus instrumentos se pondrán al rojo!».

»«Entonces, queda usted encargado de esto, *Unteroffizier* Martin. Pero también cuidará de que el *Stabsmusikmeister* Breitenmüller del 5º de Húsares sitúe dos *Leibhusaren* en uniforme de gala y con los sables a la funerala delante de mi ataúd. Otros dos húsares de la banda del 5º regimiento tendrán que tocar *Der Tod reitel auf einem kohlenschwartzten rappen*. Desde luego, deberán tocar en *andante*. Pero siuviésemos la desgracia de no poder contar con la banda del 5º de Húsares, porque estén en el campo luchando por la vieja Alemania, deberá conseguir que envíen un coro de soldados bien adiestrados, de no menos de veinticinco hombres, y usted, *Unteroffizier* Martin, cantará el solo. ¿Queda bien entendido?».

»«Sí, señor, general, señor. Si me permite decirlo, señor, ¡es como si ya estuviese cantando!».

»Entonces mi general sube por fin a su cama. Tan preocupado estaba con estirar la pata que se ha metido en la cama sin quitarse las botas ni las espuelas. Eso le fastidió bastante. Pero conseguimos librarle de las botas y, después de leerle un fragmento sobre el Viejo Fritz, se sumió en un sueño profundo.

»A la mañana siguiente, prescindimos de la inspección. En cambio fuimos a inspeccionar las flores del parque del castillo. El macizo de Caballería, con sus tulipanes amarillos, le complugo sobremanera, como de costumbre. Estaban tiesos en hileras y sólo doblaban los cuellos como los furiosos caballos del 7º de Ulanos de Düsseldorf, nuestro regimiento. Eran los que habían galopado directamente hacia el infierno en un loco ataque de la Caballería en Cambray, en 1915, con mi general a la cabeza. «Entonces éramos *Oberleutnant*. Siempre nos excitábamos mucho cuando hablábamos de aquella excursión a caballo. Los ingleses, como siempre astutos como serpientes, habían colocado ametralladoras en todo el lugar, de manera que no era fácil lanzar un buen ataque de caballería. Si hubiesen sido *ellos* quienes hubiesen lanzado sus dragones contra *nosotros*, les habríamos recibido sobre los estribos, cara a cara, con los sables desenvainados y las lanzas en ristre». Cuando llegamos a los lirios blancos, mi general frunció la frente y empezó a maldecir como toda una pandilla de marineros en un burdel árabe.

»«La típica infantería —rugió—. Parecen una bandada de monjas violadas por marineros franceses. ¿Ve aquel lirio estúpido de allí? Dos centímetros fuera de la línea. ¡Arránquelo, *Unteroffizier* Martin! ¡A la basura con él! Si no nos anduviésemos con cuidado, todo se haría pedazos».

»Al llegar a las rosas rojas (el macizo de la Artillería), nuestro humor subió un par de grados y nuestros ojos gélidos y azules se iluminaron alegremente. «Las rosas están allí, agrupadas en baterías. Su aspecto es realmente marcial».

»«¡Así debe ser!», dijo mi general, y desprendió tres veces el monóculo del ojo, en señal de que estaba sumamente complacido.

»Caminamos un rato, hacia delante y hacia atrás, disfrutando de la vista. Pero el cielo se nubló cuando llegamos a las tropas de Intendencia, los acianos azules. ¡Dios mío, qué lío! Pero eso es lo que pasa siempre con las tropas de escalón. Una serie de patanes. Ni siquiera saben distinguir entre la derecha y la izquierda. Hay que atarles unas briznas de heno alrededor de un tobillo y de paja alrededor del otro, y gritarles: «¡Al heno! ¡A la paja!». Sus destacamentos a caballo no pueden encontrar una chica que quiera tener algo que ver con ellos, y tienen que contentarse con los caballos cuando se les presenta la oportunidad.

»Mi general condenó a todo el macizo de acianos a ser ejecutados, y así, al amanecer pasé nuestro cortacéspedes manual por todo el sector.

»Las tropas panzer, las rosas rosadas, daban una impresión mucho mejor. ¡Qué arrogancia la suya! Me sentí orgulloso de ser *Unteroffizier* Panzer. Estuvimos largo rato contemplándolas y al fin nos convencimos de que las cosas no pintaban tan mal como parecía.

»«Hay que tener pelotas para ser un soldado panzer», dijo mi general, haciendo crujir sus dientes postizos.

»Al pasar, saludamos con la cabeza a las tropas de Ingenieros, los tulipanes negros. Son los *coolies* del Ejército. Pero cuando llegamos a los abastecedores de comida, el campo de coles, recibimos una mala impresión. Los dragones de Moisés estaban plantados allí, goteando como otros tantos penes infectados de gonorrea.

»Mi general les condenó a todos a muerte en el acto. «¡A la cámara de gas con ellos!», rugió, sin pensar en la importancia de los abastecimientos.

»Todo fue de mal en peor cuando llegamos a los huertos e inspeccionamos los espantapájaros. Llevaban uniformes rusos. Mi general adoptó una expresión extraña cuando vio que el primero llevaba las botas sin lustrar. Los dos siguientes tenían las guerreras mal abrochadas, y el último llevaba la gorra del revés.

»Mi general estuvo a punto de matar a los jardineros que llegaron corriendo. Les perseguimos por los huertos con tantas amenazas y a tal velocidad que sacaban la lengua por el culo y tenían las pelotas en el cuello.

»Un viejo de cabellos blancos abrió la boca como un himen en una noche de verano y vomitó sobre las botas del general. Este desenfundó su pistola y apuntó al *untermensch* y, desde luego, el hombre se desmayó de miedo. El día siguiente fue enviado al frente, para pasar el resto de la guerra con una unidad de recogida de cadáveres.

»Cuando volvimos al castillo, nuestro humor no podía ser más negro. El Ángel de la Victoria sólo recibió un saludo negligente por nuestra parte. Los centinelas abrieron las puertas de golpe, pero uno de ellos se armó un lío y la puerta volvió atrás y le dio al general en plena cara. Habríais tenido que *oírle*. No gritó, como habría hecho un estúpido *Unteroffizier*; pero lo que dijo, con su voz nasal, dio directamente en el blanco. Fulminó literalmente a lo dos centinelas con sus palabras.

»«No hay que andarse con rodeos con gente de esa clase», dijo por la nariz.

»Sí, mi general hacía lo que quería con todos los hombres de nuestra división. Firmaba sentencias de muerte sin leerlas siquiera. En todo caso, no perdíamos mucho tiempo con estas cosas.

»En el pasillo tropezamos con el capellán católico, que estaba tan gordo que no paraba de temblar, como si todo él estuviese hecho de gelatina. Mi general se detuvo en el corredor, sin corresponder a su saludo.

»«Bueno, ¿es usted, reverendo padre? No es frecuente verle por aquí. ¿Ha venido tal vez a preparar el camino a los muchos soldados que mueren por la Patria?».

»«Así es, general», murmuró débilmente el sacerdote, y pareció que iba a caerse muerto en el acto.

»Mi general había encogido el largo cuello dentro del de la guerrera al ver al capellán del Estado Mayor, pero lo sacó rápidamente de nuevo y se caló el monóculo con más firmeza.

»«Sí, debe de estar muy ocupado, reverendo padre —escupió, y las aletas de su nariz aguileña vibraron como si estuviese oliendo un cadáver—. Sus botas no están muy lustrosas, pero ¿existe quizás algún reglamento que yo desconozco sobre la indumentaria de los caballeros del Cuerpo de Capellanes? Tres días de confinamiento en el cuartel, reverendo padre, y se presentará cada dos horas a mi ayudante con las botas y el equipo bien lustrados. Es posible que en la división de que procede le permitiesen holgazanear en un estado de antirreglamentaria incuria, ¡pero *no* podrá hacer lo mismo en mi división!».

»Dejamos pues al soldado de Jesús plantado allí, para que pudiese reflexionar un poco. Después de golpear varias veces con el látigo nuestras botas de montar, ordenamos juegos de guerra para toda la guarnición. Es lo que solíamos hacer cuando los oficiales se disponían a correrse una juerguecita. Cuando llegamos, todos estaban allí. Mi general entendía de estas cosas. Siempre era dueño de la situación. A él no se la pegaba nadie. Mi función era observar el horario; por eso podía ver todo lo que pasaba y reír entre dientes de vez en cuando, sin que ellos lo viesen. Nuestra división tenía la mejor maqueta de campo de batalla de todo el Ejército. Mi general había cuidado de esto. Había docenas de ríos y de arroyos, y de cañones y de tanques, y puentes en todas partes que podíamos volar antes de que llegase el enemigo.

»Mi general estuvo plantado allí durante largo rato, mirando malévolamente las caras nerviosas de los que estaban alrededor de la mesa. Después les endilgó un largo discurso sobre lo que sucedería si Alemania, como de costumbre, acababa recibiendo de sus enemigos más palos que una estera.

»«Esta vez beberán cerveza en nuestros cráneos —predijo—. Nuestros órganos sexuales servirán de adorno a las paredes de sus comedores de oficiales». Pero juró por nuestro monóculo que, antes de que ocurriese esto (Dios no lo permita, añadió, en un tono de arzobispo), haríamos que nuestro enemigo nos conociese bien. «Les bombardearemos con el fuego de nuestros cañones de largo alcance», explicó, moviendo el puntero arriba y abajo sobre el mapa simulado. «Después, nuestros carros blindados avanzarán en una destructora formación en V. Nuestros “Tigres” pesados harán que pierdan toda su afición a la guerra. Los que queden con vida serán aplastados por las orugas de nuestros cañones autopropulsados, y los que se hayan escondido serán calcinados por nuestros lanzallamas».

»Descargó el puntero sobre una aldea, destruyéndola de golpe.

»Todos los oficiales miraron tristemente la aldea arruinada. Aquel terreno era un paisaje alemán, ¿sabéis?, ¡con vacas alemanas y gordos campesinos alemanes!

»«Alemania no capitulará jamás, caballeros, fíjense bien en mis palabras», silbó mi general, dejando caer nuestro monóculo. De pronto se dio cuenta de que estaba diciendo una sarta de tonterías. Después de tomarse un respiro, durante el cual castigó a dos tenientes enviándoles a Infantería por reírse con un chiste verde, hizo una señal con la cabeza al jefe del Estado Mayor. El Oso

Salvaje, estirado general de división con una pierna rígida y un parche sobre un ojo, asumió el mando, y empezó el simulacro de guerra.

»El primero en recibir un palo fue un *Rittmeister* que fue demasiado aprisa. Confundió sus propias líneas con las del enemigo e hizo que un par de «Stuka» destruyesen su propio carro blindado que esperaba en una emboscada, que llegasen los «T-34» de los vecinos. Aquella misma noche, el *Rittmeister* lloraba a lágrima viva en un regimiento de primera línea del frente. Mi general no le concedió siquiera la licencia reglamentaria de tres días. Con nosotros, nadie podía sentirse seguro. Justo cuando estaba disfrutando con el Estado Mayor y contando con una vida sin complicaciones, era enviado de pronto a una unidad de primera línea, antesala de comedor de oficiales del *Walhalla*. Un poco más tarde, un comandante y dos tenientes se vieron privados de los brazos protectores de la división, por equivocarse la ruta de los tanques enemigos.

»Mi general estaba cada vez más contrariado, ¡y sus ojos echaban chispas de un gélido azul!

»Yo podía ver que la cosa andaba por mal camino. Antes de que terminasen aquellas operaciones simuladas, tendríamos una gran escasez de oficiales. Sin embargo, pensé que era una suerte que no fuesen *verdaderos* oficiales, sino solamente oficiales de la reserva, excedentes de guerra, por así decirlo. Pero nuestro Dios alemán se había guardado todavía lo mejor. Todo el peso de nuestra ira concentrada cayó sobre el ayudante, aquel cerdo asqueroso. Se infiltró tanto en la Infantería de Iván que perdió toda una batería de SP. Mi general sacó medio metro de flaco cuello fuera de la guerrera, como si fuese el periscopio de un submarino dispuesto a hundir un acorazado. Al ayudante le dio una especie de baile de San Vito y empezó a disparar sus baterías antiaéreas contra nuestros propios aviones. Estos cayeron sobre toda la zona simulada como una lluvia de confeti.

»Yo me reía como un loco sobre mi horario. Era estupendo ver en apuros al piojoso ayudante. Parecía una rata estreñida. Mi general le dijo unas cuantas cosas, con una voz que casi le arrancó las botas de los pies, y el infeliz se escabulló como un candidato al suicidio a punto de ahogarse.

»Entonces mi general detuvo el simulacro bélico antes de que los incompetentes oficiales arruinasen todo nuestro Ejército. Dirigió un largo discurso a los que quedaban, diciéndoles lo que pensaba sobre los paisanos de uniforme. Acabó notificándoles que Atila había sido mucho más afortunado que los generales de hoy en día. No tenía que cargar con oficiales de reserva,

sino que estaba rodeado de guerreros natos que sabían cómo manejar una cachiporra y abrir el cráneo a los miembros de otras tribus.

»Después salimos de allí, cerrando la puerta de golpe a nuestra espalda. Yo dejé el reloj en las doce y cinco. Sólo para dar a aquellos tipos listos algo en que pensar.

»Entonces cambiamos de uniforme y nos pusimos el equipo de campaña, con la artillería manual sobre la cadera.

»«El infierno tocará a rebato», pensé. Era tiempo de rezar. Conocía a mi general, y sabía muy bien de lo que era capaz cuando estaba de mal humor.

»Justo después del toque de retreta de los pájaros, subimos a nuestro coche oficial y cruzamos los oscurecidos pueblos con nuestra banderola de la división sobre el guardabarros delantero y proyectando un fino rayo de luz azul con los faros, para que nadie pudiese dudar de quién se acercaba. Mi general no paró de murmurar amenazadoramente durante todo el trayecto. «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra», pensaba yo.

»Mi general había decidido inspeccionar a los *coolies* estacionados alrededor del distrito civil. Caímos sobre nuestra meta como un rayo de acción retardada en el Día del Juicio Final. Los de la guardia estaban sentados jugando a las cartas con los prisioneros, y habían colgado sus armas en las perchas de las letrinas. Habríais tenido que oír a mi general y ver saltar a los guardianes y a los prisioneros como cucarachas en una sartén al rojo. Por fin, cuando todos quedaron encerrados en las celdas, recibí la orden de cerrar las puertas con llave y cerrojo. Devolví las llaves a mi general y este las arrojó lo más lejos que pudo al otro lado de un montón de basura.

»Por último, desmontamos sus metralletas y desparramamos las piezas por toda Westfalia, para que tuviesen *realmente* trabajo cuando recibiesen la orden de formar con metralletas para la inspección. Sí, mi general sabía cómo convertir a los paisanos en imitaciones razonables de soldados.

»Después fuimos a un lugar donde el oficial que ostentaba el mando apareció en la puerta en pijama y zapatillas. Mi general armó un jaleo terrible.

»«El enemigo está en las afueras de la población —rugió, casi clavando la picuda nariz en la cara del soñoliento comandante—. ¡El enemigo va a entrar en el pueblo!», repitió.

»«Mala cosa», farfulló el comandante, ofreciendo coñac a mi general.

»«Mi querido amigo, ¿no le acabo de decir que el enemigo está aquí, y que casi le pisa los talones con su punta de lanza blindada?», dijo mi general, con amenazadora calma.

»«Bueno, supongo que sólo podemos hacer una cosa. —El comandante sonrió, arremangándose las perneras del pijama hasta la cintura—. ¡Largarnos de aquí, antes de que arruinen nuestra tienda! Pero ¿qué diablos busca aquí el enemigo?».

»Ahora pegamos un salto, perdiendo casi las botas. Dejamos caer nuestro monóculo de campaña, que se hizo añicos contra el suelo; pero, afortunadamente, siempre llevamos uno de recambio en el bolsillo del pecho.

»«¡Dé la alarma!», rugió, furioso, mi general.

»«Está bien, general, señor», respondió el comandante, y fue a ponerse su casco de acero. Después asomó la cabeza y gritó tres veces «¡Alarma!» a la calle silenciosa del pueblo.

»No ocurrió nada durante un rato; después, sonó con fuerza el teléfono. Mi general se puso al aparato.

»Una voz muy irritada preguntó quién era el idiota que había gritado «¡Alarma!» en plena noche.

»«He sido yo —gritó mi general, con una voz que hizo que el micro se encogiese—. ¡Se ha dado la voz de alarma, porque estamos rodeados de paracaidistas!».

»«Debe de haber comido una bota vieja y se le ha indigestado —rio la voz, en el otro extremo de la línea—. Váyase a dormir, belicoso idiota, y espere a que amanezca. ¡A ningún paracaidista que estuviese en su sano juicio se le ocurriría aterrizar aquí! ¡Nosotros no hacemos mal a nadie!».

»Mi general tiró el teléfono, asqueado, y lanzó al comandante una mirada fulminante de general.

»«¡Volverá a tener noticias mías!», le prometió, en tono amenazador.

»«¡A sus órdenes, general, señor!», chilló el comandante, equivocándose de mano al saludar tocándose el casco.

»Sólo ahora se había dado cuenta de quién era su visitante.

»«¡Qué individuo tan blando! —gruñó mi general, mientras pasábamos a toda velocidad por otra aldea—. ¡Acabará deseando que *hubiesen* sido los paracaidistas enemigos los que le hubiesen visitado, en vez de nosotros!».

»Caímos como dos emisarios del espacio exterior sobre unos alojamientos donde un regimiento de Infantería había encontrado protección contra la humedad de la noche y yacía en anchas camas campesinas.

»Un *Feldwebel* alto y delgado como un palo de escoba, con el casco de acero puesto a la inversa sobre su cabeza, farfulló una especie de parte. Cuando terminó y seguía plantado allí, preguntándose de qué otras cosas podía informar, se dio cuenta de que se había olvidado de ordenar que se

cuadrasen a todos los que se hallaban en la estancia. Los *coolies* roncaban con las cabezas reclinadas sobre las mesas y ni pensaban en ponerse firmes.

»«¡Dé la voz de alarma, hombre! —gritó mi general—. ¡El enemigo avanza sobre esta población!».

»«¿Qué? —gimió el *Feldwebel*, temeroso, echando el aliento aguardentoso a la cara de mi general—. ¿Qué?», repitió aquella imitación de soldado, rascándose violentamente el trasero.

»«¡Dé la alarma, por todos los diablos!», chilló de nuevo mi general, dando un susto de muerte al gato de la compañía que estaba profundamente dormido junto a la estufa. Este dio un salto en el aire y cayó sobre las cuatro rígidas patas.

»«*Servus* general, señor», maulló.

»El palo de escoba con casco de acero empezó a pensar con tal intensidad que produjo melladuras en el borde del casco. Cogió su cinturón y su pistola, que estaban colgados de un gancho. Después se acercó a uno de los bellos durmientes y empezó a sacudirle para despertarle.

»«¡Herbert! —chilló—. ¡Abre los malditos ojos!».

»«¡Déjame en paz!», respondió Herbert, dándole un lento puñetazo.

»«¡Es importante, Herbert! ¡Vamos! ¡Levanta!», le suplicó el flaco. ¡Ve a despertar al jefe y dile que el enemigo está aquí, con tanques y toda clase de cacharos!».

»¡Hubieseis tenido que ver a mi general! Parecía como si su equipo de fútbol predilecto hubiese perdido y fuese a darle un ataque al corazón de un momento a otro. Su rostro se puso verde y después azul. No pudo pronunciar palabra durante varios minutos, cosa que sólo le ocurría en raras ocasiones. Pero al fin recobró la voz iracunda.

»«¡Estamos en guerra, hombre! —gritó, con tal fuerza que debieron de oírle en el sur de Francia—. En el minuto menos pensado, llegarán los tanques enemigos y nos despellejarán. Dé la señal de alarma, *Stufe 3*^[25], hombre, ¡malditos sean sus ojos!».

»«Está bien, general, señor —farfulló el *Feldwebel*, rascándose pensativamente la cabeza debajo del casco de acero—. ¡Despierta, Herbert! Da la señal de alarma *Stufe 3*. Despierta a los jefes de Sección. Diles que los ingleses están aquí con sus tanques. Que recojan inmediatamente sus equipos, para que podamos largarnos antes de que nos hagan prisioneros. De prisa, Herbert. ¿Es que aún no te has dado cuenta de que estamos en guerra?».

»«Mi arma», murmuró Herbert, todavía medio dormido.

»Alargó una mano buscando a tientas su rifle, que pendía de un gancho junto a la ventana y parecía tan adormilado como su dueño y el resto de la guardia.

»«¡Y se atreven a hacerme esto! —silbó mi general, estirando su cara aguileña sobre el cuello de su guerrera—. ¡Están locos como cabras y se imaginan que van a darse la gran vida! *Unteroffizier* Martin, ¡muéstreles cómo hay que dar la señal de alarma cuando el enemigo está llamando a la puerta!».

»Cogí una «guitarra», le acoplé un cargador completo y disparé todos los proyectiles. Después puse un nuevo cargador y, para no equivocarme, lancé otra ráfaga de tiros a lo largo de la calle y en dirección contraria.

»Se encendieron luces en algunas casas y voces soñolientas gritaron protestando.

»«¡Que Dios nos ampare! —gruñó mi general, desprendiendo el monóculo del ojo—. ¡Esa pandilla ni siquiera respeta la orden de oscurecimiento total!».

»Habían transcurrido unos diez minutos cuando llegó un reservista gordo sobre una ruidosa motocicleta militar año 1903.

»«¿A qué diablos estáis jugando, imbéciles? —chilló furioso, y a punto estuvo de caerse de la moto—. ¡Disparar sin ton ni son a altas horas de la noche! ¡Que el diablo me lleve si esto no acaba en un consejo de guerra!».

»«Sí, buen hombre, ¡de eso puede estar seguro!», gruñó mi general.

»El oficial reservista dejó caer la moto sobre el suelo cuando vio los galones rojos y las hojas de roble de general. Se quedó sin habla y permaneció completamente inmóvil, en una posición que la gente de buena voluntad habría podido calificar de firmes. Tardamos algún tiempo en conseguir que nos dijese que era el oficial de servicio del regimiento.

»«Las fuerzas enemigas avanzan hacia esta zona de alojamientos», tronó mi general, como si fuese el propio Mario en *Campi Raudii*.

»«¿Qué clase de tropas?», preguntó el gordo motociclista, haciendo una mueca.

»«Tanques ingleses, *Oberleutnant*, señor», respondió *Palo de Escoba*, subiéndose el cinturón que había resbalado hasta la rabadilla y sobre las nalgas si las hubiese tenido.

»«¡Que Dios se apiade de nosotros!», gritó aterrorizado el gordo, trasladando su peso de una pierna a la otra.

»«Estoy seguro de que lo hará —ladró mi general—. Pero será mejor que usted haga también algo, buen hombre».

»Entonces llegó un teniente en pantalón de montar, zapatillas y chaqueta de pijama con galones rojos.

»«El jefe quiere saber qué diablos está pasando y qué significan estos disparos en mitad de la noche».

»Mi general contempló, asombrado, a aquel oficial tan extrañamente vestido.

»«Dígame, buen hombre, ¿es esto un servicio de mensajeros o un regimiento prusiano de Infantería?». Y puedo asegurarnos que le dio un rapapolvo digno de ser escuchado a aquel teniente en zapatillas y chaqueta de pijama. ¡Oh, *fue* una bronca estupenda!

»Cuando acabó su repertorio de maldiciones y amenazas, se dirigió a un cañón antitanque, plantado ocioso entre unos arbustos. Sin mirar a la derecha ni a la izquierda, y sin pensar en las consecuencias, soltó el mecanismo de disparo y tiró de la cuerda.

»¡BUUM!, tronó el 75 mm.

»«A mi tía se le han quemado los pasteles y los tira», pensé, mientras el proyectil silbaba en la noche, despertando a todos los pájaros alemanes en sus cómodos nidos. Alemania está acostumbrada a meterse en guerras, pero no es tan frecuente que disparen cañones contra los suyos. El proyectil atravesó tres casas contiguas, cambiando en ellas la disposición de los muebles. Terminó dentro de un *Panzer Spahwagen*^[26], precisamente en el armario de las municiones. ¡Menudo estruendo armaron las municiones al estallar! ¡El coche de reconocimiento quedó desparramado sobre la mitad de Westfalia! Algunos pedazos se sumergieron en el Rin y otros cayeron en el Weser. Pero también ocurrió que el dormido regimiento volvió a la vida. ¡Cómo se arremolinaron todos! La mayoría salió corriendo, pero unos pocos hombres belicosos quisieron rechazar el ataque. ¡Menuda escena presencié el sol alemán cuando emergió en el horizonte! Puedo asegurarnos que a punto estuvo de ponerse de nuevo. Una Compañía de carros blindados luchó valientemente durante dos horas y sólo se rindió cuando la casa que estaban defendiendo quedó reducida a escombros. Entonces descubrieron, horrorizados, que el enemigo era su propio batallón motociclista.

»El ejercicio de alarma de mi general costó ochenta y ocho heridos y nueve muertos. Dos hombres se suicidaron y tres fueron dados por desaparecidos. Estos tres dieron mucho que pensar, hasta que nos dimos cuenta de que no habían podido caer prisioneros de los ingleses, porque allí no había ningún inglés. Todo había sido un juego inventado por mi general.

»«¡Esos hombres han desertado! —rugió mi general. Llamó al jefe PM, un *Hauptmann* corpulento y brutal, con unos ojos que habría envidiado el mismo diablo—. Exijo, buen hombre —dijo, mirando furiosamente al jefe de los cazadores de cabezas—, que los desertores y gandules sean tratados sin misericordia. No hay que mostrar la menor consideración con unos cerdos como esos. ¡Adelante!».

»Desde luego, aquellos imbéciles fueron apresados. Dieron con sus huesos en Germersheim, donde un pelotón de ejecución de zapadores les privó de sus cobardes vidas.

»«No se puede hacer una tortilla sin romper los huevos», dijo satisfecho mi general, cuando volvimos a casa para el desayuno.

»A mi general le gustaba esta clase de servicios. ¡Hacer temblar a la gente de la cabeza a los pies! ¡Que hubiese movimiento! Entonces se hallaba en su elemento. Nadie podía hacer esto tan bien como mi general.

»Por la tarde fuimos a echar un vistazo a los ingenieros. Tendieron puentes sobre ríos y después los desmontaron. Mi general registraba el tiempo con sus tres relojes. También allí se rompieron unos cuantos huevos, para gran satisfacción de mi general. Un *Unteroffizier* estúpido quedó con las piernas aplastadas. Le pesó demasiado el culo cuando se rompió una grúa que habíamos cogido a los franceses. Otros dos compañeros se ahogaron, atrapados entre los pontones. Afortunadamente, no eran regulares, sino sólo paisanos reclutados para el servicio. Pero mi general se indignó e hizo que todos los demás y sus suboficiales, se arrastrasen con sus rifles y con la nariz pegada al suelo. Con esto se limpiaron los dientes para todo el resto de su vida. Era estupendo ver cómo podía convertir en soldados a aquella pandilla de monos. La gente que había servido a nuestras órdenes nunca olvidaría la experiencia.

»Cuando consumimos el rancho de la noche (nosotros solíamos llamarlo *dinner*, porque a mi general le gustaba emplear términos elegantes extranjeros, en especial ingleses, pues había estado en destacamento con el 11º de Húsares, esa pandilla que canta *Moisés en Egipto* como himno del regimiento), nos quitamos el uniforme de noche y pusimos de nuevo los guantes blancos que teníamos en la forma para este fin. Después nos pusimos el uniforme de guarnición y fuimos a la iglesia para que el Dios de los Ejércitos recibiese el homenaje que le era debido. Pero cuando volvimos de allí nos esperaba una fea sorpresa. El personal corría de un lado para otro en todo el lugar. Todos debían trasladarse al Este, con la finalidad de que se estacionasen más cerca de donde sale el sol.

»«Esos presumidos papanatas del Cuartel General del Führer se equivocan de medio a medio —gritó mi general—. ¡Yo les enseñaré! ¡Aquí soy yo quien da las órdenes! ¡Nadie va a marcharse de mi División mientras yo tenga el mando!».

»El jefe del Estado Mayor bailaba como si se hubiese meado en los calzones y estuviese ahora a punto de cagarse en ellos.

»Sin decir palabra, tendió una carta lindamente plegada y arrugada, firmada de puño y letra por Adolfo. Mi general puso una cara como si se estuviese ahogando. Su mentón descendió sobre su «Cruz de Caballero». El jefe del Estado Mayor se encogió tristemente de hombros y miró por la ventana.

»«Relevado del mando», balbuceó mi general, leyendo de nuevo la carta. No podía dar crédito a lo que se decía en ella.

»«Dios ciega primero a aquellos a quienes quiere perder —rugió—. Ahora, el cabo bohemio ha ido demasiado lejos. ¡La suerte está echada!».

»Keitel se puso al teléfono un poco más tarde. Le dijimos unas cuantas verdades para que las transmitiese al «hombre de Brunau».

»Acabábamos de ponernos el uniforme de noche cuando volvió a sonar el teléfono con más fuerza que nunca.

»«Debe de ser algo importante», dijo mi general, arreglándose el gorro de dormir de reglamento de manera que el pájaro de oro bordado y la escarapela estuviesen en línea con su nariz aguileña.

»Era el *General der Infanterie* Burgdorff, jefe de personal, que quería charlar un poco con nosotros. En la jerarquía, era conocido como *la Eminencia Negra*.

»La cara de mi general cambió varias veces de color, y su picuda nariz adquirió un tono azul cobalto durante aquella «pequeña charla».

»Yo estaba seguro de saber lo que pasaba. El cagadero estaba ardiendo y a mi general iban a chamuscarle los delicados pelos del culo. Cuando el general Burgdorff colgó el teléfono, nos quedamos sentados durante un largo rato, reflexionando en silencio. Casi podía oír los chasquidos que brotaban del cerebro de mi general. En todo caso, parecía haberse dado cuenta de que no siempre es prudente andar diciendo por ahí lo que se piensa. Desde 1933, son muchos los alemanes que han muerto por esta causa.

»Antes de marcharnos al país de los sueños, volvimos a ponernos nuestro ligero uniforme de noche y escribimos varias cartas.

»Cuando el sol se asomó para ver lo que le había pasado a la buena y vieja Alemania durante la noche, habíamos firmado la última carta y todas fueron

colocadas sobre el centro del papel secante, como lo hacen los prusianos desde 1933.

»«Mi pistola de reglamento», dijo mi general, con voz severa.

»Yo busqué la artillería de mano, la limpié rápidamente con una gamuza, la cargué y quité el seguro. Después la tendí a mi general.

»«Adiós, *Unteroffizier* Martin —gruñó, y me tendió la mano por primera vez—. ¡Cumpla su deber con nuestra amada Patria! ¡Yo observaré lo que hace!».

»«*Zu befehl*, general —respondí, haciendo chocar dos veces mis zapatillas—. ¡Que nuestro honorable monóculo permanezca inmaculado!».

»Entonces se llevó la pistola a la frente, mientras yo permanecía cuadrado y saludando fuera de la línea de fuego, y disparó. ¡Había que ver *cómo* sabía hacer las cosas mi general! Era fantástico, ¡vaya que sí! Pero por algo era mi general. Tres balas atravesaron su cráneo de jefe militar, y sólo *entonces* dejó caer nuestro monóculo. ¡Oh, fue un acto muy solemne! Si yo no hubiese tomado la precaución de beber un poco de nuestro coñac, creo que habría llorado.

»Le arreglé lo mejor que pude; le puse la gorra y, con no pocas dificultades, coloqué nuestro monóculo en el debido sitio. Después di la mala noticia al personal.

»Vinieron todos, hicieron chocar los tacones de sus botas, saludaron y sus caras adquirieron la triste expresión de reglamento. Incluso el ayudante, aquel malvado cabrón, sacudió la cabeza tan dolorosamente que todas las cicatrices de sus mandíbulas serpentearon como anguilas en gelatina.

»Los días que siguieron estuvieron dedicados a los preparativos del entierro de mi general y nuestro monóculo. Inspeccionamos las cajas del último adiós y escogimos un pesado ataúd de viejo roble alemán con una larga hilera de cruces de hierro talladas a su alrededor. Yo tuve que buscar en media Alemania para encontrar un cojín de terciopelo escarlata para exhibir sobre el mismo la ensalada de frutas de mi general. Se había portado muy bien en las dos guerras mundiales y tampoco se había quedado atrás en prosperar en tiempo de paz.

»El ordenanza de la Compañía se pasó cinco horas puliendo nuestro sable de gala, hasta que el ayudante se mostró satisfecho. Espléndido sable, el nuestro. Un sable de honor de los *Leibhusaren*. Más de una vez pensé en cambiarlo por un «Solingen» barato. Seguro que algún coleccionista chiflado pagaría buenos dineros por él.

»El jefe mecánico de la Compañía pintó el casco de mi general, a fin de que pudiese reflejar las llamas de las antorchas.

»Dos capellanes castrenses vinieron de Berlín, con el padre general a la cabeza. Estaban resplandecientes con sus crucifijos de oro de imitación y otras cosas encaminadas a guiar a mi general hasta el *Walhalla*. Se hizo todo lo posible para que fuese realmente un entierro delicioso. Lo único que falló fue la banda. Aquellos malditos húsares se habían escondido en algún lugar del frente oriental, dejándose matar por los vecinos, y peor aún, el rocín de los timbales había desertado pasándose al enemigo. Y se había llevado consigo los timbales. Bueno, una banda de Caballería sin timbales no vale un comino. En fin, espero que algún día los PM detengan a aquel maldito caballo y puedan ahorcarlo con el resto de los desertores. Al menos habría podido dejarse los timbales. Son de propiedad alemana y, ¿no es justo que los vecinos redoblen con ellos!

»Todas las armas estuvieron representadas por sendos tenientes, montando la guardia de honor. En total eran seis. Permanecieron plantados allí rígidos como estatuas, alrededor de mi general, el cual yacía satisfecho en el Salón de Banquetes de los Caballeros. Lucía uniforme de gala con todas sus condecoraciones, la *Blaue Max*^[27] y la «Cruz de Hierro» con «cuchillo y tenedor», y llevaba botas de charol con espuelas de plata. Os aseguro que era el cadáver más magnífico que os podáis imaginar. Vestido de aquella manera, mi general podía volar directamente al *Walhalla* y ordenar un simulacro de alarma que haría retemblar el suelo del cielo bajo las pisadas de los ángeles.

»Hubo una terrible discusión sobre su tocado. Yo quería que llevase su casco de acero. Lo había hecho pintar para este fin. Pero el ayudante prefería la gorra de guarnición con las hojas de roble y todo lo demás.

»«¡El casco de acero no se lleva con uniforme de gala!», chilló, contrayendo todas sus cicatrices.

»Disparaba las palabras como un cañón incontrolado. Estaba tan loco que hubiese podido partir nueces del Brasil con las nalgas y absorber las semillas por el conducto equivocado. A intervalos, me decía lo que pensaba de mí. Tuve ganas de darle un puñetazo en la jeta, pero no valía la pena. Él era *Rittmeister* y, si le atizaba, podía hacer que me ahorcasen.

»«Ojalá contraiga todas las epidemias que tenemos en este país —silbó—. Si le viese cogido en una trampa para osos, le dejaría allí hasta que muriese desangrado. Le aseguro, Martin, que le espera una suerte terrible. En cuanto hayamos enterrado al general, saldrá pitando para el frente oriental, a tal velocidad que levantará nubes de polvo y de barro con las suelas de sus botas.

¡Y buscaré la peor unidad para enviarle a ella! Una unidad que opere detrás de las líneas enemigas con los uniformes de *ellos* y haga todas las cosas prohibidas por los convenios sobre la guerra, sería lo más conveniente para usted. Fíjese bien, Martin, ni siquiera su mente enferma podría imaginar lo que hacen los rusos a los cerdos que se ocultan bajo sus uniformes».

»«Oh, sé perfectamente lo que hacen, señor *Rittmeister*, señor. Ante todo, los vecinos le machacan las pelotas con un martillo pesado. Después le meten un cable eléctrico por el culo, de modo que las lombrices están bailando una polca alrededor de las baterías antes de que uno se dé cuenta. Tengo experiencia en esto, señor, pero siempre conseguí librarme. Sin embargo, quisiera dar las gracias a Herr *Rittmeister*, señor, por sus buenos deseos, y expresarle la esperanza de que podamos celebrar un día una agradable reunión en la fosa común de los héroes».

»Sus cicatrices se retorcieron como una bolsa de culebras. Parecía un engendro prematuro de oso salvaje. ¡Hay que ver el follón que armó hasta que llegó el jefe del Estado Mayor y le obligó a cerrar el pico!

»«Si continúa así, hará que se despierte el general», le dijo, en tono amenazador.

»Mi general siguió yaciendo allí y lo tomó con calma, mientras toda la guarnición venía a despedirse de él. Llegaban de cerca y de lejos, hacían chocar los tacones de las botas, presentaban armas y miraban al suelo con pesaroso semblante. Algunos de ellos lloraban, y yo no podía realmente comprender cómo habían amado tanto a mi general. Todo mentira y falsedad. Ni uno de ellos habría dejado de alegrarse si hubiese podido ver a mi general cociéndose en su propia grasa en el infierno.

»Entonces, una mañana, llegó la Artillería, con un gran armón tirado por seis caballos negros. Sonaron voces de mando, los sables apuntaron al suelo y las banderas se inclinaron. Seis oficiales se acercaron con paso rígido a mi general, que seguía yaciendo, adorable y ostentoso, en su caja de vampiro.

»«¡Desfile fúnebre! ¡Marcha lenta!», gritó el jefe del Estado Mayor, y todos nos dirigimos hacia la iglesia de la guarnición.

»Fui a buscar el coche oficial, pero había ya un patán sentado detrás del volante. ¡Me habían relevado!

»«¡Me las pagarás por esto, a la primera ocasión que se presente!», le prometí estúpidamente.

»Era un *Feldwebel*, aunque sólo de Infantería.

»«Usted puede arrastrarse por el suelo —dijo el ayudante—. ¡Le aseguro que se acostumbrará!».

»«¡Mierda! —pensé—. Volveremos a encontrarnos, ¡tal vez en el Este!».

»En la iglesia de la guarnición ardían velas gruesas y de dos metros de altura, y la banda de Infantería estaba tocando una marcha fúnebre. Algo de Goethe o de Chopin. No lo sé, pero realmente era muy triste. Si yo hubiese estado en el lugar de mi general, camino del *Walhalla*, habría preferido un ritmo más vivo y un leñador negro de América cantando un solo. Un *blues* es algo masticable, fácil de entender. Algo que puede actuar como un puñado de pólvora en el culo de un cadáver en su último viaje.

»Había una gran multitud, de uniforme y de paisano, bailando una danza de guerra, alrededor del uniforme de madera de mi general. Incluso había representantes de la Armada. Y un par de japoneses de ojos torcidos. Si no nos hubiéramos visto obligados a hacer esta guerra, también habría británicos y rusos. Todos eran colegas de mi general.

»La bandera de guerra fue desplegada sobre la caja de vampiro. Sobre ella se depositó el cojín de terciopelo rojo. Procedía de una anciana de Bielefeld. Era la cama de su gato. Toda la ensalada de fruta resplandecía sobre él. La espada de honor y el casco de acero brillaban como mierda de gato a la luz de la luna de una noche de primavera. La yegua de mi general, *Magda*, había sido también invitada a la ceremonia».

—¿En la *iglesia*? —interrumpe sorprendido *el Viejo*.

—¡No, maldita sea! Se quedó fuera, charlando con los seis caballos de Artillería.

»Entonces empezó la verdadera función. Una guardia de honor de Granaderos Panzer apuntó sus armas al cielo y descargó una salva hacia el *Walhalla*. La señal para que abriesen las puertas. Supongo que cuando llegó allí mi general, encontró sitio de sobra. Cuando se inclinaron las banderas, el órgano estalló al más alto nivel de decibelios. Rugió y gimió de tal manera que incluso el más torpe de los presentes debió comprender que el entierro de un general era una cosa muy solemne.

»Luego habló el capellán del Estado Mayor. Habló de Dios; explicó que Dios siempre había sido prusiano y que esa era la razón de que hubiese estado siempre de nuestra parte. Se armó un pequeño lío y confundió el Dios británico con el nuestro. Hubo algunos que lo comentaron con desaprobación. En una guerra mundial puede ser cosa muy grave fraternizar con el Dios del adversario.

—Sí —dice Porta—. ¿Dónde diablos estaríamos todos si la mitad de los títeres alemanes hablásemos por la noche con el Dios inglés? ¿Y si los

escoceses rezasen al Dios alemán? ¡Una guerra mundial en la que ocurriesen esas cosas sería un verdadero lío!

—El capellán se estaba acercando peligrosamente a la alta traición con todo su parloteo sobre el Dios inglés —siguió diciendo Gregor—. Hasta que el padre general le sacó hábilmente del altar del Dios alemán. Creo que ya está en alguna parte del frente del Este, donde se habrá olvidado del Dios británico.

»El obispo del Ejército dio a mi general lo que realmente se merecía. Yo siempre he sabido que somos grandes, pero nunca pensé que lo fuésemos tanto como dijo el padre general.

»«Ojalá perdure el general en la memoria del pueblo alemán como el bravo caudillo, amante del deber, que fue en el campo de batalla —gritó el primer piloto del cielo, descargando un puñetazo sobre el borde del púlpito—. El general fue querido por sus hombres, que le siguieron en los buenos y en los malos momentos, y murieron sonriendo a sus pies».

»Yo habría podido contar algo bastante diferente. Les vi estirar la pata, y no sonreían. No, ¡rechinaban de dientes!

»«La muerte más hermosa que puede tener un hombre —graznó el piloto celestial de altos vuelos— es caer en combate por la Patria. El general que ahora abandona nuestras filas para incorporarse al gran ejército del Cielo, desde sus primeros días de cadete, fue un faro resplandeciente para la juventud alemana, ¡un intrépido y generoso guerrero!».

»Durante más de media hora divagó sobre la hermosa y atractiva muerte. Después habló otro capellán; era una especie de *Hauptfeldwebel* clérigo.

»«Recemos todos —clamó, con una voz capaz de desplumar a la mitad de la hueste celestial—. ¡De rodillas para la oración! ¡Fuera cascos!».

»Por consiguiente, nos arrodillamos, con el borde de nuestros cascos de acero a la altura del tercer botón de la guerrera, contando desde arriba. Exactamente como determinan las Ordenanzas del Ejército, sección de servicios religiosos militares. Un *Feldwebel* y dos *Obergefreiters* fueron arrestados por el ayudante, por reírse cuando se hallaban en posición de oración.

»«¡Amén!», vociferó el capellán.

»«¡Levanten el ataúd!», ordenó el Jefe de Estado Mayor, y seis tenientes escupieron en sus manos, cargaron sobre sus hombros la caja del último adiós y salieron tambaleándose de la iglesia.

»Estaba nevando. Sin duda el Dios alemán quería recordar a mi general la malvada Rusia, donde su Primer Cuerpo de Ejército recibió un par de buenas

palizas. El armón rodó llevando a mi general, pero no pudo conducirlo hasta la fosa. El cementerio de la guarnición estaba en la cima de unas colinas. Allá arriba estaban los diez grandes caudillos alemanes y unos cuantos más. Algunos de ellos llevaban bastones de mariscal dentro de sus uniformes de madera. Pero los seis caballos no eran suficientes para subir el armón por las empinadas cuestas. *Magda* fue la única que consiguió subir. Lo hizo trabajosamente, jadeando y resoplando sin parar. De vez en cuando soltaba un pedo, y pronto toda la comitiva funeraria empezó a oler a estiércol de caballo. Un par de veces resbaló la yegua sobre sus ancas salpicando de barro los bellos uniformes. Los arbustos y los sauces llorones se doblaban bajo el peso de la nieve y los empinados senderos del cementerio eran resbaladizos. Los tenientes que llevaban la caja de vampiro tenían grandes dificultades para mantenerse en pie.

»«¿No podía haber dispuesto ese bastardo del sable que le enterrasen en un día soleado?», gruñó, con irritación, un teniente de Infantería.

»«Siempre fue un cabrón —murmuró el oficial que iba detrás de él, teniente del cuerpo de motocicletas—. Nunca nos dejó en paz cuando estaba vivo, ¡y tampoco lo hace ahora que está muerto!».

»«El tipejo que manda en el infierno hará que las pague todas juntas», vaticinó un teniente de Artillería, desde el otro lado del ataúd.

»Las águilas de mármol picado de viruelas contemplaban indiferentes el desfile, y los ángeles de perfil prusiano miraban orgullosamente a su alrededor. Aquí, en el cementerio de la guarnición, se sabía muy bien quién era alguien y quién era sólo un miserable *coolie*^[28]. Este último sólo tenía una mísera cruz de hojalata o de madera. Algunos tenían el honor de lucir un casco de acero sobre la pobre cruz. Un comandante de Compañía tenía una columna de piedra con una «Cruz de Hierro» grabada en ella, mientras que los oficiales de Estado Mayor eran recompensados con una lápida de granito con el ave y una breve nota de los lugares donde habían jugado a héroes por la codiciosa Patria. Los generales tenían toneladas de mármol sobre tus tumbas, y en los ángulos, leones y águilas con las expresiones más feroces que os podáis imaginar. Pero los mariscales de campo batían todas las marcas. Grandes bloques de granito colocados sobre ellos, con bastones cincelados en mármol y colocados en la cima de una gigantesca «Cruz de Hierro». ¡Qué excursión la nuestra a aquel montuoso cementerio! La nieve nos azotaba la cara, y al derretirse se filtraba bajo el cuello de nuestros uniformes y nos producía escalofríos dignos de la Era Glacial en el espinazo.

»Cuando nos detuvimos por primera vez en la ladera de la colina, recordé de pronto que mi general me había ordenado que cantase antes de que le bajasen al fondo de su agujero. Para ponerme en condiciones, eché un par de largos tragos de «Slivovitz» que traía en un frasco de bolsillo.

»Un *Oberst* del Cuartel General del Führer cayó de culo y resbaló cuesta abajo. Cuando al fin se puso de nuevo en pie y desenredó sus espuelas, se le metió el sable entre las piernas y volvió a caerse.

»Yo ocupaba un lugar muy atrasado en el desfile. Así lo había ordenado el ayudante. Decía que los oficiales superiores se quedarían sin aliento si tenían que respirar el mismo aire que yo. Después del séptimo trago de «Slivovitz», solté un eructo *demasiado* fuerte. Un *Oberstleutnant* se volvió en redondo y me miró sorprendido... Era uno de esos cretinos del Estado Mayor, con galones rojos en el pantalón. Dijo algo a un tembloroso general de división que caminaba de puntillas, como si sus botas estuviesen llenas de mierda. Entonces me miraron los dos con aires de consejo de guerra. Pero cuando hubiesen preparado el papel en la máquina de escribir y empezasen a dictar, yo ya estaría de vuelta a Rusia, ¿y quién diablos puede encontrar a *nadie* en Rusia?

»Los paisanos con sombrero de copa habían abierto sus paraguas. ¡Dios mío, cómo nevaba! Desde luego, mi general y nuestro monóculo habían elegido un mal día para el último viaje en trineo. Debajo de los abedules cargados de nieve, varios tipos con abrigo de cuero y sombrero flexible deambulaban sigilosamente, haciéndose los distraídos. Un ciego loco se habría dado cuenta de que estaban vigilando. Incluso el «Mazda» de mi general podía ver que «el diablo y la Gestapo estaban escuchando». Nadie dijo una palabra hasta que los melancólicos abedules y los abrigos de cuero se perdieron de vista. Un olor a cadáveres siguió flotando a nuestro alrededor mucho rato después de haberles dejado atrás.

»A mitad del empinado camino volvíamos a ver los abedules desde arriba y sólo de refilón los abrigos de cuero, y una dama distinguida, vestida de negro y cubierto el semblante con un velo, se cayó de culo. Resbaló cuesta abajo, como un *bobsleigh* dispuesto a batir el récord mundial, y fue a parar directamente a los abedules, donde esperaban los abrigos de cuero, ansiosos de practicar una retención. La dama de negro y del velo no volvió a la comitiva. Cuando pasábamos por delante del monumento conmemorativo de 1870-71, se me escapó otro eructo. Realmente, fue muy doloroso. No tendría que haber comido *Eisbein mit Sauerkraut* antes de ir al desfile del Walhalla.

»Fue al empezar la subida por un sendero muy estrecho, que más parecía una escalera hecha de troncos tan resbaladizos como el mismísimo infierno, cuando las cosas tomaron mal cariz. Un teniente de Caballería, que era uno de los que portaban el féretro, se enredó con las espuelas y lanzó un chillido. Después se cayó, con el resultado de que un teniente de Ingenieros que marchaba tras él con paso fúnebre se cayó también de culo. Toda la comitiva se detuvo, preguntándose qué ocurriría entonces, y puedo aseguraros que ciertamente *ocurrieron* cosas, y con una rapidez inverosímil. Los oficiales que portaban el féretro trataron desesperadamente de agarrar la caja de madera, pero esta se soltó y cayó estrepitosamente cuesta abajo, perseguida por los seis tenientes.

»«¡Detenedlo! ¡Detenedlo!», gritaban todos. Se hubiera dicho que mi general era un ratero que escapaba con su botín de un supermercado.

»Un teniente general, una momia de 1914, que estaba allí plantado frotándose las encías desdentadas, fue atropellado. Lanzó un estridente alarido, como si todo Verdún y después la «Línea Sigfrido» se hubiesen derrumbado sobre él. Su *pickelhauber* saltó por el aire y nunca volvimos a verlo. Probablemente quedó colgando del trasero de san Pedro. El sable prehistórico con sus borlas de seda salió despedido hacia un lado, al rodar la caja del general sobre la momia de uniforme. Toda la comitiva, con sus velos, sombreros de copa y sables de gala, echó a correr a toda velocidad delante de mi difunto general, tratando de evitar que sus huesos fuesen fracturados por el ataúd que descendía como un rayo de las alturas. *Magda* iba en cabeza, mortalmente aterrorizada por aquel féretro desbocado. Pero mi general demostró a todos, hasta el fin, que era un oficial de tanques conocedor del significado del ataque por sorpresa. Sólo cuando llegó al otro lado del paseo flanqueado de árboles, se vio de lo que era capaz. Afortunadamente, la puerta de la verja, con cascos sobre los pilares, estaba abierta; de no haber sido así, sabe Dios lo que habría pasado.

»Se lanzó sobre los seis caballos negros, que se habían quedado allí, pensando en lo que *Magda* les había contado acerca de mi general. Ahora salieron pitando con el armón, y los dos postillones que dormitaban sobre las grupas de los dos rocines que iban en cabeza, salieron volando hasta la cuneta. No tengo la menor idea de dónde fueron a parar los seis negritos y el armón, pero el ruido que armaron se oyó durante un largo rato en la lejanía.

»El padre general y los capellanes castrenses rezaron en silencio, mientras el ayudante retorció sus cicatrices y el jefe del Estado Mayor hablaba a los oficiales en un tono que les dio a entender que estaban ya en camino de la

primera línea del frente. ¡No se *puede* tratar así a un general, cuando se dirige a la mesa de los héroes en el Walhalla!

»«Sostenían esa chaqueta de madera como sostendría una monja la de un marinero», dije a un *Feldwebel* de Infantería que estaba plantado a mi lado, mondándose de risa.

»El ayudante nos puso verdes y nos prometió que nos acordaríamos de él. Un reservista de tanques ocupó el lugar del teniente de Artillería. Este se había fracturado un pie y seguía tirado sobre un seto de alheñas, lamentándose.

»«¡Levanten el ataúd! —ordenó el jefe de Estado Mayor—. ¡Cortejo fúnebre! ¡Paso lento!».

»Y la comitiva se puso de nuevo en marcha, con cara triste, como ordena el reglamento. Los tambores de la banda de Infantería marcaron el compás de *Argonne Wald um Mitternacht*^[29]. ¡Se podía oír, literalmente, a los esqueletos militares cuadrándose en sus tumbas!

»Incluso en la muerte mostraba mi general su sentido del estilo. Él había planeado personalmente su entierro, y ciertamente, fue un entierro digno de ser recordado. Sólo tengo noticia de uno que lo superó. Fue el de un almirante. Al cruzar un puente, este se rompió por la mitad, y toda la comitiva, ataúd y marineros incluidos, cayeron en el canal de Kiel. Quince murieron ahogados y el almirante salió a la deriva en la bahía de Kiel. Después tropezó con un submarino que navegaba en la superficie. La tripulación del submarino se llevó tal susto que disparó contra el almirante, pensando que habían chocado contra un arma secreta de reciente fabricación. Y el almirante se hundió con su ataúd.

»«¿Llamáis a esto un entierro? —gruñó el jefe de oficinas de la división, un gordo *Feldwebel* del Estado Mayor—. ¡Más bien parece una batalla, con todos sus ingredientes!».

»Los asistentes se imaginaban que mi general había escogido una tumba en la primera colina, pero estaban equivocados. Después de un breve descanso y de observar la vista del desolado terreno cubierto de nieve, descendimos de la primera colina y emprendimos la subida de la siguiente. Dos de los momificados guerreros sufrieron ataques durante el trayecto.

»Los zapadores de *Landeschützen* se cuadraron, con las palas al hombro y los semblantes contraídos. Abrieron para mi general una fosa enorme. Un destacamento especial había adornado la tumba con ramas de roble y flores de los colores nacionales. Las coronas eran también enormes; la mayor de ellas había sido enviada por *Grofaz*. En la cinta roja se leía: «¡El Führer le da las

gracias!». En cierto modo resultaba gracioso, considerando que había sido el propio Führer quien le había ordenado que se suicidase.

»Los asistentes al entierro se colocaron como mandaba el reglamento: los sombreros de copa a la izquierda y los uniformes a la derecha.

»Entonces apareció de nuevo el padre general. Agitó los dedos en nuestra dirección, e hizo una especie de saludo. Después miró las negras nubes con una firmeza que era a la vez militar y religiosa.

»«Señor Dios nuestro que estás en los cielos —empezó a decir, doblando los codiciosos dedos sobre la empuñadura del sable—, recibe a este...». Y no pudo decir más, pues estaba ya resbalando dentro de la fosa de mi general.

»El oficial de servicio, hombre bastante rastrero de quien sospechábamos que era marica, trató de detener al servidor de Dios. Pero, lejos de conseguirlo, el perfumado oficial cayó también dentro de la fosa. «¡Bang!», retumbó el ataúd. Probablemente mi general pensó que la Artillería le estaba utilizando como blanco.

»Los soldados zapadores se echaron a reír, pero su risa se extinguió cuando el ayudante tomó nota de ellos para enviarles a primera línea del frente.

»«¡Hasta luego, amigo! —murmuré al patán que estaba más cerca de mí—. ¡Has vivido la mayor parte de tu vida! ¡Disfruta de lo que te queda de ella!».

»Él gimoteó un poco y dijo que todo era una mierda. No pude contradecirle.

»El padre general había recobrado su equilibrio y el oficial de servicio había sido pescado. Por consiguiente, el obispo empezó de nuevo su sermón. Mi general había sido un gran soldado, dijo. Un ejemplo para todos nosotros. Siempre había estado dispuesto a amontonar cadáveres sobre el altar de la Patria, y todos aquellos héroes acribillados a balazos estaban esperando a su gran caudillo en las puertas del Walhalla. «Apuesto a que le están esperando con pesadas cachiporras, para darle con ellas la bienvenida», pensé yo, caritativamente. Pero, desde luego, no lo dije en voz alta.

»«Este guerrero alemán —gritó hipócritamente el padre general, con una voz que espantó a todas las palomas que había en el cementerio y que levantaron el vuelo—, era un verdadero creyente que seguía las palabras del Evangelio. Fue oficial del Kaiser, como lo fue del Führer. ¡Oh, Señor! —farfulló, saludando—, hoy Te ofrecemos un soldado, un hombre de acero que, desinteresadamente, cumplió las duras órdenes que le fueron impuestas por el Supremo Señor de la Guerra. ¡Oh, Dios, recíbele como al héroe que es!».

»Todos los generales asintieron con la cabeza, satisfechos. El jefe del Estado Mayor golpeó el suelo con el sable, a modo de aplauso, y el ayudante mostró todos sus dientes en una sonrisa, desplazando sus cicatrices a la derecha.

»El Dios de los alemanes abrirá mucho los ojos cuando conozca a mi general, pensé. No pasará mucho tiempo antes de que todo el Paraíso se convierta en una zona de maniobras de tanques, con todos sus accesorios. Dios y Su Hijo instalarán los blancos y harán de marcadores. San Pedro comprobará el horario y san Pablo vigilará las municiones, para que ningún ángel se escape con un par de fusiles cargados. Bueno, en todo caso, ahora sé cómo pasaré yo el tiempo en las alturas celestiales.

—¿Cómo? —pregunta *el Viejo*, que no ha entendido nada.

—Es evidente —dice Gregor, haciendo un guiño—. Volveré a ser el chófer de mi general, naturalmente, ascendido a *Feldwebel* desde el momento en que la diñe. A propósito, antes de salir para el frente, hurté la banderola de la división. Mi general se alegrará de veras cuando se la ofrezca después de muerto. Estoy seguro de que incluso me perdonará que la lavase y planchase una vez.

»«De rodillas para la oración», ordenó el padre general, y empezamos a rezar. El ayudante consiguió sorprender a un par de ciclistas que no estaban rezando. Se estaban divirtiendo hablando de un juego que los finlandeses llamaban «el juego de la granada». Unos cuantos finlandeses se ponen en círculo y uno de ellos quita el pasador de una granada. Entonces arrojan la granada haciéndola pasar de mano en mano. Pierde aquel a quien le estalla en la mano. Es un juego muy emocionante, pero hay que ser finlandés para disfrutar con él.

»Con muchos sudores y maldiciones en voz baja, los zapadores habían conseguido sacar el ataúd de la fosa, para depositarlo debidamente, con toque de trompetas y redoble de tambores. ¡Tara tata! Pero aquel día la suerte nos había vuelto la espalda. Las trompetas estaban congeladas y lo único que salió de ellas fueron unos sonidos roncacos, como los que hacen los mochuelos. Los cuervos del cementerio casi se murieron del susto.

»El jefe del Estado Mayor murmuró algo, cruelmente, y los pobres músicos recibieron la orden de cambiar sus trompetas por rifles y granadas de mano, y fueron también enviados al frente.

»Bueno, por fin pudieron encontrar algunas trompetas que conservaban un poco de calor, y mi general descendió al frío subsuelo a los acordes de *Alte Kameraden*^[30]. Todo parecía marchar ahora sobre ruedas, pero a un estúpido

teniente de Infantería se le ocurrió frotarse las manos porque la cuerda le hacía daño.

»Se oyó un ruido sordo, ¡BANG!, y la caja cayó de punta en el agujero. Lo peor fue que el extremo se abrió, y la pálida cara de mi general se nos quedó mirando, reprochándonos la destrucción de su ataúd. Para sorpresa de todos, nuestro monóculo siguió pegado a su ojo. Debió ser gracias a la cola que yo le había puesto.

»Algunos de la brigada de los sombreros de copa y los velos negros se santiguaron, y el padre general dirigió a los capellanes castrenses una mirada furibunda, como si ellos fuesen los culpables de la rotura.

»Los zapadores tuvieron que meterse de nuevo en el agujero para sacar a mi general, mientras reparaban el ataúd. Lo tendimos sobre una lápida de granito, conmemorativa de algún lugar donde se había vertido sangre alemana a raudales.

»Tres carpinteros de Ingenieros, al mando de un supervisor de obras, subieron a toda prisa en un «Kübel». Salpicaron de barro a todos los *pickelhaubers*, los pulidos cascos de acero y los cilindros de seda. Ante todo, el supervisor tenía que hacer un plano. Lo hizo cuidadosamente y a escala, mientras los asistentes permanecían en su sitio, bailando sobre las puntas de los helados dedos de los pies. La mayoría de ellos habían perdido su expresión compungida y parecían estar hasta las narices de todo aquello. Sin embargo, era un entierro que ninguno de los presentes olvidaría jamás.

»Yo cubrí a mi general con una manta. Parecía tener mucho frío, yaciendo sobre la losa de granito en uniforme de gala y sin capa. Le saludé. Nuestro monóculo centelleó y sentí como un mazazo en la cabeza. Fue como si mi general difunto me estuviese dando una orden.

»Por último el supervisor terminó su plano y los carpinteros pudieron efectuar la reparación de la caja del último adiós.

»Mientras los músicos de Infantería redoblaban sus tambores, condujeron de nuevo a mi general a su última morada, y entonces comprendí de pronto la causa de su irritación. ¡Me había olvidado de *cantar*! ¡Por todos los diablos!, pensé, y me acerqué a la cabeza del ataúd de roble, donde habían colocado la espada de honor y el cojín con las medallas en posición correcta. Y entonces me lancé y canté la estrofa sobre la Muerte que llega galopando sobre su negro corcel. Aquello produjo cierta conmoción. Sí, incluso los del abrigo de cuero se acercaron un poco. Todos me miraban fijamente. Los cascos de acero, los *pickelhaubers*, los velos negros y los sombreros de copa de seda. Supongo que pensaron que había perdido la chaveta, pero si he de ser sincero,

creo que no canté mal, aunque lo hice envuelto en una nube de «Slivovitz» y me tambaleaba un poco sobre los pies de vez en cuando.

»El ayudante y sus cicatrices estaban allí, dispuestos a saltar sobre mí, pero conseguí cantar los cinco versos. Cuando acabé me abstuve de echar el trago siguiente de «Slivovitz» hasta haber saludado y dado el parte al ataúd abierto.

»«Orden cumplida, *Herr* general, ¡señor!».

»Entonces di media vuelta, según las ordenanzas, y saludé al ayudante y a todas sus cicatrices.

»«¡La paz de Dios!», dije.

»Hubieseis tenido que ver su expresión. Las cicatrices se retorcieron como un puñado de anguilas. Pensé por un instante que iba a partirme por la mitad con su espada de gala.

»Después me escabullí, retrocedí hasta un seto de alheñas y bebí un poco de «Slivovitz» para volver a mi estado normal.

»Mi canción causó cierta emoción entre los asistentes al gran entierro.

»Pude oír claramente que hablaban de mí. Era indudable que, con mi solo, había pasado a primera fila.

»«¡Palas en acción!», ordenó el jefe del Estado Mayor; pero antes de que los zapadores empezaran a echar tierra sobre la fosa, *G-Staff-Oberst* del Estado Mayor Central se le acercó y murmuró algo a su oído.

»«¡Alto!», gritó el jefe del Estado Mayor. Los zapadores soltaron sus palas como si se hubiesen puesto de pronto al rojo.

»Se había olvidado de la *salva de honor*, y mi general tenía que salir de nuevo de su agujero.

»Al cabo de un rato, todo estuvo preparado de nuevo, a excepción de los soldados que tenían que disparar la salva. Todos se habían marchado a casa. Un ordenanza corrió hacia el cuartel de Granaderos y, después de un largo y frío período de espera, llegó un pelotón al mando de un teniente.

»Hubo otro par de accidentes de poca importancia. Un *Gefreiter* cayó a la tumba y se le disparó el rifle, hiriendo a una dama enlutada. También este sería enviado al frente. Por último, se disparó la salva con estrépito y mi general volvió a bajar a su hoyo. Los zapadores empezaron a arrojar tierra con sus palas y la tierra repicó sobre la tapa del ataúd de mi general.

»«Apuesto a que mi general cree que está siendo atacado por el enemigo», pensé.

»«¡Padre Omnipotente! ¡Eterno Dios Alemán! —gimieron los capellanes castrenses—. Los alemanes somos tuyos para siempre jamás. ¡Amén!».

»Y al fin terminó todo. La comitiva desanduvo el camino sobre la nieve medio derretida. Habían dejado atrás sus expresiones dolientes. Sólo pensaban en una taza de café caliente, en unas pastas tiernas y en un trago para ahogar aquella pena.

»Algunos cayeron de culo al bajar por el resbaladizo camino, pero nadie lo advirtió, salvo los propios interesados. El acto fúnebre había terminado. Los del abrigo de cuero se mezclaron con la comitiva, por si sorprendían alguna conversación que pudiese ayudar al enemigo. No querían volver a Admiral Schröder Strasse sin algo sobre lo que informar.

»Saludé a un erizo alemán que se deslizaba furtivamente sobre unas tumbas. «¡Anda con Dios!», le dije.

»¡Dios mío, cómo nevaba, y cómo empezó también ahora a soplar el viento! Unos soldados de Obras en Campaña me llevaron en su vehículo. Ningún oficial quería saber nada de mí. ¡Era un paria!

»Muy afligido, entré en «El Pato Rojo», para humedecer de nuevo mis cuerdas vocales, y mientras sostenía una conversación sumamente comprometedoras con el dueño, me di cuenta de pronto de que mi general había desaparecido totalmente de mi vida. Todo había terminado entre nosotros, nunca volvería a echarme un rapapolvo por lavar y planchar la bandera o por cualquier otra cosa que hubiese hecho entre nuestros viajes en el coche oficial.

»Al día siguiente recibí la orden de traslado. El ayudante vino a mi encuentro y me la entregó personalmente.

»«Hasta la vista, *Unteroffizier* Martin», gritó hipócritamente, mientras yo trepaba al camión para reunirme con los demás candidatos a la muerte que habían metido la pata en el entierro de mi general.

—¡Que Dios nos valga! —suspira *el Viejo*—. ¡No hay tanta ceremonia cuando uno de nosotros la diña por nuestra excelsa y adorada Patria!

Llega la correspondencia y nos olvidamos del entierro del general. Hay tres cartas para *el Viejo*. Su esposa, Liselotte, ha sido ascendida a jefe de conductoras de tranvías. Es un empleo relativamente seguro durante los ataques aéreos, porque hay más refugios cerca. El tranviario corriente no está siempre cerca de un refugio cuando empiezan a caer las bombas. Todo lo que dicen sobre las alarmas con tiempo no es más que propaganda. Generalmente, las sirenas no empiezan a sonar hasta que empieza el bombardeo, y tal como bombardea ahora el enemigo, son pocas las probabilidades de llegar con vida a un refugio. Antes dejaban caer las bombas en cualquier parte. Ahora eligen una zona y la arrasan. Incluso las ratas son liquidadas.

Heide se asombra al ver que también hay una carta para él.

—*Heil Hitler* —murmura respetuosamente cuando se da cuenta de que el remitente es el propio *Gauleiter* de Rhineland.

La levanta para que todos veamos la desmesurada y brillante águila del Partido. Con la devoción de un papa hojeando la Biblia, abre el sobre.

—¡Por fin! ¡Por fin! —exclama, jubiloso—. ¡Me han otorgado el Águila Negra! ¡Ya era hora!

—¿Una águila negra? —pregunta Porta—. ¿Dónde diablos vamos a meter una águila?

—¡Idiota! —gruñe Heide—. Es una condecoración del Partido, y una de las más importantes. —Sostiene el documento con aire de triunfo delante de la nariz de Porta—. ¿Qué dices a esto? Te gustaría tener una, ¿eh?

—No, gracias —dice Porta—. Podría costarme el cuello cuando lleguen los vecinos, y Adolfo y su Partido pertenezcan al pasado.

—Te advierto una cosa —silba Heide, como un gato irritado porque le han pisado la cola—. Ahora que se me ha otorgado esta dignidad, ¡no perdonaré nada! ¡Daré parte de todos aquellos que insulten al Partido!

—¿Viene con eso la ensalada? —pregunta *Hermanito*, inclinándose curioso hacia delante.

—No, eso vendrá por sus debidos cauces —responde orgullosamente Heide—. El jefe del Regimiento me impondrá personalmente la condecoración.

—He oído decir que no se dan reposo acuñando estas medallas de día y de noche —ríe Porta—. A veinticinco marcos los cien kilos, y los *Gauleiters* las reparten a puñados.

—¡*Obergefreiter* Creutzfeldt! —grita el ordenanza, arrojando una carta a *Hermanito*.

—¡Cielo santo! —exclama *Hermanito*, sosteniendo la carta como si fuese una granada de mano a punto de estallar y oliéndola con precaución—. Por todos los diablos, ¿quién está tan loco para escribirme?

Rasga el sobre con uno de sus gordos y sucios dedos y despliega unas hojas de grasiento papel de escribir. Durante un buen rato contempla en silencio los garabatos escritos a lápiz sobre el papel barato.

—Bueno, ¿quieres leérmela? —pregunta, tendiendo la carta a *el Viejo*—. Hoy tengo los ojos turbios, y el aire contaminado de este país comunista estropea la vista de cualquiera.

El Viejo guarda la pipa con tapa de plata con aire flemático, y recorre con la mirada las apretadas líneas. Sacude la cabeza.

—¡Vaya familia que tienes!.

—¿De quién es? —pregunta *Hermanito*, mirando la carta.

—De tu hermana —responde *el Viejo*, y empieza a leer en voz alta:

*Obergefreiter cargador Wolfgang Ewald Creutzfeldt FPO
Nº 23645*

Fuerzas Alemanas de Defensa Rusia.

Querido hermano:

Pensarás que te aprecio porque empiezo mi carta diciendo «querido» y «hermano». No eres más que un Wolfgang borracho, según dice todo el mundo. Te escribo la presente para hacerte saber que no tienes motivos para sentirte dichoso pensando que tu hermana menor, Emilie Louise Bock (Creutzfeldt, de soltera), ha muerto gracias a una de esas bombas que los ingleses y los otros untermensch están arrojando precisamente ahora sobre Hamburgo.

Mamá también está viva todavía. Puedes apostar tus botas a que ya no te conoce, y no voy a ser yo quien te envíe sus recuerdos. Sé el trabajo que te cuesta leer las cartas. Por eso escribo esta muy despacio, para que no te confundas cuando la leas. Pero espero que me sea devuelta, pues así sabré que ya estás muerto.

Eres un cerdo asqueroso; sí, eso es lo que eres. Aquí todo el mundo dice que se libran fuertes combates en Rusia, y todos tienen algún muerto en la familia. Mamá estaba completamente segura de que también a ti te habría matado una de esas bombas que lanzan por ahí continuamente. Pero nos la pegaste, como de costumbre. No hemos olvidado aquella vez en que te llevaste todo el dinero del contador del gas y vinieron los polis de la Comisaría de David con el cobrador, dispuestos a detener a mamá.

Puedo decirte que se disgustó mucho cuando el NSFO que se ha trasladado al viejo museo de trajes antiguos de la Estación Principal del Ferrocarril (ya sabes, aquel gran edificio gris con las viejas águilas del Kaiser, adonde David y tú os llevasteis las cortinas cuando nosotras tratábamos de limpiarlo un poco) nos dijo que no habías sufrido ningún daño en la guerra. Mamá se desmayó al enterarse y se hartó de

llorar. Había estado calculando la pensión que cobraría por tu muerte. El NSFO la consoló diciendo que estaba seguro de que pronto te pegarían un tiro y que eso le valdría una ración extra de mantequilla y algunos cupones de pan.

Siento tener que escribirte esta carta siendo tu hermana, para decirte que eres tan inútil que nadie debería escribirte en absoluto. Si vuelves alguna vez a Hamburgo y vas en Metro a Aliona (cosa que ojalá no hagas nunca), no encontrarás nuestra casa. Nos hemos trasladado a Langenhorn, al otro lado de los cuarteles SS. Allí pasan siempre muchas cosas. Si miramos por la ventana a primeras horas de la mañana, podemos ver cómo fusilan a los traidores y a otra gente por el estilo. Cuando no hay traidores que fusilar, hacen prácticas con figuras de cartón, de manera que ya no necesitamos despertador, lo cual es una suerte porque el nuestro dejó de funcionar. Empiezan a disparar a las cinco todas las mañanas, y esa es la hora de levantarnos.

Yo sigo limpiando trenes y viajo gratis mientras hago la limpieza. Me han nombrado Ayudante de Limpieza de los Ferrocarriles del Estado, de segunda clase, y llevo un galón azul en el hombro. Me permiten comer con los cinco que trabajan ahora en el vagón de Correos.

La semana pasada estuve en Düsseldorf. Fui con un tipo de Intendencia que me dio veinte marcos por hacerlo con él. Entramos en el lavabo de primera clase. No te imaginas lo elegantes que son. Herbert Bock, mi marido y cuñado tuyo (aunque debo decirte de su parte que le repugna que seas su cuñado..., no lo olvides..., porque hay tantas manchas en tu historial que ninguna persona honrada quisiera ser de tu familia...), bueno, mi marido Herbert Bock ha conseguido un nuevo empleo, en el que lleva uniforme y dos estrellas en el cuello, y un sombrero azul marino con una escarapela, y tiene mucha gente a sus órdenes. Es el encargado de un cementerio. No tiene mucho que hacer, aunque es el único allí. Todos los que trabajaban con él han sido llamados a filas y se han ido para ayudar a ganar la guerra.

¿Te acuerdas de Egon el Cojo? Tú y David, el hijo del peletero judío, estabais siempre con él en la calle, haciendo

cosas ilegales. Consiguió un nuevo empleo en las «Cervecerías Hansa» y entonces murió. Se mareó al mirar desde arriba una tina de cerveza y cayó dentro de ella. Nunca pudo librarse de la bebida. Pero ahora dicen que la cerveza sabe mejor desde que el Cojo se ahogó en ella.

Nunca en tu vida has visto tanta lluvia como la que hemos tenido en Hamburgo durante las últimas nueve semanas y tres días, ni tantos accidentes como hemos tenido. Te lo contaré. El Elba creció por encima de la línea roja, y esto fue por culpa tuya y de tus camaradas. No tenemos botes salvavidas. Os los llevasteis todos a Rusia. No es justo que os lo llevaseis todo a Rusia y nos dejaseis sin nada. Nosotros somos tan buenos alemanes como vosotros, los soldados. El Führer no para de decirnos que somos Herrenvolk. Tú verás, Jack. Yo sospecho que Alemania es el ojete del Universo, y son muchos los que lo piensan. Honradamente, Wolfgang, deberíais levantaros y demostrar que hay algo bueno en vosotros. Decidles a vuestros camaradas que pongan fin a esta estúpida guerra. Podríais hacerlo si quisierais. El pastor dijo que podríais. Tú le conoces, ese tipo que va de puerta en puerta predicando la palabra. No recuerdo cómo le llaman. Algún nombre extranjero, pero ¿qué importa esto? Stadthausbrücke 8 le detuvo; por consiguiente, no volveremos a verle ni a oír la palabra de su Biblia. Fue una estupidez por su parte convertirse en traidor. Al Führer no le gustan estas cosas.

El otro día Emma y yo encontramos uno de esos periódicos clandestinos que se supone que no hay que leer, pero lo leímos de todos modos. A fin de cuentas, somos humanas. Decía que si los soldados alemanes se pasaban al otro lado, se harían amigos de los rusos y la guerra habría terminado. Háblales de esto a tus compañeros. Pero que no te oiga nadie del Partido. Ahora el periódico clandestino ha dejado de publicarse. Los que lo escribían fueron también detenidos por Stadthausbrücke. Les rompieron las piernas antes de fusilarles. Debe doler mucho que te rompan las piernas. ¿Te acuerdas de aquella vez que me rompí el dedo meñique? Me dolió mucho, pero una pierna rota debe ser mucho peor. Tienes que vigilar tu lengua, si no quieres que te rompan las piernas y te corten la cabeza.

Yo me cuidaré muy bien de decir Heil Hitler a todo el mundo. Así no podrán dudar de mi fidelidad.

Aquí en Hamburgo siempre ocurren cosas; por consiguiente, no debemos preocuparnos de buscar la manera de pasar el tiempo. La noche pasada tuvimos cinco alarmas, y los Martens, que vivían en Aliona, recibieron una bomba en el centro de su cama. Fue una suerte para ellos, pues los de la Gestapo se presentaron una hora más tarde para detenerles. Estos se llevaron un buen disgusto al no encontrar a nadie a quien detener. Los ingleses deberían ser más cuidadosos.

Nuestra hermana Eva dice que es preferible que te maten a ser pillado vivo por la Gestapo, y nuestra hermana sabe lo que se dice. Ha prosperado, vaya que sí, y tiene un empleo consistente en quitar el polvo de las mesas de Stadthausbrücke 8, donde ve cosas que no podrías imaginarte. El otro día vio cómo interrogaban a un tipo, así es como lo llaman. Primero le rompieron todos los dedos de las manos y después le arrancaron las uñas de los pies. Luego le azotaron con un alambre de acero e hicieron pasar por su cuerpo una corriente eléctrica que él mismo tenía que pagar. Eva dice que lo ponen todo en la factura, por lo que debe resultar muy caro que te detengan. Después, aquel imbécil se cayó de una ventana del cuarto piso. Debió caer de cabeza, porque se le deformó y quedó casi aplastada. También cargaron a su cuenta la ventana rota.

Nuestra hermana Trudy, ya sabes, la que nació en la lechería, ha tenido un pequeño, pero no puede recordar quién es el padre.

Nunca ha dicho si es niño o niña, por lo que no puedo decirte si eres tío o tía.

Los Baumüller, de Aliona, tuvieron una boda. Nosotros fuimos y no nos serenamos hasta después de Pascua. El que se casaba era su huésped Hans el Largo, pero la Gestapo fue a por él y dicen que ahora está muerto. Su nombre estaba en los carteles rojos que pegan en toda la ciudad cuando a alguien le cortan la cabeza en Fuhlsbüttel. Fue la fiesta más divertida a la que asistí en mi vida. Hans el Largo no llegó a casarse, pero tuvo una Polterabend deliciosa. Todavía hoy se sentiría feliz, si,

entretanto, no le hubiesen cortado la cabeza. Todos fuimos en bicicleta al «Louise» de la Reeperbahn. Las chicas íbamos sentadas sobre las barras, porque no había bicicletas para todos. Hubo dos que fueron atropellados por un tranvía, y murieron. Hubo otro que se cayó con la bicicleta por la escalera de un sótano: también resultó muerto. La bicicleta quedó destrozada, pero afortunadamente para él, la había robado. Uno se metió por la puerta del ascensor del túnel del Elba. En realidad, no iba con nosotros sino que se había colado. Pero tuvo suerte. Iba tan de prisa que entró directamente en el ascensor del Elba. Su bicicleta no llevaba frenos. Si se hubiese parado, un tranvía N° 1 que bajaba a toda velocidad la cuesta de Fischmarkt le habría matado en el acto.

Llegamos al «Louise» a eso de las siete. Sé la hora porque mi acompañante llevaba un reloj de pulsera y dijo que eran las siete, y era un reloj muy bueno que antes había sido de un judío.

Las damas bebimos champán y licor de cereza. Yo bebí toda una botella y me sentí tan dichosa que me olvidé de Wolfgang y de todas mis demás preocupaciones. Los caballeros bebieron Bummelunder^[31] y cerveza desde que entraron por la puerta hasta que llegaron los polizontes de la Comisaría de David.

Jensen, de Hansa Platz 7, riñó con el novio. Sacaron las navajas y el novio cortó la nariz de Jensen. ¡Cómo sangró! Pero estábamos demasiado alegres para que eso nos importase. Entonces Jensen arrancó los cabellos del novio y todavía sangró más.

Después bailamos un poco y tomamos un poco más de champán y de licor de cereza. Entonces volvieron a salir las navajas. A Emmy, la del ojo de cristal, le cortaron las orejas. No quedó nada bien. El novio se volvió loco después de beber toda una botella de Bummelunder con cerveza. Perdió completamente la chaveta y empezó a hacer girar un largo cuchillo sobre la cabeza. Es una especie de extranjero venido de Austria. Perdóname, pero si me encontrase con el Führer, le pediría que mantuviese a todos esos extranjeros fuera del país. Lo único que hacen es armar jaleo. Pero probablemente no nos

encontraremos nunca. Las personas que llegan a la cima no se acuerdan del lugar de donde vinieron.

Entonces llegaron corriendo los brutos de David. Llevaban cascos sujetos con correas debajo de la barbilla, para que no pudiésemos quitárselos. ¡Menudo follón se armó! No quedó ninguna ventana entera en «Louise», porque muchos polizontes e invitados salieron por ellas, y todas las sillas se rompieron porque la gente se sentó en ellas con demasiada fuerza. Entonces empezaron a lanzar las mesas contra los guripas, pero llegó la brigada volante y puso fin a la fiesta. La cocina estaba destrozada y no había una sola olla o cacerola sin una melladura. Por consiguiente, nos detuvieron y nos llevaron a David, y allí empezamos a cantar tan fuerte que se nos podía oír desde Landungsbrücke, y mucha gente llegó corriendo para ver lo que pasaba.

El inspector detective Nass nos llenó de insultos y a punto estuvo de volverse loco. Fuera, toda la Reeperbahn cantaba, y dentro, todos los invitados a la boda cantábamos también, pero nadie cantaba la misma canción. Si no cerráis el pico acabaré con todos, gritó el inspector detective Nass. Después nos encerraron en grupos y nos interrogaron.

Se ha quedado usted sin nariz, dijo el señor Nass al señor Jensen. El hombre que se la cortó debe ser castigado. Ya he cuidado de esto, inspector, dijo el señor Jensen. Fue el novio austríaco, pero todo está arreglado. Tengo su pijo en el bolsillo.

Bueno, más tarde todos los de la fiesta nos encontramos en la cárcel. No estuvo tan mal. Todavía tienen celdas individuales, pero nadie está solo en ellas. Las cárceles están tan llenas que apenas hay sitio para los guardianes. Nos dieron café ersatz con leche en polvo, y pan del Ejército. Dos rebanadas por barba con una cucharada de confitura de nabo. Allí pasan cosas inauditas. Bueno, nos echaron a la calle, pero no a todos. No sé dónde fueron a parar los que se quedaron, pero nadie ha vuelto a oír hablar de ellos. Todos los de casa te envían saludos, y mamá dice que tienes que hacer alguna hazaña por el Führer y por la Patria. Si te dan una medalla importante, la pensión será mayor cuando te maten. Es lo

menos que puedes hacer por mamá, y no te olvides de que no formas parte de la familia de mi marido.

Adiós por ahora.

Tu hermana,

Emilia Louise Bock, Creutzfeldt de soltera.

Ayudante de Limpieza de los Ferrocarriles del Estado

Hamburgo/Altona.

—Ese cuñado mío que está casado con mi hermana Emilia y no quiere saber nada de mí puede esperar a que yo vuelva a casa —gruñe furiosamente *Hermanito*—. Haré bien en contar sus huesos, ¡para saber después los que le faltan!

Apenas hace un breve rato que estamos durmiendo cuando llega corriendo el ordenanza de la compañía, para decirle a *el Viejo* que tiene que presentarse inmediatamente al jefe del regimiento.

—Una misión celestial —ríe maliciosamente—. Esta vez se os va a caer el pelo. La orden viene de arriba, y está marcada como TOP SECRET por arriba y por abajo.

—¿De qué diablos se tratará ahora? —gruñe malhumorado *el Viejo*, poniéndose el abrigo de invierno, que le llega a los tobillos, y cargando la metralleta sobre el hombro.

—Está claro como el barro —sonríe Porta, rascándose el pecho con ambas manos, porque es el sitio donde los piojos suelen celebrar sus reuniones—. Es Sally, el del Ministerio de la Guerra, que está apretando todos los botones necesarios para lanzarnos a nuestra misión privada de buscadores de oro. ¡Poneos ropa de lana, muchachos! Vamos a pasar mucho frío, un frío infernal, antes de volver a casa con nuestro oro.

—Se levanta el telón para el acto primero —dice *el Viejo*, cuando vuelve—. La orden oficial dice que debemos causar disturbios y crear el pánico detrás de las líneas enemigas, y que cuando regresemos, tenemos que traer con nosotros a un tal general Skulowsky, sea quien sea.

—¡Crear el pánico! Eso podemos hacerlo muy bien —dice Porta, con una risa seca—. Pero ¿quién diablos es el general Stinkanovitch? En todo caso, podemos preguntarlo. ¡Tal vez mi amiga lo conozca!

—Y no lo olvidéis —sigue diciendo *el Viejo*—. Todo este asunto es TOP SECRET. No debe haber ninguna filtración, ¡nos va en ello el cuello y la cabeza! Ni siquiera tenemos que hablar de esto entre nosotros. El *Ministro de*

la Guerra Sally debe de haber gastado toda la tinta del Ministerio poniendo TOP SECRET en todas partes. El nombre del mariscal de campo Keitel figura al pie de la orden, aunque él no lo sabe, y el plan ha sido trazado por el mariscal de campo Walter Model, aunque tampoco sabe nada de ello.

—¡Cojones!^[32] Nos fusilarán tres veces si llegan a enterarse —suspira nerviosamente *Barcelona*—. Pero dicen que cuanto más dura tiene uno la cara, mejor le van las cosas.

—Si esto sale como pretendemos, voy a comprar una medalla enorme para Sally —vocifera *Hermanito*, golpeándose los muslos con entusiasmo.

Durante la noche, nos proporcionan uniformes rusos y tanques pintados con la estrella roja y caracteres cirílicos.

—Si Iván Stinkanovitch nos echa la zarpa, poco tiempo nos quedará de vida —dice lúgubremente *Barcelona*.

Cuando cargamos los tanques sobre las correderas, nieva copiosamente y la visibilidad es sólo de un par de metros. Los caballos tirarán de ellos al cruzar las líneas rusas, para evitar el chirrido de las orugas y el ruido de los motores.

Varios PM gruñones impiden que alguien se acerque al transporte secreto.

—¡Qué despedida más triste! —suspira Porta, observando cómo un par de PM se llevan a rastras a un paisano demasiado curioso.

Sólo cuando hemos avanzado un buen trecho a lo largo de la otra orilla del río quitamos los distintivos alemanes y aparecen los rusos. En la torreta del «Panther» puede leerse en grandes caracteres cirílicos: MUERTE A LOS FASCISTAS.

—¡Job Tvojemadj! —gruñe *Hermanito*, sacando el pecho como un segundo Iván *el Terrible*.

—Oídme bien. ¡Nada de puños al estilo comunista! —advierde *el Viejo*—. Aquí saludan igual que nosotros. Y el Ejército Rojo es muy susceptible en estas cosas. ¡Sólo los paisanos cierran el puño y gritan Frente Rojo!

Wir waren einfach, weil das Volk einfach ist.
Wir dachten primitiv, weil das Volk primitiv
denkt. Wir waren aggressiv, weil das Volk radikal ist^[33]

JOSEPH GOEBBELS

Abrió la recámara, introdujo una nueva cinta de cartuchos y cerró de nuevo la cubierta.

—¡Maldita sea! —dijo—. ¿Los oyes?

—Tanques —respondió su N° 2—. ¿Tienes un poco de pan? Tengo un hambre atroz. No he comido nada desde hace dos días. ¡Maldita y podrida guerra!

—Esta mañana me he comido el último pedazo —respondió el de la ametralladora—, ¡y lo había encontrado en un cadáver!

—No valemos ni un pedazo de pan —gruñe el N° 2—. Nos persiguen como si fuésemos ratas. ¡Y nos dicen que hay que resistir! ¿Para qué? ¡Para que ellos puedan salvar sus puercas vidas!

—Todo es una mierda —dijo el de la ametralladora, contemplando las hileras de ruinas—. Ahora ni siquiera nos dan comida. Tenemos que robarla donde la encontremos. ¡Y es raro que esta mañana nos hayan dado además municiones!

—Siempre pasa lo mismo —respondió el N° 2, levantándose el cuello de la guerrera hasta las orejas—. Pueden darnos municiones, pero comida... ¡Ni hablar!

—¿Qué te parece si abandonamos de una vez? ¡Ahora! ¡Cambiemos de domicilio! Iván no puede ser tan malo como dicen. Y en todo caso, ¡no podemos estar peor de lo que estamos aquí!

Los dos se pusieron en pie, arrojaron su ametralladora a un riachuelo y avanzaron despacio y encorvados, a través del campo de rastros.

Tableteó una ametralladora, a ráfagas breves.

El N° 2 cayó el primero. El ametrallador fue lanzado sobre un vehículo destrozado. Una bandada de cuervos se elevó de las ruinas, graznando

roncamente.

ENCUENTRO CON EL COMISARIO

El viento aúlla lúgubrementemente entre las ruinas de lo que era, no hace mucho tiempo, un nuevo *koljós*^[34]. Ahora es un feo montón de paredes derrumbadas y de vigas grotescamente retorcidas. Los cuerpos congelados y medio quemados de las reses yacen desparramados sobre el suelo. La guerra, con toda su ferocidad salvaje, ha pasado sobre el *koljós* y lo ha barrido de un soplo satánico.

Tres «T-34» cubiertos de hollín están en el huerto arrasado; penden carámbanos de ellos. Sus dotaciones se asoman a las escotillas ennegrecidas.

El Viejo es el primero en apearse del vehículo de transporte de la sección. Mira prudentemente a su alrededor. Es peligroso creerse seguro. La muerte acecha en todas partes.

—Lleva el carro debajo de los árboles —ordena a Porta, que ha asomado la pecosa y astuta cara a la ventanilla, oliendo el aire.

—¡Jesús, qué frío! —dice, castañeteándole los dientes. Sopla sobre una mano para echarse a la cara el cálido aliento—. ¡Esto está más frío que el culo de un oso polar!

La nieve cruje bajo las botas de *el Viejo*, al ascender este balanceándose por el camino helado. Se sube el cuello hasta las orejas y se vuelve de espaldas al crudo viento, que tira del rígido material de su chaqueta de camuflaje. Lleva un par de granadas de mano sujetas por el palo al borde de sus botas, pero esto no puede despertar sospechas. A los rusos del frente les gusta apoderarse de esas granadas alemanas. Se lanzan mejor, aunque la falta de seguro hace que sean más peligrosas. Una vez se ha tirado de la cuerda, no se puede volver atrás. Sólo se dispone de siete segundos, se quiera o no, antes de que estallen.

El Viejo se detiene en el borde de un risco y tira con irritación del ancho cinturón con la funda de la larga «Nagan», para ponerlo en su sitio.

—¡Oh, qué *frío* tan endiablado! —chilla Porta, golpeándose las amoratadas manos—. Me alegro de no ser ruso y no tener que vivir aquí toda mi vida.

—Sacad el mapa —ordena *el Viejo*—. Este tiene que ser el lugar de la cita. Esas ruinas tienen que ser el *koljós*, aunque poco blanco queda ya en él.

—Pero ¿quién diablos *hizo eso*? —pregunta extrañado Porta—. La guerra no ha llegado todavía a estos andurriales. ¡El enemigo está muy lejos! Somos los primeros alemanes que llegamos aquí, y no somos el verdadero enemigo. ¡Sólo venimos a recoger algo que legalmente nos pertenece!

—Bombas volantes, supongo —dice *el Viejo*. Se lleva los pesados gemelos a los ojos. Contempla en silencio la larga y serpenteante carretera de montaña, que desaparece en la niebla y la nieve arremolinada allá en lo alto, entre los árboles azotados por el viento.

—¿Quieres que pongamos a cubierto el carro del té? —grita *Hermanito*.

Su voz resuena en las ruinas y las montañas devuelven su eco amplificado.

—¡Cállate! —ordena nerviosamente *el Viejo*—. ¡Pueden oírte desde Moscú!

—Sí, pero escucha —grita *Hermanito*, todavía más fuerte—. Si dejamos que esa caja de pedos eche raíces aquí, ¿crees que Iván Stinkanovitch creará que somos de los suyos?

—Dejadla ahí —gruñe, irritado, *el Viejo*—. Pero esconded todo lo demás y camufladlo. ¡*Completamente*!

Heide se contonea dándose importancia, con su uniforme de teniente ruso, pero a pesar del uniforme, nadie podría dudar de que es alemán... Es demasiado correcto. Ningún ruso en su sano juicio pensaría en andar por ahí como él lo hace. Incluso ha recortado los largos pelos de su gorro de piel, para que la gran estrella roja con ribetes dorados pueda causar mayor efecto.

—¿Has visto a Iván? —pregunta Porta, quitándose la nieve de los ojos.

—¡Cállate, por el amor de Dios! —gruñe ásperamente *el Viejo*, limpiando las lentes de los gemelos de artillería antes de aplicarlos de nuevo a sus ojos—. Allá arriba hay un camión de tres ejes, con un 76 en la parte de atrás. Eso está un poco fuera de lugar. ¡Parece una trampa!

—No se tomarían tanto trabajo —dice Porta, con indiferencia—. ¿Quién querría atrapar a unos desgraciados como nosotros?

—Con Iván, nunca se sabe —murmura pensativamente *el Viejo*, y sigue mirando atentamente a través de los gemelos—. Esos diablos no piensan como nosotros. ¡Son una pandilla de imprevisibles cabrones!

—¡Dame eso! —dice Porta, arrancándole los gemelos de la mano—. ¿Qué diablos te pasa? ¿Es que vas a asustarte por un viejo camión «Ford»?

—Conozco ese cañón —responde, pesimista *el Viejo*—. Puede disparar a una velocidad tremenda, y sus proyectiles pueden perforar cualquier blindaje.

—Llora sobre mi hombro —sugiere Porta—. Una granada explosiva de nuestro nuevo 75 mm, y ese tirachinas podrá meter el morro en el culo de Stalin y echar los casquillos sobre el delantal de su abuelita.

—¿Cuándo empezaremos a crear cierta confusión? —preguntó *Hermanito*, con impaciencia, arrojando un pedazo de hielo sobre el borde del risco.

—¿Qué crees que *estamos* haciendo? —replica Porta—. Gritas lo bastante fuerte como para darles dolor de oídos a los del Kremlin. Y no hables más en alemán en el patio del vecino, ¿quieres? ¡Es peligroso!

—¡Vete a la mierda! Todo el mundo habla lo que aprendió al nacer. ¡Yo no sé hablar extranjero!

—Nos habéis enzarzado de nuevo en una búsqueda inútil —dice Heide, en tono malicioso y triunfal—. ¿Qué os había dicho yo?

—Yo puedo decirle que el juego continúa —dice Porta, llevándose de nuevo los gemelos a los ojos—. Esta vez, ¡la cosa es segura! Y el premio es tan gordo que bien vale la pena arriesgarse un poco.

—La última vez terminamos como de costumbre, con las manos vacías y un palmo de narices —dice, malhumorado, Heide.

—¿Tuve yo la culpa? —protesta agriamente Porta—. Tuvimos un poco de mala suerte. ¡Mi plan era genial!

—El plan estaba muy bien —confiesa Heide—, pero lo único que conseguimos fueron disgustos. Sólo faltó que nos matasen a todos pero ahora el riesgo es mucho mayor.

—¡Sin combate, no hay victoria! —dice Porta, sacudiendo los gemelos en el aire.

—Si sale mal esta vez, nunca volveré a hacer caso de tus planes —gruñe Heide.

—Mira lo que te digo. ¡Todo hombre sensato debe aspirar a dar el gran golpe! —le explica Porta.

—Pero siempre hay algo que va mal en tus planes —silba Heide, con irritación.

—Me estás cansando —dice Porta, mirándole con malicia—. Si quieres pasar el resto de tu vida en Rusia, en compañía de una metralleta, lo único que tienes que hacer es retirarte de esta fiesta.

—Por todos los diablos, ¡cerrad el pico de una vez! —les riñe severamente *el Viejo*—. ¡No hay quien pueda pensar, con todo este estúpido

parloteo!

—Pongámonos a cubierto, *amigos*^[35] —dice *Barcelona*, temblando bajo el viento helado, que baja aullando de la cima de las montañas, azotando nuestras caras con cristales de hielo afilados como navajas de afeitar.

El frío penetra incluso dentro de las botas de fieltro, haciendo que nos duelan los dedos de los pies.

El fuerte viento está adquiriendo velocidades de tormenta. Una tempestad de invierno ruso, mortalmente peligrosa, puede estar en camino.

—Tendremos que hacer máscaras para la nieve —decide *el Viejo*—. Hacedlas con material de camuflaje. La tela corriente se empapa, y aún es peor. *Barcelona*, ¡cuida de montar la guardia!

—¿Por qué hemos de ser siempre nosotros? —protesta *Barcelona*, pataleando sobre la nieve por mor de la circulación.

—Porque yo lo digo —responde bruscamente *el Viejo*.

—¡Mierda! —ladra furioso *Barcelona*—. Si no hubiese pasado por una verdadera escuela prusiana de suboficiales, donde te enseñan a comer calcetines viejos y a decir que te gustan, nunca me sometería a esto, ¡palabra!

—¡Esto es un asco! —gruñe Albert, que está amontonando grandes bloques de nieve helada unos encima de otros—. ¿Por qué no nos metemos dentro de los carros y dejamos que los motores nos calienten, en vez de agotarnos en el suelo construyendo iglús?

—Debiste dañarte la negra cabeza cuando te caíste del árbol —se burla Porta—. Hay que gastar carburante para que funcionen los motores, y si Iván nos diese esquinazo, no tendríamos bastante para volver a casa.

—Ponedlos en marcha cada quince minutos —ordena *el Viejo*—. ¡Que el diablo ayude al conductor cuyo motor se hiele! ¡Estamos a cuarenta y cuatro bajo cero!

Los motores de arranque están ya muertos. Sólo lanzan un zumbido largo, ronco y quejumbroso. Ni siquiera con las grandes manivelas podemos hacerlos funcionar. Todo el mundo va en busca de ramas y hojarasca para encender fuego debajo de los vehículos. La helada ha convertido el aceite en una masa espesa y pegajosa. No hace falta que *el Viejo* nos acucie. La idea del regreso es en sí misma suficiente para que nos demos prisa.

—¡Cerdos perezosos! —nos increpa—. ¿Cuántas veces he de deciros que hay que poner en marcha los motores al menos cada treinta minutos? ¿O es que tengo que cuidarme yo de todo? ¿Qué diablos vamos a hacer si tenemos que salir pitando?

—Agarrarnos a los tubos de escape y deslizamos sobre los sangrantes codos —ríe ruidosamente *Hermanito*—. ¡Jamás vi una carretera tan resbaladiza como esta!

Albert cae de bruces y dos grandes bloques de hielo ceden debajo de él. Sólo un arbusto raquíutico impide que salte sobre el borde del cantil. Se pone furiosamente en pie y da una patada a un enemigo invisible. Pero sus pies resbalan y se cae de nuevo.

—No contéis demasiado conmigo —se lamenta, y se mete en el «T-34» para intentar el arranque otra vez. Para su gran satisfacción, el potente motor «Otto» ruge y alcanza inmediatamente el máximo de revoluciones—. Cuando uno entiende de motores —se jacta, mirando triunfalmente a Porta, que sigue teniendo dificultades con el «Maybach» del «Panther».

—*Mierda* alemana —silba—. Muy bonita a la vista, pero no sirve para nada.

Da una furiosa patada al tablero de instrumentos. Al cabo de un largo rato, el motor empieza al fin a zumbar.

—¿Qué hay de los centinelas? —pregunta *el Viejo* cuando nos apretujamos dentro del iglú.

—¡Todo en orden! —declara *Barcelona*, introduciéndose entre *el Legionario* y Albert.

—Es curioso, pero ahora se me ha ocurrido pensar en cierto general de División, Rottweiler —dice Porta, sacando un cigarrillo «Juno» de su paquete verde—. No hay que confundirlo con el famoso Herr Rottweiler de Hannover, que dio lugar al perro policía «Rottweiler». El general no era pariente del Rottweiler de los perros Ni siquiera se conocían, y el general no podía soportar a los perros policías «Rottweiler», porque uno de esos negros animales le había mordido una vez. Todo empezó con una bicicleta, una de esas famosas bicis «Opel», de Bielefeld, que sólo usan las clases más distinguidas. Un día, esta bici «Opel» estaba apoyada en la pared de la casa del general; no hacía nada en absoluto, y no se había dado cuenta de un gran letrero que decía:

TERMINANTEMENTE PROHIBIDO DEJAR BICICLETAS AQUÍ

»Bueno, cuando volvió el general de un consejo de guerra que había celebrado y en el que había condenado a muerte a un desertor y vio esta bicicleta, se enfadó tanto que sufrió un ataque de hipo. Sujetó más fuerte el

monóculo para asegurarse de que era realmente una bicicleta civil la que estaba aparcada contra su pared de general, y cuando comprobó que su ojo militar no le había engañado, emitió una serie de ruidos extraños y su cara cambió de color. Entonces tomó una rápida decisión estratégica, atacó a la bicicleta y arrojó aquella porquería civil al parque que está al otro lado de la calle. Pero la bici volvió. La había devuelto un inspector de parques y jardines. Podía verse su gorra de uniforme por encima del muro de cerca.

»«¿Qué diablos significa esto?», rugió el general, y dio un rapapolvo de padre y muy señor mío al inspector.

»Sudando y maldiciendo, levantó la bicicleta, la colocó en posición reglamentaria y le dio un fuerte empujón que la envió rodando cuesta abajo en dirección al cruce de Soester. Allí chocó con una bici roja de Correos, que transportaba al cartero reservista Grünstein, de modo que ambos estaban de servicio. Aquel día, Grünstein no llevaba cartas corrientes, sino correspondencia secreta, sellada y certificada, procedente de una oficina de la Gestapo y destinada a otra. Herr Grünstein cayó de espaldas, y una traidora ráfaga de viento se llevó todas las cartas y las desparramó por el lugar. Pero aún fue peor lo que ocurrió después. Un perro policía «Rottweiler», negro y pardo, salió del parque con la boca abierta en el momento en que el general entraba por la verja de su jardín, adornada con águilas.

»«Guau, guau», ladró el perro, y cerró las bien provistas fauces sobre el gordo trasero del general.

»El general lanzó un grito estridente, no muy acorde con todas las medallas al valor que adornaban su ancho pecho. Soltó la puerta de la verja y se puso a salvo en el jardín, con mayor rapidez de lo que habría hecho cualquier recluta. La puerta de hierro forjado se cerró a su espalda con un estruendo que casi les cuesta el pico a las águilas prusianas.

»Después miró cautelosamente hacia la calle para ver quién se había llevado la mitad del fondillo de sus pantalones, pero allí no se veía a nadie. Como probablemente sabéis, esos «Rottweiler» son unos diablos muy astutos, y el de marras no era un miembro atrasado de su raza. Se había deslizado disimuladamente por la puerta de atrás, para continuar su ataque desde un punto estratégico más ventajoso.

»Esta vez el combate fue más encarnizado. No sólo perdió el general el resto del fondillo de su pantalón, sino también un buen pedazo de sus posaderas. Pero todo terminó tan rápidamente como había empezado, cuando apareció el dueño del perro y le llamó con un silbido.

»«¡Perro dócil!», dijo, acariciando a aquel diablo negro.

»El general se levantó despacio, sobre sus botas de montar.

»«Esto le va a costar muy caro, señor —bufó, frotándose el herido trasero—. ¡Esa bestia salvaje tiene que *morir*!».

»«Por lo visto no sabe usted quién soy —gritó el dueño del perro—, ¡pero pronto lo sabrá! ¿Va usted a partir en seguida para el frente, general?».

»Entonces el general empezó a vociferar y a chillar, y preguntó qué le importaba a un paisano lo que hiciesen los generales del Ejército alemán.

»«Aunque, ¡quién sabe! Podría ser un espía enemigo —dijo, en tono amenazador. Regimientos enteros de pelotones de ejecución se reflejaron en sus ojos, y sus labios se torcieron en una sonrisa—. Puedo decirle, señor, que preguntas de esta clase suelen delatar al sistema de espionaje enemigo. Veamos un ejemplo. Si yo cometiese la imprudencia de decirle que el martes parto para el frente, el enemigo sabría inmediatamente que la 191ª División Jäger se dispone a entrar en combate. Otro par de preguntas inocentes, y el Estado Mayor enemigo sabría exactamente el destino de aquella División. — El general apuntó al dueño del perro con un dedo acusador—. Y gracias a sus actividades regulares, Herr Topo, el enemigo lo sabría ya todo acerca de la 191ª. Que los hombres son de Sibengebirge, distrito que proporciona soldados aptos, fieles y cumplidores del deber, soldados natos de Infantería que, en caso necesario, podían ser llamados a filas a los quince o dieciséis años de edad. No son muy inteligentes, pero por esta misma razón son unos infantes sumamente valiosos. Seguro que pocos de ellos seguirán vivos después de una guerra, pero esto demuestra que aquella parte del país produce buenos soldados. Cuando el Estado Mayor Central enemigo obtiene información de esta naturaleza, refuerza inmediatamente sus líneas, no con *una* división, sino con *tres* divisiones escogidas. Si se tratase de una división de Berlín o de una multitud de bebedores de cerveza de Munich, les bastaría con disparar sus morteros para que estos *cowboys* urbanos volviesen a toda prisa a sus tabernas».

»«Le he identificado perfectamente, señor espía —siguió diciendo—. Soy el jefe del Servicio de Contraespionaje Militar de la IV Región Militar, y he enviado a muchos como usted a los tribunales militares. Una pregunta indiscreta, y los villanos son atados a los postes de ejecución. ¡Queda *usted* detenido!».

»«¡Ha ido usted demasiado lejos, general! ¡No va a salirse con la suya! —gritó el dueño del perro—. Soy miembro del Partido, muy bien situado en él y con un número muy bajo. Estuve en Munich. —Se golpeó el pecho con los puños—. Me he sentado *dos veces* al lado del Führer en Bürgerbrau. ¿Qué

tiene que decir a *eso*? —Hizo el saludo nazi, con las puntas de los dedos exactamente a la altura del ojo derecho—. En 1923, ¡desfilé en la tercera fila detrás de Su Excelencia el general Ludendorff! ¡Poseo la Medalla de la Sangre! ¡Soy un hueso duro de roer! Por mi parte, me gustaría saber cuándo empezaron los generales a robar bicicletas. ¿Sabe usted lo que cuesta robar una bici?».

»«¡Está usted loco de remate!», rugió el general, haciendo sonar el sable y las espuelas.

»«No, el que está loco es usted», dijo el dueño del perro, con una sarcástica sonrisa.

»Entretanto, se había formado un grupo numeroso al otro lado de la verja adornada con águilas del jardín del general. Los curiosos estiraban el cuello para ver lo que pasaba, y reían divertidos.

»Naturalmente, esto molestó a los combatientes, y el general invitó al «Rottweiler» y a su dueño a entrar en la casa, para continuar la discusión sin comentarios ni interferencias de los de fuera.

»El dueño del perro no era una persona vulgar y estúpida, y podía hablar atinadamente acerca de casi todo. También traficaba en la Bolsa y sabía mucho de monedas extranjeras. Pensó que, por cortesía, debía presentarse.

»«Strange —dijo, inclinando la cabeza, haciendo chocar los tacones y levantando el brazo derecho—, comerciante de patatas al por mayor y exportador de cebada; miembro del Partido; condecorado con la Orden de la Sangre. *Heil Hitler!*».

»El general murmuró algo, pero no consideró necesario presentarse a su vez. Pensaba que cualquier imbécil que viviese en aquel agujero westfaliano del territorio de Paderborn, incluido el mayorista de patatas, tenía que saber quién era él. ¡Creía que la gente tenía el deber de conocerle!

»«Tenga la bondad de tomar asiento, Herr Strange», dijo, con fingida amabilidad, presentándole una pitillera de oro con el águila alemana grabada en ella.

»El miembro del Partido y mayorista de patatas, Strange, sacó un cigarrillo de la pitillera, pero tuvo que encenderlo él mismo.

»Esto es fácil de entender —sonríe Porta—. ¿Y si aquel patatero amante de los perros no era más que un teniente de reserva desmovilizado y enviado a casa porque tenía el carnet del Partido en regla? ¿O un *Unteroffizier*, o incluso un humilde fusilero? Un general del Ejército alemán no podía rebajarse ante él. Era mejor mostrarse olvidadizo.

»Durante un rato, reinó el silencio. Como la calma que, según dicen, precede a la tempestad. Estaban los dos sentados allí, observando las espirales de humo que surgían del cigarro del general y del cigarrillo del miembro del Partido.

»«¿No cree usted, general —empezó al fin a decir el hombre de las patatas—, que ya es hora de que nos pongamos en movimiento y *ganemos* esta guerra? No podemos quedarnos estancados. Prácticamente, ha cesado la exportación de patatas. —Miró desafiadoramente al general y después al “Rottweiler”. El perro se había tendido cómodamente sobre una piel de león delante del fuego. Era todo lo que quedaba de un pobre león reumático que el general había cazado en África, mientras vagaba de un lado a otro esperando que empezase la Segunda Guerra Mundial—. El panorama me parece negro, general, *muy* negro. De las pocas remesas de patatas que uno puede conseguir gracias a sus buenas relaciones, hay que entregar el cincuenta por ciento al Ejército, que paga precios ínfimos. Los precios son fijados por un grupo de agriados funcionarios civiles del Ministerio de Alimentación. Gente que ni siquiera sabe escribir correctamente en alemán, sino que emplea un lenguaje idiota de funcionario civil. Deberían dejarlo todo en manos del Reichsführer SS, ¡y arrojar a la basura el resto de la podrida monarquía! ¡Es para desesperarse, general! Yo he escrito al Führer, pero no he recibido respuesta. Ganamos y ganamos, ¡pero nuestras victorias no nos *llevan* a ninguna parte! La cebada ha desaparecido, y las patatas escasean cada vez más. Consigamos una grande y cruenta victoria, y acabemos de una vez, para que puedan reanudarse los negocios. Como nos obligaron a hacer las altas finanzas judías antes de la guerra. Pero observe de qué manera triunfamos hoy en día. Todo el 4º Ejército Panzer sentado en los bosques de la ribera del Oka, donde se deja machacar por los cañones bolcheviques, y regimientos, batallones y compañías son hechos pedazos y desparramados en las marismas del delta. ¿Y sabe lo que dice la gente? Dice que, se mire donde se mire, todo el cielo está en llamas. En todas las direcciones. Las ciudades y los pueblos son también arrasados, de manera que sólo quedan de ellos montones de cenizas. Pero esto no es realmente lo que me preocupa. La guerra es *así*. Dura y viril. No para la gente ñoña. ¡Así lo aprendí en mis doce meses en las escuelas de voluntarios!».

»Al decir esto, el miembro del Partido y traficante en patatas se puso en pie de un salto e hizo una cortés reverencia al general.

»«Permítame presentarme, Herr General, señor: Strange, voluntario por un año, Leonhard, 33, Regimiento de Infantería Prusiana, 6 de Brandeburgo,

¡relevado del servicio activo a causa de las patatas y de la cebada!». Se dejó caer de nuevo en el sillón de cuero, un antiguo y espantoso monstruo, de respaldo tan incómodo que sólo podía satisfacer a un masoquista. «No me quejo de los cañonazos, de que se arrasen poblaciones y se mate a la gente. La guerra se hace *para eso*. Las patatas y la cebada... —siguió diciendo, agitando en el aire un nuevo cigarrillo—, pero lo peor son esos malditos artilleros empeñados en convertir en ruinas todas las destilerías. ¿Qué les han hecho las destilerías para que vuelvan contra ellas sus dichosos cañones? —Sacó una gruesa libreta del bolsillo y la sacudió con ira—. Escuche esto, general. ¡Estoy empezando a pensar que toda esta guerra mundial se propone especialmente arruinarme! —Se humedece los dedos y vuelve las páginas—. “Estrella Roja”, en Kiev, que consumía ciento ochenta y cinco toneladas de patatas, completamente arrasada; “Oasis de la Patria”, en Minsk, doscientas toneladas de patatas y cien toneladas de cebada, convertida en cascotes. ¡Esos *untermensch* me deben al menos dos remesas! ¿Y qué pasa con el seguro? ¡Fuerza mayor! ¡Ni una salchicha como indemnización, a pesar de las elevadas primas que he pagado!».

»«¿Indemnizará mis pérdidas el poderoso Ejército alemán? Discúlpeme, general; no ha sido más que una idea de pasada. Pero ahí tenemos el “Águila de Oro”, de Cracovia, un negocio bueno y sólido, trabajando día y noche durante todo el año; su director era un tipo simpatiquísimo. Su esposa se llamaba Wilna; siempre estaba en algún balneario. Nervios, general. Es fácil que queden destrozados, me refiero a los nervios, cuando se vive en la Unión Soviética, donde el Estado puede decidir de qué color tiene que ser el papel del dormitorio de uno, y puede meter los dedos codiciosos en los bolsillos de uno cuando le viene en gana. ¡Algo casi tan malo como lo que pasa aquí! —Herr Strange se tapa la boca con la mano, al darse cuenta de lo que acaba de decir. Se levanta de un salto del sillón masoquista y confuso, levanta el brazo derecho y grita—: *Heil Hitler!*».

»El general esbozó una sonrisa forzada y miró de reojo al «Rottweiler» tumbado sobre la piel de león. Parecía divertido por la desleal observación de su amo. Mostraba todos los dientes.

»«Anteayer me enteré, con gran pesar, de que ocho destilerías habían sido incendiadas y arrasadas. Francamente, general, si la cosa sigue así, *todos* iremos a la quiebra y yo quedaré totalmente arruinado. ¿Quién diablos va a comprar patatas y cebada si no queda una destilería en pie?».

»«¿No exagera usted un poco, al considerar el lado negro de las cosas? —preguntó el general, y propuso que tomaran una copa de algo—. Precisamente

ahora, nuestra posición es muy buena. Las divisiones alemanas avanzan victoriosamente por las estepas rusas. Confieso que, de vez en cuando, una destilería vuela por los aires, pero todos tenemos que sacrificar algo para alcanzar la victoria final».

»«Ojalá sea pronto y, sobre todo, ¡antes de que esos imbéciles rojos destruyan la última destilería!», suspira tristemente el comerciante de patatas.

»Entonces el general, con un ademán autoritario, invitó a su visitante a que se acercase al mapa que pendía de la pared junto a la chimenea.

»«Mire esto, *Herr Strange*. Aquí tenemos el Dniéper y un poco más atrás el Volga, que es la línea vital de Rusia. Sólo tenemos que pasar a la otra orilla y avanzar un corto trecho, y nuestra expedición de castigo hacia el Este habrá terminado. Y aquí tenemos África. Como puede usted ver, ¡no estamos muy lejos de El Cairo!».

»«¿Cuántos kilómetros?», preguntó Strange, yendo a lo práctico. Cogió una cerilla, que representaba aproximadamente cien kilómetros a la escala del mapa.

»«Esto no tiene importancia —gritó el general, arrancando furiosamente la cerilla de la mano de su visitante—. Como le he dicho, no está lejos, y ahora, en este mismo instante, el mariscal de campo Rommel se dispone a dar un golpe decisivo a través de las débiles líneas británicas. La bandera de guerra alemana ondeará muy pronto en los alminares de El Cairo. Lo demás sólo será cuestión de operaciones locales de limpieza. Los egipcios y los árabes han simpatizado siempre con los alemanes. Posiblemente, sólo tendrán que transcurrir algunas horas antes de que se vuelvan abiertamente contra el régimen de terror británico y se pongan bajo la protección de nuestro justo liderazgo alemán. En toda África se oye el grito de *Heim ins Reich!*^[36]. —Mueve el puntero desde El Cairo hasta las cadenas montañosas del Cáucaso y describe una graciosa curva alrededor de toda Georgia—. Aquí la máquina de guerra alemana rueda hacia delante, aplastando todo lo que se cruza en su camino. —El puntero salta hasta Birmania—. Y aquí el Ejército Imperial japonés está destrozando las fuerzas británicas y americanas. Está próximo el día en que las fuerzas victoriosas alemanas y japonesas se estrecharán las manos sobre la frontera del norte de la India. Un golpe maestro de estrategia. ¿Qué dice a esto, Herr Strange? ¿Puede ver ahora la Victoria Final?».

»El comerciante de patatas carraspeó, se pasó una mano por la cara y resiguió con la mirada el gran mapa de guerra. Pero no podía dejar de recordar todas las destilerías destruidas.

»«Sí, todo esto parece muy bonito, general —confesó—. ¡Avanzamos mucho! —Pareció reflexionar un poco, calculando la distancia entre Birmania y el Cáucaso—. Pero también nos retiramos en muchos lugares. —Observó débilmente. Alargó un dedo rígido y cauteloso, y tocó el mapa. Después hizo oscilar el dedo sobre el extremo occidental de Georgia—. Desgraciadamente, la carretera militar georgiana ya no está en nuestras manos —dijo, hablando como si él mismo hubiese sacado la carretera de debajo de los pies del Ejército alemán. Se estaba acercando a la alta traición—. ¿Y qué me dice de Moscú, general? Creo que ni los mejores ojos alemanes podrían ver gran cosa de Moscú desde el lugar donde se encuentran nuestros muchachos».

»«¿Y *usted* ha sido voluntario? —rugió el general, enrojecido el semblante y mirando con ceño militar al “Rottweiler” tumbado sobre la piel de león—. Recientemente hemos sufrido algunos contratiempos en sectores del frente que carecen de importancia. Pero lo que usted llama retirada, mi buen hombre, no es más que una reagrupación de fuerzas y una igualación del frente. Una operación táctica necesaria que demuestra la fría tenacidad de nuestro Jefe Supremo. En este mismo momento, nuestros tanques avanzan a toda velocidad por las carreteras rusas. Resuenan las ametralladoras y ruge la artillería alemana. Llueven granadas sobre las cabezas de los *untermensch*, que ahora empiezan a darse cuenta de quién es el que toma las decisiones. ¡Un buen jefe militar puede hacer grandes cosas con el soldado alemán! —Golpeó el mapa con el puntero—. En estos bosques hemos acumulado un ejército con una fuerza de choque que ni Dios ni el diablo han visto jamás. En cuanto empiece a rodar, nada le detendrá hasta que se encuentre al este de Moscú. ¡Mire, hombre! Hemos ido de victoria en victoria. Hemos aplastado a los yugoslavos y a los griegos, y los hemos arrojado al cubo de la basura. El gallo francés se ha quedado sin plumas y cacareando, ¡después de ser vencido en sólo cuarenta días! Holanda, Bélgica, Dinamarca y Noruega han sido aplastadas y arrojadas al estercolero. Sólo pueden hacer lo que nosotros les mandamos. Y aquí están Finlandia, Rumania, Bulgaria y la invencible Hungría, nuestros bravos aliados europeos. Si quisiéramos, podríamos cargar sobre ellas todo el peso de la guerra en el Este».

»«El general se olvida de Italia», dijo el traficante de patatas.

»«¡Sí! ¡Debemos tener en cuenta a Italia!», reconoció el general, resiguiendo varias veces con el puntero la bota italiana. En realidad, no podía soportar a los italianos, ni sus *spaghetti*.

»«¿Podemos confiar *realmente* en los búlgaros y en los rumanos? —preguntó Strange, pensando en todo el dinero que aquellos le debían—. He

oído decir que desertan y se pasan al enemigo en batallones enteros y que se niegan a hablar en alemán. ¿Es cierto?».

»«¡Basta! —rugió el general—. ¡No toleraré que en mi casa se hable de alta traición! ¡Compréndalo bien, señor..., señor *voluntario*!».

»Entonces las cosas empezaron a precipitarse con una rapidez que nadie habría podido prever —siguió diciendo Porta, sonriendo satisfecho—. Todas las acusaciones que podían pensar aquellos hombres, desde hurto de bicicletas hasta alta traición, resonaron en la estancia, acompañadas de los ladridos que, a modo de comentario, lanzaba de vez en cuando el «Rottweiler».

»«Por lo que a mí respecta, puede irse al cuerno su guerra mundial —gritó *Patatero*, congestionado el semblante—. Me importa un bledo quién gane. Lo único que quiero es que la puerca Artillería y los bombarderos locos dejen algunas destilerías en pie, ¡para que pueda volver a vender patatas y cebada cuando acabe todo esto!».

»«¡Desde el principio vi de qué pie cojeaba! —chilló el general, poniendo los brazos en jarras—. ¿Lo entiende? Usted..., ¡usted sólo adora la botella!».

»Desgraciadamente, lanzó este desaforado ataque contra un miembro del Partido precisamente delante del melancólico retrato del Führer.

»El vendedor de patatas se desprendió de las garras del general y aprovechó la oportunidad para saludar brazo en alto la fotografía del Führer.

»«¡Se lo advierto, general! —aulló, ofendido—. ¡Yo no soy un bobo uniformado que baila al son que le tocan, con un sable de hojalata en el costado! ¡He sido condecorado con la Orden de la Sangre! Soy miembro del Partido, tengo licencia de arma..., ¡y no me da miedo utilizarla!».

»«¿Qué me importa a mí eso? —gritó el general, que ya había olvidado todo lo que había aprendido en la Academia de Oficiales de Potsdam y había vuelto a la plaza de armas—. Me cago en la Orden de la Sangre, créame, ¡quemador de aguardiente! Y en lo que respecta a su partido, ¡poco quedará de él cuando termine la guerra! ¡Ja! —ladró, agitando su puntero en el aire—. ¿Creen usted y su Führer que *nosotros* —y señaló con el dedo su propio pecho—, el Ejército prusiano, que nació bajo el mando de Federico *el Grande*, vamos a llevar por mal camino a su partido de séptima clase? ¡Un partido que sólo puede pensar en términos de cruces gamadas giratorias! ¿Cree que los alemanes podemos dejarnos embaucar por ideologías extranjeras?».

»El comerciante en patatas no podía dar crédito a sus oídos. A punto estuvo de dar de cabeza contra la pared para aclarar sus pensamientos. ¡Una idea *extranjera*! ¡Cagarse en el Partido! ¡Aquel imbécil uniformado debía de

haber pillado una insolación en su *pickelhauber*! ¡Cruces gamadas giratorias! ¡Qué ideas tan interesantes tenían esos generales! Pero aquel imbécil de galones rojos estaba completamente equivocado. Había pasado el tiempo de las cortesías alrededor de un Kaiser medio inválido. Un Kaiser cuya única labor positiva en la vida había sido perder una guerra mundial. ¡Tenían que aprender lo que significaba la nueva era! Abrió varias veces la boca para decir algo. Su cerebro estaba rebosante de respuestas adecuadas. Pero el general no le dio tiempo de hablar.

»«Mire esto —rugió, con educada voz de mando. Señaló un cuadro grande y oscuro que representaba la Justicia alemana. Un roble gigantesco, adornado como un árbol de Navidad de familia rica. De cada rama pendía un malhechor con una buena cuerda alemana alrededor del cuello. Era una composición muy bien equilibrada. Mujeres, niños, jóvenes y viejos, incluso un perro flaco, aparecían colgados juntos—. Mire, vendedor de patatas, ¡mire! —rugió—. Así terminan todos los canallas alemanes, los de mala raza, los *schweinhund*, las ratas portadoras de la peste, que se atreven a ofender a la Patria de palabra o de obra. Tome nota de esto, quemador de aguardiente. Nosotros, los prusianos, tratamos con mano dura a los villanos que se imaginan que pueden hacer lo que les da la gana. Una cuerda alrededor del cuello, ¡y arriba con ellos! ¡La idea engendra el hecho, hombre! ¡Considere esto! —Recalcó sus duras palabras y sus amenazadoras advertencias señalando unos dibujos a lápiz, bellamente enmarcados, en los que se veía a unos hombres sonrientes de la SS realizando ejecuciones después de la victoriosa marcha del Ejército a través de Polonia y de Rusia. Ejecuciones, todas ellas, realizadas de acuerdo con los reglamentos militares—. Había empezado a considerarle una buena persona, pero ahora le conozco. ¡Es una bestia del campo, un puerco *untermensch*! ¡Fuera de mi casa! ¡Malvado truhán! ¡*March*! ¡Y llévese su chucho! ¡También él sabrá lo que significa comparecer ante un consejo de guerra alemán!».

»El vendedor de patatas casi se cayó al salir, seguido de su perro. El perro volvió la cabeza y miró fijamente y enseñando los dientes al furioso general. «Espera —pensó— a que dos miembros del Partido le hayan dicho unas palabras a nuestro *Gauleiter*».

»*Herr* Strange saltó sobre su bicicleta y se alejó pedaleando. Casi se cayó de nuevo, al volverse sobre el sillín para escupir unas maldiciones y amenazas de despedida al general. *Este* se hallaba todavía de pie en el umbral, rasgando el aire con su fusta.

»«Ese marica de uniforme va a recibir una lección», dijo el vendedor de patatas a su perro, mientras bajaban a toda prisa por Soest Weg.

»«Guau, guau», ladró el perro, para decirle que estaba de acuerdo.

»No se detuvieron hasta llegar a la pomposa residencia del *Gauleiter*. Fuera, la bandera roja con la cruz gamada ondeaba perezosamente al soplo de la brisa estival.

»«La bandera —dijo el vendedor de patatas, levantando el brazo derecho—. *Heil! Sieg!*».

»El *Gauleiter* salió hasta la escalera para recibirle. Habían sido amigos desde que trabajaron juntos como mozos de labranza en la finca de un barón que después había sido ejecutado.

»«¿La enfermedad del asfalto, Leonhard? —preguntó el *Gauleiter*, con su voz espesa de bebedor de cerveza—. ¡Cualquiera diría que has estado comiendo alquitrán!».

»«Un general —jadeó Strange—, ¡un cabrón prusiano imperial!».

»«Confío en que no le habrás mordido —rio el *Gauleiter*—. Esto podría causarnos problemas, ¿sabes?».

»«Yo no, ¡pero sí *Wotan*! ¡Se le comió medio trasero cuando dijo que se cagaría en el Führer y que el Partido no era más que una idea extranjera!».

»«¡Diablos! No sabía que tu perro pudiese hablar —exclamó, sorprendido, el *Gauleiter*. Separó las piernas y miró amenazadoramente al perro—. ¡Cuidado con lo que dices, negro villano!».

»«¡No! Caray, Bruno, no fue *Wotan* quien lo dijo, sino aquel general presumido».

»«Que se cagaría en el Führer, ¿eh? —dijo el *Gauleiter*, ahora en tono amenazador—. Le *aplastaremos*, no te preocupes. A propósito, me debes quinientos marcos del jueves pasado. Supongo que no lo habrás olvidado, ¿eh?».

»«Mañana los tendrás. ¡Palabra de honor! ¡Me los dará aquella mujer que todavía no ha conseguido divorciarse del judío que enviamos al campo de concentración!».

»«Procura no mezclarte en nada que huela mal —le advirtió ominosamente el *Gauleiter*, rascándose detrás de las orejas—. Los buenos tiempos en que los camaradas del Partido podíamos hacer lo que nos viniese en gana están tocando a su fin. Ahora, demasiadas cosas dependen del maldito Ejército. Procura que no te envíen al frente, Leonhard. Como sabes, necesitan carne de cañón y, por desgracia, es el Ejército quien decide los que

tienen que hacer de blanco. Si te destinasen allí, ¡ni siquiera el Partido podría hacerte volver a casa!».

»«No digas esas cosas, Bruno. Tú puedes sacarme del apuro si de pronto se me echan encima, ¿no? Ya he combatido en una guerra por Alemania. Me parece que es bastante».

»«Primero tienen que pillarte —le contestó el *Gauleiter*, abriendo los brazos—. Tu trabajo tiene todavía prioridad. El país no puede sostenerse sin alcohol. Lo necesitamos para mantener alta la moral en las duras pruebas que hemos de soportar».

»Se sentaron satisfechos a la gran mesa del *Gauleiter*, que había pertenecido a un ministro de Justicia socialdemócrata. Este fue después rehabilitado y trabajaba ahora en la pira de Buchenwald.

»Bueno, se sentaron allí, bebiendo coñac y haciendo planes. Ambos eran miembros de la Orden de la Sangre, poseían el emblema del Partido en oro y sabían exactamente adonde iban. Jugaban a las cartas todos los jueves, desde hacía años. Incluso tenían la misma amante, Gertrude, mujer alta y de cabellos negros, un poco rolliza y de orejas de soplillo, esposa de Kelp, dueño de una tienda de embutidos y platos preparados. Calzaba zapatos del cuarenta y dejaba atrás a cualquier cansado soldado de Infantería el Día del Socorro de Invierno, cuando marchaban juntos a Pader Hall, a la luz de las antorchas, a beber cerveza después de la colecta. Gertrude era la tercera esposa de Herr Kelp, dicho sea de pasada. La primera había fallecido de muerte natural, por ahogamiento. Había saltado al río Pader con un bloque de hierro atado al cuello. Se llamaba Ulrika, y era una dama creyente y muy cristiana. Saltó al río desde el puente de detrás de la catedral. Probablemente pensó que Dios la perdonaría si se quitaba la vida cerca de un lugar sagrado.

»Nunca he sabido si Dios la perdonó —sonríe Porta, agitando un brazo en el aire—. Sin embargo, sabemos poco de lo que pasa allá arriba. ¡O allá abajo, ya que hablamos de eso!

»La segunda esposa del hombre de los embutidos y los platos preparados se llamaba Wilhelmina. El mismo nombre del Kaiser, pero en femenino. Su padre vendía queso con una carretilla. Doña Wilhelmina era aria de los pies a la cabeza. Llevaba los cabellos rubios peinados hacia atrás y recogidos en una trenza. Hubiérase dicho una cuerda raída bajo los efectos de la lluvia. Hundidos en su cara caballuna, brillaban dos maliciosos ojos alemanes. Llevaba siempre zapatos sin tacón y medias blancas con rayas negras y rojas hasta media pierna. Esta dama aria no era una criatura sexualmente atractiva. ¡Todo lo contrario! El hombre que se atreviese a penetrarla se quedaría con el

pijo destrozado y convertido en picadillo. Solían decir que tenía un par de cruces gamadas montadas en su interior y que giraban en ambas direcciones. —Porta indica el movimiento con las manos—. Esta mujer estilo Himmler tomó un día el tren correo de Dortmund para comprar unas cortinas de saldo en la tienda de «Liebstoss» de Hindenburg Strasse. Una morcilla de hígado se había reventado en las manos de la criada polaca de Kelbs, salpicando de arriba a abajo las cortinas. Diré de paso que eso costó a la muchacha una temporada en Ravensbrück. Pero Frau Wilhelmina habría hecho mejor en quedarse en casa aquel día. Empezó su excursión visitando al panadero Otto, de General Lundendorffstrasse, cuyo establecimiento era una mezcla de panadería y cafetería. Allí comió cuatro grandes pasteles de crema. Intercambió noticias con otras dos esposas del Partido, también de cabellos rubios y trenzados sobre la nuca.

»Cuando, dos horas más tarde, cruzaba la Adolf Hitler Platz, empezó a sonar una alerta roja. Inmediatamente empezaron a caer bombas. Silbaban y estallaban alrededor de sus orejas de murciélago alemán, y caía polvo y ceniza sobre sus cabellos rubios. Su trenza aria se soltó. Parecía una bruja que hubiese sido sorprendida por una tormenta al venir desde Noruega para echar un vistazo a lo que sucedía en Alemania..., ¡en su despertar nacional!

»¡BANG! Una bomba estalló delante suyo. Pareció que se incendiaba el mundo entero. ¡BANG! Otra explotó detrás de ella, y pareció que Satanás estaba atizando el fuego del infierno. Desde luego, se quedó completamente, teutónicamente, confusa. Primero corrió en una dirección y después en otra.

»«¡Póngase a cubierto, idiota!», le gritó un guardia a quien le había sido arrancado el casco de la cabeza.

»«*Wachtmeister! Wachtmeister!* —gritó ella—. ¡Dígame adonde tengo que ir!». Tuvo el tiempo justo de apartarse cuando un tranvía número 4 llegó volando por el aire. Pero el guardia descubierto no lo consiguió. El tranvía se lo llevó a la tienda de muebles de Schultze. Afortunadamente para Schultze, había cerrado el negocio dos días atrás, en espera de tiempos mejores. De todos modos, ahora se libró de sus mercancías. Sólo tuvo que limpiar el local después de su invasión por el tranvía y el guardia.

»Frau Wilhelmina corrió en círculos, chillando. Entonces vio un refugio seguro en la Oficina Nacionalsocialista del Distrito. Pero antes de que llegase allí, una bomba de mil libras hizo diana en ella. Le rozó la espalda y estalló. ¡Frau Wilhelmina terminó sus días con ella!

»Oí decir que recogieron sus restos, junto con los de otros, y que los enterraron en una fosa común del cementerio de Döbliner. RIP, pusieron en

una lápida sobre ellos.

—¿RIP? ¿Qué significa esto? —pregunta *Hermanito*, sin comprender.

—Reposa en pedazos —responde Porta—. Pero no le dieron mucho descanso debajo de aquella flamante lápida. Un día o dos después, uno de aquellos gángsteres del aire dejó caer toda su carga de bombas de quinientos y de doscientos kilos sobre un lugar equivocado. Aterrizaron en el cementerio, seguidas de unos cuantos miles de incendiarias como postre. Ahora nadie sabe qué ha sido de los restos mortales de Frau Wilhelmina. Pero eso no desconcertó al buen Kelp. Se casó por tercera vez. Ahora con la hija de Müller, el conocido comerciante en cerdos de Münster. Era una guapa moza que no desperdiciaba su belleza. Hacía algún tiempo que trabajaba para Kelp, en la sección de embutidos, convirtiendo las viejas salchichas en otras nuevas.

—Eh, ya está bien —le interrumpe *el Viejo*, sonriendo maliciosamente—. ¿No te estás olvidando del vendedor de patatas? Había ido a visitar al *Gauleiter*, ¿no?

—Claro que sí, ¡maldita sea! —grita Porta—. Una historia lleva a otra, ya sabes. ¿Dónde estaba?

—Estaban haciendo planes, sentados a la mesa del exministro de Justicia —sonríe *el Legionario*, encendiendo un «Caporal».

—¡Ah, sí! Bueno, el teléfono empezó a sonar en la Gestapo de Ringstrasse —prosigue Porta—. El jefe de la Gestapo era uno de sus compañeros en las partidas de cartas de los jueves.

»«¡Un *general!*», rugió encantado, desenfundando su «Walther» 7,65.

»Estaba tan contento como un alguacil que encuentra algo de valor en la casa de un cliente.

»Casi no había ningún delito del que no fuese acusado el general; pero *este* tampoco había perdido el tiempo. Había sostenido una conversación de noventa minutos con el auditor de guerra Kurze. Todo se hizo constar en la denuncia: el perro, la bicicleta, el comerciante de patatas al por mayor, las destilerías destruidas y la largamente esperada Victoria Final.

»«Nos haremos cargo *de él* —prometió confiadamente Kurze—. Un don nadie, vendedor de patatas, no puede decir lo que le venga en gana sobre el Ejército alemán. ¡No debe estar en sus cabales! Sugiero que empecemos con los delitos leves, que sólo representan quince años de prisión: injurias al Ejército, daños a propiedades militares, amenazas a las fuerzas armadas, ultrajes al uniforme militar. Después podemos pasar a los que son penados con la muerte: derrotismo, difusión de propaganda enemiga, sabotajes contra la voluntad de resistencia, espionaje».

»«Y el perro, ¿qué?», preguntó, vengativo, el general.

»«También nos haremos cargo *de él* —prometió Kurze, lanzando una estruendosa carcajada de consejo de guerra—. Sabotaje del equipo militar y agresión contra un oficial de alta graduación. Delitos, ambos, que se castigan con la horca. Ni los mejores defensores podrían salvarle de la cuerda. Alegaré el artículo 241, apartado 5, del Código Penal Militar. Este artículo me valió la Cruz de Servicios de Guerra de Primera Clase. En cuanto el verdugo lo oiga citar, empezará a preparar el patíbulo».

»Las cosas empezaron a precipitarse el día siguiente, y digo *precipitarse* porque así fue en realidad. Todo parecía preparado para una buena paliza, además de una patada alemana en el culo del perro. El Departamento IV/2a cogió al general para una breve entrevista, mientras el Departamento VIIb de la GEFEPO^[37] detenía a Herr Strange. A este le pusieron grilletes y cadenas, según el Reglamento Militar.

»Después de hablar un poco del tiempo y de perros, la «entrevista» con Strange se hizo más..., lo que ellos llaman rigurosa. El hombre de las patatas recibió unas cuantas caricias de la PM en la nariz. Tuvo suerte de que el interrogatorio no se desarrollase durante la Guerra de los Treinta Años. En aquellos tiempos, solían pellizcar a la gente con tenazas al rojo y hacerles beber plomo fundido y mezclado con alquitrán caliente. Con eso les ayudaban a menudo a recordar lo que habían hecho.

»Durante toda la tarde sonaron ruidos extraños en la oficina donde se practicaba el interrogatorio. Hubo quien se imaginó que habían comprado un cerdo en el mercado negro y lo estaban matando. Los ruidos no cesaron hasta que los tres tipejos de la GEFEPO bajaron a «El Pato Cojo» a refrescarse para la segunda parte del interrogatorio.

»El hombre de las patatas tenía entonces bastante mal aspecto. El *Unteroffizier* Schulze, que había sido despedido de Torgau por su crueldad y destinado a la GEFEPO, le había roto dos costillas y había conseguido doblarle la nariz hacia arriba de modo permanente. Cosa muy molesta en tiempo lluvioso.

»El tercer día, Strange lo confesó todo, y eso hizo que la GEFEPO se mostrase humanitaria y cariñosa con él. Su esposa le traía paquetes de comida, y todos se sentaban alrededor de la mesa, encomiaban el jamón de Westfalia y bebían aguardiente con huevos batidos. Entre las comidas, fumaban cigarros y bebían coñac.

»El mayorista de patatas firmó de buen grado su confesión. En realidad, se mostraba ahora tan complaciente y sumiso que le permitieron sellar él

mismo el documento y meterlo en un sobre grande del Ejército, con el pájaro y todos los demás adornos. Y todo fue a parar al juez auditor general, en Münster.

»Sin embargo, los buenos tiempos con la GEFEPÓ se acabaron pronto. Un día gris y lluvioso, *Patatero* fue introducido en un «DKW» asmático y enviado al cuartel del 46º Regimiento de Infantería, donde estaba el internadero de Paderborn. Allí la comida estaba racionada: dos rebanadas delgadas de pan y un poco de margarina. Ni siquiera un gorrión hambriento se habría sentido atraído por aquel menú. Los días de fiesta nacional, los presos recibían un pedazo de *páté* de hígado de caballo.

»Su mujer le llevaba mucha comida extra. El *Stabswachtmeister* Rose, del 15º Regimiento de Caballería la comprobaba minuciosamente. Entonces los guardias se la comían toda, hasta la última migaja, después de que el hombre de las patatas hubiese firmado, naturalmente, recibo de la misma.

»Strange fue fusilado en Sennelager, una mañana de agosto, en el campo de tiro nº 4, que ya no era empleado para prácticas.

»El general terminó también de mala manera. No conozco los detalles. Circularon muchos rumores. Según uno de ellos, se ahorcó con los cordones de sus botas. Pero eso no puede ser verdad. Él no había llevado botas con cordones en su vida. Siempre se contoneaba sobre botas de montar. Un amigo al que interrogué me dijo que tres brutos de Fort Zittau se habían presentado con una orden para que les fuese entregado.

Porta extendió los brazos, con desesperado ademán.

—Fort Zittau *devora* a la gente. Quien entra allí no vuelve a salir jamás. Ni siquiera el diablo y su bisabuela se atreverían a meter la cabeza en Zittau.

»Este asunto del perro tuvo también malos resultados para otras personas. Hubo la cuestión del papel higiénico del *Gauleiter*. Se convirtió en un asunto político. Aquel papel era rojo, ¿sabéis?, y...

Porta es interrumpido en su relato. Gregor Martin asoma la cabeza escarchada a la puerta del iglú.

—Tenemos visitantes —dice, frotándose la cara para desprender el hielo—. ¡Salid de prisa!

La noche es gélida. Parece que caen carámbanos del cielo. La temperatura está por debajo de los 45 grados. La tormenta aúlla contra las paredes abruptas del risco. Tenemos la impresión de que nuestras almas se están helando.

Miramos ansiosamente hacia el Nordeste, que es de donde viene el ruido de motores. Unos oscuros trineos a motor descienden rápidamente por la

serpenteante carretera de montaña.

Suenan dos detonaciones secas y corremos a refugiarnos detrás de los grandes montones de nieve. Pero nos levantamos de nuevo cuando nos damos cuenta de que ha sido el ruido de unos árboles hendidos por el hielo en la falda de la montaña.

La columna motorizada es ahora claramente visible en lo alto de la quebrada. Va en cabeza un trineo blindado a motor, seguido de un carro blindado y de un camión de transporte con cadenas.

De pronto, se eleva una bengala en el aire. Estalla con un ruido sordo y lanza tres estrellas verdes en nuestra dirección. Poco después, lanzan otra bengala, esta vez roja.

—Que el demonio se lleve a mi bisabuela —grita Porta, poniéndose a bailar como un loco—. ¡Es él! ¿Dónde diablos está la pistola de señales?

—En la carreta —responde *Hermanito*, y va a buscarla mientras sigue nevando copiosamente. Regresa al momento, con la pistola en la mano, y la tiende a Porta—. Está cargada —dice, sonriendo.

—Supongo que sí —responde Porta—. No creerás que iba a descuidar ese detalle, ¿verdad? Tenemos que contestar de prisa. En otro caso, ese sabueso del infierno se largaría por donde ha venido. —Abre la pistola y examina el cartucho—. No podemos equivocarnos —dice—. Robarle el oro a Stalin no es cosa corriente. El muchacho debe estar muy nervioso. Si la cosa saliese mal, le harían picadillo.

—Sí, y a nosotros con él —dice secamente *el Viejo*—. ¡Debía de estar loco cuando me metí en este juego!

—No te cagues todavía en los calzones —dice Porta, apuntando al aire con la pistola de señales.

La bengala asciende y estalla con un ruido sordo, desprendiendo unas estrellas rojas. Porta carga ahora la pistola con una bengala verde y la dispara en la misma dirección de la roja.

Exactamente sesenta segundos después, brilla una bengala verde, seguida de otra amarilla.

—Todo concuerda —ríe satisfecho Porta, cerrando la tapa del cronómetro.

—*C'est le bordel* —murmura nerviosamente *el Legionario*—. Estos fuegos artificiales tienen que haberse visto desde muy lejos.

—Sí; antes de que nos demos cuenta, unidades de emergencia saldrán de todas partes en nuestra busca —pronostica lúgubrementemente Heide.

—Estaba empezando a ponerme nervioso, pensando si la moza del Comisario habría querido tomarme el pelo —dice Porta, introduciendo la

pistola de señales debajo de su cinturón—. Aunque le habría costado caro. Wolf tenía una pequeña sorpresa preparada para ella si le ocurría algo a Joseph Porta en este viaje.

—Desplegaos —ordena *el Viejo*—, ¡y preparad las armas! ¡Nunca se puede confiar en Iván!

—¿Disparamos primero y preguntamos después? —dice *Hermanito*, preparando ruidosamente su «Kalashnikov».

—Esto no es Chicago de noche —exclama furiosamente Porta.

Un pesado trineo blindado llega a toda velocidad por la carretera serpenteante, resbala de costado en el claro y se detiene tan cerca del «T-34» de *Barcelona* que a este le sería imposible apuntarle con el cañón.

—¡Por mil diablos! —murmura Gregor, con admiración—. ¡He aquí un buen truco!

Transcurren dos minutos de excitada espera. El único sonido que se oye es el zumbido de la hélice del trineo. El viento que produce arroja nieve al aire. Se abre lentamente la escotilla del vehículo y aparece una gorra de comisario, gris y blanca y con una gran estrella roja. Por un momento, dos ojos grises y duros contemplan nuestros dos tanques. Entonces, el recién llegado dirige la mirada a las nubes que se deslizan amenazadoras hacia el Este. Después salta ligeramente sobre la nieve, lanza unos cuantos juramentos rusos y se frota la rodilla, que ha chocado contra el borde de la escotilla. Le arrojan su «Kalashnikov». Sin decir palabra, cuelga el arma sobre el pecho a la manera rusa. Mete la mano derecha en el hondo bolsillo de su abrigo de pieles. Tan hondo es que el brazo se introduce en él hasta el codo. Cuando lo saca, sostiene una botella en la mano. Se la lleva a la boca, echa un trago, se enjuga los labios con un guante de piel y lanza un largo resoplido de satisfacción, como un caballo muerto de frío al volver a su caliente establo. Sus ojos fríos y grises observan a Porta, que está apoyado tranquilamente en el tronco de un árbol cubierto de hollín, jugando con unas granadas de mano atadas alrededor de una botella de petróleo.

—¿Joseph Porta? —pregunta, con una taimada sonrisa, adelantando ligeramente su metralleta.

—El *Comisario de Oro*, si no me equivoco —sonríe Porta, levantando respetuosamente su sombrero amarillo.

—Ha acertado —sonríe el Comisario, ofreciendo a Porta la botella de vodka.

—*Stolichnaya* —dice Porta, asintiendo con la cabeza y oliendo la botella como buen conocedor.

Después se la lleva a los labios y paladea la sedosa vodka rusa de lujo. Siente que va directamente a los dedos de sus manos y de sus pies. Se pasan la botella el uno al otro hasta vaciarla.

—Llega usted con retraso —dice Porta—, ¡pero *ha* llegado!

Acepta un cigarrillo perfumado ruso de oficial y alarga al Comisario su pitillera de oro.

—Ha sido un viaje duro —responde el Comisario—. Hemos tenido que dar más de un rodeo. ¿Y qué tal su excursión, *tovaritsch*?

—Aparte del frío endiablado de que disfrutan en su país y de la nieve que se acumula en lo que ustedes llaman carreteras, no tengo nada de que quejarme —responde Porta.

Al cabo de un rato, todos estamos plantados en círculo alrededor de los dos «jefes de la Mafia». Salen más botellas de vodka. Esta vez de una marca más barata.

Hermanito arranca una botella de la mano de un pequeño sargento siberiano que se disponía a echar un trago.

—*Herrenvolk* primero —protesta, engullendo casi la mitad del contenido.

Se lame los labios, con aprecio, antes de devolver la botella al sargento.

—Guarda la lengua —dice el siberiano—. Sacándola de esta manera, ¡parece que acaben de ahorcarte!

Ha aparecido una nueva botella de «Stolichnaya», pero sólo para Porta y el Comisario. Los demás tenemos que contentarnos con la más barata «Raj».

Al poco rato, incluso *el Viejo* empieza a ver las cosas de color de rosa y levanta los tacones en unos pasos de baile. Es el día 6 de enero, la Navidad rusa, que todo el mundo espera durante todo el año.

El conductor del trineo saca una balalaika, y Porta, su flautín. Acompañado por estos instrumentos, el Comisario canta con voz de bajo:

La nieve cubre montes y llanuras.
Y nuestras almas lloran doloridas
Pues la añoranza amarga las inunda.

Olvidamos la misión que nos ha traído aquí y ya no sentimos el gélido frío; ya no vemos la luz helada y desnuda de la luna; ya no oímos los chasquidos de los árboles, que suenan como disparos de rifle.

Un cabo huesudo, con el uniforme verde oliva de las tropas de la frontera, entona una antigua canción eslava, al melancólico rasgueo de la balalaika:

¡Bendito Tú, oh Señor!
¡Míranos con compasión...!

Es más de lo que el Comisario puede soportar. Se echa a llorar. Un húmedo berrido de borracho, como el ladrido de un perro acatarrado. Se pone colorado y ruedan lágrimas por sus mejillas. Sus cabellos mojados de color de zanahoria caen sobre sus ojos acuosos.

—*Ssss Rozh deniem Khristvym* —jadea, profundamente conmovido. Estrecha a Porta en sus brazos, y también este rompe a llorar—. En Navidad me siento terriblemente triste —dice, sorbiendo sus lágrimas y con una expresión tan dolorida en el húmedo semblante que todos los demás estamos a punto de llorar con él.

—Esto no se puede *aguantar* —resopla *Hermanito*, enjugándose los ojos con su guante sucio.

—Míranos con compasión, Eterno Maestro —canta el cabo de tropas fronterizas, y echa un trago de la botella de vodka—. Míranos con compasión —repite, tendiendo la botella a *Hermanito*.

—Vamos a necesitarla —suspira Porta, sonándose ruidosamente—. No es un delito vulgar el que estamos cometiendo.

—Pero es la primera vez en la Historia en que alguien empleó tanques y cañones para atracar un Banco —dice Gregor, riendo a carcajadas.

Hermanito se agacha sobre las nalgas y trata de bailar *prisjodka* con el cabo de las tropas de frontera, con el resultado de que está a punto de romperse el espinazo. Por consejo del cabo, le atamos a los dos trineos motorizados y tiramos en direcciones opuestas. Las vértebras vuelven a su sitio, con un ruido igual al de una tabla al rajarse.

—Apuesto a que esto debe doler mucho —dice Gregor, estremeciéndose.

Lanzando un estridente alarido, el Comisario da un salto, hace chocar los tacones a un metro del suelo y empieza a girar en círculos veloces:

¡Yo siempre estoy borracho,
No temo a nadie ni a nada!,

canta con voz tonante.

El cabo de las tropas de frontera da vueltas con un vaso lleno sujeto entre los dientes y las manos cruzadas sobre el cogote. El Comisario cae al suelo, sin soltar la botella de vodka. Nos mira asombrado.

—¡Conque estáis *ahí*! —dice, hipando—. Me pareció haberos visto en alguna parte.

Se pone en pie con gran dificultad. A través de una niebla de vodka, su mirada tropieza en *Hermanito*, y le tiende la «*Stolichnaya*».

—Guárdala hasta que vuelva. Bebe sólo un poco, ¡o irás a parar a Kolyma! *Panjemajo*?

—Confía en mí —dice *Hermanito*, haciendo un guiño y mirando ansiosamente la botella.

—El hombre que confía en alguien es más estúpido que el Papa —dice el Comisario, babeando y tambaleándose peligrosamente—. ¿Conoces Tomsk? —pregunta a un montón de nieve, tratando de abrazarlo—. Tú mismo puedes oírte cuando andas por allí. Al volver del burdel «La Cama Alegre», ¡cómo *resuenan* tus pisadas! ¡En Tomsk han revestido las calles de madera! ¡Es lo único que abunda en Tomsk! Si tú has estado en Tomsk, *tovaritsch* —dice al montón de nieve—, ya nada te preocupará en el mundo. No podrías soportarlo, ¿oyes? ¡Tomsk es el ojo del culo del Universo!

Por fin consigue Porta ponerle de nuevo en pie. Se besan en las dos mejillas, a la antigua manera rusa. Cogidos del brazo y cantando a voz en grito, se dirigen tambaleándose a los restos ennegrecidos del edificio principal del *koljós*. Caen varias veces en el camino.

Casi han llegado allí cuando el Comisario se acuerda de la «*Stolichnaya*». Se vuelve, jurando furiosamente y, después de chocar con varios árboles, se acerca a *Hermanito*. Tiende una mano exigente en su dirección.

—Lo siento —dice hipócritamente *Hermanito*, dándole la botella vacía.

—¡Por mil diablos! —ruge el Comisario, tambaleándose amenazadoramente sobre los pies—. ¡Que me aspen! ¡Creía que sólo los cabos rusos robaban a sus oficiales! ¿Qué tengo que hacer contigo? —Hipa y emite un largo, larguísimo eructo—. ¡Te enviaré a Kolyma!

—Pero ¿me darás primero una botella de vodka? —pregunta *Hermanito*, eructando a su vez.

—Conoces todos los trucos, ¿eh? —dice el Comisario, con ojos acuosos y pestañeando. Se vuelve al cabo de las tropas de frontera—. Dale una botella. Ya que celebramos una fiesta, hagámoslo como es debido. Sólo hay una Navidad al año. —Mira devotamente a las nubes y murmura—: ¡Míranos con compasión, Señor!

—Ese *Hermanito* es un truhán —confiesa Porta al Comisario, mientras se tambalean, cogidos del brazo, en dirección al edificio principal—. Acababa de

nacer cuando la Beneficencia Infantil se hizo cargo de él. En David, nadie puede *soportarle*. ¡Y anda por allí con judíos!

—¿De veras? —pregunta el Comisario, deteniéndose para saludar a un árbol que se imagina que es un rabino—. No todos los judíos son buena compañía para la gente débil —dice, lanzando un estruendoso eructo.

—En eso tienes razón —dice Porta, metiéndose en la boca el extremo encendido de su cigarrillo.

—Míranos con compasión, Señor —jadea el Comisario, arrojando una bola de nieve contra un enemigo imaginario—. ¡No saldrá nada bueno de esta maldita guerra! Antes de que sepamos dónde estamos, ¡todos nuestros ideales habrán sido destruidos, y nuestras banderas arrastradas sobre el fango!

—Sólo quiero decirte una cosa —grita Porta, dejándose caer sobre un cubo vuelto boca abajo—. Todos son un hatajo de chulos y de putas, por muy alta que sea su situación. Cada cual se acuesta con la mujer de otro, si puede serle ventajoso, y no se para en barras. —Mira fijamente al Comisario, con ojos lacrimosos—. ¡Es una inmoralidad! ¡No se pueden hacer estas cosas y seguir *siendo* moral! ¿Te has acostado tú alguna vez con la mujer de otro?

—Tú eres mi amigo —chilla el Comisario, feliz en su borrachera. Abraza a Porta con tal fuerza que este se cae del cubo—. Y te has acostado con mi mujer —ríe irónicamente—. A propósito, ¿cómo está?

—La última vez que la vi estaba haciendo monadas en un árbol con un pelele de Intendencia, pero él tenía purgaciones y los de la PM le pillaron.

—¡El Frente Rojo! —grita el Comisario, con voz tonante—. Cuando estás conduciendo un carro, no puedes apearte de él —murmura misteriosamente.

—El truco está en saber comerciar —explica Porta, con sinceridad de borracho—. Todo consiste en comprar y vender, y lo único que se necesita es tener bien *sentada* la cabeza. Y lo mejor que uno tiene para vender... ¡es uno mismo!

—¿Quién diablos me compraría a mí? —pregunta incrédulamente el Comisario.

—Muchas más personas de las que podrías soñar —responde Porta.

—¿Con lo feo que soy? —sonríe tristemente el Comisario.

—Si no puedes tener lo que quieres, tienes que tomar lo que puedes, como dijo el avestruz cuando trató de copular con una oca.

—Míranos con compasión, Señor —suspira el Comisario, abriendo desesperadamente los brazos.

—¡Que nadie se mueva! —grita Gregor, con voz fuerte y estridente—. ¡Es un atraco!

—Está ensayando para cuando nos hagamos con el oro —dice Porta al Comisario.

Borrachos como estamos, podemos ver que se acerca una tormenta. Una de esas terribles tormentas de montaña que en un momento lo transforman todo en un furioso infierno nevado, con vientos lo bastante fuertes como para arrojar un camión de veinte toneladas por encima del borde de un risco y montaña abajo como un trozo de papel.

Nos metemos a rastras en los iglús y nos apretujamos para protegernos del frío terrible. Salchichas y piernas de cordero pasan de mano en mano y, después de una breve y farfullada charla, nos sumimos en un sueño profundo. Sólo las metralletas tiradas a nuestro alrededor indican que estamos en guerra.

Hermanito gruñe en sueños y sonrío como el gato que acaba de comerse el pez de colores.

El Comisario duerme, con la gorra vuelta hacia atrás en su cabeza. De vez en cuando, emite extraños ruidos y sollozos en su sueño.

Lanza un grito y se incorpora de pronto, sujetándose la cabeza con ambas manos. Tiene la impresión de que es un enorme forúnculo inflamado. Gime ruidosamente al tratar de volverse y darse cuenta de que su espina dorsal rechina como una puerta sobre goznes herrumbrosos. No sabe qué le duele más. Siente dolor desde las puntas de los dedos de los pies hasta las raíces de los cabellos. Descubre que lo que está peor es su cabeza. Ahora la siente como un cuenco de gachas, hechas con leche agria.

—Míranos con compasión. Señor —solloza, y cae de nuevo hacia atrás, gimiendo, entre nosotros.

—*Gauno*^[38] —gruñe el conductor de tanques Ermolov, apartándose irritado del gemebundo Comisario, que murmura de nuevo, débilmente:

—¡Míranos con compasión, Señor!

—*Gauno* —repite agriamente el conductor.

—No la tomes conmigo —gime el Comisario, con un lloriqueo de borracho. Después lanza una mirada iracunda a Ermolov—. Imbécil —gruñe, ofendido de que un mísero sargento se atreva a decir «mierda» a un comisario del Ejército, la más alta autoridad en la jefatura de un Cuerpo.

¿Adónde diablos iremos a parar si continúa esta asquerosa guerra? Nunca había oído impertinencia semejante. ¡Un piojoso suboficial atreviéndose a decirle «mierda» a él, a un Comisario del Ejército! Cae hacia atrás y se sume, roncando, en una pesadilla alcohólica.

Voy al «Maxim's»

Donde todas las chicas son un sueño...,

canta Porta, feliz en su sueño.

Es más de lo que Albert puede soportar. Se levanta de un salto, excitado, y empieza a sacudir rudamente a Porta.

—¿Qué diablos te propones, negro cagón? —ruge Porta, dándole un puñetazo.

Le ha interrumpido su hermoso sueño, y está indignado.

—¡Estabas cantando! —gruñe furiosamente Albert, metiéndose de nuevo debajo de la lona y apretujándose entre Gregor y yo.

—¿Cantando? —jadea Porta—. ¡Estaba durmiendo! ¡La Biblia te ha reblandecido el cerebro, simio negro!

—¡Silencio! —ruge *el Viejo* desde su rincón—. ¡A dormir! ¡Es una orden!

De nuevo se hace el silencio en el iglú y todos soñamos en lo que va a pasar cuando seamos ricos. Será una experiencia nueva para todos.

Todavía es de noche cuando nos levantamos, y un infierno cegador de nieve se extiende a nuestro alrededor. Cristales de hielo caen sobre nosotros como balas, rasgándonos la piel y haciéndola sangrar.

Hermanito inicia una violenta discusión con el cabo Oscar Rowitsch, llamado *Labios de Hielo*, porque siempre parece mortalmente congelado.

—¡Eres una mierda de camello caucasiano! —chilla desaforadamente *Hermanito*, agitando amenazadoramente los brazos.

Labios de Hielo se encoge con la rapidez del rayo, esquivando por un pelo el terrible puñetazo de *Hermanito*.

—Espera a que te pille —ruge *Hermanito*, lanzándose sobre él como un bulldócer.

Labios de Hielo pisa con su bota claveteada la parte más sensible del empeine de *Hermanito*.

Este lanza un rugido que podría ser envidiado por un león y se agarra el pie lesionado. Grave error de táctica. Apenas puede ver la pesada bota de la Infantería rusa hasta que choca con su cara. Lanza un grito de dolor y cae de espaldas, sangrando por la boca y la nariz. Ahora está realmente enfadado. Con la rapidez del rayo, contrae el cuerpo en una bola, levanta los dos pies y se yergue como un muelle desatado. Su cabeza se estrella con la fuerza de un martillo pilón contra la ancha cara mongólica de *Labios de Hielo*. Entonces gira en redondo y lanza una coz como un caballo loco.

Por un momento, parece estar suspendido en el aire. Sus dos botas del número 45 martillan el pecho de *Labios de Hielo*, expulsando todo el aire de

sus pulmones. La patada siguiente le hace retroceder varios metros, y el hombre resbala hacia el borde del risco. Le vemos ya en el aire, pero el peligroso resbalón es atajado inesperadamente. El suboficial Stepanov sale de detrás de una esquina del edificio en ruinas, con un cargamento de salchichas y cordero fritos y se interpone en su camino.

Stepanov lanza un grito al sentir que sus pies son levantados del suelo, y las salchichas y la carne de cordero vuelan por los aires.

Es el primero en ponerse en pie, agarrando su «Kalashnikov» por el cañón y disponiéndose a partir el cráneo de *Labios de Hielo* con la culata. La rápida intervención del Comisario salva la vida del hombre.

—¡Basta de juegos estúpidos! —gruñe—. ¡Esperad a cuando todos nos hayamos convertido en socialdemócratas suecos!

Pero Stepanov, al que solían llamar *Cazador de Putas* cuando servía en la Brigada contra el Vicio de Moscú, está tan furioso que tienen que atarle a un árbol hasta que se calme.

La tarde está ya muy avanzada cuando nos ponemos en camino. Hemos tenido problemas con varios vehículos, porque sus conductores no estaban en condiciones de poner en marcha sus motores durante la noche. Tenemos que remolcar al camión con cadenas detrás del «T-34».

Estamos completamente agotados cuando, bien entrada la noche, nos detenemos para descansar un par de horas. Hemos tenido que cruzar océanos de nieve. Un par de veces hemos estado a punto de perder los camiones. El hielo se rompía bajo sus ruedas al cruzar ríos no completamente helados.

El Viejo tiene que amenazarnos con su metralleta para obligarnos a construir un iglú. Pero al fin lo construimos y nos apretujamos en su interior, muertos de frío. Ahora nos despertamos de pronto. Porta saca los naipes. Baraja y reparte las cartas con dedos prácticos.

—Dime —pregunta a *Cazador de Putas*—, ¿qué les hacíais en Moscú a los violadores cuando los pillabais?

—Los enviábamos a Kolyma —dice el exagente de la Brigada contra el Vicio, haciendo un torpe intento de guardar el as de picas al amparo de la conversación.

—Será mejor que me des también esa —dice Porta, suavemente, alargando la mano.

—Esto tiene gracia —responde *Cazador de Putas*, con cara de inocencia.

—Sí, *muy* gracioso —gruñe irritado *Hermanito*. Saca su «Nagan» de la bota—. Procura que no te ocurra a ti algo gracioso, amigo. ¡Como encontrarte de pronto con un par de agujeros más en el cuerpo!

—¡No veo que haya ningún peligro en dar un revolcón de vez en cuando!
—*Hermanito* ríe ruidosamente y se rasca la ingle—. Si te pillan por eso, lo único que tienes que decir es que la moza es una maldita embustera.

—No creas que es tan fácil, muchacho —dice tristemente *Cazador de Putas*—. La Brigada contra el Vicio conoce todos los trucos. ¡Guárdate bien de violar a alguien! Cualquier polizone puede demostrar tu acción con toda facilidad. Los coños son como los cañones de las pistolas. Se puede identificar perfectamente el proyectil, e incluso el juez más corrompido se toma en serio estas cosas. Sólo recuerdo dos casos en que el delincuente se salió con la suya. Una tal Anna Petrovna acusó a un tipo de haberla violado. Bueno, la investigación demostró que había permitido que novecientos cuarenta y seis caballeros distinguidos se acostasen con ella. Solían citarla por teléfono. Una imprudencia por parte de la moza, porque nuestro servicio de intervención de los teléfonos controla todas las llamadas. Charlamos seriamente con ella y acabó contándolo todo. Lo de la violación había sido una broma. La verdadera razón de la denuncia era que aquel tipo no había querido compartir con ella su dinero negro. ¡Ambos fueron a parar a Kolyma!

—Pero tú dijiste que él se había salido con la suya —protesta *Labios de Hielo*, sin comprender.

—Te he dicho que no le pasó nada por la violación —responde *Cazador de Putas*—. Fue a las minas por tener dinero negro. Tres años más tarde se suicidó con un bloque de hielo.

—¿Cuál fue el otro caso? —pregunta, interesado Porta, arramblando el dinero de las apuestas.

Es la cuarta vez que ha hecho veintiuno.

—Era una moza china —dice *Cazador de Putas*, sonriendo y levantando con los dedos las comisuras de sus párpados para mostrar el aspecto que tenía—. Un día descubrió que su vientre se estaba hinchando con rapidez sorprendente. Por consiguiente, fue a ver a la asistente social, que era una paleta y creyó todo lo que le dijo la moza de los ojos oblicuos sobre la violación y los malos tratos de que había sido objeto. Si la muchacha amarilla podía demostrarlo, estaba segura de obtener una bolsa llena de rublos de la asistencia social. Tuvimos una charla con ella y leímos lo que había dicho al tipo que decía ella que era el padre de la criatura. Afortunadamente para él, nuestros expertos en sexo pudieron demostrar que lo que decía la pájara de Pekín no era verdad. La enviaron a Kolyma, junto con su paquete.

—¿Y qué fue del hombre? —pregunta Porta—. ¿Le enviaron también a Kolyma?

—No, no por esto —responde tristemente *Cazador de Putas*—. Fue allí por otra cosa, un par de años más tarde. Había estado celebrando el Primero de Mayo y se había emborrachado. Estando borracho, había hablado mucho con un tipo que no estaba de acuerdo con él. Supongo que sabéis lo que quiero decir. ¡Le detuvieron antes de que se le hubiese pasado la resaca!

—¡Jesús! —grita *Hermanito*, impresionado—. ¿Crees que los de la Brigada contra el Vicio alemana son tan buenos como vosotros?

—No lo sé —dice *Cazador de Putas*, jugando una sota, sobre la que Porta arroja inmediatamente un as para otro 21—, pero puedo aseguraros que no se les escapa nada, y sé que, cuando no hay guerra, se entrevistan y se comunican las noticias.

—¡En qué maldito mundo tenemos que vivir! —suspira *Hermanito*, bajando distraídamente las cartas, de modo que *Labios de Hielo* puede echarles un vistazo.

—Veintiuno —ríe Porta, que ha captado en seguida la señal de *Labios de Hielo*, que es su compañero.

Hermanito se queda sin habla. Con expresión atontada, contempla el as y las dos reinas delante de Porta. Él tiene dos sotas y un rey. Si no hubiese sido por toda aquella charla sobre la Brigada contra el Vicio de Moscú, habría cantado «Veintiuno» hacía rato. Pero todavía está tan impresionado por lo que ha oído que ni siquiera se enfada.

—¿Quieres decir —pregunta, inclinándose absorto sobre la mesa— que vuestros hombres del Vicio pueden descubrir que he tenido relaciones ilegales con tal o cual moza? ¡Eso me parece un cuento de hadas!

—Pues es la pura verdad —dice *Cazador de Putas*, poniendo un rey en su sitio—. Y la pena es de treinta años. Después de veinte, puedes tener la oportunidad de que te trasladen a un campo de trabajo. Ah, y no olvides, si eres aficionado a las violaciones, que la mayoría de aquellos muchachos son enviados a la prisión «Pjopre» a orillas del río Tomsk. Yo estuve allí una vez, escoltando a dos tipejos que no habían cometido ninguna violación, pero que tenían un par de «fragatas» navegando para ellos en la Nevski Prospekt. Les condenaron a veinticinco años por ello. Ambos estaban de buen humor durante todo el trayecto, haciendo planes para el futuro; pero hubieseis debido ver sus caras cuando llegamos a lo alto de las colinas y pudimos ver el lugar de su destino al otro lado del río. Todavía estaba bastante lejos, pero era como un puño cruel y frío que le diese a uno en plena cara. Los tres de la escolta agarramos con fuerza las cadenas. Sabíamos que sólo tenían una idea en la

cabeza: escapar de nosotros como pudiesen. Aquellos «navieros» acababan de darse cuenta de lo largos que son veinticinco años.

—¡Santa Madre de Kazan, es mucho tiempo! —dice reflexivamente Porta. Se acaricia la barbilla, calculando—. Toda la vida de Porta. ¡Que Dios nos ampare! ¡Es *muchísimo* tiempo!

—¡*Callaos*, por el amor de Dios! —murmura *Hermanito*—. ¡Es para acabar con cualquiera! ¡Veinticinco años! Sólo por tener un par de mocitas trabajando para poder untar el pan con un poco más de mantequilla. Y supongo que *pueden* esperar veinticinco años más en un campo de rehabilitación, ¿no es cierto?

—Seguro —dice *Cazador de Putas*—. Jamás supe de alguien que fuese directamente a casa una vez cumplida la condena. Tanto si era de prisión como de trabajos forzados. Siempre hay una «sorpresa» para postre. Lo llaman expulsión a Siberia.

—¡Jesús! —gime *Hermanito*, llevándose la mano a la cabeza, de modo que *Labios de Hielo* puede ver otra vez todas sus cartas—. Es mejor *pagar* por ello, y que te den recibo. ¿Cincuenta años, sólo por un revolcón? ¡Lejos de mí tal cosa! ¡Antes ingreso en un monasterio!

—Apuesto a que muchos de esos cabrones libidinosos de la cárcel junto al Tomsk preferirían haber nacido capados —observa Porta, cantando triunfalmente veintiuno por duodécima vez.

No hay más que estar más de cinco minutos en una guerra para descubrir lo estúpido que es esto. ¡Tiene que haber una manera mejor de arreglar las cosas!

Porta a Hermanito en las afueras de un pueblo en llamas.

En la grande y fresca iglesia zumbaban las voces de la gente en oración. Rezaban en voz alta por las cosas que les era permitido rezar, pero en silencio y mentalmente rezaban por la paz. Por el fin de una guerra infernal; por no volver a ver soldados ni tanques; para que cesasen las bombas y los incendios. Rezaban para que el hombre de uniforme gris del Partido estuviese entre los muertos después del próximo bombardeo. Suplicaban en sus oraciones que pronto pudiesen ver soldados británicos y americanos.

De pronto, cesó el murmullo de las plegarias. Se pintó el pánico en los ojos de los fieles.

El sacerdote, que estaba de rodillas, se levantó y miró temeroso hacia la puerta cerrada; oyó las fuertes pisadas de las botas altas y la canción ronca y brutal:

*Wir werden weiter marschieren,
wenn alies in Scherben fällt,
denn heute gehort uns Deutschland
und morgen die ganze Welt!^[39]*

—SS —murmuró el sacerdote, y desplegó las manos y las dejó caer junto a los costados.

Todo estaba ya en ruinas. Berlín era un montón de escombros. Stuttgart estaba en llamas. Hamburgo, picado de viruelas como un paisaje lunar. Leipzig era un infierno de fuego. Breslau luchaba hasta el último hombre y la última bala. En Colonia, las ruinas de la catedral se alzaban sobre las casas destrozadas. Pero la guardia del Führer seguía marchando, aplastando las ruinas bajo sus pesadas botas.

LA PLATAFORMA

El trineo blindado del Comisario va en cabeza de la columna. Porque él es el único que conoce la ruta hasta el lugar donde está oculto el oro.

El estrecho y serpenteante camino se hace cada vez más empinado. Cuanto más subimos, más decaen nuestros ánimos.

Una y otra vez resbalan los tanques hacia atrás, con peligro de saltar sobre el borde del camino y caer en el abismo. Al mirar hacia abajo, pensamos en un caldero de agua hirviendo. Remolinos de nieve brotan de allí como los chorros de una fuente. Sólo los conductores permanecen en los vehículos. Los demás nos hemos puesto raquetas siberianas y corremos por la parte interior del camino, pegados a la pared rocosa, donde corremos menos peligro de ser lanzados sobre el borde del precipio por una súbita y violenta ráfaga de viento. Cerca del nivel donde terminan los árboles, donde los vientos eternos han endurecido la nieve, cambiamos nuestro calzado por esquíes cortos.

Los tanques y los trineos a motor pueden ahora aumentar su velocidad, y tenemos dificultades en seguirlos.

El «Panther» de Porta entra rápidamente en una curva cerrada, resbala de costado y choca contra la falda de la montaña. Gira en redondo sobre el camino helado, se desliza hacia atrás y baja directamente hacia nosotros, levantando surtidores de hielo y de nieve congelada. Nos lanzamos de cabeza a un lado, para salvarnos de ser aplastados por el monstruo de 45 toneladas.

El último «T-34» está en medio de la primera curva cuando el «Panther» desciende sobre él entre una gigantesca nube de nieve.

—¡Santo Dios! —chilla Albert, pálido de terror.

—¡Da la vuelta al carro, maldito imbécil negro! —grita desesperadamente *Barcelona*.

Pero Albert está completamente paralizado. Mira con ojos enloquecidos a la muerte que avanza rugiendo contra él.

El Viejo sube al «T-34» de un salto, pero antes de que haya podido pasar por la torreta, llega el «Panther». Choca acero contra acero, y los dos tanques se deslizan hacia abajo por el resbaladizo camino.

De alguna manera consigue Albert que las orugas marchen en dirección contraria, de modo que el «T-34» da contra la pared y frena la furiosa carrera. Cómo lo ha hecho, es un misterio. El «Panther» se encabrita y sube a medias sobre el «T-34». En mitad del estruendo del acero, podemos oír a Albert que implora desesperadamente a Dios. *El Viejo* da dos fuertes bofetadas al negro. Albert deja de gritar y empieza a sonreír como un tonto.

—Nadie puede soportar una cosa así —gimotea, afligido.

Ahora está plantado sobre la nieve, contemplando el abismo.

—¡Cierra tu negro pico! —grita furiosamente *el Viejo*—. Vuelve a tu carro del té, para que podamos empezar a subir de nuevo.

—No seré yo quien lo haga —protesta Albert, con semblante ceniciento—. ¡No quiero saber nada de ese oro! Me contento con ser un pobre y negro *Obergefreiter* del Ejército alemán. ¿De qué me servirá un cargamento de oro, hombre, si quedo aplastado en mi carro del té en el fondo de un maldito abismo?

—Te he ordenado que calles la boca —ruge *el Viejo*, y apunta a Albert con su metralleta—. ¡Arriba!

Gimoteando débilmente, Albert se introduce por la escotilla y la cierra de golpe.

Hay una agria discusión sobre cuáles de nosotros tenemos que ir en los vehículos con los conductores. Todos nos negamos, y entonces decreta Porta una huelga de conductores. No conducirán si no va un observador en cada carro.

Es difícil decir si es *el Viejo* o el Comisario el que grita más fuerte. Pero todo acaba como de costumbre, con los más débiles dando su brazo a torcer. Resignadamente y maldiciendo en voz baja, subo al vehículo de Porta y me siento delante de los instrumentos.

—¡Pones la misma cara que mi amigo Rodeck el día en que le pillaron para encerrarle por treinta años! —dice, haciendo una mueca.

—No *conozco* a tu maldito amigo Rodeck —le respondo secamente.

—Era un buen chico, muy simpático —prosigue Porta, satisfecho—. Le llamaban ladrón de coches y, efectivamente, *eran* coches lo que robaba. Pero en realidad era pintor, y tan bueno que podía repintar cualquier automóvil que le llevases en una hora y once minutos exactamente. Generalmente dejaba alguna pintura, para que el dueño del coche y su familia pudiese olfatearla tontamente durante una semana. Vivía libre y feliz, en compañía de sus pinturas y sus pulverizadores, hasta las tres o las cinco de la mañana de un

miércoles. Entonces sonó el timbre con tal insistencia y con tal fuerza que hubiérase dicho que era el diablo en busca de un alma condenada.

»«¿Quién demonios es?», gritó Rodeck desde su lado de la puerta. Naturalmente, le fastidiaba un poco que le despertase a una hora tan intempestiva.

»«¡Adivínalo!», gruñó una voz en el rellano, y entonces se derrumbó la puerta sobre él, y dos argollas de acero se cerraron sobre sus muñecas. «¡Clic!», hicieron las esposas, y él y la chaqueta de su pijama pudieron jactarse de unas prolongaciones aceradas.

»Así desapareció con sus botes de pintura y, fuera del salón de té «Alex», nadie ha vuelto a saber nada de él.

Ahora la carretera está un poco mejor y todo el mundo vuelve a subir a los vehículos. Antes de cruzar el puerto, el Comisario nos ordena que sujetemos los carros entre sí con dobles cables de remolque. El camino se hará tan empinado que hay peligro de que los vehículos vuelquen hacia atrás. Hace rato que hemos superado el ángulo teórico de subida. El nuevo «T-34» va en cabeza, conducido por Albert. Es un tanque que tiene todo lo que deberían tener y no tienen los demás. Puede trepar como una gamuza sobre sus orugas increíblemente anchas, y Albert sabe cómo hay que conducirlo; pero tenemos que atiborrarle de licor para que olvide su constante miedo a la muerte. Cuando ha engullido media botella de vodka, puede dominar el mundo. Sólo Porta le aventaja como conductor.

—¡Ahora tómallo con calma, culo negro! No pases de los bordes —le advierte Porta desde la torreta del «Panther»—. No pienses que la caja rusa de los truenos puede bajar tranquilamente por la cara de un acantilado.

Albert le dedica el ademán internacional de «Vete al cuerno», golpeando con una mano la cara interna del codo doblado del otro brazo.

Los cables se rompen dos veces, como si fuesen de algodón, el «Panther» resbala hacia atrás, en dirección al vertiginoso abismo.

—¿Cuándo vamos a descansar? —dice *Barcelona*, cansado como un perro—. ¡Caray, esto está más negro que el interior de tu sombrero!

—¿Descansar? ¿Aquí? ¿A las tres de la tarde? —grita furiosamente *el Viejo*—. ¡Tienes que haber perdido la chaveta!

El Comisario ordena que nos atemos los unos a los otros con las cuerdas de nudos, para que nadie se pierda en la tormenta de nieve.

—Yo no puedo continuar —gime Gregor—. ¡Podéis quedaros con mi parte del oro! Si esta fuese una misión legal, ¡habrían tenido que acuñar una nueva medalla como recompensa! ¡Nos la merecemos!

—Y si sale mal —ríe roncamente *Hermanito*, sacudiendo unos pedazos de hielo de sus hombros—, nos cargarán ciento veinte años, con cierta probabilidad de salir en libertad condicional cuando hayamos cumplido ochenta y hayamos olvidado por entero cómo son las chicas.

—¡No malgastéis el aliento! —gruñe agriamente *el Viejo*—. Esperad aquí —ordena secamente, soltándose de la cuerda de seguridad—. Voy a adelantarme para echar un vistazo. ¡Y no hagáis ninguna trastada antes de que regrese!

Con los gemelos saltando sobre el pecho, empieza a subir y, a los pocos segundos, queda oculto por los torbellinos de nieve.

—Es tan cuidadoso que se seca el culo una hora antes de ir al cagadero —se burla Porta, con irritación, dando un gran bocado a un trozo de carne de cerdo congelada y regándolo con un trago de vodka.

»No es posible que Iván Calzonazos nos haya tendido una emboscada. Son los cabrones demasiado prudentes, como ese, los que entorpecen el esfuerzo de guerra. Si dependiese de mí, iría en busca del oro del Tío Pepe todo lo de prisa que nos permitiesen las orugas. Eso haría que los vecinos pusiesen pronto pies en polvorosa, si *estuviesen* lo bastante locos para estarse ahí sentados esperándonos.

—¿A qué temperatura estamos? —pregunta temblando Gregor.

—*Je ne sais pas, mon ami* —responde desanimado *el Legionario*, frotándose el cuerpo con los brazos—. ¡Pero nunca había pasado tanto frío!

—Cuarenta y ocho bajo cero —informa con arrogancia Heide.

—Estás chalado —le contradice *Hermanito*, saltando y agitando los brazos—. ¡Querrás decir ciento cuarenta y ocho bajo cero, como mínimo! Tengo los dedos de los pies como carámbanos dentro de estas botas de fieltro, ¡y creo que mi sangre está tan fría como el océano Ártico!

—¡Oh, no! —gruñe *Barcelona*, sacudiendo hielo de su cara—. La cosa no era para tanto. ¿Quién diablos podía pensar que íbamos a *pasar* tanto frío?

—Envolveos en papel —ordena el Comisario, arrojándoles un paquete de periódicos viejos que traen él mismo y *Labios de Hielo*—. Primero frotaos todo el cuerpo con nieve, y después poneos una capa de hojas de periódico.

—Debes de estar majareta —chilla *Hermanito*—. ¿Quitarnos la ropa a ciento cuarenta y ocho grados bajo cero? ¡Reventaríamos como esos malditos árboles!

—Esperad a que haga *realmente* frío —ríe el Comisario—. Esto no es más que el principio.

—Si aún va a hacer más frío, cedo barata la parte de oro que me corresponde —declara *Hermanito*, castañeteando de dientes y metiendo unos cuantos números de *Pravda* sobre su panza.

—No, así no —le advierte *Cazador de Putas*—. Primero tienes que frotarte con nieve. No es tan malo como te imaginas. Sobre todo los pies. Frótalos hasta que tengas la impresión de que están ardiendo.

—¡Jesús! —se lamenta Gregor, frotando con nieve su cuerpo desnudo—. ¡Un buen deporte de invierno! ¡Y pensar que lo hacemos voluntariamente!

—Sí, no hace falta que vayas a los malditos psicópatas para que certifiquen que eres más que idiota —vocifera *Hermanito*, luchando con su mono congelado.

—¿Quién diablos habría pensado que pudiese hacer tanto frío en algún lugar del mundo? —jadea Porta, poniéndose otro ejemplar de *Izvestia* sobre el pecho—. ¡No volveré a practicar deportes de invierno en el resto de mi vida!

—No puedo dejar de preguntarme si ese maldito oro vale la pena de todo este trabajo —farfulla Albert—. ¿Sabéis lo que pienso? ¡Que deberíamos volver atrás antes de que nos alcance la nueva Edad del Hielo!

—Yo no voy a renunciar a *mi* oro —grita Porta—. Aunque tenga que arrastrarme sobre el hielo y la nieve hasta el lugar donde está oculto el oro, ¡lo haré! Pero si tú quieres seguir viviendo en tu miserable y apestosa pobreza, ¡lárgate antes de adentrarte demasiado en La Edad del Hielo!

El Viejo regresa, con la cara amoratada por el frío.

—¿Por qué diablos no me has llevado contigo? —pregunta el Comisario, untándose la cara con ungüento escarchado—. ¡No vuelvas a hacerlo! No sabes lo fácil que es perderse aquí. No puedes fiarte de la brújula. Las montañas hacen que la aguja se vuelva loca.

—Dame un trago —dice bruscamente *el Viejo*, cogiendo la cantimplora de Porta—. ¿Conoces esta zona? —pregunta, volviéndose al Comisario.

—No. Nunca he estado aquí. Pero ganamos unos cuatrocientos kilómetros pasando por el puerto. Todo el mundo dice que es imposible hacerlo desde octubre hasta finales de mayo. Yo lo he preferido por razones de seguridad. Nadie soñaría que alguien fuese capaz de intentarlo en invierno.

—¡Por mil diablos! —grita *el Viejo*—. Pongámonos en marcha. Tenemos que pasar el puerto lo más rápidamente posible. Se está preparando una tormenta. Y al otro lado del puerto hay un antiguo fuerte o un monasterio o algo parecido, donde podemos aparcar y recobrar aliento durante la noche.

Cuando estamos en la mitad de la cuesta del puerto, uno de los camiones resbala fuera del camino y tenemos que sacarlo de los montones de nieve.

Porta quiere empujarlo sobre el borde del precipicio y se dispone a hacerlo con el «Panther», pero el Comisario protesta enérgicamente. No podemos prescindir del camión si queremos volver con el oro.

Entonces el «T-34» más viejo se queda atascado. Lloramos de rabia y desesperación, y a punto estamos de abandonar la empresa. Por último conseguimos colocar el «T-34» nuevo en una posición desde la cual puede tirar de su hermano mayor para sacarlo de la nieve. Los cables se estiran y zumban.

—¡Atrás! —grita *Labios de Hielo*, saltando detrás de un monton de nieve.

—¿Viene alguien? —pregunta *Hermanito*, confuso y mirando desde detrás de un corpulento árbol.

El cable se rompe con un chasquido seco y los trozos vuelan cerca de la cabeza de *Hermanito*. Unos centímetros hacia un lado o hacia el otro, y *Hermanito* habría sido decapitado. Parece volverse loco de furor. Con una pala en las manos, corre hacia el «T-34», donde la cara negra de Albert es apenas visible sobre el reborde de la torreta.

Con la rapidez del rayo, Albert baja la escotilla de golpe y la cierra por dentro. *Hermanito* descarga la pala sobre la escotilla cerrada, con ira de loco.

—¡Sal, caníbal negro! ¡Voy a matarte! —ruge, fuera de sí.

—¡Derribadle! —grita *el Viejo*.

Pero ninguno de nosotros se atreve a acercarse a él cuando se halla en ese estado. Un oso furioso es un perrito faldero comparado con él.

—¡Sal de ahí, simio negro! —chilla, tirando de la cuerda de una granada de mano y haciendo girar esta sobre su cabeza.

—¡Diablos! ¡Lánzala lejos! —le advierte Porta desde la torreta del «Panther».

—¡Tómala, pues! —grita *Hermanito*, arrojando la granada a Porta, que se refugia dentro del tanque con la rapidez de un hurón.

La granada choca contra el borde de la escotilla, pero la antena hace que cambie de dirección. Después estalla con un seco chasquido.

—¡Que el diablo me lleve si sigo aguantando esto! —ruge *el Viejo*.

Agarra su «Kalashnikov» por el cañón y la hace girar sobre su cabeza. La culata cae sobre el cogote de *Hermanito* con un ruido sordo. Lanzando un gemido largo y ronco, *Hermanito* se derrumba sobre la nieve. Agita varias veces los brazos y las piernas y se queda inmóvil.

—¡Mátale! —grita Albert desde dentro del «T-34». ¡Mata a ese loco bastardo!

—¿De dónde *lo* sacaste? —pregunta el Comisario, meneando la cabeza—. ¡Debería llevar una camisa de fuerza durante el resto de su vida!

—Atadlo —ordena *el Viejo*, apretando los dientes—. ¡Atadlo como un árbol de Navidad! Cuando se despierte será peor que una tonelada de dinamita. Atadle al cañón. ¡Ni siquiera él es capaz de levantarlo!

—¿Qué le ha pasado? —pregunta Porta, asomando de nuevo y con precaución la cabeza por la torreta.

—El cable ha estado a punto de cortarle la cabeza cuando se rompió —explica riendo Gregor—. Y él pensó que Albert lo había hecho adrede. Antes habían discutido un poco sobre un *pudding* negro.

—Es lo que digo siempre —ríe Porta—. ¡Ese muchacho es demasiado susceptible!

Es noche cerrada cuando cruzamos el puerto y descendemos resbalando por el otro lado. El enorme fuerte se yergue ante nosotros, oscuro y amenazador. Está construido con grandes bloques de piedra tallados y colocados unos encima de otros sin ninguna clase de argamasa. Si esta hubiese sido empleada, el edificio se habría derrumbado mucho tiempo atrás. Las heladas han erosionado profundamente las aristas de los bloques.

—¡Estos sí que son bloques de construcción! —exclama Heide, por una vez realmente impresionado—. ¿Cómo diablos conseguirían subirlos unos encima de otros?

—Con esclavos —responde *Cazador de Putas*, como si fuese la cosa más natural del mundo—. Nunca han escaseado en Rusia. Son voluntariosos y eficaces, y los hay en abundancia. La gente es capaz de hacerlo casi todo, si uno sabe aplicar debidamente el *knut* y cortarles trocitos de carne con un cuchillo caucasiano.

—Siempre he sido gran admirador de vuestros principios humanitarios —dice sarcásticamente Porta.

El Viejo quiere que revisemos los tanques antes de descansar, pero tiene que ceder ante nuestras indignadas protestas.

Labios de Hielo y Gregor encienden un fogata en el gran vestíbulo.

—Aquí huele a hombres muertos —dice *Barcelona*, husmeando el aire.

—¡Al diablo con eso! —silba el Comisario—. ¡Los muertos no son peligrosos!

—Eres tan feo que uno siente ganas de vomitar con sólo mirarte —grita irritado *Hermanito*.

Da un golpe a Heide con su metralleta.

—¿Es que nunca dejaréis de pelearos? —grita *el Viejo*—. ¡Quiero tranquilidad! ¡Una palabra más y tendréis que hacer la guardia!

—Ese cerdo nazi pone una cara que parece que va a asistir a un entierro —gruñe *Hermanito*, apuntando a Heide con su metralleta—. ¡Pero será el suyo!

—Cállate y ven aquí. Juguemos una partida —sugiere Porta barajando las cartas—. ¿Cuántos se adhieren? —pregunta, mirando a su alrededor.

—Yo estoy demasiado cansado —gime *Barcelona*, dejándose caer en el suelo de tierra apisonada.

—Hay dos cosas para las que un hombre no debe estar nunca cansado —dice Porta, haciendo montones con los naipes—. ¡El juego y el catre! Puedo contaros una historia sobre lo que puede ocurrirles a los que están demasiado cansados para follar.

»El famosísimo *Wathtmeister* Alois Fresa, de la comisaría de «Alex» fue destinado temporalmente, un domingo de Ramos, al cuerpo de policías de paisano. Se puso su traje a rayas nuevo y se peinó al estilo africano, lo cual es un síntoma típico de paranoia. Cuando vio que no era fácil llevar armas más pesadas, cogió un par de fundas amarillas de esas que se cuelgan de los hombros y metió en ellas sendas pistolas del 38. Así había visto que lo hacían los policías duros de las películas. Desde luego, esto causaba gran impresión en las mujeres de vida airada. Dejó que cundiese el rumor de que era de la Gestapo, aunque era pura fachenda. En realidad pertenecía a la brigada volante contra los ladrones de bicicletas. Entonces empezó su día de la suerte. Tropezó con tres villanos que salían del «Commerzbank» de Hohenzollern Damm, llevando cada uno una bolsa de dinero en la mano, y los liquidó con su artillería manual. En todo Berlín se habló de este baño de sangre, y las mujeres no tardaron en rodear a Alois en grupos de diez en fondo. Pero pronto descubrió que era más de lo que podía soportar y deseó que todas se fuesen al infierno y le dejasen en paz. Así, una noche, a hora muy avanzada, se hallaba sentado en «El Poli Zambo», cabizbajo y hecho cisco. Entonces compareció una muñequita maquillada del distrito Nupcial, contoneándose sobre unos tacones como zancos y empezó a manosearle.

»«¿Te gustaría mostrarme tu *otra* arma? —murmuró apasionadamente—. ¡He oído hablar mucho de *ti*! ¿Sabes que tienes el aspecto que hubiese querido tener Clark Gable?». Entonces le tocó un poco más y, con una de sus largas y pintadas uñas, atacó directamente a su parte más sensible. Pero la parte sensible no estaba para historias. Alois parecía ahora un eunuco de noventa años.

»«¡Lárgate! —gruñó Alois, dándole un empujón—. ¡Para que quisiese algo de ti, tendrías que ser muy diferente!».

»Entonces la moza le besó, como sólo saben hacerlo las chicas de su barrio.

»«¡Y tú eres el tipo de quien se habla tanto! —chilló—. Ni siquiera tienes vello en las pelotas. ¡No vas a ser tú quien me deje plantada!». Y antes de que nadie supiese lo que ocurría, se irguió delante de él con las dos 38 en las manos. Se las había quitado limpiamente de las fundas. Entonces las amartilló con los pulgares, tal como solían hacer los *cowboys* cuando entraban en el Banco de Prairie Town a pedir un préstamo.

»«¡Dios mío! ¡No!», gritó él, extendiendo las manos hacia delante. ¡Como si hubiese de servirle de algo!

»El hombre del bar, que sólo tenía una pierna, se atragantó con lo que estaba bebiendo. Trataba de gritar *Heil Hitler!* y engullir al mismo tiempo.

»«¡Compréndelo! ¡Por favor, querida! ¡Estoy demasiado *fatigado!*», balbució Fresa. Pero se cayó del taburete al suelo sin darse cuenta de que estaba muerto.

»El hombre del bar quiso gritar, pero sólo emitió un sonido de león marino asmático.

»¡Ya veis lo que puede ocurrirle a un tipo que esté demasiado cansado para hacer el amor! ¿Alguien más quiere jugar? —pregunta Porta, mirando de nuevo a su alrededor.

—¡Veinte! —grita Gregor, depositando veinte marcos sobre el montón de cartas más próximo.

Pero la partida dura poco. Estamos demasiado agotados y apenas si nos interesa ganar o perder. Los dos últimos jugadores son Porta y *Labios de Hielo*. Pero también ellos lo dejan.

Hermanito casi no ha tenido tiempo de agachar la cabeza cuando estalla en carcajadas. Es una de esas personas afortunadas que pueden reír durante horas sus propios chistes. Su risa desaforada se contagia a todos nosotros. La estancia se estremece con nuestras risotadas.

El Comisario gimotea y ruedan lágrimas por sus mejillas. Cada vez que miramos a *Hermanito*, sentado allí con su bombín gris pálido torcido sobre la cabeza, estallamos de nuevo en carcajadas. Sencillamente, no podemos parar de reír. La única cara seria es la de Heide. Cada una de nuestras risotadas parece aumentar la rigidez de la máscara de severidad en que se ha convertido su semblante.

Por fin nos vence el sueño. De pronto, *Hermanito* vuelve a las andadas. Se planta delante de *el Viejo* con las piernas separadas y apuntándole con una metralleta.

—¿Qué diablos quieres ahora? —le increpa *el Viejo*.

—¡Quedas arrestado! —dice *Hermanito*, con expresión de PM en el rostro.

—¿Arrestado? ¿Te has vuelto loco? —silba *el Viejo*, enojado porque le ha sacado del país de los sueños—. ¿De qué diablos estás hablando? ¿No sabes que soy tu jefe de Sección?

—Precisamente por eso —gruñe *Hermanito*, en tono amenazador—. En mi nombre, en el de Adolfo y en el del pueblo alemán, quedas arrestado. ¡Has puesto ilegalmente tus manos sobre un subordinado!

—¡Es lo que me faltaba oír! —protesta aturrullado *el Viejo*.

—De nada te servirá negarlo, *Oberfeldwebel* Beier —dice *Hermanito*, con el aire severo de un inquisidor—. ¿Me has golpeado o no el cogote con la culata de una metralleta? ¿Lo ves? Ahora voy a matarte por eso. ¡No puedo soportarlo más!

—Estás más loco que una cabra —murmura *Labios de Hielo*.

Se desliza hacia *Hermanito*, que ha soltado el seguro de su arma y está apoyando ya peligrosamente el dedo en el gatillo.

El Viejo sigue sentado allí, paralizado, mirándole fijamente.

Labios de Hielo salta hacia delante y clava tres dedos rígidos en el diafragma de *Hermanito*. El aire sale de los pulmones del hombre con fuerza explosiva. *Hermanito* se dobla por la cintura.

El Legionario levanta un brazo y, con toda su fuerza, golpea el cuello de *Hermanito* con el canto de la mano. El hombre cae al suelo, inconsciente.

—¿Qué diablos le pasa? —jadea *el Viejo*, enjugándose el sudor de la frente—. No es la primera vez que le he dejado sin sentido de un culatazo. ¡Me estoy hartando de ese maldito idiota!

—*Bien sur*, está borracho como una cuba —dice *el Legionario*—. ¡Eso es lo malo! ¡Se le ve a la legua!

El Comisario empieza a hurgar frenéticamente en su mochila. Saca dos botellas vacías de «*Stolichnaya*».

—Ya lo creo que está borracho —dice, tirando las botellas con irritación—. ¡Ese cerdo se ha bebido dos litros de vodka!

—Matémosle —sugiere *Cazador de Putas* cuando descubre que no queda una gota en ninguna de las dos botellas.

—Lo que necesita es una buena paliza —dice *el Legionario*—. Una buena azotaina con nuestros cinturones hará que otra vez lo piense mejor.

—No serviría de nada —replica Porta, meneando la cabeza—. Tiene una doble naturaleza. Cuando está borracho, es completamente irresponsable de sus actos; después, cuando se serena, no puede recordar absolutamente nada de lo que hizo bajo la influencia del alcohol. En cambio, cuando no está borracho es un buen chico.

—Entonces tendremos que procurar que no se emborrache, ¿verdad? —dice *Labios de Hielo*—. ¡Es un peligro para todos los que le rodean!

—Eso no es nada en comparación con la actitud que adopta cuando uno *se niega* a darle algo —y Porta ríe a mandíbula batiente.

No sé cuánto tiempo llevo durmiendo cuando los otros me despiertan. Agarro mi metralleta sin hacer ruido y aguzo el oído en la oscuridad.

—¿Qué es? —murmura nerviosamente *el Viejo*.

—No lo sé —respondo en voz baja, sujetando con fuerza la metralleta—. ¡Algo me ha despertado!

—Esquíes —farfulla *Hermanito*, que tiene oídos de comadreja.

Se jacta de que puede oír una mosca frotándose las patas a cinco kilómetros de distancia. ¡Y contra el viento!

—¿Estás seguro? —pregunta el Comisario, con voz un poco temblorosa—. ¿No te estará engañando el viento?

—¡De ninguna manera! —responde *Hermanito*—. ¡Yo y mis pantallas no nos equivocamos! ¡Cuando se ha sido esclavo en Torgau, se puede oír a los piojos bailando un tango sobre la barriga de una ramera china en Shanghai!

—¡Esquíes! —murmura pensativamente el Comisario—. ¡Entonces es que nos persiguen! Pero ¿cómo diablos pueden habernos descubierto aquí?

—¡Imposible! —murmura *Labios de Hielo*—. No puede ser que nos busquen a nosotros. Debe tratarse de otros. En Rusia, ¡la caza del hombre es el pan de cada día!

—Bueno, puedes apostar las botas a que no han venido a este infierno nevado para divertirse —dice *Cazador de Putas*.

—¡Salgamos! —ordena nerviosamente *el Viejo*—. ¡Aquí somos como ratas en una ratonera!

Desgraciadamente, ha dejado de nevar. La luna llena ha salido de detrás de las nubes movedizas, y la nieve resplandece bajo sus pálidos rayos.

Nos apretujamos, muertos de frío, detrás de las piedras erosionadas por el hielo, y observamos la nevada lejanía. No podemos ver nada; sólo oímos el aullido del viento.

—¡Jesús y María! —grita de pronto *Hermanito*—. ¡Todo el maldito Ejército Rojo viene en nuestra busca!

El Viejo vuelve los gemelos en la dirección que indica *Hermanito*, pero no ve nada.

—Todavía estás borracho como una cuba, y ves visiones —gruñe, con irritación.

—*Job tvojemadj!* —grita el Comisario—. ¡Siberianos! Toda una compañía. ¡Y vienen en esta dirección!

Poco después, todos los demás podemos verlos también. Descienden a gran velocidad por la vertiente, sobre esquíes, en una larga fila.

El Legionario se desliza detrás de la ametralladora del 34, inserta una cinta, carga y cierra la cubierta con un ligero chasquido.

Yo saco mi pistola de la funda, la amarillo y bajo lentamente el percutor sobre el cartucho. Es lo mejor que puede hacerse con una «Nagan».

—¿Qué diablos te imaginas que vas a conseguir con ese tirachinas? —pregunta *Cazador de Putas*, con un ademán de resignación—. ¿Te das cuenta de lo que nos harán esos muchachos cuando nos agarren? Me estremezco sólo de pensarlo. ¡Nunca volveremos a ver la luz del día! ¡Y cuando hayan terminado con nosotros, sólo seremos capaces de arrastrarnos!

—¡Cállate! —gruño, guardando de nuevo la pistola—. ¡A *mi* no me pillarán vivo!

—¡Te equivocas! Si quieren, nos cogerán, por mucho que le des a tu pistola. El sol se ha puesto para nosotros. Podemos darnos por *muertos*. Creo que voy a dar un paseo hasta allá abajo. ¡Así terminaré rápidamente!

—Tú te quedarás aquí —ordena el Comisario, con una voz tan cortante como un cuchillo—. ¡No vamos a renunciar, sólo porque a un par de polizontes de ojos oblicuos de la NKVD se le ocurre venir deslizándose sobre unas tablas!

—Yo tampoco me rindo —declara *Labios de Hielo*, preparando su «Kalashnikov».

Gregor carga la ametralladora ligera. También él está dispuesto a luchar hasta el fin.

El Legionario mete una «Nagan» en la caña de su bota y saca su cuchillo moruno de combate.

—¿Qué diablos vamos a conseguir con esto, hombre? —suspira desesperadamente Albert.

Sin embargo, se provee de granadas de mano.

—Pareces un pedazo de *pudding* negro, dejado detrás de una letrina —ríe Porta.

—Es exactamente como me siento —confiesa tristemente Albert.

—¿Le metemos una dosis de plomo en el culo con el tubo de chimenea, con nuestra «Lizzie»? —pregunta *Hermanito*, rebosante de furia combativa. Levanta el pesado mortero como si estuviese hecho de cartón—. Podemos convertirlos en confeti cuando se pongan a su alcance.

—Debes de haber estado leyendo una vez más nuestros folletos de propaganda —le riñe agriamente Porta—. En estas malditas montañas, lo oirían desde un millón de kilómetros de distancia. ¡Y toda la cochina GPU se nos echaría encima!

—*Niet mortira*^[40] —advierde el conductor del trineo, Ermolov, abrazando con fuerza su «Kalashnikov».

Ha cargado el arma con balas explosivas que hacen añicos todo lo que alcanzan.

—¿Es la GPU? —pregunta Albert, con ojos desorbitados. Sólo de pensar en la GPU o en la Gestapo, se le pone la piel de gallina.

—¡Sí! ¿Quién diablos te imaginabas que era? —pregunta Porta, con una risa seca—. ¿Creías que eran unos pajarracos del Ejército de Salvación en busca de almas perdidas?

—*Ssatana* —maldice el Comisario—. Entre tantas malditas patrullas, ¡hemos ido a tropezar con la sanguinaria GPU siberiana! *Ssatana!* —repite, descargando un puñetazo sobre el cargador redondo de su «Kalashnikov».

—¿Qué importa que sean siberianos o de cualquier otra parte? —pregunta *el Viejo*, con mirada ausente.

Tiene fijos los ojos en la larga hilera de esquiadores camuflados que se desliza a lo lejos por la falda de la montaña.

—Es muy diferente —gruñe el Comisario—. Los siberianos son los mejores cazadores de hombres del mundo. Están en pie de día y de noche, durante todo el año, haya paz o haya guerra. Recorren el país desde el océano Ártico hasta el mar Negro, desde las montañas de China hasta los bosques de Finlandia y de Polonia, y reciben una *gratificación* por cada pieza que cazan.

El cabo Dalin llega corriendo por el camino cubierto de hielo. Está sin aliento y se deja caer al lado del Comisario; saca del bolsillo un cigarrillo arrugado. Chupa afanosamente el humo y lo expele despacio por la nariz.

—Igor está todavía allá arriba —explica, señalando la cima de la montaña—. Toda una compañía de tropas especiales de la GPU está subiendo, y llevan consigo un cañón de montaña. Igor cree que han descubierto nuestras huellas.

El cigarrillo arde sólo por un lado. Él lo mira tristemente.

—*Tovaritsch* —dice, dirigiendo una mirada suplicante al Comisario y rascándose la cabeza bajo el gorro de piel—. ¡Marchémonos a casa y dejemos el oro donde está! ¡Los que nunca fuimos ricos no lo echaremos en falta!

—¡Cállate, perro sarnoso! —dice furiosamente el Comisario—. No *podemos* volver atrás. Echa un trago de vodka, ¡y quizás olvidarás tu cobardía!

—Anímate, hombre. —*Hermanito* abraza a Dalin, para consolarle. El muchacho parece una gallina enferma a la que le han robado los huevos—. ¡Debes tener valor! ¡Vas a hacerte rico, y podrás elegir el papel de las paredes de tu casa!

—¿Hay alguna posibilidad de salir con bien de esto? —pregunta desesperadamente Gregor, mirando las montañas coronadas de nieve.

—Yo no soy profeta —gruñe impaciente el Comisario—. Pero ante todo debemos pasar aquel barranco antes de que empiecen a charlar por su maldita radio.

—Podemos eliminar a toda esa pandilla —exclama Porta, optimista como siempre—. Tenemos dos carros de té, el «P IV» y el «Panther» y ese trineo blindado. Somos todo un aguerrido ejército. Ellos sólo tienen un cañoncito de montaña, y seguro que ni siquiera disponen de una granada rompedora. ¡Sólo podrían estropearnos un poco la pintura!

—¡Pero tienen la maldita radio, la *radio*! —vocifera, furioso, el Comisario—. Antes de que se extinga el ruido de nuestra primera granada explosiva, habrán dado la alarma a su base y se nos echará encima toda una división..., ¡apoyada por Jabos! Los cazadores de cabezas hormiguarán por todas estas montañas como moscas en un estercolero caliente.

—¿Quién ha dicho que vamos a emplear los cañones? —pregunta Porta—. Nos acercaremos tranquilamente a ellos, con las escotillas abiertas para que se imaginen que estamos de su parte. Entonces, cuando nos hayamos acercado lo bastante, empezaremos el concierto de balalaikas y guitarras. ¡Y adiós a los perros de ojos oblicuos!

—*Niet* —responde el Comisario, sacudiendo la cabeza—. Se ve que no conoces a los cazadores de cabezas. En cuanto nos vieses, informarían por radio, y alguien empezaría a averiguar quiénes podríamos ser. En Rusia no puede *moverse* nadie sin que la GPU esté informada de ello, ¿y qué crees que ocurriría cuando no pudiesen establecer comunicación por radio con la compañía que nosotros hemos liquidado? Todo se iría al infierno, ¡palabra!

—Entonces, ¿crees que no nos están buscando a nosotros? —pregunta *el Viejo*, en tono dudoso—. ¿A quién diablos pueden buscar?

—*Seguro* que a nosotros no —responde rotundamente el Comisario—. Es una de esas malditas patrullas de rastreo que no buscan nada en particular. Van continuamente a la caza de cualquiera que ande por ahí sin un *propusk*^[41].

Se echa reflexivamente el gorro atrás sobre la cabeza. De pronto, sus ojos grises adquieren un brillo astuto.

—Creo que yo lo tengo —dice, después de una larga pausa—. ¡Un accidente natural! ¡*Eso* podría aceptarlo su base!

—¿Llamas accidente a ser enviados a la eternidad con plomo y música de guitarra? —pregunta *Porta*, con una risa breve y acariciando su metralleta.

—Ciertamente —responde el Comisario—, pero, en este caso, podemos emplear esta clase de accidente.

—Si quieres saber lo que pienso, hombre, soy partidario de largarnos de aquí a toda prisa —gimotea *Albert* con voz cascada.

Tira hacia abajo de la máscara contra la nieve para acabar de cubrirse la cara.

—Parecéis un grupo de débiles monjitas —ruge furiosamente *Porta*—. Estoy tratando de haceros ricos, para que podáis despediros del apestoso Ejército para el resto de vuestras vidas y tumbaros en la playa a jugar con las putas de postín. Cuando se empieza algo hay que terminarlo. *Panjemajo*? La Tierra es redonda y, si no andáis listos, os arriesgáis a caer de ella. Y *no es* de listos renunciar ahora, sólo porque un grupo de indios de pies sudorosos se acercan patinando sobre tablas. Sigamos con ello. ¡Nos espera un nuevo amanecer!

*Und wenn die ganze Erde bebí,
und die Welt sich aus den Angeln hebt,
da kann doch einen Goldsucher nicht erschüttern!
Keine Angst, keine Angst, Rose Mari...[42]*

canturrea pensativamente *Hermanito*, tamborileando con los dedos sobre su «Kalashnikov».

—¿Podríamos subir por ese serpenteante camino al lado de las ruinas? —pregunta *Barcelona*, señalando con el dedo.

—Sí, podrías subir tú si fueses una cabra montesa que hubiese perdido el juicio —responde el Comisario—. En esta época invernal hay que cruzar

forzosamente el barranco, y después está el *Paritip*^[43], pero ahora no podemos pensar en esto. Te aseguro que no está hecho para personas de estómago débil, y con un viento como este, incluso los más valientes se cagan en los calzones.

—*Paritip*? ¿Qué diablos es un *Paritip*? —pregunta Porta.

—Espera a verlo —dice *Labios de Hielo*, haciendo un guiño—. Incluso tú desearías haberte quedado en casa. Es decir, si no eres uno de esos hombres religiosos que creen que la muerte es mejor que la vida.

*Und noch Bei Petrus wollen wir
den Würfelbecher schwingen...*^[44],

canturrea *Hermanito*, y besa una granada de mano.

—¡Callaos de una vez, idiotas! —ruge *el Viejo*, golpeando la nieve con la culata de su metralleta.

—¿Es que ni siquiera podemos cantar un poco? —gruñe *Hermanito*.

El Comisario se agacha entre *el Viejo* y *Labios de Hielo* y traza un dibujo en la nieve con la punta de una bayoneta.

—¡Un alud! —exclama sorprendido *el Viejo*, observando el dibujo con semblante escéptico—. ¿Crees que puede provocarse?

—Es nuestra única oportunidad —responde el Comisario—. Allá arriba hay toneladas de nieve a punto de derrumbarse si las ayudamos un poco.

—¡Callaos, pues! —grita Porta, lamiéndose cuidadosamente los helados labios—. Empieza a hacerse la luz. ¡Un alud! ¡Que me aspen! Esos cazadores de cabezas serán llevados directamente al Paraíso. ¡Y san Pedro se caerá de culo cuando les vea llegar con tanta nieve!

—¿Cuánta gelignita tenemos? —pregunta *el Viejo*, poniéndose en pie.

—Tres cajas llenas —responde *Barcelona*—. ¡Lo suficiente para enviar el Kremlin a la Luna!

—Una caja de diez es suficiente —dice *el Viejo*.

—¡Agárralo! —grita *Hermanito*, arrojando un paquete de explosivos sobre el regazo de *el Viejo*.

—¡Estás completamente loco! —grita aterrorizado el Comisario, arrojándose con la velocidad del rayo detrás de un bloque de piedra erosionada—. ¡Con esta temperatura! Todo el mundo sabe que se habrá deteriorado y que puede estallar al menor contacto.

—Tranquilízate —sonríe Porta—. *Nosotros* no tenemos que regirnos por las leyes de propiedad industrial, y por eso hemos cambiado un poco la

fórmula. Lo que hemos hecho habría provocado que los inventores huyesen a rastras llenos de espanto; pero, cuando andábamos por ahí con una temperatura capaz de helar las pelotas de un reno de bronce, descubrimos que un poco de nitroglicerina en la pasta, refrescada con nitro, la hacía más estable en tiempo frío. Si hubiésemos usado lo que nos dijeron los cabezotas de Bamberg, ¡estaríamos ahora en la Luna jugando al escondite con los marcianos!

Hermanito saca tranquilamente del bolsillo todo un puñado de fulminantes sueltos y se los ofrece. Cualquier experto en municiones habría pegado un salto al ver aquello. Los fulminantes tienen que manejarse con gran cuidado. El menor golpe puede hacerlos explotar.

—¿Tenemos que hacer estallar todo el material? —pregunta ansiosamente *Hermanito*, empezando a hacer preparativos.

—¡De ninguna manera! —responde severamente *el Viejo*—. ¡Cinco o seis deberían ser más que suficientes!

—*Mon Dieu!* ¿Dónde están las tenazas? —pregunta *el Legionario*, muy nervioso—. ¡Tenemos que darnos prisa! ¡Se están acercando rápidamente!

—¿Tenazas? —pregunta *Hermanito*—. Se han perdido, pero ¿quién las necesita? Se pueden emplear los dientes. Yo lo he hecho muchas veces. ¡Y es más rápido! Pero no hay que morder demasiado fuerte, o te quedarás sin dientes y sin cabeza al mismo tiempo.

—*Merde!* —dice *el Legionario*, meneando la cabeza—. ¡Sólo un hombre que esté cansado de la vida puede morder una de esas cosas!

Hermanito introduce despreocupadamente los alambres en los fulminantes y los muerde para sujetarlos bien.

—Es demasiado estúpido para darse cuenta del peligro —sonríe *Porta*—. ¡Ni siquiera el perro más torpe *olería* un fulminante!

—Está loco de remate —dice *Labios de Hielo*—. Nosotros tenemos que ponernos zapatos de goma cuando entramos en los depósitos donde guardan esa porquería. ¡Y ese cabrón se la *come*!

—Es porque nació una víspera de Navidad —ríe *Porta*—. ¡Nada malo puede sucederle!

Hermanito está ya mordiendo el quinto fulminante. Cuando ha terminado, conecta la masa explosiva de una manera que nos da escalofríos en la espina dorsal. Después lo mete todo en su profundo bolsillo. Los peligrosos fulminantes sobresalen, sujetos a sus cables, y se balancean como los cascabeles del gorro de un bufón.

Con Dalin en cabeza, emprendemos la subida a la cima del monte. Después de recorrer un trecho, debemos cambiar los esquíes por raquetas.

—Tendréis que aprender a sosteneros mucho mejor sobre esas tablas —nos critica Dalin, con la irritabilidad propia de un experto—, o nunca podréis realizar esta tarea.

Cuando llegamos al pie de las pequeñas coníferas, avanzamos a tientas en la oscuridad y tenemos que usar nuestras linternas en breves destellos. Hay grietas estrechas y profundas en todas partes. Caer en una de ellas es la muerte segura.

La tormenta aúlla en largos y lúgubres gemidos. La helada quiebra ramas y troncos con fuertes chasquidos que parecen disparos de rifle.

Maldiciendo y resoplando, tratamos de proteger nuestras caras de las cortas y rígidas ramas de los árboles. Azotan nuestros rostros, haciendo que sangren cuando se rasga la piel.

Dalin nos empuja, furioso, burlándose de nuestra torpeza.

—Incluso la vieja y agotada abuela de un cosaco andaría más de prisa que vosotros —nos increpa impaciente—. Siendo tan torpes, ¿cómo queréis ganar esta guerra?

—Espera y lo verás, judío patizambo —grita *Hermanito*, arrojando su metralleta a Dalin, pero sin alcanzarle—. ¡Todavía no conoces a los alemanes!

Después de dos horas de inauditos esfuerzos, llegamos a la vertiente despejada sobre la línea del bosque. Nos dejamos caer agotados sobre el suelo. El viento no es solamente helado; es un rugiente huracán. Podemos ver el pico, como un coloso amenazador, a poca distancia delante de nosotros.

—*Ssatana* —maldice Dalin—. ¡Poneos en pie! Dentro de media hora saldrá la Luna, y podrán vernos desde cien kilómetros.

—¡Jesús y María! —gime *Hermanito*—. ¡Puedo sentir las píldoras explosivas de «Kalashnikov» de la GPU perforando mis buenas tripas alemanas!

De pronto tropiezo y empiezo a resbalar cuesta abajo. Ruedo como una bola de nieve a velocidad acelerada, pero un peñasco se interpone en mi camino. Por un momento creo que me he roto o dislocado un tobillo, pero el miedo a quedarme solo hace que me ponga en pie, aunque el dolor se prolonga hasta la espalda.

—¡No puedo continuar! —gime Gregor, cayendo como un tronco sobre la nieve.

—¡Levántate! —gruñe Porta, dándole una patada brutal—. ¡Piensa en el oro que te corresponderá y *querrás* seguir adelante!

—¡Me cago en el oro! —jadea agotado Gregor—. ¡Puedes guardarte todo el oro del mundo! ¡Déjame *dormir*! ¡Quiero morir! ¡*Ahora*!

Aprieta la cara contra la nieve y todo su cuerpo se estremece con unos sollozos histéricos.

Entre todos le ponemos en pie y le arrastramos como un saco. Grita y nos lanza todos los insultos que se le ocurren. Por fin, Porta no puede aguantarlo más. Le da tal paliza que todas las llagas que le ha producido el frío se abren como forúnculos maduros. Eso le alivia durante un rato.

Hermolov se tiende en un saliente rocoso y mira a través de sus gemelos de noche. Señala en silencio montaña abajo. Podemos ver la compañía GPU moviéndose como una serie de puntitos negros debajo nuestro.

—Tenemos que subir más —dice Dalin—. Pero hay que ir de prisa. No tenemos tiempo que perder. Pero no miréis hacia abajo —nos advierte—. ¡Mirad hacia arriba!

—¡Que Dios nos ampare! —exclama sorprendido Porta, cuando llegamos arriba y vemos las enormes masas de nieve que sólo se apoyan en una roca saliente relativamente pequeña.

—Cuando eso empieza a rodar —dice *Barcelona*—, esa banda de asesinos de allá abajo hará bien en mover el culo lo más de prisa que pueda.

—Cuatro cargas deberían ser bastantes para que esa bola de nieve les caiga sobre el coco —dice *Labios de Hielo*, rascándose pensativamente la cabeza debajo de su gorro de piel.

—Emplearemos cinco. Es mejor asegurarse que tener que lamentarlo —sugiere Porta, mirando el enorme montón de nieve—. ¿Pero cómo diablos vamos a colocar las cargas sin provocar el alud demasiado pronto? Si empieza antes de que esos bandidos hayan salido a aquel espacio abierto, ¡volverán atrás con sus pelotas intactas y nos hallaremos con mierda hasta el cuello!

—Tendremos que pasar al otro lado —dice *Barcelona*. Se inclina sobre la abrupta cara del risco y se echa atrás temblando—. ¡Es imposible! ¡Sólo un águila podría hacerlo!

—Dejadlo para mí —dice *Hermanito*, avanzando enérgicamente—. Yo no soy un águila, pero sí un tipo listo. Vosotros no tenéis idea de lo que es una voladura. ¡Ahora os enseñaré cómo se hace!

—No lo hagas —le aconseja *Labios de Hielo*—. ¡Te romperás el cuello!

—¡No me vengas con cuentos! —ríe desdeñosamente *Hermanito*—. ¡Mira cómo hacen las cosas los chicos de Hamburgo! ¡Subiré a esa repisa y colocaré

los fuegos artificiales en menos que canta un gallo!

—Tiene razón —dice convencido *el Viejo*—. Esa roca saliente aumentará la fuerza de la explosión y hará que caiga más nieve sobre ellos. El ruido será amortiguado por la nieve; los mongoles de ahí abajo no se asustarán, y haremos un buen regalo de almas frescas al diablo.

—¿Por qué no? —pregunta Porta, encogiéndose de hombros con indiferencia—. ¡Que lo pruebe! *Hermanito* siempre consigue hacer cosas que a otros les costarían la cabeza.

—¿Crees que es *peligroso*? —pregunta *Hermanito*, vacilando y mirando precavidamente el vertiginoso abismo.

—En absoluto —miente descaradamente Porta, señalando la franja de nieve que pende amenazadora del borde del saliente rocoso—. Si, con todo lo que pesa, ese hielo y esa nieve no se caen, ¿cómo puedes caerte tú? Sólo debes tener cuidado en que no resbalen tus dos manos al mismo tiempo.

—Hagámoslo, pues —dice resueltamente *Hermanito*, atándose la cuerda a la cintura—. Dadme la piqueta. Agarrad fuerte la cuerda, para que podáis tirar de mí si me caigo de culo.

Gregor se sienta, apoya bien los pies en la roca y suelta poco a poco la cuerda, mientras *Hermanito* avanza sobre la pendiente helada.

—No lo conseguirá —murmura nerviosamente *Barcelona*.

—Más cuerda —grita *Hermanito*, con impaciencia—. ¡Por el amor de Dios, tengo que doblar una esquina! ¡Allá abajo está todo tan negro como el culo de Albert!

—Se matará —dice tristemente Gregor, soltando más cuerda.

Labios de Hielo se sienta a su lado y le ayuda a sostenerla. Es, literalmente, el salvavidas de *Hermanito*.

—¡Jesús! —aúlla *Hermanito*, con una voz que parece llegar a nosotros a través de una capa de algodón.

—¿Ocurre algo? —pregunta Porta, mirando hacia arriba, pero sin poder verle.

—Me he caído de culo. —Su voz llega débilmente hasta nosotros desde la cara del risco—. Aquí sopla un viento infernal. Mi pijo se ha convertido en un carámbano.

—Esto es una locura —murmura *Barcelona*—. ¡No lo conseguirá!.

—Espera a ver —dice Porta—. Conozco a *Hermanito*. Cuando se empeña en una cosa, ¡no hay nada que pueda detenerle!

Podemos oír el ruido del pico con el que talla escalones en la roca y en el hielo. Gregor y *Labios de Hielo* van soltando más cuerda.

—¿Cómo diablos lo *hace*? —pregunta *Labios de Hielo*, meneando la cabeza—. Necesita toda su fuerza para sostenerse en la pared de rocas, ¡y ya debe estar completamente helado!

—Sí, y no olvides que lleva los bolsillos llenos de explosivos —dice *Barcelona*—. Y como es un bruto, lleva preparado el fulminante. Bastaría un golpecito para que él y media montaña saltasen en pedazos.

—¿Entiende algo de municiones? —pregunta *Labios de Hielo*—. ¡Nadie que sepa algo sobre explosivos los maneja como él!

—*Siguió* un curso en Bamberg —ríe tranquilamente Porta—. Pero le expulsaron antes de que consiguiese volar todo el lugar. A pesar de todo, mató a unos cuantos expertos en municiones, sin recibir él mismo un solo rasguño. Aunque en un par de ocasiones salió despedido hacia la Vía Láctea, ¡volvió a bajar relamiéndose los labios!

Si nos asomamos sobre el borde del peñasco, podemos ver la oscura sombra de *Hermanito* ascendiendo lentamente, velada por espesas nubes de nieve.

—Parece un acróbata subiendo a un rascacielos —murmura nerviosamente el Comisario.

—Pero con pocas ventanas a las que agarrarse si se cansa —dice secamente Porta.

—Si resbalase ahora —murmura *Labios de Hielo*—, está a una altura de dos mil metros. ¡La cuerda le partiría por la mitad!

—¡Maldita sea! —grita *Hermanito*—. Esta dichosa cornisa no es más ancha que el espacio que puede recorrer una mosca entre los ojos.

—Agárrate con los dedos de los pies —le aconseja Porta—. ¡Tuércelos como hacen los pájaros!

—¿Qué crees que *estoy* haciendo? —dice la voz de *Hermanito* desde la pared de la montaña.

—Continúa —grita nerviosamente *Labios de Hielo*—. Esos cazadores de cabezas estarán en el valle dentro de un minuto, ¡y se nos echarán encima antes de que nos demos cuenta!

Un fuerte crujido y una lluvia de nieve en polvo la interrumpe. La cornisa ha cedido. Con un aullido de terror, *Hermanito* patalea en el aire; pero, milagrosamente, consigue aguantarse con el pico.

Jurando y maldiciendo, empieza a subir de nuevo. Nos asomamos y vemos que se balancea en el lugar donde estaba antes la cornisa.

Golpea furiosamente la nieve y por fin hace un agujero lo bastante grande para introducir en él las cargas. Escupiendo furiosamente, enrolla dos veces

más los cables alrededor del explosivo y mete piedras y trozos de hielo en el agujero para que aquel se mantenga en su sitio. Sería mala cosa que lo atrajésemos hacia nosotros al mover los cables.

Una fuerte ráfaga de viento se lleva su gorro de piel y a punto está de precipitarle también a él en el abismo. *Hermanito* resbala peligrosamente, pero puede apoyar un pie en la segunda cornisa, que es un poco más ancha.

Aunque tiene la corpulencia de un oso, parece pequeño en comparación con las toneladas de nieve que penden sobre su cabeza. Comprueba una vez más las cargas y da otro apretón con los dientes a los fulminantes. Balanceándose sobre el borde, echa un trago de su cantimplora. Después inicia el retroceso en la pared vertical de roca, azotada por el viento. Un águila enorme aletea junto a él.

Hermanito, furioso, le larga un puñetazo, se suelta y resbala un trecho en la escarpada vertiente.

Gregor, que está a cargo de la cuerda de seguridad, se ha distraído a causa del frío y del agotamiento, y no percibe el tirón que *Hermanito* da a la cuerda. Esta pende tan floja que resulta peligrosa. El hombrón acaba de doblar la afilada esquina cuando el águila ataca de nuevo. Él golpea y pierde pie. Se agarra al hielo, y las uñas se desprenden de sus dedos y mana sangre de las heridas. Su piqueta se dobla sobre el borde del risco y cae entre una nube de nieve.

El águila lanza un ronco grito de triunfo y vuelve al ataque.

Porta lanza un terrible alarido que despierta a Gregor con el tiempo justo. Este consigue apuntalarse entre dos rocas verticales antes de que el fortísimo tirón de la cuerda le haga saltar sobre el borde del cantil.

—¿Qué diablos estáis haciendo? —pregunta el Comisario, acercándose a nosotros—. ¡Santo Dios! ¡Debe de haberse matado!

Podemos ver, allá abajo, a *Hermanito* que se columpia, con el águila furiosa aleteando alrededor de su cabeza.

—¡Ha perdido la piqueta! —dice Porta.

El Comisario le alarga rápidamente su propio pico para el hielo, y *Hermanito* consigue agarrarlo después de varios intentos.

Tiramos poco a poco de la cuerda. Si lo hiciésemos demasiado aprisa, podría romperse.

Mientras tiramos de él, podemos oír sus juramentos y maldiciones.

—Está furioso —dice Porta—. ¡Será mejor que Gregor no se deje ver hasta que se tranquilice!

—Me largo —dice resueltamente Gregor, empezando a sujetarse los esquíes.

Ninguno de nosotros ha advertido que *Hermanito* está ya sobre el borde del cantil, echando chispas. El Comisario nos lanza un grito de aviso, al ver que corre hacia nosotros sobre la nieve, buscando al culpable.

—¿Has soltado tú la cuerda de *Hermanito*? —me pregunta en tono acusador, apuntándome con el pico.

—¡No, *no*! —grito, para evitar una muerte segura—. ¡Ha sido Gregor! ¡Se durmió!

—Se durmió, ¿eh? —ruge *Hermanito*.

Se lanza en tromba sobre la nieve, en dirección al lugar donde está Gregor sujetándose los esquíes.

El Viejo le arroja una metralleta. Le da en la cara; pero él sigue adelante, sin darse un momento de reposo.

Gregor sólo tiene tiempo de volverse. *Hermanito* le agarra por los dos esquíes y le hace girar sobre su cabeza a la manera de un lanzador de martillo. Cuando ha alcanzado velocidad, lo suelta. El cuerpo choca contra una roca y los esquíes se rompen. Entonces, *Hermanito* se lanza de nuevo sobre él, golpeándole con los puños, que parecen rodar como hélices. Gregor sabe que está luchando por su vida. Con el valor de la desesperación consigue dar una patada hacia arriba y alcanza a *Hermanito* en la rodilla. Ahora el hombrón se vuelve realmente loco. Lanzando un grito, salta en el aire, da un giro sobre sí mismo y cae sobre Gregor con tal fuerza que el cuerpo de este es literalmente hundido en la nieve helada.

—¡Atrás! —silba furioso el Comisario, apoyando el cañón de su «Kalashnikov» en el cuello de *Hermanito*—. ¡Atrás, digo, o te mato!

Pero *Hermanito* no oye nada. Echando espumarajos por la boca, sigue pegando al inconsciente Gregor.

—Déjame a mí —dice Porta, golpeando el cuello de *Hermanito* con la culata de su metralleta.

Este lanza un grito ahogado, se derrumba y yace inmóvil sobre Gregor.

—¡Arrojadle al abismo! —sugiere furiosamente *Labios de Hielo*, dando a *Hermanito* una patada brutal—. ¡Ese loco bastardo es *peligroso*!.

—Tómalo con calma —dice Porta—. Cualquiera se enfadaría si un idiota le hiciese dar un salto de trescientos metros montaña abajo y no quedase un hueso entero en su cuerpo.

Poco después, *Hermanito* recobra el conocimiento y sacude la cabeza como un pato que emerge después de bucear hasta el fondo de un estanque.

—No pude impedirlo —se excusa débilmente Gregor, enjugando la sangre de sus magulladas facciones.

—Más tarde hablaremos de eso —le promete *Hermanito*, mirándole con malicia, y se dirige tambaleándose hacia el borde del risco.

—¿Qué diablos vas a hacer? —pregunta *el Viejo*, corriendo detrás de él con la metralleta preparada.

—¿No vamos a hacer rodar esa bola de nieve? —dice *Hermanito*—. ¿No ha sido por eso que hemos subido a esta maldita montaña comunista?

Maldiciendo y jurando furiosamente, empieza a trepar de nuevo por la helada pared de granito. Está tan enfadado que se ha olvidado de atar la cuerda a su cintura.

—Si ahora resbala —dice *Labios de Hielo*—, ¡está listo! ¡Jamás vi un loco como él!

—Por el amor de Dios, no le digas que eso es peligroso —le advierte Porta—. ¡Entonces sí que se caería!

Parece una eternidad hasta que al fin encuentra el cable. Todavía está sujeto a la carga explosiva. Cuidadosamente, como si fuese de cristal, lo atrae hacia sí y lo pasa alrededor de un codo.

—¡Que Dios se apiade de nosotros! —gime el Comisario—. ¡Nunca había presenciado una locura como esta!

Hermanito resbala dos veces al volver atrás. Sólo un montón de nieve congelada que encuentra accidentalmente en su camino impide que caiga y se hunda en el abismo.

—¿Qué pasaría si eso no estallase? —pregunta nerviosamente *Barcelona* cuando regresa *Hermanito* después de conectar alegremente los cables a las baterías.

—La habríamos pringado —responde Porta—. ¡Lo único que podríamos hacer sería ir directamente a su encuentro con granadas de mano y música de balalaika y de guitarra!

—La radio —dice el Comisario—, ¡esa maldita radio! Siempre la tienen a cierta distancia y a cubierto. El radiotelegrafista pedirá ayuda en cuanto nos movamos, ¡y vendrán los Jabos!

—A mí no me gusta esta clase de batería —farfulla *Hermanito*—. Un detonador anticuado que chisporrotea *visiblemente*. ¡Sería divertido! Recordé las vísperas de Navidad, cuando el viejo señor Creutzfeldt solía emborracharse y nos hacía cantar:

Y cuando llegaron a la casa de Herodes,

Él estaba allí, mirando por la ventana...

—¡Vamos! —ordena *el Viejo*, bajando sus gemelos de campaña—. ¡Usa las baterías! Sólo es cuestión de minutos. ¡Haz el contacto cuando yo dé la orden!

—¿Por qué me hablas *así*? —dice *Hermanito*, con enojo—. ¿Crees que vivo en un tonel y que tengo los sesos en las pelotas? Debes saber que los psiquiatras me dieron un grado de inteligencia de 0,7, ¡que es muy alto!

—Depende del extremo de la tabla por el que empieces a contar —ríe Porta—. Pero ten cuidado con los cables y la batería. Sería gracioso que todo eso cayese sobre nuestras propias cabezas. Esos asesinos sanguinarios se morirían de risa y, ¡nosotros pasaríamos a la Historia como los mayores imbéciles que jamás tomaron parte en una guerra!

—*Yob tvoyu mat* —murmura *Labios de Hielo*—. ¡Ahí vienen esos diablos!

La Luna sale de pronto. Podemos ver claramente una hilera de soldados subiendo con sus esquíes. Se detienen varias veces y contemplan los picachos, como si supiesen que estamos aquí.

—Creo que ya es hora de que les rociemos con un poco de nieve —dice Porta—. ¡Antes de que tengamos que despedirnos del oro y de la vida!

—¡Espera! —dice el Comisario. Examina el terreno con sus gemelos—. ¡Tenemos que sepultarlos a *todos*! Si escapa uno solo, ¡dará la alarma!

—Hay huéspedes que suben por el acantilado —dice *Hermanito*, escuchando atentamente—. Puedo oír el ruido de sus garfios.

—¡Caray! —dice *Labios de Hielo*—. Yo no oigo nada.

—Pues yo *sí* —dice *Hermanito*, frunciendo la nariz como un conejo en un campo de coles.

El oficial que conduce la columna se detiene y enfoca con sus gemelos de campaña el borde del cantil detrás del cual nos ocultamos.

—¡Estaos *quietos*! —murmura el Comisario, con voz temblorosa—. Si hacéis el menor movimiento, ¡esos bastardos lo *verán*!.

—Estoy dispuesto a mover la montaña —dice *Hermanito*, con una amplia sonrisa.

—¡Por mil diablos! —susurra *el Viejo*—. Déjate de gansadas, ¡o estaremos perdidos!

Los soldados de la GPU se han desplegado debajo nuestro. Han cargado los esquíes sobre el hombro y suben apoyándose en los bastones. Ahora

también nosotros podemos oír que son más los que suben por la cara del acantilado.

—¿A qué diablos estamos esperando? —pregunta *Hermanito*, con impaciencia—. Iván estará aquí dentro de un minuto, ¡blandiendo sus malditas balalaikas ante nuestras narices!

Nerviosamente, desenroscó la tapa de una granada de mano y pasó un dedo por la anilla. Estoy dispuesto a arrojarla en cuanto aparezca la primera cara rusa sobre el borde del risco.

La mayoría de los soldados de la larga fila india han desaparecido ahora en el lado de la montaña, de modo que ya no podemos verlos. En cambio, sus voces son cada vez más audibles entre los furiosos aullidos de la tormenta. De pronto, la cola de la columna (cinco soldados) se detiene. Enfocan con sus gemelos de campaña la cima de la mole de granito. Algún instinto debe de advertirles la presencia de un peligro desconocido. No son reclutas. Son expertos cazadores de hombres.

—¿Lo *hago* ya? —pregunta *Hermanito*, acercando todavía más los cables a la batería.

Ahora están tan cerca que no comprendemos cómo no ha estallado la carga.

—¡Todavía no! —murmura el Comisario—. ¡Tenemos que esperar a que aquellos cinco se acerquen!

Porta se ha tumbado detrás de la ametralladora ligera, con la culata apretada contra el hombro y el dedo en el gatillo.

Yo destapo las cajas de proyectiles y sostengo las largas cintas, preparadas para su uso.

—¡*Ahora!* —silba el Comisario, golpeando la nieve con el puño.

Hermanito lanza un grito de alegría y establece el contacto.

Por un instante, parece que el mundo ha quedado en silencio. Después, la helada quietud de la noche es sacudida por una serie de estruendosas explosiones. Retumban en las montañas y se extinguen en ecos lejanos.

—Eso debería dar a los cazadores de cabezas algo más en que pensar —ríe Porta satisfecho, llevándose los gemelos de noche a los ojos.

Los soldados de la GPU están aterrorizados y se desparraman por todas partes.

Pero parece que la enorme corona de nieve no ha sido afectada por las explosiones. Transcurren varios momentos sin que suceda nada.

Los soldados de la GPU también han visto eso. Se detienen y empiezan a ponerse febrilmente los esquíes. Un oficial bajito agita furiosamente su

«Kalashnikov» y grita unas órdenes con voz ronca.

—¡Cae de una vez, maldita nieve! —farfulla *Hermanito*, amenazándola con el puño—. Iré a ver lo que pasa —dice, incorporándose sobre una rodilla.

—¡Estás loco! —gruñe *el Viejo*—. ¡Tú te quedarás *aquí*!

Suena un ruido como de truenos lejanos que se acerca rápidamente. La primera masa colosal de nieve se arremolina en una enorme nube blanca. Por un instante, parece quedar suspendida en el aire; después empieza el movimiento. Cientos de toneladas de nieve helada chocan contra la vertiente opuesta y se elevan de nuevo como por efecto de otra explosión. Entonces el primer alud cae sobre las rocas de la falda de la montaña.

Más de prisa de lo que se tarda en pensarlo, incontables toneladas de nieve descienden montaña abajo, barriendo todo lo que encuentran en su camino.

Los soldados de la GPU que están más cerca son sepultados por las masas de nieve. Otros dos soldados se deslizan con sus esquís delante de la avalancha y parece que tienen todavía una posibilidad de librarse de ella.

—*Vive la mort* —ruge *el Legionario*, agarrando un rifle y ajustando la mira telescópica.

—No a esta distancia —dice *el Viejo*.

—Bien sur —replica el Legionario.

Apoya la mejilla en la culata y lanza tres rápidos disparos.

El esquiador que va en cabeza cae de bruces y sigue resbalando cuesta abajo con la cabeza entre los esquís como un mascarón de proa. El soldado que le sigue se vuelve para ver de dónde vienen los tiros. Entonces comete un error fatal. Da media vuelta, pero el pánico ha hecho presa de él. Se vuelve de nuevo y es alcanzado por el alud, que truenas sobre él y lo sepulta.

Saltan árboles por el aire delante de las veloces masas de nieve. Un bosque entero es arrancado de la falda de la montaña.

—¡Una estupenda bola de nieve! —grita entusiasmado *Hermanito* cuando volvemos al sitio donde hemos dejado los vehículos. Los otros nos estaban esperando allí, cada vez más nerviosos.

—Los cazadores de cabezas han perdido su pellejo —dice Porta—. ¡Menuda montaña rusa!

—Yo contestaré —ofrece *Hermanito*, metiéndose en el cuarto de la radio, donde suena una llamada.

Hermanito manosea el receptor y golpea con él un par de veces la pared del tanque con impaciencia, antes de que empiece a funcionar.

—¡Hola! —dice por el micrófono—. ¿Que quién soy yo? Soy yo. ¿Quién iba a ser?

—¡Idiota! ¿Cuál es su posición? —grita una voz aguda e irritada.

—Estamos en el ojo del culo del Universo —contesta *Hermanito*, con una risita—. ¡Acabamos de arrojar una bola de nieve a los hijos de los vecinos!

—¿Desde dónde habla? —pregunta, impaciente, la voz.

—¡Desde aquí! —responde *Hermanito*—. ¿Desde dónde había de ser?

—¿Está usted loco? ¡Quiero saber dónde está! —gruñe la voz.

—¡Qué tonto es usted! Estamos en la maldita Rusia, ¡naturalmente!

—Tenga cuidado con lo que dice, soldado. —La extraña voz tiembla de ira—. ¿No sabe con quién está hablando?

—Y usted, ¿se imagina que soy un adivino? —replica *Hermanito*, mondanándose de risa.

—¿Se está burlando de mí? —La voz es ahora amenazadoramente tranquila—. Quiero saber con quién estoy hablando.

—¡Está hablando conmigo, estúpido! —grita *Hermanito*, empezando a perder la paciencia—. ¿Todavía no se ha dado cuenta? ¡Es usted tan inútil como un pijo alcanzado por una sierra mecánica!

—Está usted hablando con el oficial de comunicaciones —gruñe furiosamente la voz—. ¡Ahora exijo que me diga su nombre, su rango y su unidad!

—¿Le han dado con algo en la cabeza? —estalla *Hermanito*—. ¡Sólo nos está permitido hablar en secreto! Los vecinos no deben saber lo que estamos haciendo, ¿comprende? ¡No va a sacarme una palabra! Podría ser usted uno de esos malditos espías de los que tanto se habla. *Panjemajo*?

—¡Que Dios nos dé paciencia! ¿Sabe la palabra en clave?

—No, ¿por qué había de saberla? —ríe ruidosamente *Hermanito*—. Yo no soy el encargado de esto. Estoy supliendo a Julius, que ha salido a dar un paseo.

—Escuche, soldado —silba el oficial de comunicaciones, con voz temblorosa por la ira—. ¡Basta de tonterías! ¡Quiero saber lo que han estado haciendo!

—Podría haberlo dicho desde el principio, en vez de preguntarme dónde estamos —responde *Hermanito*—. Acabamos de arrojarle una enorme bola de nieve a Iván, ¡que se dirige ahora al Paraíso más de prisa de lo que podrían llevarle los esquís!

—Póngame con su jefe de sección y aléjese de la radio. ¡Ya le daré yo bolas de nieve!

—¡*Viejo!* —grita *Hermanito*, con fuerte voz de barítono—. ¡Aquí hay un chiflado cabrón que pregunta por radio lo que estamos haciendo! Pero ándate con cuidado, pues podría ser uno de esos malditos espías que merodean por todo el país escuchando lo que pueden. Dice que es oficial, ¡pero creo que probablemente está mintiendo!

—¿Qué diablos has hecho ahora? —pregunta *el Viejo*, con aire preocupado y sentándose delante de la radio.

Sigue una larga conversación, en la que *el Viejo* se limita a decir:

—Sí, señor... Sí, mi comandante... Sí, señor...

—¿Sabéis qué me gustaría ahora? —pregunta *Porta*, cuando hemos vuelto a ponernos en movimiento—. Unos huevos duros y unas gambas con salsa de langosta; después una buena ración de carne de cerdo con chucrut y peras en almíbar.

—¡Cállate! —gruñe enojado *el Viejo*—. ¡No hables de comida! Y a ti, *Hermanito*, ¡te pegaré un tiro si vuelves a acercarte a la radio!

Ha amanecido una aurora gris cuando llegamos al *Paritip*, por el que esperamos, con un poco de suerte, poder cruzar el barranco. Es una construcción de aspecto raro.

—¡Por san Pedro! —dice *Porta*, mirando la hondonada—. ¿Podrá eso sostener un tanque?

—Así lo dicen —responde *Labios de Hielo*, encogiéndose de hombros—. Y hemos de esperar que sea verdad, pues no tenemos otra alternativa. ¡Tenemos que pasar! ¡Hemos bloqueado el puerto con aquel alud!

—No parece muy sólido —dice *el Viejo*, contemplando con escepticismo aquella cosa.

Es una pesada plataforma, que se balancea suspendida de gruesos cables.

—¡Vamos! ¡Acabemos de una vez! ¿Quién irá el primero? —grita con impaciencia el Comisario.

—Puedes ir tú, *Albert* —dice *Porta*, agitando delicadamente una mano.

—¡No cuentas conmigo, hombre! —dice *Albert*, después de examinar la oscilante plataforma, que tiene que ser impulsada sobre el abismo por medio de un torno manual.

—¿O quizá prefieres ir el último, cuando los cables estén un poco más gastados? —pregunta sarcásticamente *Porta*—. Será mejor que aceptes mi oferta sin perder momento, hijito, ¡y pases el primero!

Albert cede y se mete en el «T-34» por la escotilla de la torreta.

Cuidadosamente, como si condujese sobre cristal, introduce el pesado tanque en el *Paritip*. La plataforma se balancea como un barco cargado en un

mar encrespado. Poco a poco, empieza a deslizarse hacia el otro lado, y los cables vibran a causa de la tensión.

—Despacio —advierte el Comisario—. ¡Muy despacio!

En silencio y con un nudo en el estómago, seguimos la oscilante plataforma. A pesar del peso que sostiene, las violentas ráfagas de viento la balancean de un lado a otro.

—Esto parece endiabladamente peligroso —murmura Gregor—. ¡Y pensar que lo hacemos voluntariamente!

—Son cosas que sólo se hacen una vez en la vida —ríe tranquilamente Porta—. ¡Tendremos algo que contar cuando nos convirtamos todos en socialistas suecos!

El pesado «Panther» es el último en pasar. Los troncos de la plataforma crujen de un modo alarmante y los cables vibran debido a la fuerte tensión.

Porta se pasa una mano por los rojos cabellos y escupe al barranco. Él y *Hermanito* empuñan la manivela del torno.

—No me atrevo a mirar —murmura el Comisario, volviéndose de espaldas—. ¡Los cables no aguantarán mucho más!

Mientras dice esto, se oye un seco chasquido y se rompe uno de los cables. La plataforma empieza a inclinarse a un lado. El «Panther» resbala lentamente hacia atrás.

—*Par Allah!* —grita nerviosamente *el Legionario*—. Caerá al barranco. ¡Todo ha terminado para ellos!

—¡Por mil diablos! —grita aterrorizado Porta—. ¡Esta letrina se hunde!

La plataforma se inclina más y más. Una ráfaga de viento, y todo habrá terminado.

—¡Agarrad los cables! —grita el Comisario—. ¡Moveos! ¡Traed el «T-34»!

Albert retrocede con su carro del té y lo coloca en el lugar debido. Trabajando contra el tiempo, largamos un cable a la plataforma y tiramos de ella antes de que se rompa el otro.

—¡Que Dios Padre nos ampare! —dice Porta, plantado sobre el borde del abismo y contemplando el *Paritip*. La plataforma está ahora inclinada en un ángulo de 45 grados sobre el fondo del barranco—. ¡Nos hemos salvado *por los pelos!* ¡Se necesita un poco de suerte para aguantar una guerra mundial y seguir respirando!

La brutalidad crea respeto.

ADOLF HITLER

Cruzaron corriendo el campo de juego, saltaron la valla y bajaron por Wundt Strasse, jadeando fuertemente. Oyeron gritos detrás de ellos.

—Halt! Stehen bleiben!

Pero no se detuvieron. Sonó el tableteo seco de una metralleta.

El primero en caer de bruces en las aguas rumorosas y primaverales del arroyo fue el jefe de Sección, un viejo Feldwebel. Había sobrevivido ya a una guerra mundial y estaba resuelto a sobrevivir también a esta.

El siguiente en caer fue el más joven. Sólo tenía dieciséis años. Se arrastró un trecho sobre las rodillas, rozando las cenizas con la cara. Un largo reguero de sangre marcaba su camino. Todavía estaba vivo cuando le alcanzó la Policía militar. Le dispararon un tiro en la nuca.

El resto de la Sección llegó a la pista de carreras y desapareció en el interior de Scheibenholtz Parle. Apenas si vieron al Leutnant ahorcado en la rama de un árbol, con las manos atadas a la espalda.

Un poco más lejos, pendían un Oberst y un Gefreiter. Los tres tenían un letrero colgado del cuello:

*ICH BIN EIN FEIGLING
DER DEN FÜHRER VERRATEN HAT!^[45]*

Dos horas más tarde, la Policía militar los detuvo cuando cruzaban Johannes Parkweg.

Los diecinueve fueron ahorcados en los árboles más próximos para terrible escarmiento de los desertores.

Esto ocurrió el 3 de marzo de 1945 en el hipódromo de Leipzig. Los cuerpos de los desertores no fueron descolgados hasta después de seis semanas.

EL CAPITAN LOCO DE LA GPU

El Comisario levanta la mano en señal de alto.

En medio de la redonda plaza del mercado, medio cubierta de nieve en polvo, hállanse aparcadas varias motocicletas. Todas ellas llevan sidecar con una ametralladora montada en cada uno de estos.

—Es raro que no guarden las ametralladoras en el interior —se extraña Porta.

—No es *nada* raro —dice Heide, que, como de costumbre, está fastidiosamente bien informado—. Mientras estén al aire libre, estarán listas para disparar. Eso se debe a que emplean un lubricante muy eficaz contra la congelación. Llévalas dentro y la variación de la temperatura hará que se hielan y queden inútiles.

—Ten cuidado con que la cruz gamada que llevas en tu pijo de *herrenvolk* no se congele también —dice *Hermanito*, riendo a carcajadas su propia agudeza.

—No se ve ningún centinela —murmura *el Viejo*, asomando prudentemente la cabeza sobre el borde de la torreta—. ¡Esos chicos deben sentirse muy seguros!

—Detrás de aquella casa hay un viejo camión —dice Porta, señalando con el dedo.

—Entonces podemos contar con que hay muchos Ivanos —advierde *Hermanito*, estirando el cuello con curiosidad.

El Comisario salta pesadamente del trineo a motor. Con su largo capote hinchado por el viento, avanza hacia nosotros sobre la gruesa capa de nieve.

—Estad alerta —dice, volviendo la cabeza para mirar a *el Viejo*, que sigue en la torreta del «Panther»—. ¡No lo comprendo! Aquí no tenía que haber personal militar. Temo que se hayan oído algo sobre nosotros. ¡Sube allá arriba por esa calle! Yo dominaré esta plaza con los «T-34» y el trineo. No disparéis a menos que sea absolutamente necesario. La oscuridad nos protegerá. Esos patanes no saben distinguir un tanque de un triciclo. Si

alguien os pregunta, decidle que transportáis estiércol. ¡Eso pueden comprenderlo!

Porta arranca con un estruendo que hace temblar las casas más próximas. Acelera el «Maybach» de 700 caballos hasta el máximo de revoluciones, para mostrar de lo que es capaz. Una típica exhibición de conductor. Es algo que nunca podrá evitar.

—¿Qué pongo en el tirachinas? —pregunta *Hermanito*, acariciando una granada.

—¡Explosivas, maldita sea! —gruñe irritado *el Viejo*.

—Pensaba que servirían las marcadoras —ríe satisfecho *Hermanito*—. ¡Todavía tenemos un poco de pintura roja! A Iván le gustaría que le embadurnásemos con cien litros de pintura roja. ¡Dicen que el rojo es el color de moda esta temporada en el país!

—¡Cielo santo! —grita *el Viejo*—. ¿Todavía tenemos esas malditas marcadoras? ¡Te dije que las tirases! Si te equivocas una vez, ¡puede significar la muerte para nosotros!

—Yo nunca me equivoco —se jacta *Hermanito*, con tono de superioridad—. ¡Y no quiero perder esos proyectiles! Más pronto o más tarde, ¡podremos divertirnos con ellos!

Porta mete el «Panther» en una calle estrecha, que sólo deja un espacio de unos centímetros a cada lado de aquel.

—Sal y dirígele —ordena *el Viejo* a *Hermanito*.

—Siempre tengo que ser yo —protesta agriamente *Hermanito*—. ¿Por qué no puede hacerlo Sven? Él es voluntario y quiere ser oficial. Deja, pues, que dé las órdenes.

—Cállate —gruñe *el Viejo*— y haz lo que te digo.

Con un cigarrillo encendido, *Hermanito* guía a Porta por el estrecho callejón. Cuando hemos recorrido un trecho en él, *el Viejo* da la voz de alto.

—¿A dónde diablos iremos a parar? —murmura resignadamente.

—A una tasca. —Porta sonríe con indiferencia y señala un gran rótulo que dice «KUKHMISS — TAERSSKAYA» *Bajomaj*—. También alquilan habitaciones. Entremos y firmemos en el libro. Ya no me acuerdo de lo que es dormir en una cama decente.

Hermanito está subiendo ya los anchos escalones que conducen al restaurante.

—¿Adónde diablos vas, maldito loco? —estalla *el Viejo*, irguiéndose en la torreta.

—Voy a pedir café y pasteles calientes —grita *Hermanito*, que apoya la mano en el tirador de la puerta.

—¡Idiota! —ruge *el Viejo*—. ¿Quieres que nos acribillen a tiros?

—No. Sólo quiero una taza de café —ríe *Hermanito*, con una mueca que hace que su cara parezca una calabaza rajada.

—Tú guía a Porta, y nada más —ladra *el Viejo*, a punto de estallar.

—Despacio, muy despacio —indica *Hermanito*—. Si torcieses un poco a la izquierda, derribarías esa vieja y maldita casa. ¡Y al dueño no le gustaría *nada*!

—¡Caray! —gruñe *el Viejo*, enjugándose el sudor de la frente—. ¡Ha estado en un *trís*!

De pronto, *Hermanito* corre hacia el tanque y se mete por la portezuela lateral con la celeridad de un conejo desapareciendo en su madriguera.

—¿Qué pasa? —pregunta sorprendido *el Viejo*.

—*Todo* el Ejército Rojo está detrás de la esquina, rascándose el culo —jadea *Hermanito*—. Si no hubiese tenido cuidado en ocultarme junto a la esquina de la casa, ¡habrían podido freírme a tiros!

El Viejo mira a través del visor de noche, pero no ve nada. La calle está oscura y desierta.

—Supongo que habrás estado bebiendo otra vez, como de costumbre —dice, mirando con ceño a *Hermanito*.

—¡Oh! Es eso lo que crees, ¿eh? —grita *Hermanito*, en tono ofendido—. Está bien. Ve tú hasta allí y asoma la jeta alrededor de la esquina.

—Y ahora, ¿qué? —pregunta Porta, echando un rápido trago de la botella de vodka—. ¿Seguimos adelante y echamos un vistazo a esos soldados comunistas? ¿O les damos una gota de ácido para que sepan que llegamos?

—¡Adelante, despacio! —ordena secamente *el Viejo*.

El pesado tanque hace una profunda reverencia cuando Porta pisa cuidadosamente el acelerador. La oruga más próxima se lleva el frontón de una casa.

—Ese tipejo de la esquina, ¿no es un digno representante del Ejército de los vecinos? —pregunta Porta, deteniendo el tanque con una sacudida.

—¡Adelante, despacio! —ordena *el Viejo*, en voz baja—. No se quedaría allí plantado si recelase de nosotros. Habría dado ya la voz de alarma y despertado a media Rusia.

—¿Y si le regalamos un bote de pintura? —pregunta *Hermanito*, con una risa breve.

—¿Está puesto el seguro del cañón? —pregunta nerviosamente *el Viejo*.

—Claro que sí —responde *Hermanito*—. ¿Crees que soy tan estúpido como para caminar delante de un cacharro con el cañón a punto de disparar y apuntándome al trasero?

Un guardia con su «Kalashnikov» está plantado en el cruce de calles, observando con interés el tanque que avanza en su dirección. Si sospecha de nosotros, habremos caído en una trampa. No podemos emplear el cañón en esta calle tan estrecha. Y ellos pueden liquidarnos con armas manuales sin la menor dificultad.

—¿En qué estará pensando ese payaso? —murmura Porta, observando a través de la mirilla el oscuro personaje plantado como una estatua a unos doscientos metros delante de nosotros, con las manos hundidas en los bolsillos—. Debe ser uno de esos abortos cosacos que han pillado en un estercolero y les han dado un fusil a cambio de su rastrillo.

—Y todo ha ido tan de prisa que el Ejército se olvidó de instruirles sobre la forma de los tanques —ríe *Hermanito*—. Ahora se imagina que somos una carreta de estiércol mecanizada.

Antes de llegar al centinela, Porta ve una calle estrecha a un lado. Con gran ruido de ladrillos arrancados, mete el «Panther» en la calleja, pero frena de golpe.

—¿Nos persiguen? —pregunta *Hermanito*, echando un trago de vodka para animarse.

—No, pero estamos en un callejón sin salida —gruñe Porta—. ¿Por qué diablos no pondrán señales? ¡Nos quejaremos por esto!

—Un par de patrulleros de los vecinos vienen hacia nosotros —nos advierte *Hermanito*, mirando cautelosamente por la portezuela lateral.

Porta echa una rápida mirada al espejo.

—¡Diablos! ¡Y parecen un par de enemigos públicos auténticos!

—¡Maldición! —grita nerviosamente *el Viejo*—. ¡Atrás! ¡Al diablo con las consecuencias! ¡Salgamos de aquí, antes de que nos chamusquen el trasero!

Yo agarro nerviosamente mi metralleta y la amartillo. Se oye un chirrido de metal contra el hormigón.

—Cuidado con las orugas —advierte *el Viejo*—. Si se estropea una, ¡estamos listos!

—Ahí viene otro enemigo público —dice *Hermanito*, estirando el cuello.

Porta hace girar el tanque hacia la derecha con tanta brusquedad que las granadas caen de los armarios abiertos y producen un fuerte ruido al chocar con el suelo de acero.

El Viejo enciende su pipa con dedos temblorosos.

—¡Reduce la velocidad, maldita sea! —grita desesperadamente.

—¡No hay que espantarse por nada! —aúlla Porta, encendiendo el faro delantero. Demasiado tarde, ve dos «Tempo» de cuatro ruedas aparcados tan cerca el uno del otro que sólo podría pasar una bicicleta entre ellos—. Todo está bajo control —grita, pisando el acelerador y partiendo los «Tempo» por la mitad.

El Viejo deja caer su pipa y se tapa la cara con las manos.

—Confío en ti —dice.

No puede hacer otra cosa. Abandona, se retrepa en el asiento del jefe del tanque y observa la noche que avanza hacia él.

El motor ronca a su máxima velocidad. Se encienden luces en las casas, sin tener en cuenta la orden de oscurecimiento total.

—¡Por mil diablos! —grita Porta—. ¡Estamos en un brete! ¡Levantad el cañón! ¡Voy a seguir adelante!

—No vas a atravesar aquella pared, ¿verdad? —pregunta aterrorizado *el Viejo*—. ¡Con eso se darían cuenta de que no estamos de su parte!

Un balcón se derrumba, con una lluvia de ladrillos y mortero sobre el tanque. Una motocicleta es aplastada por las orugas.

Tres rusos vienen hacia nosotros, agitando los brazos.

—¿Les envió un bote de pintura? —pregunta *Hermanito*—. ¡Esto les daría algo en que pensar!

—*Stoy, stoy idjiotsetvo* —gritan, con ademanes amenazadores contra el tanque, que baja rugiendo por la estrecha calle y aplastando cuanto encuentra a su paso.

Los tres rusos se detienen y miran aterrorizados el tanque que se les viene encima. Un instante después son lanzados al aire, caen de nuevo sobre los adoquines y dos de ellos son aplastados por las orugas. El tercero se pone en pie y corre como un loco calle abajo.

—¡Atrápale! —grita *el Viejo*—. Si sale de aquí y da la alarma, ¡estamos perdidos!

—¡Me lo comeré! —grita *Hermanito*, asomándose a la portezuela, con su alambre estrangulador en la mano. Cae, desde luego, sobre el pavimento helado—. *Ruki verch!*^[46] —chilla, corriendo detrás del ruso, que está loco de terror.

Este se detiene y escupe furiosamente hacia *Hermanito*, se agacha, agarra un pedazo de hielo y lo arroja contra el tanque. Después echa a correr de

nuevo, con *Hermanito* pisándole los talones. Caen los dos sobre un montón de nieve.

Hermanito levanta su cuchillo, pero resbala en el hielo y falla el golpe.

El ruso lanza un grito de pánico y desaparece a toda velocidad detrás de una esquina antes de que *Hermanito* pueda ponerse en pie.

Sin preocuparse de los choques, Porta da marcha atrás en la estrecha calle, a tal velocidad que se diría que todo el pueblo se nos viene encima.

Una mujer chilla histéricamente en la noche.

—¿Dónde diablos está esa mujer? —pregunta Porta, estirando el cuello—. ¡Las mujeres que chillan me ponen nervioso!

—Viene con nosotros. ¡En la torreta! —responde lacónicamente *Hermanito*.

—¿Con nosotros? —pregunta *el Viejo*, sin comprender.

—Sí, y ha traído su cama y unas mantas consigo —ríe *Hermanito*, asomando la cabeza por la ventanilla lateral.

La muchacha lanza un par de extraños sonidos guturales al ver la caratizada de *Hermanito*. Después emite otro chillido estridente.

—¡Cielo santo! ¡Se ha caído! —dice él, frotándose las palmas de las manos.

—¡Oh, *no*! ¿Se ha hecho daño? —exclama Porta.

—Creo que no —responde *Hermanito*, asomándose todavía más a la ventanilla abierta—. ¡Corre tan de prisa que se diría que un gato salvaje se ha metido dentro de sus bragas!

—¿Se ha llevado también la cama? —pregunta interesado Porta.

—No, todavía está colgada allí —ríe *Hermanito*.

—¡Estupendo! ¡Podemos hacer turnos para dormir en ella!

Porta vuelve el tanque en dirección a unas viejas casas de madera con balcones y galerías sobre la calle.

—Ten cuidado; te acercas demasiado —le advierte *el Viejo*.

Se oye un ruido de madera astillada y de cristales rotos.

—¡Diablos! —maldice Porta, pisando el freno.

—¿Qué pasa? —pregunta nerviosamente *el Viejo*, doblándose hacia abajo en la torreta—. ¿Se han roto los frenos?

—¡Los frenos están bien! —gruñe Porta, retirando el pie del pedal—. Es este maldito carro. No para de resbalar y de chocar con esas puercas casas.

—¡Parece que se nos quieren echar encima! —grita *Hermanito*, arrojando un trozo de baranda que ha quedado enganchado en la portezuela.

—Es lo que *están* tratando de hacer —contesta Porta. Prosigue con sus intentos de frenar despacio, pero el tanque adquiere más velocidad al descender por el helado pavimento—. Alguien debe de estar empujándonos. ¡Matad al bastardo! —grita.

—¿Acaso estamos en dificultades? —pregunta *Hermanito*.

—¿En dificultades? —replica *el Viejo*—. ¡Hemos estado en dificultades desde que empezó esta maldita guerra mundial!

—¿Y si saliésemos a echar un vistazo y ver cómo marchan las cosas? —sugiere *Hermanito*.

En realidad, lo que quiere es volver a pisar tierra firme. La atmósfera en el interior del tanque parece haberse calentado mucho de repente.

Porta mete el tanque entre dos bloques de apartamentos construidos de hormigón armado. Quedamos atascados allí, irremediablemente.

—¡Por todos los diablos del infierno! —maldice *el Viejo*, tenso como un muelle—. ¿Para qué demonios has querido meterte aquí?

—Estoy cansado de demoler casas —responde resignadamente Porta— y, como sabes muy bien, ¡todos los caminos conducen a Roma!

—¿Tenemos que ir ahora a Roma? —pregunta sorprendido *Hermanito*—. ¿Es que los comunistas han trasladado a Roma nuestro oro?

—¡Idiota! —ladra Heide—. ¡Eres tan estúpido como pareces!

Hermanito se dispone a lanzarse sobre él cuando se oye un grito en una ventana de un primer piso. Un ruso corpulento en mangas de camisa y con casco de acero se asoma y agita furiosamente los brazos.

Lo que ocurre después es en realidad un movimiento reflejo.

La metralleta de *Hermanito* escupe una llama azul contra la figura gesticulante. Esta cae de la ventana, se desliza sobre la plancha delantera del tanque y queda inmóvil sobre la nieve.

—¡Desmonten! —ordena *el Viejo*, saltando de la torreta—. Volvamos a la plaza del mercado para ver lo que ocurre allí. ¡Parece que se han abierto las puertas del infierno!

Corremos y chocamos con Albert que viene en dirección contraria, delante de la panadería de la esquina. Albert lanza un grito ronco y tropieza con un perro muerto.

—Si salgo de esta con vida, ¡iré a la iglesia todos los domingos! —gimotea—. ¡Preferiría estar con los antropófagos en África!

—¿Quién está disparando? —pregunta Porta, dejándose caer detrás de la ametralladora ligera.

—Los vecinos —grita *Barcelona*, refugiándose detrás de una máquina de barrer las calles.

La plaza del mercado es escenario de una terrible confusión. Brillan fogonazos en todas direcciones.

—¡Ponte a cubierto, por el amor de Dios! —grita *Labios de Hielo* al ver que Gregor cruza corriendo la plaza con las balas trazadoras silbando a su alrededor.

—¿Qué pasa? —pregunta aterrorizado Gregor.

Salta la valla, describiendo un arco largo, y aterriza al lado de *Labios de Hielo*, levantando una nube de nieve. Sólo están a dos palmos de distancia el uno del otro, pero se hablan a gritos, salpicándose de saliva.

—¿Están disparando? —pregunta excitado Gregor, preparando su metralleta.

—¡Sí, estúpido! —escupe *Labios de Hielo*—. ¡Eso es lo que *no paran* de hacer!

—¿Y por qué no disparáis contra ellos? —ruge Gregor, enviándole una rociada de saliva a la cara.

—¡Es lo que *estamos* haciendo! —responde *Labios de Hielo*, lanzando una ráfaga de balas delante de él sin apuntar a ninguna parte.

—¿Crees que saldremos de esta? —grita Gregor, con voz que resuena entre las casas.

—¿Y cómo diablos quieres que lo sepa? —chilla *Labios de Hielo*, disparando contra un escaparate.

Al romperse el cristal en mil pedazos, empieza a funcionar un timbre de alarma.

—¡Ladrones! —grita Gregor—. ¡Mira que atreverse a robar, estando el Ejército alemán y el Ejército Rojo en el pueblo!

—¡Cierra tu estúpida boca! —ruge el Comisario, enjugándose la saliva de la cara.

Un tableteo de «Kalashnikov» le ataja en seco. Las ventanas del otro lado de la plaza del mercado se desintegran, y los seis neumáticos del camión aparcado al amparo de la casa larga estallan con ensordecedor ruido.

En medio de aquella confusión, lanzo dos granadas de mano. Una de ellas entra en la cabina del camión, que empieza a arder inmediatamente.

—¿Qué diablos *pasa*? —grita *Hermanito*, mirando confuso a su alrededor—. ¿Quiénes son los idiotas que disparan? ¿Y contra quién? ¡Somos *amigos*!.

Le responde una larga y furiosa ráfaga de tiros de un par de ametralladoras.

—¡Me parece que ya es *bastante*! —grita indignado Porta, perdiendo su bombín amarillo.

—Esos bastardos han montado cañones en el tercer piso —grita Albert, señalando furiosamente—. Creo que ellos no saben que venimos en plan amistoso.

—Yo no aguanto más —grita Porta, levantando su metralleta.

Los postigos se convierten en astillas. Nieve, hielo y trozos de cristal vuelan en todas direcciones al vaciar Porta todo el cargador de su «Kalashnikov» en una larga ráfaga contra la ventana.

Una mujer muy gorda y muy enojada, con un brillante camison amarillo y un gorro de noche rojo, aparece en la ventana destrozada.

—¡Hijos de perra! —chilla furiosa—. ¡Tendréis que pagar todo lo que habéis roto! ¡Mestizos cobardes! ¡Id a matar alemanes y dejadnos en paz a los rusos! —Levanta un jarrón sobre la cabeza, retrocede un poco y corre hacia delante para dar mayor impulso a su lanzamiento. Desgraciadamente para ella, corre demasiado. Se olvida de soltar el jarrón y salta con él por la ventana. Con un chillido estridente, aterriza en un montón de nieve. El jarrón se escapa de sus manos y va a dar en la cabeza de *Labios de Hielo*. Este lanza un grito ahogado y pierde el conocimiento.

—¡Huy! —grita *Hermanito*.

—¡Le ha dado en mitad del coco! —ríe divertido Porta.

—¡Huy! —repite *Hermanito*—. ¿Está loca esa mujer?

—Yo diría que sí —responde *Barcelona*—. ¿Quién no se volvería loco con toda esa pandilla de chiflados disparando contra las ventanas a altas horas de la noche?

—¿Fue ella quien disparó? —pregunta *Hermanito*.

—No; debimos de equivocarnos —dice Porta, meneando la cabeza. Estira el cuello para ver mejor a la gorda, que se arrastra sobre la nieve lanzando maldiciones—. ¡Una criatura adorable! ¡Precisamente mi tipo! ¡Estando con ella en la cama, la Guerra de los Treinta Años me parecería corta! ¡Eh! ¡Olga! —grita—. ¡Ven aquí y nos divertiremos juntos!

—Disparemos en la otra dirección y veamos lo que ocurre —sugiere, belicoso, Gregor.

Una larga ráfaga de proyectiles de ametralladora levanta nieve a lo largo de toda la plaza del mercado. Una bala abre un surco en la bota izquierda de Porta.

—¡Huy, huy, huy! ¡Sangre! —aúlla Albert.

Una bala rebotada le ha arañado la mejilla.

Labios de Hielo ha recobrado el conocimiento después de su encuentro con el jarrón. Salta hacia atrás y se refugia detrás de Porta. Sostiene la pesada «Nagan» delante de él con ambas manos. Sin pretenderlo, apunta directamente a Porta.

—¡Jesús! —grita este, volviéndose en redondo y mirando la negra boca del cañón de la «Nagan».

Puede ver claramente el rayado del cañón y presiente la bala de 11 mm y cabeza redonda esperando a ser disparada.

—¡Eres hombre *muerto*! —vocifera *Labios de Hielo*, loco de miedo.

Porta se agacha en el mismo instante en que es disparada el arma. La bala pasa a un centímetro de su mejilla. Pone los ojos en blanco y cae de espalda sobre la nieve. Se imagina que está muerto.

—¡Caray, hombre! ¡Esa bala me ha atravesado! ¡En mi vida oí un estampido tan fuerte!

Tenemos que ponerle un espejo delante de la cara para que se dé cuenta de que no hay en ella ningún orificio de entrada y de que todavía está vivo y de que *Labios de Hielo* ha errado el tiro. Tarda un buen rato en recobrase de la impresión.

—Eso me recuerda una pelea en la que me vi enzarzado una vez en Berlín —dice, encogiéndose bajo una ráfaga de fuego de metralleta—. Mi viejo llegó a casa cegado y pensó que la melenuda había hecho algún trabajo extra. Mientras la estaba castigando por esto, descubrió que el asado de carne de cerdo se había quemado. Por consiguiente, resolvió destruir toda la calle, *antes* de volver para ajustarle las cuentas a la vieja. Bueno, entonces aparecieron los guripas y empezaron a atizarle *a él y a todos los demás*. ¡Ni se les ocurrió preguntar de quién era la culpa!

—Vayamos allá —grita *Hermanito*.

Agarra una «Schmeisser» y empieza a cruzar a toda velocidad la plaza, sin importarle las balas que silban junto a sus orejas.

El loco ametrallador del otro lado de las casas lanza una nueva y larga ráfaga de tiros, haciendo saltar nieve en el aire. Está barriendo la plaza.

Porta corre calle abajo, se detiene ante la ventana de un sótano y vacía en ella todo un cargador. De pronto, la ametralladora deja de disparar y se hace un extraño silencio.

Hermanito sube en dos saltos la larga escalera de cemento. Abre la puerta de una patada.

—¡Cierra la puerta, imbécil! —ruge una voz—. ¡Ahí fuera hay una multitud de locos que dispara contra nosotros!

Hermanito agarra el largo cargador de la «Schmeisser» con firmeza y aprieta la culata debajo del codo.

Un capitán con los galones verdes de la GPU sobre los hombros lanza un grito y se oculta detrás de una mesa llevándose ambas manos a la cabeza.

Una figura corpulenta está plantada en medio de la habitación, con una pistola del 45 en la mano. Suena un solo disparo pero viene de otra dirección. *Hermanito* está tan impresionado que, por un instante, se imagina que está muerto. Traza un semicírculo con su metralleta alemana de cañón corto.

El ruso corpulento de la 45 lanza un grito al ver el cañón negro de la «Schmeisser». Deja caer su pistola y levanta las manos.

Junto a la sucia pared hay un grupo de soldados de Intendencia a medio vestir y mirando con asombro a *Hermanito* y a la «Schmeisser».

Un cabo da dos pasos al frente y pestañea. Dándose cuenta de que los ojos no le engañan, se detiene y encoge la cabeza entre los hombros como una tortuga.

La «Schmeisser» ruge como una sierra mecánica sin control. Escupe llamas azules, y aparecen largos surcos en las paredes. Cae yeso del techo como una espesa nevada.

Un soldado menudo, que está muy borracho, corre en zigzag por la habitación, se desliza sobre una mesa y cae de cabeza al suelo. Allí se queda, protegiéndose la nuca con ambas manos. Vuelve cautelosamente la cabeza para comprobar si lo que ha creído ver responde a la realidad. Era verdad.

Un grupo de rusos permanece sentado y mirando fijamente, paralizados todos por las muchas cosas que han ocurrido en tan breve período de tiempo. Después caen de espaldas, al ser segadas debajo de ellos las patas de sus sillas.

Una comitiva fúnebre, armada con paraguas negros, sube corriendo la escalera para ver lo que sucede. Necesitan un poco de diversión después del melancólico ambiente del cementerio, y se aprietan detrás de *Hermanito* para mirar por encima de su hombro. Los que van en cabeza ven la «Schmeisser» con su cañón chato y su largo cargador. Después ven la cara más fea que hayan visto jamás y comprenden en seguida que está ocurriendo algo que *no* debería ocurrir. Se pisan los unos a los otros en su prisa por largarse de allí; tropiezan con los sombreros y los chanclos, que se les han caído, y se enredan inextricablemente con los mojados paraguas negros, algunos de los cuales se han vuelto del revés.

Un perro grande, mojado e increíblemente feo llega trotando y huele a *Hermanito*. Le mira y le lame la mano. Diríase que le sonríe. Cierra los ojos

cuando empieza el tiroteo. Trozos de cristal vuelan por el aire y quedan pulverizados. Saltan astillas de madera. Balas perdidas perforan las paredes. El perro abre de nuevo los ojos y está tan contento que parece que va a perder el rabo de tanto agitarlo.

Se oyen rugidos y gritos histéricos, al compás del furioso tableteo de la metralleta alemana. Las balas rebotan y silban en la estancia. Una tubería revienta, y brota agua en todas direcciones.

Un gran objeto ovalado rueda por el suelo y se detiene delante de los pies de *Hermanito*.

El perro lo husmea cautelosamente y se echa atrás.

—¡Santa Madre de Kazan! —grita aterrorizado *Hermanito*—. ¡Una granada de mano! ¡Una maldita granada de mano!

De un certero puntapié, envía el peligroso artefacto al rincón más apartado de la estancia. Suena una explosión ensordecedora. Una estufa al rojo de dos metros de altura sale volando por el aire.

Hermanito y el perro se agachan al mismo tiempo al pasar la estufa por encima de ellos y la contemplan temerosos cuando se estrella contra la puerta de doble hoja, llevándosela consigo y haciendo que la comitiva fúnebre corra todavía más de prisa. ¡Piensan que aquella estufa al rojo es el mismísimo diablo en busca de almas para llevarlas al infierno!

Otra granada de mano llega volando por el aire, choca con la jamba de la puerta y rebota como una bola de billar mal dirigida. Estalla sobre un aparador. Ahora hay sangre en todas partes. Aquello parece una carnicería.

Un sargento que lleva solo una bota y el casco caído sobre el cogote llega corriendo, con ojos desorbitados, y se abraza a Porta que entra en aquel momento.

—*Tovaritsch, tovaritsch*, ¡Haz algo! —chilla, loco de miedo.

—¡Ya *estamos* haciendo algo! —responde Porta, librándose del abrazo de aquel hombre.

—¡Estáis en un error! —dice el sargento a voz en grito, a pesar de que sólo está a unos centímetros de Porta—. ¡Nosotros somos rusos! ¡Somos *amigos*!.

—Es exactamente lo que *pensábamos* —grita *Hermanito*, tan fuerte como él—. ¡Nosotros somos *alemanes*, hombre!

—Lo sé —vocifera el sargento—. ¡Perteneceís a la Brigada del Volga!

—Entonces, ¿por qué disparáis contra nosotros? —pregunta Porta, con voz tonante—. Pensábamos que erais contrarrevolucionarios y que teníamos que volaros la cabeza.

—¡No, no! ¡No es verdad! —grita el sargento—. ¡Todos pertenecemos a una compañía de servicios y suministros! ¡No hacemos mal a *nadie*!.

—Salgamos, pues —grita *Hermanito*, señalando hacia la puerta con la «Schmeisser»—. Todo ha terminado. ¡Ha sido un error!

—¿Un error? —suspira *el Viejo*, abriendo mucho los ojos al ver aquel estropicio—. ¡Válgame Dios! ¡Habéis destrozado este lugar!

—La culpa ha sido de ellos —se defiende Porta—. ¡Fueron ellos quienes empezaron con granadas!

Un ruso con el gorro calado sobre las orejas y el capote ondulado al viento baja corriendo por la empinada calle, como alma que lleva el diablo.

—¡Paracaidistas, paracaidistas! —chilla, presa de pánico.

Pierde pie y resbala un largo trecho sobre la panza. Cuando recobra al fin el valor suficiente para mirar hacia arriba desde el montón de nieve al que ha ido a parar, contempla paralizado y con los ojos desorbitados la cara de Albert, negra como el carbón. Emite unos ruidos extraños y su corazón deja de latir. Sencillamente, ha muerto de miedo.

—¡Que me aspen! —grita asombrado Porta—. Sin darnos cuenta, Albert se ha convertido en nuestra arma secreta. Basta con que le llevemos delante para que todos mueran de muerte natural. ¡Con sólo verle, sus corazones dejan de latir!

—*Job tvojemadj!* —vocifera un sargento, arrancándose pedacitos de cristal de la cara—. ¡Y todo este estropicio con una sola «Schmeisser»! Si no me hubiese refugiado a toda prisa detrás del aparador, esa maldita metralleta me habría partido por la mitad. Habría acabado con mi puerca vida, ¡vaya que sí!

—Yo he estado a punto de cagarme en los calzones cuando ese cabrón ha empezado a disparar la «Schmeisser» —confiesa un cabo con el rostro blanco como la nieve—. Si no me hubiese caído por la escalera, habría acabado conmigo.

Un suboficial de blancos cabellos está sentado sobre un montón de cristales y azulejos rotos. Se sujeta la pierna, que ha sido rajada desde el empeine del pie hasta más arriba de la rodilla.

—¡Mi pierna! ¡Mi pierna! —gime desesperado—. ¡Y esos malditos embusteros me dijeron que servir en Intendencia era una ganga! Me aseguraron que nunca oiría un tiro. ¡Y en cinco minutos he oído más tiros que los que se dispararon en toda la Primera Guerra Mundial!

—¡Esconded la cabeza, cerdos! ¡Aquí viene Miguel Yakanashi! ¡Y no viene solo!

El amenazador mensaje termina con una estruendosa salva de «Kalashnikov».

—Es otra vez ese capitán chiflado —explica el pálido cabo, metiéndose a rastras debajo de un banco—. ¡Ojalá se metiese el diablo en su cuerpo con un saco de dinamita sobre la espalda! ¡No parará hasta que nos haya matado a todos! Puede agradecer a sus buenas relaciones el haberse salvado de la horca. ¡Y todo por causa del «cerdo temblón»!

—¿«Cerdo temblón»? —pregunta *Labios de Hielo*, sin comprender.

—Gelatina de cerdo —dice solemnemente el cabo, abriendo los brazos—. ¡Ese loco bastardo *odia* el «cerdo temblón»! Dicen que mató a su esposa porque se lo daba todos los días.

Un soldado muy joven, con un vendaje ensangrentado alrededor del cuello y con unos ojos saltones como los de una rana, se deja caer, sin aliento, entre Porta y *Hermanito*.

—Me estalla la cabeza —gime—. ¡Con todo ese *ruido*!

Levanta su «Kalashnikov» y vacía el cargador de cien cartuchos contra el sitio donde se imagina que se ha refugiado el capitán loco.

—¡Vamos! Nosotros nos encargaremos de él —grita furiosamente *el Viejo*—. ¡Quiero un poco de *paz*, maldita sea!

En fila india, agachados y en breves carreras, vamos hacia el edificio. Entre el tableteo de las metralletas y las ametralladoras, podemos oír gritos que vienen del tercer piso.

—¡Mueran los contrarrevolucionarios! ¡Mueran los traidores trotskistas!

—Esa sanguijuela loca tiene mierda donde debería tener los sesos —gruñe irritado *Hermanito*.

Cruza la plaza del mercado corriendo a toda velocidad y con las balas trazadoras silbando a su alrededor.

—Hoy en día, esos idiotas que agitan banderas se encuentran en todas partes —dice Porta, sujetando su equipo en una posición más cómoda—. Llevan el harapo nacional colgando de las orejas y del ojo del culo, para que nadie pueda pensar equivocadamente que no aman a su cochina patria.

En ruidosa confusión, vamos a parar a una profunda cuneta que nos da cierta protección.

—¿Es la primera vez que hacéis un trabajo como este? —pregunta *Labios de Hielo*, haciendo un guiño—. ¿Habéis estado alguna vez con los polizontes?

—Sólo detenidos por ellos —responde Porta—. ¡Nunca disparando a su lado!

—Entonces no sabéis lo que es bueno —ríe *Labios de Hielo*, enviando un par de balas de su «Tokarev» al tercer piso—. ¡Patanes como ese abundan en todas partes! Mira, ¡y el espectáculo termina casi siempre igual! Se largan como si estuviesen cansados de jugar. ¡Se meten el cañón en la boca y disparan con el dedo gordo del pie!

—Lo cual no es fácil —dice Porta, como buen conocedor—. Generalmente, yerran el tiro y tienen que seguir viviendo con la mitad del coco destrozado.

—¡Cierto! —ríe *Labios de Hielo*—. Y tienen que observar una dieta forzosa durante el resto de su vida. ¡Nada de carne de cerdo! ¡Nada de mozas!

—¡Muera Trotsky! —grita alguien en lo alto de la escalera. El capitán ha iniciado el combate por el control de la casa. Nos tiene clavados en el descansillo durante más de una hora.

—Debe de tener municiones para todo un cuerpo de ejército —murmura Porta, meneando la cabeza. Se aprieta contra la pared, mientras una ráfaga de tiros acribilla la puerta de un apartamento.

—Bueno, ¿qué diablos estamos haciendo aquí? —dice *el Viejo*, volviéndose al Comisario—. ¿Por qué no seguimos adelante? ¡Esto es pura locura!

Ahora la situación está fuera de todo control. 131 soldados alemanes y rusos destrozan literalmente a tiros el edificio que ha elegido el capitán loco como escenario de su última batalla.

—¡Ha encendido las luces! —chilla el joven cabo de los ojos saltones—. ¡Larguémonos de aquí! ¡Ese loco bastardo ha encendido las luces!

—¡Ahora estamos a su merced! —grita aterrorizado *Labios de Hielo*.

Trata de deslizarse escalera abajo, pero un par de balas le clavan donde está.

—¡Desde allí puede agujerearnos a todos con toda facilidad! —grita Porta, pegándose aún más a la pared.

—¡Apagad esa maldita luz, antes de que nos fría a todos a tiros! —ruge *Hermanito*.

Veintiuna armas automáticas apuntan a la luz de la escalera. En las películas, habría bastado un tiro. Pero esto no ocurre en la vida real, y tenemos la impresión de que la muerte trepa hasta las raíces de nuestros cabellos.

Disparamos varios centenares de proyectiles. El techo y las paredes penden en jirones. Tosemos a causa del polvo de yeso que llena el aire y del acre olor de la cordita.

—¡Estáis todos locos! —dice *el Viejo*, poniéndose en pie y pasando entre Porta y el Comisario, que están tumbados en el suelo con sus metralletas en posición de disparar.

—Las luces —farfulla el joven cabo—. ¡Ese loco bastardo puede vernos!.

—¡Que Dios le ampare si le pilló! —promete un sargento gordo, tirando de un cartucho que se ha encasquillado.

—Tenemos que liquidar a ese chiflado, si queremos salir de aquí —silba *Hermanito*, apoyando deliberadamente el dedo sobre el gatillo de su metralleta.

El Viejo se desliza junto a la estropeada pared, sin dejar de observar atentamente el ojo de la escalera. Cuando llega a la caja de los fusibles, estira despacio el brazo y los desenrosca de sus casquillos.

—¡Oh! —exclama Porta, sorprendido—. ¿Cómo no se nos había ocurrido esto? ¡Son gajes del Ejército! ¿Por qué hacer lo más fácil si puede hacerse lo más difícil?

Se oye un estampido y brota una llama de la primitiva caja de fusibles.

El joven cabo lanza un chillido estridente y está a punto de caer por la escalera. Se imagina que están arrojando granadas.

Una histérica ráfaga de tiros barre la escalera. Rebotan balas en la baranda.

Veintiuna metralletas apuntan al loco. Los fogonazos iluminan la escalera. El ruido es terrible.

Un bulto pesado cae rodando desde el rellano de arriba, arrastrando consigo la barandilla. Con un chasquido sordo, aterriza en el fondo de la caja de la escalera. La sangre nos salpica a todos.

—Ahora, él mismo parece un plato de «cerdo temblón» —dice *Hermanito*.

Se levanta y carga la metralleta sobre el hombro.

—¡Sacadlo de aquí! —ordena el Comisario, haciendo una mueca.

Se han formado grupos en la calle. Todos los de la fúnebre comitiva con paraguas han regresado, trayendo consigo a sus hijos pequeños. Los padres los levantan sobre sus cabezas para que puedan ver el cadáver transportado por cuatro soldados de Intendencia. Algunos aplauden.

Volvemos con los rusos a la destrozada cantina. Porta ha encontrado un caldero lleno de *Bortsch-koop*^[47]. Le añade unas cuantas cosas para hacerlo más sabroso, y pronto flota en toda la cantina un delicioso olor a sopa de carne.

Porta y un sargento salen para ir en busca de provisiones. Se produce una agria discusión sobre una caja de salchichas de cordero que el sargento se niega a entregar sin una orden por escrito. El Comisario la firma de buen grado, añadiendo toda clase de sellos oficiales.

Ahora el sargento está libre de toda responsabilidad, y Porta puede conseguir lo que quiera. Pero cuando vuelve trayendo dos grandes cestas de huevos, *el Viejo* protesta. No sabe lo que puede pasar con los huevos dentro del tanque.

—¡Has perdido la cabeza! —grita irritado Porta—. Espera a que te haga una *Musaka* griega. ¡Entonces te alegrarás de que haya traído los huevos!

—¿No empleas berenjenas, *aubergine sauté*? —pregunta con asombro *el Legionario*—. Nunca había oído decir que se empleasen huevos.

—Seguro que hay muchas cosas de las que no oíste hablar mientras rondabas por el desierto disparando contra el culo de los árabes —ríe Porta. Tiende la cesta de huevos a *Hermanito*—. Si digo que haré *Musaka* con huevos, ¡quiero decir que haré *Musaka* con huevos! Ahora, lo único que necesitamos es un poco de carne de buey trinchada y algunas cebollas y tomates. ¡Ya tenemos mantequilla!

El Viejo accede, pero exige que Porta se comprometa a limpiar el carro si se rompen los huevos.

Hermanito se pelea con un sargento de Intendencia. Primero, el sargento le da una patada en un tobillo, y después, le da un golpe sobre la rodilla con una cachiporra. *Hermanito* hace la señal de la «V».

—¡Cerdo! —chilla, y mete los dedos en los ojos del sargento.

El hombre echa a correr, gritando, y se da de cabeza contra una pared que no puede ver.

—¡Esos rusos son un puñado de imbéciles! —dice *Hermanito*, sentándose y tomando las cartas que le ofrece Porta—. ¿Quién se lleva todo el dinero? —pregunta, besando los naipes—. Yo no, ¡seguro!

En tiempo de guerra, hay que odiar para ser un buen soldado. Si no puedes odiar de todo corazón, no puedes matar. El odio es la más poderosa fuente de energía del ser humano.

SVEN HASSEL

—¡Todo se acabó! —dijo bruscamente el Feldwebel, señalando la barricada levantada en la carretera delante de ellos.

—¡Gire a la derecha! —ordenó el comandante.

La manga izquierda de su uniforme ondeó vacía a impulso del viento.

—Todo ha terminado, señor —dijo el conductor—. ¡Nos freirán a tiros si tratamos de huir!

El comandante sacó su pistola de la funda y se dispuso a saltar del «Kübel». Se detuvo en seco. Un fuego de ametralladoras levantó tierra del suelo delante y detrás del automóvil. El conductor y el Feldwebel saltaron inmediatamente del coche y levantaron las manos.

Cinco rusos salieron de entre los árboles.

—Tovaritsch —gritó el Feldwebel y agitó un pañuelo blanco. Cayó de bruces sobre el polvo del camino vecinal. El conductor corrió hacia un lado, pero se detuvo de pronto y cayó.

Brotaron fogonazos de cinco «Kalashnikov».

El comandante fue derribado del «Kübel», destrozado el rostro y desgarrado el pecho en una explosión de jirones de ropa y de carne.

Los tres soldados heridos en los asientos de atrás del automóvil se derrumbaron en un charco de sangre.

—Job Tvojemadj —rio el ruso más joven, mientras vertían petróleo sobre los cuerpos.

Cuando el bidón de petróleo quedó vacío, el sargento arrojó una granada de mano dentro del coche. Este se convirtió en una enorme hoguera. Se quedaron observando durante un rato el «Kübel» incendiado y después dieron media vuelta y se adentraron corriendo en el bosque.

—Germania kaputt —*dijo el cabo, haciendo un guiño, y encendió un cigarrillo.*

LA PRISIÓN DE VLADIMIR

El capitán, que es corpulento y tiene una cara parecida a la que debió tener el hombre de Neandertal, nos empuja hacia la pared del cuarto de guardia.

—*Propusk* —gruñe, extendiendo una mano de policía exigente hacia nosotros.

Mientras hace eso, abre la boca y saca de pronto la lengua, y un grito incipiente se extingue en un horrible estertor.

El Viejo nos empuja para que nos demos prisa.

Trepamos sin hacer ruido por la estrecha pared, para entrar por detrás antes de que los otros guardias puedan dar la alarma.

Igor salta hacia la caja de los cables con la rapidez de un gato. Al cortarlos con la cizalla se produce una lluvia de grandes chispas. En sólo unos segundos, la prisión Vladimir queda aislada del mundo exterior. Con las metralletas preparadas corremos en dirección a las dependencias de la guardia. *Hermanito* va en primer lugar. Blande la «Nagan» sobre su cabeza, como un auténtico policía.

—¡Salid con las manos en alto! —ruge, con voz de jefe de policía.

—¡Idiota! —gruñe Porta—. ¡Eso no deben decirlo los ladrones de oro! ¡Es la GPU quien lo dice a los ladrones!

Hermanito no le hace caso. Se ha vuelto paranoico desde que le hemos puesto un uniforme de suboficial ruso.

—¡Salid de ahí! —grita, con más fuerza que antes—. ¿O queréis que os volemós la cabeza?

—¿Te has vuelto *loco*? —le increpa *Barcelona*, abriendo de una patada la puerta del cuarto de guardia—. ¡Qué raro! —exclama.

—¿Qué es lo raro? —pregunta *el Viejo*.

—Aquí no hay un alma —dice asombrado *Barcelona*.

—¿Quieres decir que nos hemos equivocado de sitio? —grita Porta, con inquietud.

—Apartaos —dice Igor, adelantándose—. Arrojaré una granada de gas. Esos chicos están durmiendo como marmotas.

—Ahí están, roncando todos —dice Porta, saltando sobre un tablero—. ¡Me entra sueño, sólo de mirarlos!

Lanza un sonoro bostezo y se deja caer en un hondo sillón.

—¡Fuera, fuera! —chilla excitado Igor—. ¿Estás loco? ¡El gas empieza ya a actuar!

Nos saca casi a rastras del cuarto de guardia.

Porta sale el último, tambaleándose y resoplando como una ballena.

—¿Dónde están los cilindros de gas? —pregunta el Comisario.

Baja por la ancha pasarela de la prisión como un segundo Trotsky, con una «Nagan» en la mano.

—¡Aquí! —dice tranquilamente *Hermanito*, empujando un carrito cargado con cilindros de gas.

—¡Que no se te caigan! —le advierte el Comisario—. Este gas actúa más de prisa que un mazazo en la cabeza.

—Sí, acabamos de verlo —responde Porta—. ¡Todavía me siento como Blancanieves en la urna de cristal!

—Esto no me gusta nada —murmura *Barcelona*—. ¿Habéis pensado en lo que nos harían si nos pillasen?

—Todo lo que los censores cortan en las películas de horror —responde Porta, con una risita seca.

Una mujer soldado sale corriendo de la cocina empuñando una «Tokarev».

Igor salta sobre ella y le aplica su «Nagan» entre los ojos.

Se oye un chasquido sordo y la pared, detrás de la cabeza de la mujer, queda cubierta de sangre, de masa encefálica y de astillas de hueso.

Dos carceleros llegan desde el ala sur de la prisión y miran sin comprender a Igor, plantado allí con la «Nagan» en la mano.

—Enemiga del pueblo —gruñe, dando una patada al cadáver.

Los carceleros, como buenos rusos, se encogen de hombros y siguen su camino sin decir palabra. En la prisión de Vladimir es mejor no saber ni ver demasiado. No es raro que se liquide a alguien sin dar explicaciones.

Nuestros dos camiones entran ruidosamente en el patio de la prisión, seguidos de uno de los «T-34».

—Poneos las máscaras de gas —ordena nerviosamente el Comisario—. ¡No os las quitéis, pase lo que pase! ¡Toda esta prisión está ya llena de gas!

—¿Morirán? —pregunta preocupado *el Viejo*.

—No todos —ríe Igor, con indiferencia—. ¡Sólo los que habrían muerto en todo caso!

—Vamos —dice el Comisario, agarrando a Porta de un hombro.

La cabeza de Porta choca con la jamba de una puerta.

—¿Qué diablos...? —grita, bostezando como un caballo soñoliento—. ¿Qué sucede? ¿Dónde estoy?

Se apoya en la puerta y trata de recordar dónde se encuentra.

—¡Muévete! —dice el Comisario, empujándole—. ¡Tienes que abrir una cámara acorazada! Nos dijiste que habías sido aprendiz de cerrajero y que podías abrir cualquier cerradura.

—¡Es cierto! —farfulla Porta, y empieza a bajar la escalera tambaleándose como adormilado.

Labios de Hielo va detrás de él con dos grandes manojos de llaves en la mano. Jura que una de ellas tiene que ser la de la cámara.

—¿Estás seguro de que está *ahí*? —pregunta *Cazador de Putas* con voz preocupada—. ¡Otras veces te has equivocado!

—Te garantizo que una de ellas abrirá la puerta —dice *Labios de Hielo*, en tono ofendido y apretando los manojos de llaves.

—Con una basta —dice Porta, apoyándose cansadamente en la pesada puerta de la cámara acorazada.

Mira a través del ojo de la cerradura, pero no puede ver nada. Empieza a probar las llaves. Ninguna de ellas le sirve.

Labios de Hielo tiene una expresión extraña en el semblante y balbucea algo sobre cómo es posible que haya cogido un manojos de llaves equivocado.

—¡Lo sabía! —dice furiosamente *Cazador de Putas*—. La última vez que te equivocaste tenías dolor de muelas y, ¡ahora padeces de agotamiento nervioso!

—Toda la maldita prisión está dormida —informa *Hermanito*, bajando ruidosamente la escalera con rostro satisfecho y balanceando una máscara de gas en la mano—. ¡Jamás en la vida había visto a alguien tumbándose de espaldas tan de prisa como los guardianes y los esclavos de esta jaula! ¡Con este dichoso gas podría terminarse la guerra en un abrir y cerrar de ojos! ¡Me gustaría ver a los *coolies* de Adolfo y del Tío José durmiendo abrazados como angelitos!

—Desgraciadamente, sólo produce efecto en las habitaciones cerradas —dice el Comisario—. En otro caso, ¡te aseguro que todo el Ejército alemán se habría dormido hace ya tiempo!

El Viejo baja al sótano. Está furioso.

—¿No creéis que nos van a chamuscar el culo en esta empresa? —pregunta, plantándose con las piernas abiertas en medio de la habitación.

—Lo conseguiremos —dice Porta, pasando los dedos sobre la puerta acorazada—. Lo único que hace falta es que descubra cómo funciona esto. Después, ¡seremos ricos!

—¿Cuánto tiempo necesitarás? —pregunta con impaciencia el Comisario—. ¡No tenemos mucho! Sólo hay el gas suficiente para hacerles dormir una vez más. Después, ¡ya no habrá nada que hacer!

—¿Por qué no los liquidamos a todos ahora? —sugiere Igor, con la «Nagan» en la mano.

—¿Es que nunca te cansas de matar? —pregunta irritado el Comisario—. No tardarás en darte asco a ti mismo. ¡A mí me dan náuseas con sólo mirarte!

Igor se encoge de hombros con indiferencia y guarda la «Nagan» en la funda, con expresión burlona en el semblante.

Después de media hora de manipular en la difícil cerradura, Porta se sienta en el suelo, desanimado.

—Puedo hacerlo —dice—. Pero la cuestión no es esa.

—Entonces, ¿tienes la bondad de decirnos cuál es la cuestión? —dice irónicamente el Comisario—. ¡Me muero por saberlo!.

En los momentos de tensión, el ojo derecho del Comisario pestañea involuntariamente. Se abre y se cierra como si le tirasen del párpado con un cordel. Eso le ha servido para conquistar a bastantes damas en el curso de su vida, pero también le ha valido bastantes rapapolvos por parte de señores que no gustaban de esos modales. Ahora su ojo derecho pestañea furiosamente, pero no hay mujeres guapas a la vista.

—¡Es cuestión de tiempo! —explica Porta, contrayendo ambigualmente las facciones.

—¿Tiempo? —murmura el Comisario, agitando el párpado con tal fuerza que es extraño que el ojo no salte de su cuenca.

—¡Sí, tiempo!

Porta sonríe haciendo un esfuerzo. Se sienta con las piernas cruzadas delante de la puerta invulnerable de la cámara.

—Entonces necesitaremos más tiempo —asiente el Comisario, dejándose caer resignadamente en una silla—. Pero ¿*cuánto* tiempo más?

Porta cuenta con los dedos de las manos y, por un momento, parece que va a contar también con los de los pies.

—¡Tenemos que habérmolas con una cámara acorazada muy inteligente! El tipo que la inventó no era amigo de los ladrones de cajas de caudales. ¡Esta es *diferente*! ¡Diferente en todos los aspectos! —Golpea pensativamente la puerta que se alza delante de él—. ¡El acero es distinto! La cerradura tiene un

mecanismo desconocido y, ¡la propia y maldita puerta es también diferente! Esta cámara es una verdadera mierda. ¡Debió inventarla un judío!

—¡Gracias! —sonríe el Comisario, pero en tono gruñón.

—Veo que no me lo habíais dicho todo —dice *el Viejo*, echándose la gorra atrás—. ¡Me engañasteis!

—Porta —dice Gregor, inclinándose sobre él—, dinos la verdad. ¿Es muy grave la cosa?

Porta gruñe, como si hubiese recibido un balazo en la tripa.

—¡Es una mierda! —responde.

—¿Cuánta mierda? —pregunta Gregor.

—¡Un montón! —responde Porta, encendiendo un cigarrillo—. ¡Más mierda de lo que pensé jamás que podía existir!

—¿Cuánto tiempo tardarás en abrirla? —pregunta el Comisario, chupando nerviosamente su cigarrillo.

Porta vuelve a contar con los dedos.

—Toda la noche y parte del día de mañana —dice tristemente, extendiendo las manos como un pescador que muestra el tamaño del pez que se le ha escapado.

—¡*Magnífico!* —estalla el Comisario, levantándose de un salto de la silla—. Entonces nos sobra tiempo para visitar los alrededores, ¿eh?

Porta le mira largamente.

—Permite que te diga que esto no me satisface más que a ti. Pero no olvides que tenemos que habérmolas con una maldita cámara acorazada soviética, fabricada en la URSS. ¡Ninguna cámara alemana habría sido tan ruin!

—¡Escucha! —dice *Barcelona*, adelantándose—. La cuestión es, dicho lisa y llanamente, si crees que podrás abrir esa maldita caja antes de la próxima Navidad, de modo que podamos largarnos con el oro.

—Ya os lo he dicho. No hay una sola cerradura en el mundo que yo no pueda forzar, ¡pero se necesita tiempo! Cuando ayudaba a Egon, el mejor cerrajero de Berlín, no había cerradura que se nos resistiese. Incluso las abríamos para los policías, y éramos sumamente respetados por ello, os lo aseguro. ¡Mirad esos discos! Ni siquiera son redondos como los discos normales. ¡Parecen piezas desprendidas de un avión destrozado!

El Comisario pasea de un lado a otro con impaciencia, trazando figuras en forma de ocho con los pies.

—Creo que estoy soñando —dice, golpeándose la frente—. Sí, ¡estoy soñando! Me están anestesiando en un hospital, ¡antes de amputarme las dos

piernas! —Da una fuerte patada a la puerta de la cámara y hace una mueca de dolor—. ¡Y ojalá fuese verdad, pues esta situación es mucho más grave!

—¿Vamos a salir vivos de aquí? —pregunta *el Viejo*, chupando con aire fatalista su pipa con tapa de plata—. Eso es lo único que me interesa. ¡No me digáis que es mucho pedir!

—Este trabajo no se ha hecho para nosotros —grita resueltamente *Hermanito*—. Si queréis hacerme caso, saldremos de aquí lo más de prisa que podamos y buscaremos un Banco más fácil de robar. Entraremos con nuestras metralletas, arramblaremos con todo y saldremos pitando. ¡Cualquier patán puede hacer estas cosas! ¡Conocí a un niño de doce años que lo hizo! ¡Llegó a cumplir los dieciséis antes de que le matasen!

—¿Y qué harías con todos los rublos que robases? —pregunta Porta, con una risa burlona.

—¿Rublos? ¿Qué rublos? —pregunta, confuso, *Hermanito*.

—Los rublos que arramblases en el Banco —contesta irónicamente Porta—. No pensarás que los Bancos rusos están llenos de dólares, ¿verdad? Con los rublos podrías limpiarte el culo, ¡y ni siquiera sirven mucho para eso!

—Dentro de una hora, habrán pasado los efectos del gas —observa el Comisario, con expresión de impotencia.

—Dadme todas las herramientas —pide Porta—. ¡Esta maldita y puerca cerradura va a saber quién es Joseph Porta, *Obergefreiter* por la gracia de Dios!

Saca la botella de vodka del bolsillo y reduce su contenido en un tercio. Después la tapa y vuelve a metérsela en el bolsillo.

—¿Estás seguro de que podrás abrir esa condenada puerta? —pregunta el Comisario, con el aire de un gran inquisidor.

—He dicho que puedo —responde Porta, con irritación.

—¿Y podrás hacerlo antes de que termine el siglo? —insiste el Comisario—. Sólo quiero saberlo para poder arreglar mis asuntos del modo más conveniente.

—No me atosigues. En vez de eso, ven y échame una mano. Necesito luz. ¡Mucha luz! ¡Entonces todo irá mucho más de prisa!

—Sí, claro —dice el Comisario, enfocando la cerradura.

Porta hace unas cuantas aspiraciones profundas para calmar sus nervios. Se pone en cuclillas, como un guerrero inca, disponiéndose a tomar el desayuno.

—Normalmente, una cerradura como esta debería abrirse de un soplo —dice, reflexivamente.

—Pues sopla —sugiere Gregor.

—¡Lo malo es que ha minado mi confianza! —dice furiosamente Porta.

Igor baja corriendo la escalera, con su «Nagan» en la mano, preparada para la acción.

—He encontrado a un sargento femenino que estaba llamando a la GPU —dice, enfundando la «Nagan»—. Le he saltado la tapa de los sesos y he destrozado el teléfono. No habíamos cortado los cables al entrar.

El Comisario aprieta los labios y se traga unas observaciones que estaba a punto de escupir.

—¿Qué ha dicho a la GPU? —pregunta *Barcelona*, yendo a lo práctico.

—¡No gran cosa! Yo estaba precisamente detrás de ella cuando hizo la conexión. Sus sesos se estrellaron contra la pared.

—¿Te dijo alguien alguna vez lo cerdo que eres? —pregunta *el Viejo*, mirándole con desprecio.

—Sólo tú —ríe Igor, con un complicado encogimiento de hombros al estilo ruso.

Porta se inclina sobre la puerta de la cámara acorazada. Su afilada nariz toca la cerradura.

—Si te pones *así*, no puedo alumbrarte bien —protesta el Comisario.

Enfoca con la linterna el ojo derecho de Porta, que está observando la cerradura.

—¡Maldita sea! —grita Porta, escupiendo furioso en aquella—. ¡Es un *crimen* hacer estas cosas tan complicadas! Si todas las cerraduras fuesen como esta, ¡pensad en cuánta gente se quedaría sin trabajo!

—¿Sin trabajo? —pregunta *Cazador de Putas*, sorprendido y arrodillándose junto a él para sustituir al Comisario con la linterna.

—¡Naturalmente! Los ladrones de Bancos tendrían que renunciar a su oficio y, ¡la Brigada contra Robos de la Policía tendría que cerrar las puertas! Necesito un taladro con la punta de diamante para poder perforar ese condenado metal.

—Toma —dice *Labios de Hielo*, tendiéndole un taladro.

—Ahora acabaré con esa maldita puerta —dice hoscamente Porta, apretando el taladro contra la cerradura.

Zumba como un motor fuera borda sin control. Después resbala. Apenas si ha arañado el metal.

—Lo conseguirás. Tómallo con calma —consuela Igor a Porta, dándole una palmada en el hombro.

Porta se aparta como un perro que ha sido acariciado por un gato. Introduce una fina herramienta en la cerradura, pero pronto abandona de nuevo.

—¡Maldición! —murmura, desanimado—. *Entiendo* mucho de cerraduras, pero esa bastarda es un verdadero problema.

—Si nos pillan —dice tranquilamente Gregor—, podremos escribir un libro sobre esto. El título podría ser: ¡*Ladrones de oro en Siberia*!

—¡Eres muy gracioso! —gruñe agriamente Porta—. ¡Harás que me muera de risa!

—¿Y qué me dices del ácido? —sugiere el Comisario—. ¡Tenemos aquí una botella y una jeringa!

—¿Por qué no? —responde Porta.

Vacía todo el contenido de la botella en la cerradura. Burbujea y silba durante diez minutos. Un par de gotas salpican el uniforme del Comisario, produciéndole inmediatamente sendos agujeros. Pero nada le ocurre a la cerradura.

—¡Mierda! —dice Porta, haciendo rodar de una patada la botella vacía sobre el suelo.

—¿Y una sierra? —sugiere *Labios de Hielo*.

—Si necesitas hacer ejercicio, puedes serrar todo lo que quieras —silba Porta—. Pero, si estamos hablando de abrir una cámara acorazada, ¡la sierra no sirve para nada!

—Yo sigo en mis trece —dice *Hermanito*, dando una patada a la puerta de la cámara—. Forzar una caja fuerte resulta demasiado trabajoso. ¿Por qué no buscamos una fábrica de embutidos? ¡Sería mucho más fácil!

—¿Una fábrica de *embutidos*? —pregunta Porta, volviendo la cabeza.

—Sí —dice *Hermanito*, haciendo un guiño—. Conozco a un par de tipos que viven de eso.

—¿Tenían hambre? —pregunta Gregor.

—¡Ni pensarlo! —responde *Hermanito*, acentuando su mueca—. Van el día en que los esclavos cobran su salario. Entran sin hacer ruido en la pagaduría, recogen la pasta y se largan. ¡Así de fácil!

—¿Y si pagan los sueldos con cheques? Es como suele hacerse hoy en día —sonríe irónicamente Porta.

—Entonces vas al Banco y los cobras —dice *Hermanito*, encogiéndose de hombros.

—Intenta hacerlo y ¡te arrepentirás durante el resto de tu vida! —dice Porta.

Coge una herramienta y trata de hacer algo complicado en la cerradura de la cámara acorazada.

—No —dice, meneando la cabeza—. Tendré que probar de nuevo con el taladro. ¡Esa es lo que en el oficio llamamos una caja con truco!

—¿Con truco? —pregunta, curioso, *el Viejo*—. ¿Qué quieres decir con esto?

—El truco está en que tienen trampa, y no se puede prescindir de ella —responde Porta, golpeando la puerta de la cámara—. Si consiguiese forzar la cerradura, al menos diez gruesas barras de acero se correrían y cerrarían la puerta de manera que nadie podría abrirla jamás. Quizá una persona podría hacerse con el oro, y es la que construyó la cámara.

—Entonces, ¿por qué no la hemos traído con nosotros? —pregunta *Hermanito*, muy irritado y abriendo desesperadamente los brazos.

—Aunque estuviese aquí, no nos serviría de gran cosa —dice Porta—. Cuando se corren esas barras de acero, se necesita una máquina especial para derribar la pared. Esas máquinas pesan sabe Dios cuántas toneladas; no pueden llevarse debajo del brazo.

—Todo eso parece muy prometedor —gime el Comisario—. ¡El tiempo se acaba! ¡Los muchachos necesitan más gas! ¡Moveos!

—¿Se lo lanzamos todo? —pregunta *Labios de Hielo* desde la puerta del sótano—. ¿Les enviaremos con eso al otro mundo?

—Es una muerte agradable —opina el Comisario—. ¡A todo el mundo le gusta dormir profundamente!

—¡Maldición! —silba Porta, apretando los labios. Coge una herramienta. La agarra tan fuerte que se hace daño en la mano—. ¡Diablos! —maldice de nuevo—. Conozco las maneras más avanzadas de forzar una cerradura y ¡Egon y yo las hemos probado todas! ¡Dadme aquellos auriculares electrónicos!

Se pone los auriculares con el aire de un cirujano famoso que se dispusiera a abrir la panza de un paciente. Hace girar cuidadosamente los discos de la combinación, esperando oír el deslizamiento de las aldabillas. Al cabo de un momento que parece una semana, se arranca los auriculares de la cabeza.

—Alguien viene —dice Gregor, mirando hacia la escalera.

—Ha sido un eructo mío —dice Porta.

—No; *viene* alguien —murmura el Comisario, cogiendo su «Kalashnikov» del suelo.

—Callaos, ¡o no podré pensar! Si alguien viene, ¡liquidadlo! ¡Necesito tranquilidad! —dice Porta.

—También nosotros —dice el Comisario, soltando el seguro del arma.

—Tal vez no sea prudente liquidarlos de buenas a primeras —dice *Hermanito*—. He oído decir que es mejor recibir con una sonrisa a los representantes locales de Dios.

—¿Y quién es Dios? —pregunta *Labios de Hielo*.

—Eso depende de dónde esté la persona que sonrío —dice *Hermanito*—. Aquí es tal vez el Tío José.

—Subiré y hablaré con nuestros invitados —dice Igor, con una mueca siberiana—. Cuidad vosotros de lo demás durante mi ausencia.

—¡He tomado una decisión! ¡Voy a atacar esa puerta con todos los medios a mi alcance! —declara furiosamente Porta—. ¡Y voy a emplearlos todos a la vez! ¡No dejaré que esa mierda se burle de mí!

—¡Muy bien! —dice el Comisario—. ¿Qué quieres que haga yo?

Porta le dirige una mirada extraña.

—Cuida de tu coco —le advierte—, ¡porque algo va a ocurrir! ¡Y prepara un poco de café! ¡Eso aclara la cabeza!

—Si he de ser sincero, empiezo a perder mi afición a la vida lujosa que hemos proyectado —dice *Barcelona*, en tono vacilante—. Tal vez no sea tan divertido poseer un islote cerca de Haití, donde pueda uno gobernarlo todo a su antojo y ser rey, emperador, gran duque, general o cualquier otra cosa que desee.

—¡Botellas de oxígeno y un soplete! —pide bruscamente Porta.

Silba la llama y vuelan chispas alrededor de nuestras orejas. Al poco rato, Porta abandona el soplete. Produce el mismo efecto que un cuchillo embotado.

Albert trae el «T-34» y sujeta los cables de remolque a tres pernos de extraño aspecto que hay en la puerta de la cámara acorazada. Esperamos que la puerta se desprenda de sus goznes, pero lo único que ocurre es que los cables se rompen, causando grandes destrozos.

Cuando lo intentamos de nuevo, esta vez con cables triples y haciendo el tanque marcha atrás en breves sacudidas, los tres pernos saltan de la puerta.

Nos sentamos, desanimados, y tomamos café.

—Yo habría hecho mucho mejor ese café —rezonga Porta, oliendo el poso de su taza—. ¡Sólo habría tenido que emplear boñiga seca de vaca!

Se levanta, coge un puñado de cartuchos de dinamita y empieza a fijarlos en la puerta de la cámara acorazada.

—¿Crees que eso dará resultado? —pregunta el Comisario, pestañeando furiosamente su ojo derecho.

—Si no lo da —responde Porta— y no nos ponemos a cubierto en menos que canta un gallo, ¡estaremos todos muertos y no tendremos que preocuparnos más por esa maldita puerta!

La dinamita estalla con un ruido ensordecedor, pero cuando se desvanece la humareda, vemos que lo único que le ha ocurrido a la puerta es que ha aparecido una gran mancha negra en su centro.

—Bueno, tendremos que emplear métodos más rudos —silba Porta, temblando de furor—. Sopa^[48] y unas cuantas cargas más. ¡Con eso derribaremos la puerta!

La explosión anterior fue como el estallido de una bolsa de papel en comparación con esta.

Ahora el sótano parece un melón reventado. Saltamos sobre los cascotes de las paredes derrumbadas para llegar hasta el oro. Pero cuando se disipa al fin la nube de polvo, nos quedamos plantados, tosiendo y escupiendo, delante de la puerta de la cámara, que continúa en su sitio.

—¡Eso no lo aguantaré de nadie ni de nada! —ruge Porta—. ¡Mi honor está en entredicho! ¡Yo les enseñaré lo que es un *Obergefreiter* por la gracias de Dios!

—¡Acaba de una vez, en nombre del infierno! —dice el Comisario, escupiendo polvo de ladrillo—. ¡Tenemos que salir de aquí lo antes posible!

Mira fijamente a Porta con su ojo parpadeante y exhala más polvo de ladrillo.

—¿Vamos a salir *con vida* de esto? —pregunta fríamente *el Viejo*, subiendo despacio la escalera.

—Creo que sí —responde Porta—. No será una *gran* detonación.

Coloca explosivo plástico en todos los lugares disponibles de la puerta. *Hermanito* le ayuda, apretando el fulminante con los dientes.

—Creo que todos haríais bien en salir del sótano —nos aconseja Porta, cuando todo está preparado—. ¡Es posible que algo salte por los aires aquí dentro!

—¡Yo mismo arrojaría algo por los aires! —dice el Comisario, subiendo rápidamente la escalera.

Esperamos en tensión fuera del sótano, mientras Porta acaba de conectar los hilos. Después sube despacio del sótano, con un cable en cada mano.

—¿Listos? —pregunta—. ¡Porque dentro de un minuto empezarán los fuegos artificiales!

—¡Vuela esa maldita cosa y hazla añicos! —grita el Comisario, hincando una rodilla en el suelo.

—Sí —murmura Porta, y junta los extremos de los dos cables.

La explosión es tan fuerte que ninguno de nosotros puede encontrar después palabras para describirla. Pero sentimos la onda expansiva. Sale rugiendo de la abertura del sótano y nos arroja a través de la plaza de armas y de la puerta de un cuarto de guardia al otro lado de aquel. Cuando llegamos, el cuarto está lleno de soldados dormidos... y de muebles destrozados.

Nos recobramos al cabo de un rato. Cuando volvemos al sótano y contemplamos la puerta de acero en su sitio, el Comisario rompe en sollozos.

—El cañón —dice vivamente Porta, mientras se dirige ya al «Panther» con *Hermanito* pisándole los talones.

—Al menos hemos limpiado el sótano de cascotes —dice *el Viejo*, dando una patada al único trozo de ladrillo que no se ha llevado la explosión.

El «Panther» cruza la plaza sobre sus orugas que chirrían. Se contonea en la entrada del sótano, arrancando ladrillos en ambos lados.

Porta asoma la cabeza a la ventanilla del conductor.

—Será mejor que os refugiéis en lugar seguro antes de que empiece a disparar. En cuanto a esa puerta, ¡le conviene apuntarse bien!

El largo cañón desciende con un zumbido y apunta a la puerta blindada.

Nos tapamos los oídos y esperamos el ruido del disparo con los nervios en tensión.

Se oye un estampido sordo y todo adquiere de pronto un color rojo de sangre.

Nos miramos los unos a los otros, sin poder dar crédito a nuestros ojos. Nos hemos convertido en imágenes surrealistas vivas. *Hermanito* equivocó la munición, tal como había temido *el Viejo*. Ha empleado una marcadora, y todo está ahora pintado de rojo.

—¡No eres un militar, sino sólo un borracho miserable! —grita *el Viejo*, tratando de enjugar la pintura de su cara.

—¡Estrangularé a ese hijo de perra socialdemócrata! —ruge el Comisario, dando una furiosa patada a un cubo mellado.

—Conservad la calma, amigos —dice *Hermanito*, asomando la cabeza por la ventanilla lateral—. ¡Todo el mundo puede equivocarse! Iré a buscar un par de latas de disolvente de pintura, para que recobréis vuestro aspecto casi humano.

—Necesitaremos uniformes nuevos —dice *Labios de Hielo*, que está empapado en pintura roja—. Nos arrestarán en cuanto nos vean. ¡Nadie es tan

rojo como nosotros! ¡Ni siquiera en *este* país!

—¡Todo el mundo atrás! —chilla Porta, desde la torreta—. ¡Ahora la cosa irá de veras!

—¡No *otra* marcadora! —grita nerviosamente *el Viejo*.

La ola expansiva de la granada rompedora es terrible. Tenemos la impresión de que una mano cálida de gigante estruja nuestros cuerpos. El ensordecedor ruido parece desgarrar el aire. Cuando se disipa el polvo, la potente granada parece haber causado pocos daños. Hay un pequeño agujero en la puerta.

—¡Lo he conseguido! —grita jubiloso Porta desde la escotilla de la torreta, sonriendo ampliamente.

Un humo gris azulado brota del agujero.

—¡Vaya que sí! —grita entusiasmado Gregor.

—¿De qué es ese humo que sale de ahí? —pregunta *el Viejo*, con voz temerosa.

De pronto, reina un ominoso silencio en el sótano. Todos miramos fijamente el humo que sale del orificio.

—¿Puede arder el oro? —pregunta Albert, pestañeando detrás de la máscara de pintura roja que cubre su negro semblante.

El Comisario cruza la estancia en tres largas zancadas y mira por el agujero.

—¡Por mil diablos! ¡Esa maldita granada alemana ha provocado un incendio dentro de la cámara! ¡De prisa! ¡Traed agua!

Nos atropellamos los unos a los otros al subir la escalera en busca del agua.

—¡Fuego! —grita *Hermanito*.

Vuelve corriendo, con una manguera y una escalera que ha encontrado en el exterior.

Cuando *Cazador de Putas* suelta el agua, la presión sobre la manguera hace que *Hermanito* caiga de espaldas, y el chorro nos lanza a los demás hacia los lados de la habitación.

Entre gritos y chillidos de amenaza, conseguimos al fin dominar la manguera y hacer pasar un chorro de agua a través del agujero.

—Lanza otras dos granadas —ordena el Comisario, apretando los labios.

El cañón del tanque dispara dos veces seguidas. Parece que toda la prisión va a derrumbarse sobre nuestras cabezas. Quedamos totalmente sordos durante varios minutos y sentimos dolor en todo el cuerpo.

—¡Apuesto a que somos los primeros en la Historia que hemos empleado un tanque como abrelatas! —dice Porta, con una risa breve, mientras salta de la torreta del «Panther».

—Entremos y echemos un vistazo al género —sugiere el Comisario, frotándose las manos.

La gran puerta de la cámara acorazada está abierta como un plátano mondado.

Porta se detiene y mira con atención.

—Sí, esto es —murmura—. ¡Algo completamente distinto! ¡Nunca había visto nada igual!

—¡Jesús y María! —susurra impresionado *Hermanito*. Contempla fascinado los lingotes de oro que han caído de los estantes de la cámara—. ¡Voy a comprar el mundo entero y a patear todos los culos que me dé la gana! ¡Y nunca volveré a saludar a nadie! ¡Nunca!

—¡Daos prisa! —les apremia el Comisario—. El gas dejará pronto de causar efecto, y habrá una multitud de idiotas soñolientos y aterrorizados que empezarán a hacer preguntas indiscretas. Sacad el «Panther» de aquí y traed los camiones para que podamos cargarlos y salir pitando.

El Viejo está sentado sobre la caja de las herramientas y observa la carga con una expresión peculiar en su semblante.

—¿No vas a ayudarnos? —pregunta extrañado Porta.

—¡No! —gruñe *el Viejo*, poniendo una cara como si oliese algo fétido.

Todos interrumpimos el trabajo y miramos a *el Viejo*, que sigue sentado descuidadamente sobre la caja de las herramientas, chupando su pipa con tapa de plata.

—¿Qué te pasa? —pregunta el Comisario—. ¡Tienes que confesar que lo hemos logrado! ¡Igual habría podido terminar en un fiasco!

—Ya no estoy con vosotros —dice *el Viejo*, mirando con irritación al Comisario— y, ¡me arrepiento de haberlo estado! ¡Todo esto es asqueroso! ¡Aquí estamos, matando a derecha y a izquierda por un oro miserable! Podéis hacer lo que queráis, ¡pero no contéis conmigo!

—¿Vas a delatarnos durante el trayecto de regreso? —pregunta *Labios de Hielo*, frunciendo los párpados.

—¡No comprendo vuestra asquerosa manera de pensar! —gruñe despectivamente *el Viejo*.

—¿No quieres *nada* del oro? —pregunta *Hermanito*, yendo a lo práctico—. ¿Has pensado en lo que nos tocará a cada uno cuando lo vendamos?

—¡No! —responde rotundamente *el Viejo*—. En todo caso, ¡no creo que ninguno de vosotros vaya a divertirse mucho con esa mierda!

—¿Mierda? —dice *Barcelona*, con una risita forzada—. ¡Te has vuelto loco! ¡Somos ricos! Dentro de una semana, podremos desmovilizarnos y, si quieres, podrás comprarte la mayor carpintería del mundo. Es decir, si quieres seguir cepillando tablas como diversión.

Porta recoge polvo de oro de los lingotes estropeados y se lo mete en el bolsillo.

—¿Por qué haces eso? —pregunta Gregor, sin comprender.

—Intuición berlinesa —sonríe astutamente Porta—. ¡Quién sabe! Alguien puede hacernos una jugarreta a medianoche, y conviene tener algo de reserva en los bolsillos.

—¡Alto! —grita *Barcelona*—. ¡No cabe más en el carro!

—¡Qué lástima! —dice, contrariado, *Hermanito*—. ¡Todavía quedan muchas barras! ¡No podemos dejárselas a Iván Stinkanovitch! ¡Me pongo enfermo sólo de pensarlo!

—Repartidlo entre los tanques —grita nerviosamente el Comisario—. ¡El tiempo apremia! ¡El gas ha dejado de surtir efecto! Pronto estarán todos aquí, ¡y no les gustará en absoluto lo que hemos estado haciendo!

Suenan dos disparos en rápida sucesión en la plaza de armas. Igor baja la escalera y hace un guiño.

—Dos de ellos se despertaron demasiado pronto —dice, enfundando de nuevo su «Nagan».

—Prepárate para volar el centro de comunicaciones —le ordena el Comisario—. Sobre todo tenemos que evitar que puedan comunicar con alguien del exterior en las próximas doce horas. Dispon los fulminantes para dentro de treinta minutos y rodea el lugar con latas de fósforo. Arderán como el infierno y les darán bastante en que pensar.

—No volaremos nada más —dice roncamente *el Viejo*—. ¡Y tampoco habrá más muertes!

—¡Aquí mando yo! —ruge el Comisario—. Si digo que hay que volar algo, ¡hay que volarlo! ¡Adelante, Igor! ¡Qué ingenuos y tontos sois los alemanes! —se burla, torciendo los labios con desdén.

—¡Cierra el pico! ¡Cierra el pico, apestoso judío soviético! —dice Heide, girando en redondo con su metralleta preparada.

El Comisario, con la rapidez de un rayo, le arranca el arma de las manos y sujeta a Heide contra la pared.

—¡No me llames judío apestoso, hedionda sabandija nazi!

Pálido de ira, Heide desenfunda la «Nagan» y apunta al Comisario.

—Vamos, sé buen chico, pequeño Moisés o mimado de papá —ríe *Hermanito*, quitándole el arma de una patada.

Heide salta hacia delante como a impulso de un muelle de acero y su puño derecho se estrella contra la cara de *Hermanito*. El puñetazo ha sido tan rápido y tan fuerte que *Hermanito* cae de espaldas y boquea.

—¡Me has pegado, Moisés! —aúlla—. ¡Voy a *matarte*!.

Ha empezado el combate. Heide se lanza sobre el hombrón con un grito de loco. *Hermanito* es demasiado lento para librarse de la lluvia de golpes que cae sobre él. Recibe un puñetazo asesino en la sien y se tambalea y sacude la cabeza como un toro desnucado. Heide le alcanza en la laringe con el canto de la mano y le derriba. Ha sido un golpe que habría matado a otro cualquiera.

—¡Esta vez voy a *matarte*! —silba furiosamente Heide, dándole una patada en los riñones.

Ahora *Hermanito* está realmente enojado y, en esta condición, es más peligroso que toda una caja de dinamita. Se pone en pie, se enjuga la sangre de la cara y escupe un par de dientes rotos. Con un ruido que parece de cráneos fracturados, estrella la frente contra la cara de Heide.

—¡Huy! —gruñe, y escupe sangre, al hundirse el puño de Heide en su estómago, vaciando de aire sus pulmones—. ¡Huy! —gruñe de nuevo.

Se vuelve y lanza una patada de karate a la panza de Heide.

Heide trata desesperadamente de saltar a un lado, pero la enorme bota de *Hermanito* le da en la cadera con la fuerza de un «Stuka» en picado. Heide se dobla hacia delante y *Hermanito* hace una mueca de satisfacción y lanza un puño gigantesco contra la cara del otro, contraída por el dolor. El puño izquierdo sigue al derecho y da en el blanco con un ruido parecido al de una tonelada de pasta cayendo de un rascacielos.

—*Mamma mia*! ¡Qué puñetazo! —exclama Porta, que está sentado sobre un montón de lingotes de oro gozando con la pelea.

Todos nos entusiasmos con el combate. Gritamos y animamos a los contendientes y les damos buenos consejos.

Con la cara ensangrentada, Heide intenta un ataque que, según todas las normas del boxeo, es suicida. Las dos manos golpean alternativamente la cara contraída de *Hermanito*. Parece un cuenco de carne picada de la que mana sangre. *Hermanito* lo recibe todo con la indiferencia de una roca, sin levantar siquiera la guardia contra los implacables puñetazos. Ya no se puede ver de dónde brota la sangre. Mana de toda su cara.

—¡Dale una patada en las pelotas! —grita amablemente Porta, golpeándose una mano con la otra para mostrarle cómo debe hacerlo.

—¡Destroza a esa rata de la cruz gamada! —ruge con furia Igor, dando puñetazos en el aire.

—¡Arráncale la cabeza! —chilla el Comisario—. ¡Mata a ese cerdo nazi!

No cabe la menor duda de quién goza de las simpatías del público ruso-alemán.

Hermanito retrocede de espaldas en dirección a la puerta del sótano. Kostia, el pequeño siberiano de ojos oblicuos y gran gorro de cosaco, abre la puerta. Toda la prisión parece retemblar cuando *Hermanito* rueda por la escalera y cae en la trampa que conduce a la instalación de la calefacción. Lo único que podemos ver de él son sus grandes botas enganchadas en el borde de la trampa. El resto se balancea en el aire sobre las sibilantes tuberías de agua caliente que han sido reventadas por las explosiones.

Heide lanza un grito de victoria y se arroja con furor asesino sobre *Hermanito*, que intenta desesperadamente librarse de la trampa. Kostia y Porta le ayudan arrancándole las botas. Da un salto mortal y se pone en pie.

Los dos locos sedientos de sangre se observan durante un momento. Heide, el boxeador, se mueve continuamente y emplea la izquierda. No es ningún secreto que su puño izquierdo es temido por todos. Ha aprendido a usarlo según el estilo británico. Todos los puñetazos son duros y mortalmente precisos. Es un temible boxeador militar, que ha ganado innumerables combates. Cualquiera que no fuese *Hermanito* habría muerto ya hace rato. Heide está cruelmente resuelto a matarle. Años de odio acumulado culminan ahora en la lucha entre los dos.

Hermanito lanza un grito como un alce en período de celo y agita los brazos, pero sin que ninguno de sus puñetazos alcancen al otro. No piensa en defenderse. Una lluvia de duros golpes hace que se tambalee un momento. Escupe otro par de dientes. Su boca parece un tomate aplastado.

Heide da dos patadas de karate al cuerpo de *Hermanito*. Los espectadores lanzan aullidos de protesta. Cuando *Hermanito* consigue hacer lo mismo, le aclaman y aplauden excitados, y todos parecen sentir que es así como debe hacerse.

Poco después, *Hermanito* hinca una rodilla en el suelo. Inmediatamente, Heide le da una patada en la cara, con un ruido como de huevos que se rompen.

Hermanito está ahora literalmente loco de rabia. Rugiendo furiosamente, se pone en pie y lanza un derechazo a la cabeza de Heide, que hace que este

ruede como una peonza. Otro puñetazo alcanza a Heide en las costillas. Con la cara cubierta de sangre y los ojos cerrados, *Hermanito* arremete como un toro enloquecido para aplastar la cara del nazi.

Pero Heide se agacha y amaga un golpe con la izquierda a la cara ensangrentada de *Hermanito*. Salta ligeramente a un lado y esquivo una tremenda patada al bajo vientre, que no sólo le habría aplastado los testículos, sino fracturado toda la pelvis si llega a alcanzarle.

Heide sonríe diabólicamente y empieza a martillar la cara destrozada de *Hermanito* con su terrible izquierda.

—Tenemos que parar esto —dice preocupado *el Viejo*—. Ese truhán de Hamburgo no es más que un camorrista callejero. No tiene la menor idea del boxeo. El cerdo nazi le matará. ¡Es como un gato jugando con un ratón!

—Ese grandullón estúpido ni siquiera sabe defenderse —dice Gregor, sacudiendo compasivamente la cabeza.

—¡Detenedles! —repite *el Viejo*—. ¡Esto es un asesinato a sangre fría!

—Para esto, tendríamos que matar a Heide —dice Porta, aceptando un «Caporal» de *el Legionario*.

Los puños de Heide siguen funcionando como palillos de tambor, y cada vez que alcanzan la cara de *Hermanito* suenan como los golpes de un carnicero trinchando carne.

Hermanito golpea también, pero sin alcanzar a su adversario.

Heide baila a su alrededor, empleando solamente la izquierda, seguro de que ha triunfado.

Hermanito lanza un grito estridente y embiste como un toro furioso en la plaza.

Su ataque hace que Heide se desplace hábilmente a un lado y reciba sólo un par de golpes flojos. Se agacha y finta, fresco como una lechuga, da un paso adelante y larga un directo de izquierda que detiene a *Hermanito* como si hubiese chocado con una pared. Su rugido bestial se convierte en un gemido ahogado, como si no tuviese aire en los pulmones. Se queda parado, confuso y se enjuga la sangre de los ojos, tratando de encontrar a Heide, que baila ligeramente y de puntillas a su alrededor. Cada vez que *Hermanito* le larga un puñetazo, Heide se pone fuera de su alcance. Convertido en un muñeco de trapo, *Hermanito* sacude la cabeza en un intento de despejarla. Su oreja izquierda pende medio arrancada sobre su cuello.

—¡Cobarde cerdo nazi! —gruñe furiosamente, coceando como un caballo.

Heide ve su oportunidad. Dos tremendos puñetazos y una patada, y *Hermanito* se tambalea sobre el suelo de cemento como un moribundo,

sangrando por la boca y la nariz.

Heide se dirige a la pared, frotándose desdeñosamente las manos, como si se las hubiese ensuciado al golpear.

—¡Basura de carnicero! —gruñe, y se acerca a un grifo para lavarse la sangre de la cara.

Hermanito, que ahora yace en el suelo luchando desesperadamente por recobrar el aliento, levanta la ensangrentada cabeza y mira a su alrededor. Parece un oso pardo despertado prematuramente de la hibernación, y está igualmente rabioso.

Cesan los murmullos entre los espectadores. El súbito silencio pone sobre aviso a Heide, que ha empezado a peinarse. Da media vuelta y a duras penas logra esquivar un gancho de *Hermanito* que le habría arrancado la cabeza si le hubiese alcanzado.

Heide vuelve a su tarea con toda una serie de golpes al cuerpo dignos de un profesional.

Los pulmones de *Hermanito* silban, porque les falta el aire; pero Heide martilla ahora su cintura. Aquel tiene la impresión de que le están machacando el estómago, y los pulmones se dilatan vacíos en su pecho.

La muerte y el odio brillan en los ojos de Heide. Todos estamos seguros de que no parará hasta que *Hermanito* esté muerto.

—¡Pequeño Moisés de Adolfo! —jadea *Hermanito*, con una horrible mueca y agitando los brazos en círculos.

Un puñetazo alcanza a Heide en la barbilla, le levanta del suelo y le lanza contra una estantería. Caen metralletas sobre él. *Hermanito* arremete y va a dar directamente contra el cañón de una metralleta que Heide sostiene con los brazos estirados. La arremetida es tan veloz que no se comprende cómo no se ha clavado el cañón en el cuerpo. Lanza un grito estridente y cae de rodillas, apretándose el estómago con ambas manos.

Con una mueca de loco, Heide blande la metralleta contra él, pero *Hermanito* consigue apartarse y la culata sólo le roza la cabeza. Rueda sobre el suelo y se pone de nuevo en pie. Mientras tanto se ha apoderado también de una metralleta, y los dos hombres se atacan con las culatas. Heide es también el más rápido en esto. *Hermanito* sigue siendo el camorrista callejero de pensamiento lento, sin el menor concepto de la astucia. Lo que Heide tarda una fracción de segundo en concebir, le cuesta a él una hora. Cada vez que piensa que tiene a Heide a su alcance, la culata de la metralleta cae sobre algo diferente. Igor cae al suelo sin emitir un ruido y la sangre chorrea sobre su cara pintada de rojo.

Heide se ha colocado detrás de *Hermanito*, que se queda contemplando aturullado a Igor, al que considera un amigo.

—¡Lo siento! —murmura, sorbiendo pesaroso por la nariz.

Detrás de él, Heide calcula cuidadosamente la distancia y descarga la culata de la metralleta sobre la nuca de *Hermanito*. Este cae de bruces como un árbol talado, extendidos los brazos como si le hubiesen crucificado.

El Viejo se inclina sobre él, muy inquieto, y le toma el pulso.

—¡Buscad un médico! —ordena, con voz ronca.

—¿Un médico? —grita el Comisario, y suelta una carcajada—. ¿Dónde diablos te imaginas que estás? ¡Estás en la prisión Vladimir, hombre! Aquí sólo emplean a los médicos para certificar las defunciones, y si hubiese alguno, estaría medio loco durante cuarenta y ocho horas, a causa del gas. ¡Ahora *larguémonos*! ¡Cuanto antes mejor!

Se vuelve hacia Igor y grita una orden en un extraño dialecto ruso.

Cuando estamos a pocos kilómetros de la prisión, un destello cegador ilumina el cielo, y oímos el largo y horrísono estampido de una explosión.

—A fin de cuentas, ¡esos villanos han volado la prisión! —gruñe furiosamente *el Viejo*.

—¿Y qué diablos importa? ¿No estamos en guerra? —observa tranquilamente Porta—. Y no solamente es legal, sino también nuestro *deber*, liquidar a los muchachos del otro bando. Además, Igor sólo ha volado el centro de comunicaciones. Si el comandante saltó por los aires con él, ¡nadie lo lamentará tampoco!

El Viejo gruñe y parece enfadado.

Un poco más tarde, se rompe el diferencial de uno de los camiones. Nos echamos la culpa los unos a los otros, y a punto está de estallar aquí la Tercera Guerra Mundial.

Por fin, Porta suelta las herramientas y se niega a seguir reparando la avería.

—Yo soy conductor de tanque —grita furiosamente—. Según los reglamentos, no puedo efectuar reparaciones. ¡Son los mecánicos quienes han de cuidar de esto! Marcad tres ceros y que vengan los de Auxilio en Carretera.

—Yo también soy conductor de tanque —vocifera Kostia, con sus ojillos negros echando chispas—. ¡Tampoco hago reparaciones!

—Entremos y echémoslo a suertes —sugiere Porta, deslizándose dentro del «Panther».

—¿Por qué no? —sonríe Kostia, siguiéndole.

—No, no lo haréis. No lo consentiré —grita *el Viejo*—. Dije que no quería tener nada que ver con vuestro robo del oro, pero todavía soy jefe de la maldita Segunda Sección. Sal de ahí, Porta, y arregla ese diferencial. ¡Es una orden!

Lo único que consigue *el Viejo* es que se cierre de golpe la escotilla y se le eche el cerrojo por dentro.

Labios de Hielo y Gregor se arrastran debajo del camión averiado, jurando y maldiciendo; pero lo dejan al cabo de un rato y menean la cabeza.

—Todo es inútil —dice *Labios de Hielo*—. ¡Está destrozado! Los yanquis sabían lo que se hacían cuando nos regalaron esos malditos «Studebaker». ¡Son una mierda capitalista! —ruge, dando patadas a los grandes neumáticos.

—¿Qué diablos es eso? —pregunta el Comisario, escuchando con atención.

—Un cuervo —grita nerviosamente *Cazador de Putas*, mirando al oscuro cielo.

Como para confirmarlo, un viejo biplano de reconocimiento aparece entre las nubes y vuela bajo y en círculo sobre nosotros. Después desaparece de nuevo en la cortina de nubes.

—Si nos buscan a nosotros, ahora saben dónde estamos —observa *el Viejo*, con inquietud.

—No nos buscan —dice pensativamente el Comisario—. Hice que desparramasen equipos y armas alemanas en la prisión, y dejé en el exterior el «Kübel» con el radiador destrozado. Por consiguiente, no están buscando rusos. ¡Buscan un comando de Brandeburgo alemán!^[49].

El camión averiado es remolcado por uno de los «T-34».

—Conseguiremos otro camión —promete confiadamente el Comisario—. Pero entretanto tendremos que remolcar esa mierda yanqui.

Seis días después de nuestra partida de la prisión Vladimir, hacemos alto en un pueblo abandonado y olvidado, para reparar dos de los vehículos. El agua de los radiadores hierve con tal fuerza que es un milagro que no se hayan partido hace tiempo.

Cuando hemos terminado las reparaciones, nos sentamos a jugar a las cartas con el alcalde del pueblo y el jefe local de la GPU, un hombre que se había visto en un aprieto político veinte años atrás. Jugamos en silencio durante un rato, hasta que *Labios de Hielo* acusa al alcalde de hacer trampas.

Cuando *Labios de Hielo* insiste en su acusación, el alcalde se enfada y amenaza con cortarle las orejas si no deja de decir tonterías.

—¡Que Dios te conceda el dolor y la tortura de una muerte lenta, perro inmoral! —gruñe *Labios de Hielo* al alcalde.

El alcalde palidece, pero sigue haciendo trampas. De pronto se apaga la luz y, mientras el alcalde va a ver lo que ha pasado, *Labios de Hielo* arrambla con el dinero de la mesa y se mete corriendo en la cocina.

Cuando se ha cambiado el fusible y vuelve a encenderse la luz pálida sobre la mesa, el alcalde descubre que todas sus ganancias han desaparecido. Lanza un fuerte grito y mira debajo de la mesa, con la vana esperanza de que el dinero se haya caído al suelo. Desde luego, no ha sido así.

—¿Y eres tú quien cuida aquí de la ley y del orden? —chilla en tono acusador al jefe de la GPU, al darse cuenta al fin de que le han robado—. Si no encuentras mi dinero, ¡que el Maligno haga caer sobre tu cabeza toda clase de males y calamidades, y no sólo sobre tu cabeza, sino también sobre la de tus hijos y los hijos de tus hijos hasta la duodécima generación!

—Cuando termine esta cochina guerra —gruñe *Barcelona*—, ¡no querré volver a ver la nieve! ¡Cuánto odio la nieve! Dondequiera que mires, todo está blanco. ¡La única posibilidad que tienes de ver un poco de color es mirarte el culo en un espejo!

—¿Qué hacías tú antes de convertirte en soldado? —pregunta Kostia a Porta.

—¡Oh, muchas cosas! —responde Porta—. Pegar a los hijos de mamá en Dahlem y acostarme con sus novias, y atracar de vez en cuando a algún paleta que había venido a Berlín para ver lo que era viajar en tranvía. Durante un tiempo trabajé como repartidor del verdulero de Barnhalmer Strasse y después prosperé y me dediqué a repartir carbón en bicicleta. Solía medir el carbón con un cubo de madera. Tenía una capacidad de cinco litros y costaba noventa y cinco *pfennings*. Cada ama de casa compraba uno y esto le bastaba para mantener caliente la vivienda durante la noche.

—¡Caray! —exclama sorprendido Kostia—. Siempre había oído decir que los alemanes erais grandes financieros y tan ricos que poníais billetes de Banco entre el salchichón y el pan.

—No creas todo lo que te digan —le aconseja Porta, con condescendencia—. En la Vieja Moabitt éramos tan pobres que solíamos hurtar lo que quedaba en el fondo de un vaso de cerveza cuando pasábamos junto a un bebedor.

—También nosotros éramos pobres —dice Igor—. Yo hacía labor de limpieza en las casas y sólo ganaba lo bastante para ir tirando. Un poco de vodka los domingos como máximo, y aunque en la Unión Soviética está prohibido ser pobre, nosotros seguíamos siéndolo. Pero entonces prosperé un poco, y me habría hecho realmente rico si vosotros, los cochinos alemanes, os hubieseis quedado donde os correspondía. Mi hermano menor y yo tuvimos una gran idea. Empezamos a atracar a los repartidores del mercado de la carne y a vender el producto en el mercado negro.

—¿Y no robasteis vacas? —pregunta *Hermanito*, con interés—. Es un mal negocio. Lo sé porque yo y David, el hijo del peletero judío, robamos una vez una vaca. Y lo único que conseguimos fue que los tres fuimos llevados a presencia del viejo Nass en la Comisaría. Desde entonces, no han vuelto a admitir vacas. Aquella la llevaron al despacho de Nass en el primer piso, y después no pudieron hacerla bajar. Tenían que sacarla de allí con una polea, pero como no pasaba por la ventana, tuvieron que hacer un agujero en la pared para aquella lechería ambulante. Lo hicieron demasiado pequeño y, antes de que hubiesen terminado, la vaca se asustó tanto por encontrarse en manos de la poli, ¡que se cagó sobre Nass y todos sus detectives!

—No, nosotros no robábamos ganado vivo —explica Igor, con una astuta sonrisa—. Esperábamos a los que venían a buscar carne en bicicleta. Cuando entraban en algún sitio para calentarse con un trago mañanero de vodka, dejaban las bicis en el exterior. Entonces nos llevábamos las bicicletas, la carne y todo lo demás. A veces trataban de perseguirnos, ¡pero nunca nos alcanzaban!

—¿Ingresó también tu hermano pequeño en la GPU? —pregunta interesado Porta.

—No. ¡Se lo comieron los leones!

—¿Que se lo comieron los leones? —pregunta asombrado Porta—. ¿Cómo fue? ¡Nunca conocí a nadie que fuese comido por leones!

—Verás —dice tristemente Igor—. Nunca solíamos pagar para entrar en el Zoo; escalábamos el muro. Claro que algunas veces nos equivocábamos e íbamos a parar donde estaban los leones marinos o los osos polares. Pero siempre lográbamos escapar. Los osos polares se quedaban tan sorprendidos cuando saltábamos desde lo alto de la pared que no se les ocurría comernos hasta que estábamos fuera de su alcance. Al cabo de un tiempo, conocimos bastante a todos los animales. Y ellos también nos conocían a nosotros. Sólo los guardianes no nos tenían simpatía.

»Pero llegó un día en que llevábamos varios sin comer nada decente, y estábamos plantados allí, observando cómo daban la comida a los grandes felinos.

»Mi hermano menor estaba delante de la jaula de los leones mirando a los guardianes que les arrojaban grandes pedazos de carne. Cuando estos se ausentaron, mi hermano saltó dentro de la jaula y agarró un gran trozo de carne ante las propias narices de un viejo y apolillado león. Este lanzó un terrible rugido al desaparecer la carne y dio un zarpazo al chico. Este recibió tal golpe que voló hasta el otro extremo de la jaula y fue a caer sobre otro león, que se estaba echando la siesta.

»Aquello pareció un infierno. ¡Todos daban vueltas por la jaula! Los leones perseguían a mi hermano. ¡Qué follón! ¡Cuando aparecieron al fin los guardianes, poco quedaba de él! ¡Los hambrientos leones se lo habían comido!

Kostia nos dice que siempre ha sido cazador de cabezas y que ha cogido a muchos presos que se habían fugado de Kolyma.

—Los *Jakaeirs* siempre nos avisaban cuando alguien había saltado el muro. Recibían diez rublos por la información. A nosotros nos recompensaban con cien por cada cadáver que entregábamos. Éramos compasivos. Nunca torturábamos a un preso. Disparábamos contra él mientras dormía, de modo que no experimentase el miedo a la muerte. El invierno era la temporada mejor. Podíamos reunir y conservar los cadáveres hasta llenar con ellos un trineo. En verano teníamos que entregarlos antes de que se corrompiesen y no pudiesen ser identificados. Nada nos pagaban por los cuerpos si estos no eran identificados en el Campamento Central, y además la entrega de cadáveres podridos tenía otro riesgo que nadie quería correr. Sé de varios que fueron ahorcados por un asesinato sin resolver. De esa manera podía la Policía borrarlos de sus listas y era menor el porcentaje de casos no resueltos.

—¡Por mil diablos! —exclama Gregor, escupiendo como para librarse de un mal sabor de boca—. ¡Nos hemos juntado con unos buenos elementos!

—Pero nosotros sólo capturábamos a parásitos de la comunidad —se defiende Kostia.

—Tenías que ser siberiano para pensar así —declara el Comisario, mirando rencorosamente a Kostia—. ¡Esos monstruos de ojos oblicuos vienen al mundo por el ojo del culo de Satanás!

Kostia ríe larga y estruendosamente, y no parece ofendido en absoluto.

—Está nevando a más no poder —dice *Barcelona*, mirando por la ventana—. No podemos seguir adelante. ¡Esos montones de nieve tienen diez metros de altura!

—Conseguiré una máquina quitanieves —promete el Comisario, encogiéndose de hombros dentro de su largo abrigo de pieles.

Cuelga su «Kalashnikov» sobre el pecho y hace una seña a Kostia, que le sigue haciendo una mueca siberiana.

—¡Una máquina quitanieves! —se burla Heide, sentado junto a la estufa y con aire de reproche.

—No quiso decir una quitanieves corriente —dice *Cazador de Putas*—. Quiso decir una *comedora* de nieve.

—Nunca había oído hablar de una cosa semejante —dice Porta, barajando hábilmente las cartas—. ¿Qué es?

—Es una máquina que se traga toneladas de nieve en un minuto —explica *Cazador de Putas*—. Si soltaseis un par de ellas en el Polo Norte, ¡este dejaría pronto de existir!

—¿Y va a encontrar una en este rincón del mundo? —grita Porta, mondándose de risa—. ¡Qué optimista!

—Es un comisario de tres estrellas —dice *Cazador de Putas*, creyendo innecesaria toda ulterior explicación.

Al cabo de un tiempo, regresan el Comisario y Kostia.

—Preparaos —dice el Comisario—. La máquina quitanieves está aquí y tenemos que seguirla de cerca. El «T-34» primero, y detrás el «Panther».

—Dime una cosa —dice Porta, echándole el humo del cigarrillo a la cara—. Siempre quieres que vaya en retaguardia. ¿No te fías de mí?

El Comisario prorrumpe en una larga risotada.

—Eres un tipo muy gracioso —dice, entre carcajadas—. Quien se fíe de ti debería ser encerrado en un manicomio. No vas a decirme que no has pensado nunca en hacernos una jugarreta.

—Bueno, un hombre tiene siempre cosas en las que meditar —dice Porta, sonriendo forzosamente.

La quitanieves es una máquina enorme que realmente se «come» la nieve, como ha dicho *Cazador de Putas*. Nunca hemos visto nada parecido. Los más altos montones de nieve desaparecen en pocos minutos cuando empieza a trabajar en ellos. Pero poco después de haber pasado nosotros, nuevas montañas de nieve se alzan a nuestra espalda, haciendo que la carretera quede totalmente infranqueable.

—Nos pone a salvo de posibles perseguidores —dice el Comisario, con un guiño de satisfacción—. Esta era la única quitanieves que había en el pueblo. Si alguien quiere otra, tendrá que ir a buscarla a Irgorsk, ¡que es precisamente donde vamos!

—¡Muy inteligente! —confiesa Porta—. No hace falta pensar mucho para ver que estamos a salvo.

Un miliciano nos da el alto cuando ya estamos dentro de Irgorsk. El Comisario le aparta con un ademán que sólo pueden permitirse los que ocupan una posición de autoridad.

—Le asustaron nuestras caras pintadas de rojo —ríe satisfecho Porta.

Una serie de proyectores lanzan sus haces luminosos hacia un cielo negro como el carbón. Se entrecruzan y juegan nerviosamente sobre las oscuras nubes.

—¿Qué diablos es esto? —grita sorprendido Porta—. ¿Un ataque aéreo? ¿A quién se le ocurriría bombardear este lugar? ¡Debe tratarse de un error!

El trueno de una explosión estremece el aire.

—¿Es también esto un error? —pregunta Gregor—. ¡A mí me parece bastante real!

Se eleva una enorme columna de fuego, derramando una lluvia de chispas blancas sobre toda la población. Batallones de llamas bailan y giran sobre los tejados. Gotas de plomo fundido caen sobre las calles, silban y burbujan en la nieve. Las pesadas vigas de los grandes edificios empiezan a ceder, crujendo y partiéndose. Gárgolas talladas en granito caen de las alturas, aplastando lo que encuentran en su caída. Una cabeza de granito con una lengua larga colgando de su boca rueda por la calzada y se estrella contra las orugas del «Panther». Un anticuado coche de bomberos, con sólidos neumáticos de caucho, es destrozado por la lluvia de ladrillos. Los bomberos sentados en sus costados ni siquiera se dan cuenta de lo que sucede.

Nosotros contemplamos fascinados una pared de hormigón. El edificio se hincha como un globo, lentamente. El gran terrado plano se hunde en el interior de la casa, que se ha convertido en una hoguera. Las chispas se elevan cientos de metros en el aire; jácenas de acero se doblan como si fuesen de goma.

Dos muchachas corren gritando por la calle, con los cabellos y la ropa en llamas. Un bombero apunta su manguera hacia ellas. Salen lanzadas hacia atrás y se pegan al hirviente y burbujeante asfalto.

—¡Adelante! ¡Salgamos de aquí! —grita histéricamente *el Viejo*—. ¡Es lo único que nos faltaba, que nos matasen nuestras propias fuerzas aéreas!

Un contenedor lleno de bombas incendiarias estalla junto a nosotros. El fósforo salpica los costados de los tanques y empieza a arder. La pintura se inflama y burbujea a los lados de los vehículos.

—¡No lo toquéis! —advierte *el Viejo* a través de la radio—. ¡Se apagará él solo!

Subimos por un ancho bulvar y vemos una hilera de cadáveres yaciendo en la entrada de un sótano. Han sido calcinados y reducidos al tamaño de muñecos, y están retorcidos en las extrañas posiciones que siempre adoptan los cuerpos quemados.

Un general de Infantería, con la capa ondeando detrás de él, da unas voces de mando y nos amenaza furiosamente cuando ignoramos sus órdenes.

—*Yob tvoyu mat* —dice hoscamente Igor, haciendo una mueca—. ¡Dejemos que lo asen! ¡Los pobres soldados nada pueden esperar de los ricos generales!

El general corre detrás de nosotros, gritando y gesticulando. Se detiene y salta a un lado para evitar que le atropelle el «T-34» de Kostia, que se le echa encima a toda velocidad. Caer en un gran charco. Cuando se levanta, sus botas están ardiendo. Había fósforo en el fondo del charco, y se inflama en cuanto le toca al aire. Él frota desesperadamente las botas contra el cemento. Por lo visto, era la primera vez que se topaba con fósforo. De no ser así, se habría quitado inmediatamente las botas. Ahora extiende el fósforo y hace que arda con más furia. Se tambalea y vuelve a caer en el charco. Presa de pánico, se arrastra fuera de él y se encuentra en una situación aún peor. Pequeñas llamas azules bailan sobre su espalda. Su capa se carboniza rápidamente. A los pocos minutos, yace en la calle como un montón de harapos llameantes.

—El fósforo puede con todos —murmura Porta, mirando fijamente aquel montón burbujeante que hasta hace poco fue un general—. He oído decir que han empezado a usarlo en el infierno. ¡Es más eficaz que el anticuado carbón!

Un «Stuka» es alcanzado y estalla en una bola de fuego. Llueven trozos de metal al rojo y rebotan contra los costados de acero de los tanques.

Retumban los cañones antiaéreos. Dondequiera que se mire hay algo que estalla. Es como si un paraguas de fuego azul, rojo y amarillo, se hubiese abierto sobre la ciudad.

Algunos bomberos viejos, con un anticuado vehículo contra incendios, accionan como locos las manivelas de la bomba. Sale poca agua, pero siguen trabajando.

Un poco más adelante, un hombre gordo con uniforme verde está plantado y paralizado por el asombro, mirando su brazo. Llamea y burbujea. Ha sido lo

bastante imbécil como para tocar una bomba incendiaria.

Corre gente a su alrededor. Pero todos se mantienen a distancia. Nadie le ayuda. Los grandes ataques aéreos insensibilizan a todo el mundo. Bastante trabajo tienen con cuidar de ellos mismos y de sus parientes más próximos.

El gordo cae de rodillas y se consume apáticamente en un mar de llamas azules.

El zumbido infernal de los «Stuka» que descienden en picado destroza los nervios de cualquiera. La gente está aterrorizada y corre de un lado a otro como gallinas asustadas.

—No es mala idea esa sirena de los «Stuka» —dice Porta, tapándose los oídos—. ¡Con ese ruido, podrían incitar a una oveja a tomar parte en una carrera de obstáculos!

La ciudad se ha convertido muy pronto en un infierno. Ahora, los grandes «Heinkel» rugen en lo alto y lanzan bombas explosivas de alta potencia en el mar de llamas.

Un camión pesado es lanzado al aire. Caen soldados de él como confeti y pocos momentos después, también ellos están ardiendo en el burbujeante asfalto.

Armas automáticas empiezan a disparar por su cuenta. Rebotan balas en todas direcciones, como granos de arroz sobre una pareja de novios.

En el gran bulevar de circunvalación, en el distrito rico de la ciudad, dos ambulancias están cruzadas en la calzada, envueltas en llamas danzarinas. Penden camillas de ellas, y cuerpos imposibles de identificar arden mezclados en un negro montón.

Porta tiene un momento de pánico cuando se derrumba un alto edificio de hormigón. Las paredes exteriores caen sobre el bulevar y obstruyen la calle. Al mismo tiempo, la calle que tenemos detrás estalla en un mar infernal de llamas de fósforo con la nueva aportación de oxígeno.

Suenan órdenes confusas en la radio.

—¡Apagad ese maldito aparato! —gruñe desesperadamente *el Viejo*. Desconecta el receptor y se interrumpe la comunicación—. ¡Vamos, Porta! ¡Atrás, y *muy* despacio! Tranquilízate y haz exactamente lo que te digo. Si perdemos la cabeza, ¡nunca saldremos de aquí!

Por fin consigue Porta poner en marcha el pesado tanque, hacia atrás. Se mete directamente en una panadería. Estantes de cristal, panes y bolsas de papel vuelan por el aire. Entre una nube de harina, el tanque derriba un tabique y por último pasa a través de la pared del otro lado bajo una lluvia de ladrillos.

—¡Las orugas están ardiendo! —grita alarmado *Hermanito*—. ¡Arden como el mismo infierno! ¡Y también apestan de un modo infernal!

—¡Fósforo! —dice desesperadamente *el Viejo*—. Tenemos que quitarlo de ahí antes de que todo el carro salte por los aires..., ¡y nosotros con él!

Nos echa del tanque. Saltamos por las escotillas y empezamos a rascar febrilmente las orugas y los rodillos en llamas.

—¡Cuidado! —nos advierte *el Viejo*—. Si ese material os cae encima, ¡estaréis listos!

No hace falta que nos lo advierta. Sabemos demasiado bien lo que es el fósforo que se emplea en la guerra. Una sustancia espantosa que se pega a todas partes y arde con más fuerza al recibir más aire. Cuanto más lo rascas, ¡más fuego produce!

El calor es terrible a nuestro alrededor. Tenemos chamuscados los cabellos y nos arde la piel. Las bombas incendiarias estallan con un blanco resplandor de magnesio dondequiera que caen.

Un oficial de la GPU, con su uniforme medio quemado, pero con su reluciente «Kalashnikov» saltando sobre el pecho, llega corriendo por una calle lateral, se detiene y nos lanza una granizada de maldiciones.

El Comisario viene a toda prisa, como un doberman furioso, se yergue ante el oficial de la GPU y le lanza un torrente de invectivas que le dejan sin aliento.

El teniente de la GPU está a punto de escabullirse, pero cambia de idea cuando todo un pelotón de soldados de la GPU dobla la esquina empuñando sus «Kalashnikov». Uno de ellos agarra a Gregor y apoya el cañón de la metralleta en su cuello.

La primera ráfaga de tiros pasa sobre nuestras cabezas y produce un efecto inesperado en el belicoso teniente de la GPU. Es lanzado al aire, con los brazos extendidos como alas. El bizarro oficial ha sido alcanzado en el pecho, y es como si las balas le atravesasen directamente. Consigue lanzar un grito ahogado antes de caer hacia atrás, sobre un montón ardiente de fósforo. Queda inmediatamente envuelto en llamas.

Cuatro metralletas hacen fuego contra nosotros.

Heide está a cubierto detrás del «Panther», disparando entre las ardientes orugas.

Los hombres de la GPU caen al suelo, con las rótulas destrozadas. Heide tiene que disparar bajo, desde la posición en que se halla. Se pone en pie y se acerca fríamente a los soldados de la GPU que no dejan de gemir. Con malévola sonrisa y con una frialdad implacable en sus ojos azules, prepara su

metralleta para que dispare los proyectiles uno a uno y mete una bala en cada una de aquellas caras suplicantes.

—¿Por qué diablos lo has hecho? —protesta furiosamente *el Viejo*—. ¡Estoy harto de ti!

—La situación lo exigía —ladra Heide, con arrogancia, cambiando el cargador.

—Julius no es más que una caricatura retorcida de sus propias creencias —se burla Porta—. ¡Apesta a cadáveres como todos sus compañeros de la cruz gamada!

—No tardará en llegar el día en que me cuidaré especialmente de ti —le promete Heide, mirándole aviesamente.

Un chorro de llamas de varios cientos de metros de altura asciende en el aire, y una larga y fuerte explosión suena sobre la ciudad incendiada.

Boris, el artillero de la torreta del «T-34» sale despedido y queda ensartado en el cañón de repetición del tanque. Gira como un molinillo de papel sobre el largo cañón que le ha atravesado por la cintura.

Han estallado los depósitos de gas de la ciudad. Todo se ha convertido en un infierno indescriptible. Las construcciones de ladrillos se quiebran como si fuesen de cristal. Las varillas de hierro se estiran y retuercen. Los tejados se levantan de las casas cuando las llamas barren la ciudad como una tormenta de fuego.

Un «Ju-88» llega rugiendo sobre los terrados, escupiendo llamas de las alas. Se balancea y gira a un lado y a otro, y se estrella contra una casa. Estalla en una cegadora bola roja de fuego.

Un jeep «Willys» viene hacia nosotros a toda velocidad. El conductor pende sin vida de la baja portezuela metálica. Choca estruendosamente con el «T-34» y queda aplastado debajo de sus orugas.

Un sonido prolongado, sibilante y áspero, como de un saco de carbón rodando por una rampa, hace que nos pongamos a cubierto. Aquel extraño ruido termina con una explosión horrisona, que hace que nos duelan los oídos y casi nos deja sin sentido. Una bomba enorme ha caído a unos doscientos metros de nosotros.

Destruye lo que aún permanece en pie cerca de ella y sólo deja tierra arrasada alrededor del lugar donde ha caído.

—¡Por Cristo crucificado! —exclama Porta, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Que el diablo se lleve a la maldita Luftwaffe!

Uno de los «T-34» está ardiendo. Surge de él una columna de humo negro y oleoso. Poco después, estallan las municiones del tanque, que se rompe en

pedazos.

—¡Poneos a cubierto! —grita el Comisario, mientras cae una bengala de color y arroja una cascada de fuego verde a su alrededor. Llueven bombas explosivas de alta potencia. Llamas danzantes brotan de las calles, como un ejército de lanzallamas.

—Son las tuberías de gas —dice doctoralmente Heide.

—¡Estúpido bastardo! —silba *Hermanito*, con una risita desdeñosa—. ¡Hace rato que han estallado los depósitos de gas!

—¡Idiota! —gruñe Heide—. ¡Hay gas en otras partes!

De pronto, el cielo se colorea de rojo. Se acerca una nueva ola de bombarderos. El zumbido amenazador de los motores aumenta a cada segundo. Caen bengalas, iluminando un gran espacio cuadrado. Nosotros estamos en su centro.

Las primeras bombas de mil kilos caen a nuestro alrededor. Es como un volcán en erupción que vomitase acero y fuego. La superficie de la calle se agrieta y se forman montones de escombros. El gran cuartel de Artillería queda pulverizado a nuestra espalda. Se diría que el ancho bulevar es lanzado hacia el cielo. Vuelan árboles por el aire, como flechas disparadas con arco, y la noche se hace tan luminosa como el más claro día.

El Legionario y yo recobramos el sentido en la plaza del cuartel, entre cañones rotos, tractores de artillería y cadáveres.

El trineo a motor ha sido volcado panza arriba y su torreta se ha hundido en el asfalto blando. El motor sobresale, medio desprendido de su soporte.

El Comisario maldice furiosamente al darse cuenta de que el trineo a motor ha sido convertido en chatarra.

Una bomba incendiaria de veinte kilos cae a un par de metros del «Panther», que queda inmediatamente envuelto en una rugiente cortina de llamas.

Corremos hacia allí con el equipo contra incendios de que disponemos. Sin el «Panther», nunca podríamos regresar vivos. Desesperadamente, arrojamos tierra y arena sobre los grumos rojos y blancos de magnesio que arden sobre todo el tanque. El calor es insoportable. Una y otra vez nos vemos obligados a retroceder.

La pintura roja que nos cubre empieza a burbujear, pero esto tiene la ventaja de diluirla. Empieza a desaparecer de nuestras caras. Pronto parece que sólo padecemos el sarampión.

Conducimos los vehículos a cubierto, al otro lado del cuartel, donde hay un parque contiguo al bosque.

—Trataré de conseguir un camión para sustituir el que se ha averiado —dice el Comisario—. ¡Ven conmigo, Kostia! ¡Coge un par de granadas de mano! ¡Nunca se sabe con qué clase de imbéciles puede uno tropezar!

Media hora más tarde, regresa con un «Studebaker» completamente nuevo.

—¿Qué decís a esto? —pregunta, extendiendo jactanciosamente los brazos.

—¡Los soviets sufrirán una gran pérdida cuando tú los abandones! —ríe Porta, asintiendo con la cabeza.

Una bomba de quinientos kilos cae en medio de un rebaño de corderos. Miembros arrancados son lanzados a lo largo de la calle y una fuerte lluvia de sangre cae sobre nosotros, pintándonos nuevamente de rojo. El hedor nos provoca náuseas.

Cuando giramos para tomar lo que creemos que es un atajo, se produce una explosión ensordecedora y nubes blancas de vapor brotan silbando del suelo.

—Deben de ser tuberías de vapor —dice *Cazador de Putas*—. ¡Reventarán todas antes de que nos demos cuenta! ¡Vayámonos de aquí sin perder un instante!

—¡Volved atrás! —grita el Comisario desde la torreta del «T-34», agitando ambos brazos—. ¡Por todos los diablos, volved atrás! Si es lo que me imagino, ¡será como si se abriesen las puertas del infierno!

La calle empieza a hundirse, como si fuese engullida por fuerzas invisibles. Las casas de ambos lados se derrumban y desaparecen en el agujero, que vuelve a cerrarse sobre ellas con un sonido horrible de absorción.

—¡Santo Dios! —exclama horrorizado *el Viejo*—. ¡Esto tiene que ser algo mucho peor que unas tuberías reventadas!

—Es verdad —grita furiosamente el Comisario—. Pero marchémonos de aquí a toda velocidad. ¡Más tarde te lo explicaré!

Al otro lado del bulevar, la calzada se ha elevado en un montículo. Es como si el mundo se volviese del revés. Las casas se derrumban en hileras, como chupadas por la tierra.

—Esto es horrible —murmura *Hermanito*—. Se diría que el diablo va a salir para ver lo que pasa.

En mitad del parque, nos detiene una patrulla de la GPU, que ha cruzado dos trineos blindados en el paseo.

—Preparaos —gruñe rabiosamente el Comisario—. ¡Nada va a detenernos ahora! ¡Ni siquiera todo el maldito Kremlin!

Dos hombres de la GPU, de aspecto amenazador, vestidos completamente de cuero negro y con sus «Kalashnikov» en la mano, están plantados en medio de la calzada y nos hacen señas para que nos detengamos.

El Comisario salta del «T-34», se yergue y avanza en su dirección. Grita con fuerza y agita el puño en el aire.

Un *politruk*^[50] sale de detrás de la barricada. También él parece darse bombo. Su ancha cara eslava no presagia nada bueno.

—¡Un fanfarrón! —dice Porta como hombre de experiencia que es—. ¡Lo mejor que podríamos hacer sería pegarle unos cuantos tiros en las pelotas!

—*Propusk!* —grita el *politruk*, alargando una mano con el auténtico estilo policial.

—¡Y un cuerno! —chilla el Comisario—. ¡Desempeño un servicio especial con unos alemanes del Volga! ¡Que Dios le valga si le denuncio a Moscú! ¡Está sabotando una misión de importancia nacional!

—Yo cumplo órdenes —ruge el *politruk*—. Aunque fuese el gran Stalin quien pasase por aquí, ¡tendría que mostrarme un *propusk!* *Panjemajo!*

—¿Un trago? —pregunta Porta, con una falsa sonrisa.

Ofrece su cantimplora desde la ventanilla del conductor, con un ademán de invitación.

—¿Vodka? —pregunta el *politruk* de avieso aspecto.

Agarra ansiosamente la cantimplora y echa un largo trago. La pasa a sus dos subordinados vestidos de cuero, que engullen el líquido como caballos sedientos.

—¡Es bueno y da calor! —dice el hombre, en un tono un poco más suave.

De pronto, algo extraño parece ocurrirle a su cara. Palidece como la de un cadáver y después se vuelve escarlata. El rojo adquiere lentamente un tono azulado. El hombre se aprieta el estómago y emite unos ruidos muy extraños.

Uno de sus acompañantes se lleva ambas manos a la boca y vomita como si estuviese absolutamente mareado.

—¡Diablos! —jadea el *politruk*.

Tiene la sensación de que todas sus entrañas están siendo devoradas. Mira confusamente, con unos ojos que parecen a punto de saltar de sus órbitas. Los tres hombres se ensucian los calzones. Sus rodillas se doblan y caen al suelo emitiendo gemidos estertorosos.

Porta mete de nuevo la cantimplora debajo del asiento del conductor y toma mentalmente nota de volver a llenarla con un ponche especial.

El Comisario contempla, confuso, los tres cuerpos postrados.

—¿Qué diablos...?

Le interrumpe un ruido que parece un trueno lejano. La tierra empieza a temblar debajo de nosotros.

—¿Qué demonios es esto? —grita Porta, mirando atónito a su alrededor.

—¡Un corrimiento de tierras! —grita aterrorizado el Comisario, viniendo a toda prisa hacia nosotros.

Otros dos hombres de la GPU salen de detrás de los trineos motorizados que nos cierran el paso. Empiezan a gritar pasmados, al ver que los árboles oscilan y se mueven como si fuesen tallos de hierbas.

—¿Qué diablos sucede? —grita Gregor, aterrorizado, al derrumbarse estrepitosamente otra hilera de árboles.

—¡Un corrimiento de tierra! —aúlla el Comisario—. ¡Estamos sobre arcilla movediza! ¡Corred! ¡Corred por vuestra vida!

Todo el bosque se disuelve ante nuestros ojos. Aquí y allá, saltan piedras por el aire. La tierra empieza ahora a moverse como las olas de un mar encrespado. El ruido es ensordecedor.

Delante de nosotros, la calzada empieza a moverse como una tabla atrapada en un remolino. Los dos trineos a motor de la GPU se deslizan por una fuerte pendiente que acaba de aparecer y caen en un lago burbujeante de barro y árboles tronchados. A través de aquel estruendo llega un nuevo ruido. Un sonido prolongado y como de gorgoteo, parecido al de una gaita obstruida que puede absorber aire de nuevo. Pero un millón de veces más fuerte.

—¡Corred! —grita el Comisario, haciéndolo él a toda velocidad y con todos nosotros pisándole los talones, incluidos los soldados vestidos de cuero de la GPU.

La calzada empieza a ceder debajo de nuestros pies y subimos por una pendiente hasta un camino más estrecho y bastante más elevado que el paseo principal.

La tierra firme produce un ruido hueco bajo nuestras botas que no paran de correr. Es como si anduviésemos sobre una masa. La tierra se desliza lentamente hacia abajo y cae en un aguazal fangoso.

Hermanito lanza un grito de terror cuando un enorme abeto cae sobre él.

Gregor y yo tratamos desesperadamente de sacarle de allí, pero sólo cuando llega Porta en nuestra ayuda conseguimos mover aquel gran árbol.

Una piedra gigantesca rueda por la pendiente y se lleva a Boris. Este lanza un grito estridente y se hunde en el cieno bajo su peso.

Corremos desesperados por el estrecho sendero, pero es como tratar de cruzar un remolino que pretende continuamente absorbernos en sus

profundidades. Cuando estamos a poca distancia de la carretera, surtidores de barro y de agua se elevan cientos de metros en el aire.

—¿De dónde viene toda esa *agua*? —pregunta Porta.

Se aferra desesperadamente a un árbol desarraigado que gira en el burbujeante fango.

—La impulsa la arcilla movediza —jadea el Comisario—. ¡Hay millones de litros de ella!

—¿Cómo diablos puede ser? —pregunta desalentado *el Viejo*—. ¡Nunca había oído hablar de arcilla movediza!

—Existe en Rusia —explica un poco más tarde el Comisario, mientras caminamos fatigosamente sobre el barro viscoso y burbujeante, resbalando una y otra vez sin poder evitarlo—. Es un resto de la Edad del Hielo. Hay un cincuenta por ciento de agua, que ha quedado atrapada en bolsas de arcilla y escombros. Puede mantenerse eternamente así, si nada lo altera. En otro caso, lo que parece ser tierra firme se convierte en barro que lo engulle todo, como acabáis de ver. En Rusia han desaparecido ciudades enteras cuando la arcilla ha empezado a moverse.

—Entonces, ¿qué lo ha provocado ahora? —pregunta *Hermanito*, estornudando y saliendo con dificultad de un charco de barro.

—¡Esas malditas bombas alemanas! —silba furiosamente el Comisario—. Me di cuenta de lo que pasaba cuando las calles empezaron a desaparecer en la ciudad.

Por fin conseguimos llegar a tierra firme. Completamente agotados, nos tumbamos en el suelo. Nuestro color ya no es rojo. Nos hemos convertido en estatuas de barro.

—*Job tvojemadj!* —grita Kostia, señalando el cuartel de la GPU.

Este ha empezado a deslizarse carretera abajo como una casa sobre ruedas. Primero se resquebraja. Después se derrumban las paredes y se rompen los tejados y en un abrir y cerrar de ojos es engullido por la tierra.

Toda la pendiente del otro lado de la carretera empieza a resbalar hacia abajo con velocidad creciente. Grandes árboles son lanzados al aire y enormes piedras se hacen añicos al chocar entre ellas.

El agua expulsada a presión por la arcilla brota en grandes surtidores. Millones de toneladas de arcilla se mueven como un mar agitado por la tormenta.

—¡No puede ser *verdad*! —aúlla desesperadamente Porta, dando saltos—. ¡El diablo ha venido a robarnos nuestro oro!

Observamos boquiabiertos el cargado camión «Studebaker», que desaparece lentamente en el fango espumoso. A nuestro alrededor, surgen geiseres rugientes. Es una vista fantástica, pero estamos demasiado impresionados para captar el esplendor del fenómeno natural que se desarrolla a nuestro alrededor.

Un torrente de barro y de agua baja por la carretera y en pocos segundos, desaparecen los dos camiones cargados de oro. Un poco más tarde, uno de los «T-34» resbala de lado desde lo que ha quedado de la carretera. Con un ruido ensordecedor, gira en redondo y es tragado por el barro. Su cañón apunta hacia lo alto hasta el final, como el bauprés de un barco de guerra torpedeado.

—¡Allá va el resto del oro! —gruñe desesperadamente el Comisario.

Se arranca el gorro de piel de la cabeza y lo pisotea, furioso, como si tuviera la culpa.

Luchamos como locos sobre el barro ardiente por volver hasta el «Panther» y el «T-34» que nos quedan. Están empotrados entre dos enormes rocas.

Desanimados, damos una vuelta a su alrededor para comprobar su estado. Los daños son catastróficos. Las orugas del «T-34» han sido arrancadas y sus eslabones están desparramados sobre lo que resta de la carretera. Los rodillos del «Panther» han saltado de sus soportes. Varios amortiguadores están destrozados.

Subo a la torreta y observo el cañón. Este parece haber quedado indemne.

—¿Pueden repararse esos cubos de basura? —pregunta el Comisario, con rostro compungido—. Sin ellos, ¡podemos perder toda esperanza!

—¿Cómo crees que se las arreglan los que van a pie? —pregunta agriamente Porta—. ¡No tienen ningún sitio donde apoyar el culo!

—No se las arreglan —responde, pesimista, el Comisario—. ¡Caminan hasta que arrastran las orejas por el suelo!

—Entonces no queda gran cosa que decir, ¿verdad? —replica Porta, quitándose su enfangado abrigo de pieles—. Por una vez, me olvidaré de que sólo soy conductor. Saquemos los cilindros de gas y así podremos empezar a soldar. ¡La necesidad enseña a las modestas doncellas a fornicar! En realidad, ¡necesitaríamos toda una compañía de mecánicos para reparar estos dos cacharros!

Durante dos días, trabajamos literalmente sin parar; pero al fin, los dos carros se hallan en condiciones de rodar. Porta se enjuga las manos con un trapo y mira tristemente la tierra fangosa donde ha quedado enterrado todo el oro.

—Bueno, ¡ahora sabemos lo que es la arcilla movediza! —dice, y arroja resignadamente el trapo.

Hermanito está inconsolable. Anda de un lado a otro, hurgando en el suelo con una larga estaca, con la esperanza de dar con el oro. Simplemente, se niega a creer que ha desaparecido para siempre.

—¿No crees que podríamos emplear una excavadora? —pregunta Porta, mirando al Comisario—. ¿No sería posible revolver todo este bosque y encontrar nuestro oro?

—Ni pensarlo —dice *Cazador de Putas*—. Una vez vi, en Siberia, desaparecer una ciudad entera. Trabajaron durante tres meses con un ejército de excavadoras y no encontraron ni un ladrillo. El diablo se lo había tragado todo.

—¡*No quiero* creerlo! —grita furiosamente Porta. Coge una piqueta del «T-34» y empieza a golpear con fuerza el barro endurecido—. Pensad en todos aquellos patanes que revolvieron toda Alaska y medio Canadá con la esperanza de encontrar un puñado de polvo de oro. Y aquellos payasos ni siquiera sabían que *había* algo en el lugar donde buscaban. Nosotros tenemos al menos la ventaja de saber que hay un buen filón ahí debajo. ¡Vamos, muchachos! ¡Coged un pico o una pala! ¿No *queréis* ir a Suecia y pescar salmón? ¡Es más divertido que ser soldado alemán en tiempo de guerra!

—Así se habla —grita *Hermanito*, agarrando un pico—. Si la Mafia se entera de lo de nuestro oro, ¡vendrán todos corriendo! Y los viejos bastardos de cabellos blancos cavarán también, ¡aunque haga mucho tiempo que no hayan trabajado con las manos!

—¡Se les atragantarán sus *spaghetti carbonara*! —bromea Gregor, empezando a cavar.

—Callaos un momento —suspira el Comisario, apoyando el mentón sobre las manos—. ¡Tengo que pensar!

—Pero no mucho rato —le aconseja *Hermanito*—. ¡Pensar durante demasiado tiempo puede ser peligroso! Cuando estuve con los psicópatas militares, me decían que *no debía* pensar. Desde entonces he seguido su consejo, ¡y me ha ido muy bien!

—La única manera de que pudiésemos recuperar el oro sería tal vez con media docena de dragas —dice el Comisario, con una voz que parece surgir del fondo de un cubo de hojalata.

—No podríamos ponerlas ahí —protesta Porta—. ¡Las dragas navegan sobre *agua*!

—Es verdad —responde el Comisario. Está tan deprimido como toda una población vestida de luto—. Entonces, olvidémonos del oro. ¡Lo hemos perdido para siempre!

—¡Tengo un plan! —grita *Labios de Hielo*, iluminándose de pronto su semblante.

—¡Que Dios y el diablo nos amparen! —exclama *Cazador de Putas*, con un ademán de desesperación.

—Podríamos perforar el suelo para buscar oro, como lo hacen con el petróleo —sigue diciendo *Labios de Hielo*—. ¡Conozco a un tipo que podría proporcionarnos una perforadora!

—¡Idiota! —gruñe el Comisario—. ¿Por qué no un sacacorchos?

Permanecemos sentados durante un rato, contemplando afligidos aquel mar de barro ahora seco que se ha tragado el oro que iba a convertirnos en socialdemócratas suecos.

—¿Habéis pensado en lo que nos pasará si nos pillan, aunque no estemos transportando oro? —dice Gregor—. ¡Me parece que no será nada agradable!

—Nos acusarán de toda clase de delitos. Más de lo que podríamos imaginarnos —dice lúgubrementemente Porta—. Para empezar, alta traición o como quiera que lo llamen cuando uno no ama lo bastante a la madre patria. Esto representa quince penas de cadena perpetua, ¡que son una eternidad! El hecho de que hayamos perdido el oro que robamos no supondrá ninguna diferencia.

—Ni siquiera creerían que ese maldito barro se ha tragado el oro —dice *Labios de Hielo*, con una cara tan triste como la de un condenado a muerte—. ¡Seguirían torturándonos hasta que no quedase nada por triturar!

—Debemos ponernos de acuerdo en una cosa —dice el Comisario, con un rostro tan sombrío como un trueno de verano—. ¡Mantener cerrado el pico y olvidarnos completamente del oro! Si alguien se huele que fuimos nosotros quienes nos lo llevamos, se nos echarán todos encima. Y no con buenos modales. No solamente la GPU, sino también la Gestapo y la CIA y MI5, y la malpensada Policía e incluso el miembro solitario del Servicio Secreto Soviético. ¡Todos nos seguirán la pista!

—¿Y los *boy scouts*? —pregunta *Hermanito*—. ¡Conozco a un tipo que es *Rover Scout*!

Dos días más tarde nos detenemos en una encrucijada donde hay un montón de rótulos señalando a todas partes.

Porta está sentado sobre la plancha delantera del «Panther», comiendo una salchicha y regando con vodka cada bocado.

—¿Y ahora qué? —pregunta, mirando al Comisario que, con semblante compungido, se asoma a la torreta del «T-34»—. ¿Todavía quieres volver con nosotros? Ahora somos tan pobres como cuando empezamos. Temo que tendremos que aplazar un poco las agradables excursiones de pesca que íbamos a hacer en Suecia.

—Creo que, probablemente, será mejor que cada cual se quede en su país —responde el Comisario, saltando del tanque—. He oído decir algo sobre lo que hacéis los alemanes a los comisarios. ¡Y en particular a los comisarios *judíos*!.

—¡Oh, no creo que seamos tan malos! —dice *Hermanito*, con una sonrisa forzada en su afligido semblante.

—No estoy pensando en vosotros —dice el Comisario, alargando una mano hacia la botella de vodka de Porta—. Vosotros sois Fritz como nosotros somos Iván. ¡Me refiero a vuestra Gestapo, a la SS y demás porquería!

—¡No son peores que vuestra puerca GPU! —grita furiosamente Heide.

—Toda la Policía secreta es invención del diablo —dice ásperamente el Comisario.

—Sin embargo, creo que deberías venir con nosotros —dice Gregor—. Te meteríamos fácilmente en las Hiwis^[51], hasta que pudiésemos despedirnos del Ejército e irnos *realmente* a pescar a Suecia.

—¡No! —dice resueltamente el Comisario, sacudiendo la cabeza—. La vida es un juego de azar. No hay que abandonar cuando se pierde una vez. Si me marchase ahora con vosotros, ¡no sabría perder! Sólo habría ganado un poco de tiempo. Pero desde el principio pensé que esto podía salir mal, y me cubrí las espaldas. Además, ¡no tengo valor para permanecer mucho más tiempo con vosotros!

—Moscú —murmura reflexivamente Porta—. ¿Irás por Tambow?

—Sí, y después por Stalinogorsk —dice *Labios de Hielo*, con una sonrisa desprovista de humor.

—Un trayecto muy duro —dice Porta, asintiendo con la cabeza y mirando hacia el Nordeste—. ¡Y se anuncia mal tiempo!

—Vosotros podéis estar al otro lado de Kursk dentro de cuatro días —explica el Comisario—. Pero no paséis por Voronez. ¡Debéis tener cuidado con la GPU!

—Entonces, es la despedida —dice a media voz *el Viejo*—. Es triste. ¡Habíamos llegado a apreciarlos!

—También nosotros os queremos —sonríe *Labios de Hielo*, pasando un brazo sobre los hombros de Porta—. ¡Qué absurda es la guerra!

—Os cagaréis en los pantalones cuando crucéis la plaza de Dzherzhinski —dice Gregor, temblando bajo su capote.

—No lo creas. Saldremos adelante —ríe con fiadamente el Comisario—. Más bien temo por vosotros, amigos. Cuando regreséis, ¡tendréis que dar algunas explicaciones!

—Nuestras órdenes eran capturar a algún general e invitarle a acompañarnos —dice Porta—, pero ¿dónde vamos a encontrar un general?

Labios de Hielo extiende un mapa sobre la plancha delantera del «Panther» y traza un círculo con un lápiz.

—Aquí está la 38ª Brigada Motorizada. Ha sido reforzada con un regimiento de Caballería, que está *aquí*. Podéis decir que habéis contado setenta y pico de tanques de los tipos «KW-2» y «T-34/85», con el acostumbrado acompañamiento de anticuados «BT».

—¿Estás seguro de que la brigada está aquí? —pregunta *el Viejo*, no muy convencido—. Si hay un error, no tardarán en descubrirlo, ¡y será peor que si volvemos con las manos vacías!

—Tranquilízate —dice el Comisario—. *Labios de Hielo* sabe lo que se dice.

—Es justo que os demos algo a cambio —dice Porta, inclinándose sobre el mapa—: Aquí, a orillas del Merla, cerca de Solotev, está el 23º Panzer, ¡en muy malas condiciones! Han perdido la mayoría de sus tanques. Un general ansioso de medallas podría ganarse aquí un par de ellas.

—¡Esto es una traición! —ruge Heide—. ¡Te costará la cabeza si te denuncio a NSFO!

—Pero no lo harás —sonríe fríamente Porta—. No olvides que has estado aquí. ¡Somos compañeros de viaje, hijo mío!

—¿Y si hacemos un trueque con los tanques? —pregunta *Labios de Hielo*, con una taimada sonrisa—. Nosotros volvemos con vuestro «Panther» y vosotros os lleváis nuestro «T-34/85». ¡A ellos les *gustaría*! ¡Las últimas creaciones de la moda en tanques!

—Tal vez no sea mala idea —dice pensativamente *el Viejo*—. Cruzaríamos las líneas rusas con mucha más facilidad y, en último caso, podríamos esperar a que se produjese un ataque y deslizarnos entre ellas en un abrir y cerrar de ojos.

—Despidámonos como es debido —ríe el Comisario, abriendo la primera botella de vodka.

Porta enjuga su taza de porcelana con un trozo de saco viejo; no queda más limpia, pero al menos la *ha* enjugado.

—Trae nuestra pequeña sorpresa —dice el Comisario, volviéndose a *Labios de Hielo*.

Este ríe entre dientes, corre hacia el tanque y vuelve con una caja de caviar rojo. Ninguno de nosotros había visto nunca caviar rojo.

—Todos sois amigos míos —dice el Comisario, hipando y rompiendo el cuello de otra botella de «Moskovskaya»—. Todos sois buenos amigos y me alegraré de volver a veros. —Echa un largo trago de la botella, engulle un par de cucharadas de caviar y eructa con fuerza—. La vida es una cosa buena, ¿no os parece? —dice, con aire soñador—. Siempre nos tiene reservada alguna sorpresa. ¡Ya lo veréis! Puede que algún día aparezca otro oro al que podamos echar mano.

—Pero sin mí —dice *el Viejo*.

Ahora está en otro mundo, explicando a *Cazador de Putas* cómo se hace una cómoda.

—Lo más importante —sigue diciendo el Comisario, con voz achispada— es tener buenos amigos en todo el mundo. Entonces nos podemos ayudar los unos a los otros. —Levanta un dedo y señala a Porta—. Cuando los rusos dejamos de pensar, empezáis a hacerlo los alemanes. ¡Bebamos por la amistad y por las ideas prohibidas! Está muy mal que luchemos los unos contra los otros —dice, sorbiendo por la nariz.

—¡Brindemos por el pueblo soviético! —grita Kostia, pero mira confuso a un lado y otro con sus negros ojos asiáticos, al darse cuenta de que hay algo que suena mal en su brindis.

Aunque Rusia tiene 250 millones de habitantes, ni el más torpe agente de la GPU ignora que a nadie le gusta que le llamen ciudadano soviético. Se mete un puñado de caviar en la boca y lo riega con vodka. Después brinda por su propia salud.

—¡Un brindis por Berlín! —propone amablemente el Comisario.

—¡Por Moscú! —dice, hipando, Porta.

Se lleva la desportillada taza a los labios y a punto está de caerse.

—¡No nos olvidemos de Hamburgo! —grita *Cazador de Putas*.

—Gracias —lloriquea conmovido *Hermanito*—. ¡Quedáis todos invitados a visitar Hamburgo! Nos reuniremos en la casa de David, el hijo del peletero judío, en Hein Hoyer Strasse número diez, y sonará una alerta roja para todas las putas de postín de «Chéri». —Se pone en pie, tambaleándose—. ¡Por Tashkent! —balbucea, levantando su vaso de metal.

Es un misterio que conozca la existencia de una ciudad llamada Tashkent; pero, como siempre, está lleno de sorpresas. Algunas personas han muerto a

causa de eso.

Heide está instruyendo a Kostia. Le está enseñando el saludo alemán y el paso de la oca prusiano. Desgraciadamente, cada vez que Kostia levanta el pie a la altura de la hebilla de su cinturón, se cae de espaldas. Por fin desiste y se sienta para mirar tristemente las móviles nubes cargadas de nieve.

—Gracias a Dios, no soy alemán —gruñe—. ¡Son demasiado enérgicos!

Hace un frío terrible cuando nos despertamos en la vieja caseta de peones camineros.

Porta se lleva ambas manos a la dolorida cabeza. Es posible que se haya sentido peor alguna vez en su vida, pero no puede recordar cuándo fue.

—*Job tvojemadj!* —gruñe Kostia, como si acabasen de pegarle un tiro—. ¿Qué le han *hecho* al pobre Kostia?

Albert ríe a carcajadas. Es uno de esos hombres afortunados que nunca tienen resaca. La resaca es siempre divertida... para aquellos que no la padecen.

—¡Negro caníbal! —grita belicosamente *Hermanito*, haciéndole una mueca—. Si no estuviese mareado, te daría una buena paliza. ¡Maldito mono!

El Comisario se despierta lanzando un chillido estridente. Se imagina que le ha ocurrido lo peor que puede pasarle a un ruso: que le han encerrado en los sótanos de la Lubianka. Empieza a gritarnos en yiddish de Odessa y después lo hace en alemán y afirma que es jefe de la SS.

—Debieron poner algo realmente ruso en esa «Moskovskaya» —gime, lagrimeando, Gregor—. ¡Era lo bastante fuerte para derribar un árbol y convertirlo en serrín!

—Era terriblemente fuerte, os lo aseguro —farfulla *Hermanito*, enjugándose el sudor de la frente—. Me cayó una gota en el dedo y, ¡ahora no tengo uña!

No recuerda que hace dos días se pilló los dedos en la escotilla de la torreta.

—De pronto me he dado cuenta, Josefvitschi, de que estás chalado —dice el Comisario a Porta, con una amplia sonrisa—. ¡El tipo más loco que he conocido en mi vida! ¿Cómo diablos te has convertido en soldado?

—Sí, a veces también yo me lo pregunto —dice Porta, riendo de buen grado—. Pero, como debes saber, los oficios más importantes del mundo son los de soldado y de puta.

—Sólo dos clases de personas tienen las de ganar —grita *Hermanito*, con expresión astuta en el semblante—. Las putas y los hunos tontos.

—Deja que todo el mundo piense que eres un majadero —explica Porta—, y ¡podrás mantenerte en pie sobre la corteza terrestre y disfrutar viendo cómo se caen los demás!

Es hora avanzada del día siguiente cuando al fin nos despedimos. Nos abrazamos y fijamos los lugares donde volveremos a encontrarnos cuando termine la guerra.

Porta detiene el «T-34» en lo alto de una colina y dirigimos un último saludo a nuestros amigos rusos, que desaparecen a lo lejos por la carretera de Moscú.

*Sag mir beim Abschied leise Servas,
ist ein schöner letzter Gruss,
wenn man Abschied nehmen muss...*^[52]

tararea Porta, y pone resueltamente el motor de nuevo en marcha.

Cuanto más nos acercamos a la línea del frente, más aumenta el tráfico. Nos vemos atascados por este en diversas ocasiones. Hay PM rusos en todas partes. Nos alegramos de ir en el «T-34», que no llama en absoluto la atención.

Llegamos a un puesto de control. Hay que mostrar los documentos. Nuestras manos se cierran nerviosamente sobre las metralletas y las granadas. Porta muestra nuestro *propusk* y habla en una mezcla de ruso y alemán.

—Alemanes del Volga —murmura el gordo PM y nos mira como si quisiera devorarnos.

—¡Así es, *tovaritsch*! —sonríe Porta, ofreciéndole un trago de la cantimplora.

La larga columna de artillería y tanques empieza a moverse de nuevo hacia delante.

El PM salta del «T-34» y nos indica con un ademán que prosigamos.

Durante varias horas, rodamos en medio de la columna. Después, Porta consigue meterse en un estrecho camino forestal. Cuando nos hemos adentrado en el bosque, se detiene. Saltamos del tanque y corremos sobre la nieve para calentar nuestros pies helados.

—Estoy harto de esto —dice *Hermanito*—. ¡Quiero irme a casa!

—¡Santo Dios! ¡Un general! —susurra temerosamente Gregor.

Tres figuras envueltas en pieles salen de entre los tupidos árboles. Es un teniente general y dos oficiales de Estado Mayor. Llevan pesadas carteras, sujetas con cadenas a la muñeca.

—¿Quiénes sois? —pregunta el general, con voz fuerte y gutural.

Sus acerados ojos azules nos miran desde debajo de unas hirsutas cejas blancas.

—Alemanes del Volga, *gospodin* general —responde Porta, en su mejor ruso.

—¿Y qué diablos estáis haciendo aquí? —sigue preguntando, recelosamente, el general. Saca un paquete rojo y blanco de cigarrillos del bolsillo. Enciende uno y arroja pensativamente el humo por la nariz—. ¿No sois más bien desertores? Me parece muy extraño que os hayáis detenido aquí a descansar. ¡Estáis muy lejos de las posiciones de los tanques!

—Nos hemos extraviado —responde Porta, abriendo los brazos.

—*Propusk!* —exige el general, alargando una mano.

En un brevísimo lapso de tiempo, ocurren muchas cosas. El general queda tumbado en el suelo, al recibir un golpe del canto de la manaza de *Hermanito*.

Una breve ráfaga de balas sale de la metralleta del delgado coronel. Un proyectil roza el lado de la cabeza de *Hermanito*. Corre sangre por su cara.

El Legionario aplasta la cara del coronel de un culatazo.

El tercer oficial, que es teniente coronel, gira sobre sus talones y echa a correr con nieve hasta las rodillas.

—*Stoi!* —grita *Barcelona*, preparando su metralleta—. *Stoi!* —repite, lanzando una breve ráfaga de tiros alrededor del oficial.

El teniente coronel se detiene y levanta ambas manos sobre la cabeza.

—*Germanski?* —grita asombrado el general, poniéndose lentamente en pie.

Se frota el cuello y maldice en voz baja.

—Bueno, ¡ya tenemos a nuestro general! —dice Porta, sonriendo satisfecho—. ¡Veamos lo que llevan en esas carteras!

—¡Mirad *esto!* —exclama sorprendido *Barcelona*—. ¡Traen los planes de combate de todo un cuerpo de Ejército! Cuando volvamos con esto, ¡nos besarán no sólo las mejillas, sino también el culo!

El general trata de hacer un pacto con nosotros. Nos ofrece el oro y el moro si nos pasamos a su bando.

—¿Crees que somos *tan* estúpidos? —dice *Hermanito*, soltando una estruendosa carcajada.

—¡No olvidéis que es mejor bailar sobre el suelo que colgando de una cuerda! —dice el general, en tono amenazador.

Una sección de SP alemanes sale de entre los jóvenes árboles.

Con la rapidez del rayo, *el Legionario* les sale al encuentro, agitando una camisa blanca de camuflaje.

Con un ensordecedor chirrido de cadenas, el SP que va en cabeza se detiene. Un comandante de severo aspecto y con una metralleta en la mano se asoma a la torreta y grita con voz ronca:

—Hält! Hande hach!

Dos artilleros saltan al suelo con las metralletas preparadas. Conducen a *el Legionario* hasta el comandante, que ríe a mandíbula batiente al ver que somos alemanes. Sin embargo, se pone serio cuando observa el contenido de las carteras de los rusos.

—¡Que me aspen! —murmura.

Saluda al general capturado, que pone la cara del jugador que acaba de perderlo todo en una partida de póquer.

—Volveremos a vernos —dice a Porta, lanzándole una mirada fulminante. Regresamos al regimiento, donde somos recibidos como el hijo pródigo.

El *Oberst* Hinka está entusiasmado. Cuando el oficial encargado de los interrogatorios ha terminado con los dos rusos, empieza una furiosa actividad en el 4º Ejército Panzer.

Porta está descansando en el burdel de Helena, cobrando ánimos para ir a darle al jefe mecánico Wolf la triste noticia de la desaparición del oro.

Algunas muchachas bailan emparejadas al son de una balalaika. Porta es el único varón presente. Una muchacha tártara está sentada en el bar, mostrando sus bien formadas piernas. Sus ojos sesgados le miran con interés. Al poco rato, se acerca a él y se sienta sobre el borde de la mesa. Su estrecha falda negra queda arremangada por encima del borde de las medias.

—¿Tienes el sarampión? —pregunta, deslizando un dedo largo y delgado sobre las manchas de pintura roja de su cara, recordatorio de la granada marcadora de *Hermanito*.

—¡No es más que sarampión alemán! —responde tristemente Porta.

—¿Sarampión alemán? —dice ella, con voz cantarina—. ¿Es contagioso?

—Sólo para los alemanes —contesta Porta, en tono patriótico.

—Eres el tanquista más guapo que he visto jamás —susurra la muchacha, dirigiéndole una mirada capaz de fundir un glaciar. Salta de la mesa y aprieta su cuerpo contra el de él—. ¿Quieres venir a ver mi habitación? —pregunta, acariciándole los muslos.

Porta la huele. Una mezcla de perfume barato y cerveza rancia. Un brillo lujurioso se pinta en sus ojillos.

Ella toma un sorbo de su vaso.

—¿Quieres que nos acostemos ahora? —pregunta, suspirando profundamente, y toma otro pequeño sorbo del vaso de Porta—. ¡Soy muy buena en la cama! ¡Nunca lo habrás pasado tan bien en tu vida!

La puerta se abre de golpe y entra el jefe mecánico Wolf, con sus relucientes botas de montar «Brosini» y haciendo tintinear sus espuelas.

—Conque estás ahí. Tan chiflado como siempre. Sin preocuparte de contarnos cómo ha ido la cosa. ¡Te he estado buscando en todas partes!

Se vuelve en redondo y ve a la joven tártara, ella ha vuelto a sentarse sobre el borde de la mesa, con las faldas tan arriba que puede verse que no lleva nada debajo.

—Te has comprado una moza, ¿eh? ¡Esos ojos oblicuos no están mal! Pero será mejor que vayamos a mi casa. ¡Creo que tenemos mucho de que hablar!

—Ya veo que has estado en la barbería —dice Porta. Pasa una mano sobre el pubis de la chica—. Y a ti también te han afeitado —añade sonriendo a la joven.

—¿Te gusta? —pregunta Wolf, en tono satisfecho. Se pasa una mano sobre los cabellos negros como el carbón, relucientes de brillantina—. Mi barbero es famoso, ¿sabes? Tenía una peluquería en Kempinski. Incluso los ricos y viejos bastardos calvos, sin más de cinco cabellos, iban a su casa para que les hiciese la permanente. El *Ministro de la Guerra, Sally*, le envió aquí cuando el Ejército descubrió al fin que no les vendría mal un peluquero en tiempo de guerra. Como puedes ver, me ha cortado el pelo según la última moda de Hollywood.

—Bueno, bueno —dice Porta, soplando humo entre las piernas de la chica—. Yo prefiero el estilo de profesor, con un par de mechones sobre las orejas. ¡Hace que uno parezca más inteligente!

Hay un rato de silencio. Porta vuelve a soplar humo entre las piernas de la muchacha. Se echa atrás en su silla y la balancea sobre dos patas. Levanta el labio superior en una burlona mueca de hiena. Pero más bien parece un perro gruñidor. ¡Hace tiempo que practica esta expresión!

—¿Te vas a la cama o vienes a mi casa? —pregunta Wolf, con impaciencia.

Porta apoya las manos en las rodillas de la chica. Chirrían las botas cosidas a mano de Wolf.

—No me hagas perder más tiempo con esas gansadas —dice agriamente Wolf—. ¡Vamos! ¡Larguémonos de aquí! ¡Podrás tirártela otro día! Es decir, ¡si vives lo bastante para ello! —añade bajando la voz en un murmullo

subterráneo—. Debes saber que Sally viene de Berlín y que le acompañan dos de esos partidarios de la muerte repentina.

Calla un momento, esperando la reacción de Porta a su triste noticia.

—¿De veras? —responde Porta, como si el anuncio careciese de importancia.

—¿Vamos ahora? —pregunta la joven tártara, frotando la ingle de Porta—. Vale más esto que no que te pegue un tiro. ¡Ven! ¡Te enseñaré el camino!

—¡No! —ruge Wolf—. ¡Vendrás conmigo!

Cuando han andado un corto trecho calle abajo, Wolf se detiene y se planta delante de Porta, levantando su junco británico como si fuese a pegarle con él.

—¡Escucha, imbécil, ya que parece que no me he expresado con bastante claridad! Te he dicho que Sally viene hacia acá. Y está resuelto a recibir su participación en el oro; en otro caso, tendrás que emprender un viaje sin billete de vuelta. Te lo digo como amigo.

—¡Tú y esa imitación de «ministro de la Guerra» podéis iros al cuerno! —sonríe confiadamente Porta.

Wolf no contesta, sino que se limita a mirar fijamente a Porta, con una expresión capaz de aterrorizar a una serpiente venenosa.

Sigue andando en silencio, haciendo Wolf tintinear sus espuelas y pisando Porta fuertemente con sus botas claveteadas.

Sin prestar la menor atención a los gruñidores perros lobos ni a los impertérritos chinos, entran en el cubil de Wolf.

—¿Dónde has puesto nuestro oro? —pregunta Wolf, antes de sentarse los dos.

—Sí, ¿qué he *hecho* de nuestro oro? —repite Porta, pensativamente y mordiendo un pedazo de salchichón.

—Eso es lo que *te* estoy preguntando —grita furiosamente Wolf—. Os vi llegar, pero ni siquiera con un monóculo pude ver algo además de un viejo y maldito «T-34», digno de un museo de antigüedades, ¡y no puedo imaginarme que hubiese sitio en él para vuestra pandilla y nuestro dichoso oro!

—Tienes toda la razón —dice Porta, con una sonrisa forzada—. Sólo estábamos nosotros, ¡sin un gramo de oro!

Wolf da despacio una vuelta alrededor de la mesa.

—No hace falta que me lo digas —silba, y descarga su junco británico sobre la mesa con tanta fuerza que lo rompe por la mitad. Presa de furor, arroja los pedazos lejos de él—. He ido a echar un vistazo a ese cubo ruso de basura, y ahora quiero saber dónde has escondido nuestro oro. ¡Y será mejor

que me lo digas antes de que llegue Sally! Él no tiene tiempo para hablar largamente contigo. Sólo preguntará por el oro, y si tú le dices que no hay tal cosa, ¡puedes darte por muerto! ¿Dónde *está* el oro? —repite rugiendo y echando espumilla por la boca.

—Déjame hablar —sonríe Porta, con aire amistoso—. ¡Es lo que estoy tratando de decirte! —Muerde otro pedazo de salchichón y lo riega con «Slivovitz»—. ¡El oro! ¡Sí! Un asunto desgraciado. Ha desaparecido. ¡Se lo han comido!

—¿Comido? —jadea Wolf—. ¿Quién diablos puede comer oro?

—La tierra —sonríe mansamente Porta—. ¡La tierra se tragó nuestro oro! ¡Se lo tragó, con los camiones y todo lo demás! ¡Los conductores y otros compañeros se hundieron con él!

Hace unos ruidos guturales, como de sumidero atascado, y extiende los brazos para que Wolf pueda comprender cómo desapareció el oro bajo tierra.

—Ya *veo* —dice Wolf, apretando los labios—. ¡Conque se hundió! ¡No me *digas*! ¿Te imaginas que soy tan idiota? ¡Eres un bastardo embustero, y tu historia huele a estafa! ¡Jesús! ¡Nunca había oído nada parecido! ¡La tierra se ha comido *todo* el oro! ¿No serás por casualidad el autor de *Las mil y una noches*? ¿No has podido inventar un cuento mejor?

Porta extiende resignadamente las manos.

—Yo tampoco sabía que la tierra se tragaba el oro —confiesa tristemente—. ¡Pero lo *hace*! Lo vi con mis propios ojos, y no sólo se tragó el oro, sino también tres tanques, cuatro camiones y dos trineos blindados de un solo bocado. Para postre, se comió treinta y dos hombres y todo un cuartel de guardias de la GPU. Si no lo crees, ¡pregunta a los demás!

—¡Vaya unos testigos! —chilla Wolf, loco de ira—. ¡Todavía son más embusteros que tú! Igual podría preguntar a mis perros y contentarme con sus ladridos por respuesta. ¡Pero deja que te diga algo, sucio bastardo de un gato de tejado y una perra callejera! Si no me dices dónde has escondido el oro, ¡voy a arrancarte la lengua y a patearte las pelotas hasta que se confundan con tu podrido cerebro!

Su furia va en aumento; hace una bola con su gorro de seda predilecto y lo desgarrar con los dientes. Las palabras salen como balas de su boca. Cuando Porta da otro mordisco al salchichón, se lo arranca de la mano y lo arroja contra la pared.

—¿Te imaginas que estás en una taberna? —chilla.

Al cabo de un rato, está tan ronco y falto de aliento que tiene que callarse.

—¿Has terminado? —pregunta pausadamente Porta, recogiendo el salchichón del suelo—. Entonces, deja que me explique. Y si quieres maldecir a alguien con tu sucia lengua, ¡métete con la Luftwaffe! ¡Ellos son los responsables de todo! ¡Bombardearon el lugar que no debían! ¡Es un milagro que yo saliese con vida de allí, pero, naturalmente, eso no te importa un bledo!

—¡Eso sí que es verdad! —gruñe Wolf, chirriando de dientes.

—Ya me lo imaginaba —dice apáticamente Porta, poniendo un gran trozo de salchichón sobre una rebanada de pan.

—¿Quieres que le añada unos polvos matarratas? —pregunta aviesamente Wolf.

—No, gracias. Preferiría un poco de jalea, si es que la tienes —sonríe, zalamero, Porta, sumergiendo el salchichón en un cuenco de jalea de grosella—. ¿Has oído hablar alguna vez de la arcilla movediza?

—Nunca —dice Wolf.

Mira confuso a Porta, cuyas mandíbulas trabajan con ritmo acelerado para impedir que se le atragante el bocadillo que ha confeccionado.

—La arcilla movediza —explica Porta, moviendo la mano que sostiene el bocadillo y salpicando de grosella el uniforme de Wolf, cortado a la medida—, está compuesta de silicio, arena y otras porquerías, en tubos de arcilla sólidos por fuera, pero que, por dentro, están llenos de agua, de una enorme cantidad de agua. Mientras la dejan en paz, no pasa nada; pero ciertas provocaciones, como por ejemplo un bombardeo por los cabezotas alemanes, ¡hacen que se desate toda la furia del infierno! Cuando se rompen las paredes de los tubos, ¡todo se convierte en una maldita charca de barro! Cuanto más fuerte es la sacudida, ¡tanto peor se pone todo! Toda la superficie de la tierra empieza a moverse, y todo lo que hay en ella es engullido por el infierno. Árboles, personas, carros, tanques... ¡y el oro! ¡Puedo decirte que eso fue lo que ocurrió, y que la experiencia no pudo ser más desagradable!

—¡Ojalá hubiese sido mil veces peor! —gruñe Wolf, preparándose un bocadillo dulce—. ¿No pudisteis proteger nuestro oro, *de alguna manera*? Tratándose de algo tan valioso, ¡no se puede dejar escapar de entre los dedos! Espero, por tu bien, que Sally dé crédito a tu cuento de miedo. Si no es así, ¡puede ocurrirte algo muy desagradable!

Sally llega el día siguiente. Tiene tan poco tiempo que perder que ha venido en un «Fiesler Storch» que puede aterrizar en un bulvar.

—Me dicen que te traes algo entre manos —grita en cuanto ve a Porta, aunque todavía está bastante lejos de él—. Pero *debe* ser mentira. ¡No eres tan

estúpido!

—¡Muérete! —responde Porta con una sonrisa apaciguadora y apuntándole con el dedo índice.

—¡Explícate! ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está el oro? —pregunta Sally—. No me vengas con cuentos de hadas, y quiero que sepas que he traído conmigo a tres inquisidores expertos de Berlín. Cuando os hayan sometido a tratamiento, a ti y a tus compinches, confesaréis que fuisteis vosotros quienes crucificasteis a Jesús y a los ladrones, y Le clavasteis una lanza y Le disteis vinagre en vez de vodka, ¡porque sois unos cerdos! ¡Un hatajo de cretinos!

Discutiendo a grandes voces, entran en el sanctasanctórum de Wolf. Están tan excitados que llegarían a las manos si no se quedasen atascados en la puerta al tratar los tres de pasar al mismo tiempo.

Sally pasea de un lado a otro, echando espumarajos de furor. Con ostentoso ademán, desliza la enorme pistola que lleva al cinto hasta la parte delantera de este y desabrocha la tapa de la funda. Alterna su expresión iracunda con otra de profunda emoción paternal, y viceversa. Muestra los dientes en una sonrisa caballuna y se inclina confidencialmente sobre Porta.

—Creo que estás mintiendo. ¿Y sabes qué otra cosa creo?

—¡No puedo leer los pensamientos! —dice Porta.

—¡Silencio! ¡Estoy hablando yo! —ruge Sally—. Creo que tú y ese asqueroso comisario judío habéis guardado el oro en alguna parte y estáis esperando a que las Potencias en guerra se destruyan mutuamente. Entonces iréis a recoger *nuestro* oro y, ¡que se chinchen vuestros buenos amigos! ¡Ya sabes lo que pienso, codicioso hijo de perra!

—¿De veras? —sonríe sarcásticamente Porta—. ¡Esta sí que es buena!

—¡Defiéndete, maldito seas! ¡Y no me hables de ese cuento de la arcilla movediza! —grita furiosamente Sally—. ¡Ni el mayor idiota del mundo lo creería! Y permite que te diga el peligro que corréis, tú y tu comisario judío, con vuestro truco loco. Los imbéciles de allá abajo saben que habéis birlado el oro delante de sus narices, y ahora lo están buscando. ¡Eso es bastante para hacerles olvidar la guerra mundial! Y antes de que os deis cuenta, todo el mundo estará detrás del oro. Nunca podréis disponer de él. ¡Ni siquiera los astutos banqueros de Suiza o de Licchtenstein se atreverán a tocarlo!

—¡Tal vez la Mafia se atrevería! —dice lacónicamente Porta.

Sally se sienta de nuevo, fruncido el ceño, y saca un gordo cigarro negro del bolsillo del pecho, mientras considera cómo puede herir a Porta en lo más vivo.

—Déjame hablar —dice Porta, en tono apaciguador—. Te lo explicaré de manera que incluso tu torpe cerebro de jefe de guardias pueda comprenderlo. Sé que ese oro quema y, por consiguiente, no se me ocurriría manejarlo yo solo. Lo creas o no; ¡la maldita tierra se lo ha tragado! ¡Y nadie de la GPU ni de la Gestapo lo encontrará jamás!

Pasa mucho rato antes de que Wolf y Sally se convenzan de que Porta dice la verdad.

Wolf parece un reo que estuviese esperando al pelotón de ejecución, y Sally se diría que ha sido ya ahorcado. Porta está comiendo jalea con una cuchara. Eso tranquiliza sus nervios destrozados.

—Necesitaremos todo un ejército de máquinas excavadoras —dice Wolf, rompiendo el tenso silencio.

—¡Yo puedo conseguirlas! —promete Sally—. ¡Volveremos toda esa maldita Rusia del revés!

—Tendréis que cruzar de nuevo la línea del frente —decide Wolf—. ¡Y esta vez no volváis sin el oro!

—Será mejor que renunciéis —dice desilusionado Porta—. ¡La tierra se lo tragó y lo ha digerido hace ya tiempo!

—¿Y qué me dices de la mujer del Comisario? —pregunta Wolf, después de un largo silencio—. ¡No podemos dejar que ande libre por ahí! Sabe demasiado, ¡y la Gestapo no tardaría mucho en hacer excavaciones por su cuenta!

—Es curioso que digas eso —sonríe amistosamente Porta—. Es precisamente lo que dijo el Comisario cuando le pregunté qué haríamos con ella. Matarla, me dijo. No la dejéis escapar. Hablaría con gente a la que no debe hablar.

—¡Le enviaré un paquete como regalo! —sonríe Wolf de un modo extraño, como Papá Noel en un paisaje nevado.

—¿Uno de esos que matan cuando se abren? —pregunta Sally.

—Exacto —responde Wolf, y sale para dar unas órdenes a los chinos.

—Creo que, después de este enorme contratiempo, se me ha ablandado el corazón —dice Sally, mientras sube al «Fiesler Storch» para regresar a Berlín.

—Ahora volvemos a hablar con sensatez —dice Porta—. Tengo otro plan que puede llevarnos a Suecia, ¡a pescar salmón!

—¡Otro plan! —grita Sally, con cara de susto—. Estoy a punto de sufrir un ataque al corazón cada vez que oigo hablar de uno de tus planes. Pero dime, ¿de qué se trata esta vez?

—Martas —murmura sigilosamente Porta, mirando a su alrededor.

—¿Martas? —pregunta Sally, sin comprender—. ¿Esas cosas con las que hacen abrigos de pieles para las putas? Supongo que no pensarás en hacerte peletero. Es un negocio de judíos. ¡Será mejor que no te metas en él!

—¡Es algo mucho más importante! —sonríe misteriosamente Porta—. Mi amigo el Comisario me habló de eso. Por lo visto, hay más de una clase de martas, y una de ellas es negra y muy rara. Vale diez veces más que todas las otras malditas martas. Se llama marta Barguzhinski, y sólo se encuentra en Rusia y en lugares muy secretos. Solamente exportan unas pocas de ellas cada tres años para que el Tío José pueda mantener elevado el precio de esos diablillos. Quebrantar el derecho de monopolio está castigado con la muerte. ¡Pero yo tengo un plan! Cruzaremos de nuevo la línea del frente y agarraremos unas cuantas hembras y un par de machos potentes. Después nos despediremos a toda prisa de los soviets. Escondaremos los animalitos en algún lugar seguro y dejaremos que se apareen a su gusto. ¡Entonces seremos ricos! ¡A Stalin le dará un ataque y se le caerá el bigote!

—Y entonces vendrá y nos volará la cabeza —termina Wolf, en tono pesimista.

—Tal vez la idea no es a fin de cuentas tan descabellada —piensa Sally en voz alta—. Lo estudiaré cuando vuelva al Ministerio de la Guerra. Veremos si podemos descubrir algo acerca de la marta Barguzhinski —murmura con creciente interés y cierra de golpe la puerta del «Storch».

—Vamos —dice Wolf—. Iremos a casa y nos emborracharemos como cubas. Esta noche vamos a darnos un revolcón. Probablemente no pasará mucho tiempo antes de que te caigas de culo por el Führer, el Pueblo y la Patria. ¡Y yo iré a escupir sobre tu tumba!

—Entonces, ¡volveré y me mearé en tu té! —le promete Porta.

Notas

[1] Se refiere a la PM, por su casco blanco. <<

[2] *Degtrareva*: ametralladora rusa. <<

[3] *Panjemajo*: En ruso: «¿Entiendes?». <<

[4] *Grofaz*: el Más Grande Caudillo de Todos los Tiempos (apodo dado a Hitler). <<

[5] NSFO: Oficial político nazi. <<

[6] *Tovaritsch*: Camarada, en ruso. <<

[7] PAK: Siglas alemanas del cañón antitanque. <<

[8] En español en el original. (*N. del T.*) <<

^[9] Mis amigos. En francés en el original. (*N. del T.*) <<

[10] Amigo mío, es la guerra. En francés en el original. (*N. del T.*) <<

[11] *Kraft durch Freude*: La Fuerza por la Alegría (organización de vacaciones nazi). <<

[12] Una taza de café con un chorrito de aguardiente (o vodka). <<

[13] Es la guerra, amigo mío. <<

[14] *Ssvaeoda*: Libertad, en ruso. <<

[15] A mi hermanita pequeña. <<

[16] Traducido libremente:

*Venimos de una tierra muy lejana,
pero no sentimos añoranza en nuestro corazón,
pues no hemos perdido nuestra Patria.
Nuestra Patria está aquí, ante Madrid... <<*

[17] Una antigua condecoración de la SA. <<

[18] En ruso: ¿Comprendido, imbécil? <<

[19] Bazuka. <<

[20] *Geheime Kommandosache*: Materia Secreta del Mando, en alemán. <<

[21] *Bautzen*: Famosa prisión alemana. <<

[22] *Kriegsverdienstkreuz*: Cruz de Méritos de Guerra. <<

[23] *Blitzmadel*: Muchacha destinada al cuerpo de Transmisiones. <<

[24] *Rote Husaren*: Húsar Rojo. *Der Tod reitet auf einem kohlschwarzen rapen*: La muerte cabalga sobre un caballo negro como el carbón. <<

[25] *Stufe 3: Alarma en tercer grado.* <<

[26] *Panzer Spahwagen*: Vehículo alemán de reconocimiento. <<

[27] *Pour le mérite*: Alta condecoración de guerra. <<

[28] *Coolie*: Peón indio o chino. <<

[29] El Bosque de Argonne a Medianoche. <<

[30] *Alte Kameraden*: «Yo tenía un camarada». <<

[31] *Bummelunder*: Aguardiente del sur de Jutlandia. <<

[32] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[33] *Seguimos siendo sencillos, si el pueblo lo sigue siendo. Nuestro pensamiento es primitivo, cuando el pensamiento del pueblo lo es. Nos volvemos agresivos, cuando el pueblo se vuelve radical. <<*

[34] Granja colectiva rusa. <<

[35] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[36] *Heim ins Reich!*: ¡Volvamos al Reich! <<

[37] GEFEPO: Policía Secreta de Seguridad en Campaña. <<

[38] *Gauno*: Mierda, en ruso. <<

[39] *Seguiremos marchando
cuando todo esté en ruinas.
Hoy Alemania es nuestra,
¡mañana todo el mundo lo será! <<*

[40] *Niet mortira*: No morteros. <<

[41] *Propusk*: Permiso. <<

[42] Traducido libremente:

*Aunque tiemble toda la tierra Y el mundo se desvíe de su trayectoria Esto no
hará vacilar a un prospector. ¡No temas! ¡No temas! Rose Marie... <<*

[43] En ruso, algo así como «flotador» o «columpio»: una plataforma en suspensión sobre una garganta. <<

[44] Librementemente:

Y con Pedro agitaremos

y haremos sonar el cubilete de los dados... <<

[45] *Soy un cobarde que ha traicionado al Führer. <<*

[46] *Ruki verchl*: ¡Manos arriba! <<

[47] *Bortsch-koop*: Sopa rusa. <<

[48] Sopa: Nitroglicerina. <<

[49] Unidad especial alemana para incursiones detrás de los líneas enemigas.
<<

[50] *Politruk*: Comisario de Policía ruso. <<

[51] *Hilfswillige*: Tropas alemanas de Fortificaciones. <<

[52] Antigua canción vienesa. <<